
REBECCA RUGER
CORAZÓN DE HIELO
CORAZÓN DE UN HIGHLANDER, LIBRO 6

CORAZÓN DE HIELO

Corazón de un Highlander

Libro 6

Rebecca Ruger

CONTENIDO

Página del título
Copyright
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Epílogo

COPYRIGHT

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia, y cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, hechos o lugares reales es pura coincidencia.
Se ha tomado cierta libertad creativa con las fechas y ubicaciones exactas para servir mejor al desarrollo y ritmo de la novela.

Corazón de Hielo
Primera edición en inglés.
Todos los Derechos Reservados.
Copyright © 2022 Rebecca Ruger
Escrito por Rebecca Ruger

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida o transmitida por ningún medio o en ninguna forma, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo por escrito del editor.
Aviso: El material de este libro está destinado únicamente a un público adulto y puede contener contenido explícito.
Su lectura está recomendada solo para mayores de 18 años.

CAPÍTULO UNO

Escocia
Verano, 1303

Su mandíbula estaba firmemente apretada, lo único que delataba un atisbo de disgusto en su orgulloso semblante. Por lo demás, parecía cabalgar con calma hacia Carbery, un pequeño pueblo en la orilla suroeste del fiordo de Dornoch, con las grandes manos sueltas sobre las riendas. No volvió la cabeza hacia los costados del viejo burgo, pero sus ojos lo abarcaban todo mientras él y su séquito guiaban sus caballos por la calle principal.

El pueblo, de considerable extensión si se lo medía por su tamaño y no por sus habitantes, tenía una forma irregular: no era compacto ni ordenado, sino que se extendía a lo largo del camino, serpenteando entre colinas y vaguadas. Pasaron primero por un molino de lana, construido cerca de donde el río seguía su curso, y no vieron otro edificio hasta recorrer un octavo de milla, cuando se toparon con una hilera de casas, seis o siete a cada lado del camino.

En el lado norte, una mujer con un balde en una cadera y un niño en la otra se hallaba en la puerta de una choza desvencijada, con una expresión tan gastada como el techo de paja sobre su cabeza. El niño, en cambio, aún mostraba esperanza: su carita sonrosada se iluminó de curiosidad mientras señalaba, sin palabras pero con entusiasmo, a los soldados que marchaban frente a ellos.

A su izquierda, dos ancianos estaban sentados sobre taburetes frente a otra choza, con un barril cubierto a modo de mesa entre ambos. Estaban recostados contra la pared de mimbre y barro; si se apartaban de ella, acabarían sentados en medio del camino. El más joven de los dos, que solo tenía un ojo, echó una mirada a los jinetes que pasaban, mientras el otro, tal vez de setenta

años, permanecía con una pierna cruzada sobre la otra y entrecerraba ambos ojos con aire especulativo.

Más allá del camino principal, y visible desde allí gracias al terreno más alto, se extendían acres recién arados de tierra parda, hasta donde alcanzaba la vista, impregnando el aire con una fragancia terrosa, nada desagradable. Más adelante se alzaba la vieja iglesia parroquial, tan modesta como todo Carbery. Aunque encalada y bien cuidada, no tenía torre ni aguja. Y aunque las ventanas eran altas y anchas, carecían de vidrio, a diferencia de algunas iglesias más modernas. Como las tristes cabañas que la rodeaban, los muros de la iglesia estaban construidos con mimbre y barro, y no con los bloques de sillería más sólidos, y sin duda más duraderos. Sin embargo, no ostentaba ménsulas, dinteles ni arcos que proclamaran que servía noblemente a san Columba, su patrono. Afuera, junto a la iglesia, se erguía una enorme piedra vertical, reliquia de los pictos, que se decía marcaba una tumba. Estaba tallada con figuras del árbol de la vida y, según se contaba, del bíblico David matando al león, entre otros grabados.

Pasaron frente a la iglesia sin que mediara ya palabra entre Nicholas MacRory y sus hombres durante el último cuarto de hora. Luego espolearon a sus caballos hasta un trote ligero cuando Carbery quedó atrás, y así continuaron durante una milla más, hasta llegar a Kincardine y a la casa parroquial de John de Graham, quien había convocado a Nicholas por un asunto urgente pero no especificado.

Solo cuando atravesaron el muro bajo, más ornamental que funcional, de la propiedad de los de Graham, Baldred, capitán del ejército de los MacRory, volvió a plantear sus inquietudes a su jefe.

Baldred no era más que unos pocos años mayor que Nicholas, de complexión poderosa aunque tres o cuatro pulgadas más bajo que la imponente estatura de su señor. Poseía lo que el padre de Nicholas llamaba un alma vieja, y aunque también tenía una mente aguda para la guerra, era más cauto que la mayoría y solía sentir la necesidad de expresar en voz alta cualquier duda que lo inquietara. Tras desmontar en el patio vacío, sostuvo las riendas

de su caballo y se acercó a su jefe, que también había puesto pie en tierra.

—Veo esta pobre hacienda y entiendo aún menos por qué hemos cabalgado sin demora para responder a una convocatoria tan enigmática —gruñó Baldred, mirando a su alrededor con los ojos castaños cargados de desánimo.

—Aye, puede que la casa parroquial no sea impresionante —concedió Nicholas—, el muro mismo es casi cómico, sea cual fuere su propósito, pero sabes bien que el ejército de De Graham es el doble de grande que el nuestro. Con tales números, no necesita preocuparse por la altura de sus muros. —Alzó una ceja oscura—. Y piensa, si quieres, lo que significarían esos hombres para Escocia si lográsemos persuadirlo de luchar por la libertad y no junto a las bestias inglesas.

—Dicen que sus mayores dominios están allá, en las tierras de Longshanks, así que no veo cómo esperas cambiar su lealtad.

Nicholas le dirigió una mirada elocuente, recordándole lo que William Wallace les había dicho no hacía tanto.

—Ningún hombre elige las cadenas de la tiranía por encima de la libertad. Pero muchos hombres, a veces, eligen la paz y la comodidad antes que la guerra contra el tirano.

Baldred bufó, disgustado.

—No confío en un hombre así. Uno lucha por lo correcto, por lo justo, no por conveniencia ni comodidad. O, por la sangre, que no luche en absoluto.

Nicholas sonrió y le dio una palmada en el hombro al pasar junto a él.

—No todos los hombres nacen tan valientes y rectos, amigo mío.

La casa de los de Graham tal vez no impresionara según los estándares de Nicholas y Baldred, pero tampoco era tan miserable como Baldred la pintaba. Era una vivienda de piedra de dos pisos, más parecida a una mansión inglesa que a un castillo o torre escocesa, con techos de madera a dos aguas y amplias ventanas con cristales emplomados en la planta baja, en lugar de las estrechas aspilleras a las que estaban acostumbrados.

La puerta del salón se abrió y una mujer salió al patio. Al ver que no se había gastado gran fortuna en la casa, los terrenos ni el pueblo, Nicholas dedujo que todos los ingresos debían destinarse no solo a mantener un ejército numeroso, sino también a vestir con elegancia a las mujeres del hogar.

Vestía una léine de lana azul zafiro, de mangas cortas forradas en piel, y debajo se veía una camisa de lino brocado de mangas largas. No se quedó junto a la puerta para recibirlos ni para preguntar por su llegada, sino que avanzó con paso decidido y llamó con un gesto de los dedos a un muchacho de las caballerizas, situadas junto a la casa.

—Fergus, encárgate de los caballos de nuestros invitados. —Antes de que los animales fueran llevados y mientras el resto de los hombres desmontaban, la mujer añadió—: Soy Eleanor de Graham, y les agradezco que hayan respondido tan pronto a mi mensaje.

Nicholas intercambió una mirada discretamente inquisitiva con Baldred antes de preguntar:

—¿Usted envió el mensaje, señora? Estaba firmado por su esposo, John de Graham.

Sin el menor atisbo de disculpa, ella replicó:

—¿Habrían respondido a una solicitud que viniera solo de su esposa?

No, no lo habría hecho. Habría respondido la nota, sí, pero la habría dirigido a su marido, pidiendo aclaraciones. De pronto, se sintió irritado, y también como si acabara de desperdiciar muchas horas en la silla de montar, horas que habría empleado mejor en su propio hogar.

Como no había mostrado el menor arrepentimiento, Nicholas la examinó, a esa mujer audaz. Eleanor de Graham conservaba los restos de una mujer hermosa, y no sin éxito: era de mediana edad, con un cabello que quizá en otro tiempo hubiera sido brillante y suave, y una piel que aún no mostraba los estragos de los años. Su cutis terso compensaba casi por completo lo grueso y áspero de su cabello, y aunque sus ojos eran sin duda más pequeños y hundidos que en su juventud, no carecían de atractivo: de un azul intenso,

contrastaban de forma marcada con aquella tez pálida y su cabello negro como la noche.

—Me tiene usted desconcertado, señora —confesó—, pues no imagino qué motivo la llevó a buscarme. No hemos cruzado caminos, ni yo con su esposo.

—No lo hemos hecho —replicó ella, uniendo serenamente las manos frente a sí—. Pero sí he conocido su reputación, señor, tan celebrada como la de nuestro héroe William Wallace.

Nicholas esbozó una sonrisa, completamente desconcertado.

—Señora de Graham, llama usted héroe al hombre mientras estoy aquí presente, y bien sé que el ejército de su propio esposo ha luchado, y quizá vuelva a luchar, contra él y contra todos nuestros planes de independencia.

Toda cortesía se desvaneció entonces, sustituida por una visible irritación, que se manifestó en sus labios apretados y en el blanco de sus nudillos.

—Mi esposo ha comprometido su ejército de ese modo, contra mi consejo y en perjuicio de nuestra unión. Pero basta de hablar al aire libre; entre, por favor.

Con una última mirada desconcertada a su capitán, y luego a Dungal, Henry y Malise, Nicholas inclinó la cabeza para indicarles que la siguieran. Con la mano sobre la empuñadura de su espada, y sabiendo que sus hombres habrían hecho lo propio, entró tras Eleanor de Graham.

El salón de los de Graham era de apenas un tercio del tamaño del de Braewood Keep, y no se accedía a él directamente desde la puerta, sino por un pasillo bastante ancho que giraba en una esquina, cuya penumbra llevó a Nicholas a aferrar con más firmeza la empuñadura de su arma, no solo a apoyarla.

Por suerte, ningún complot ni salteador se reveló, y los hombres de MacRory alcanzaron el salón de los de Graham sin contratiempos.

Allí, la señora de Graham cruzó con paso majestuoso la pequeña estancia hasta donde un hombre, su marido se podría suponer por su posición dominante en la mesa elevada y la silla

ornamentada que ocupaba, levantó el rostro y lanzó una profunda mueca de desagrado a sus invitados.

Y quizá los problemas conyugales fuesen un libro abierto, pues ella los anunció sin pudor antes de llegar a su lado:

—Le ruego que no me reproche lo que he puesto en marcha, señor.

La respuesta del hombre, una resignada sacudida de cabeza, bastó para advertir que aquella mujer no era ajena a provocar la impaciencia de su esposo. A su favor, sin embargo, él no le gritó, aunque la tensión que marcó su boca delataba que estaba conteniéndose.

—He convocado a Nicholas de Lorne, el MacRory, para que nos ayude en aquello en lo que hemos fracasado —dijo Eleanor con aire despreocupado, sin parecer notar el rubor que subía a las mejillas de John de Graham ni la furia contenida que se reflejaba en sus ojos.

Mientras Nicholas y sus hombres permanecían de pie frente al matrimonio y su mesa cubierta con paños, John de Graham se volvió hacia su esposa y preguntó, con amargura:

—¿Y cuál sería, querida esposa, la ayuda que este hombre podría prestarnos?

Ella enderezó la espalda y arqueó una ceja delgada.

—Podría traer a nuestra hija a casa, esposo mío, ya que nosotros no hemos podido hacerlo.

Ni Nicholas ni ninguno de los suyos pestañearon siquiera durante los segundos que siguieron, mientras los de Graham libraban una batalla de voluntades solo con la mirada. Nicholas no habría sabido decir quién salió vencedor, pues ambos se volvieron hacia sus invitados al mismo tiempo.

Recobrando la compostura, él inclinó cortésmente la cabeza hacia de Graham, convencido de que el hombre comprendería, como él, que en aquella críptica misiva no había amenaza alguna, ni peligro en su visita.

Ahora, con un aire de molestia moderada, que Nicholas sospechó no iba dirigida a él, John de Graham asintió en señal de saludo y dijo:

—Me temo que mi impaciente esposa lo ha llamado por una causa perdida. —Luego volvió su irritación hacia ella, articulando con claridad palabras que sin duda ya le había dicho antes. — Un asunto que quizá se resuelva por sí mismo con el tiempo, si tan solo ella lo permitiera.

Después de tantas horas de viaje, Nicholas consideró que merecía una explicación más completa.

—¿Dónde está su hija, señor?

Nunca había conocido a un hombre capaz de hablar más rápido que una mujer. John de Graham apenas había abierto la boca cuando su esposa ya respondía:

—Fue robada. Llevada por el mismo Longshanks, retenida bajo arresto domiciliario en Inglaterra —exclamó, dejando ver al fin toda su angustia—. Hace un año ya. La arrancaron de mis brazos en el mismo patio donde lo recibí. Y por todo lo que sé, podría estar siendo maltratada, torturada o sufriendo cualquier...

—¿Y no te lo he rogado? —interrumpió su marido—. ¿Qué dejes de hacer conjeturas? No está siendo maltratada. Has recibido tres cartas que lo confirman. ¿Por qué insistes...?

—Tres cartas —repitió Eleanor con un tono agudo—. En doce meses. Tendría que estar loca para creer otra cosa que no sea que está siendo maltratada. —Con el puño cerrado sobre el pecho, se volvió hacia Nicholas—. Si supiera quién es Alice, y el lazo dulce e indestructible que nos une, sabría que algo anda mal. Tres cartas en doce meses, cuando ya debería tener cestas repletas.

—Si se me permite —intervino Nicholas, dirigiéndose a John de Graham—, ¿por qué el rey inglés tomó la custodia de su hija? —Y pese al ambiente tenso, no logró ocultar el reproche en su tono al añadir— Ya le entrega armas y hombres… y monedas, sin duda. ¿Por qué habría de castigarlo arrebatándole a su hija?

—No fue por una sola causa...

—Silencio, esposa —ordenó de Graham—. Responderé con la verdad, no con tus lamentos. —Se volvió hacia Nicholas, su voz más calma ahora— Eduardo comprendió que la lealtad de mi esposa se alzaba firme y orgullosa en oposición a su causa, y por ello...

Ignorando la orden de su marido, Eleanor proclamó con orgullo:

—Soy hija de Alan Durward y bisnieta de Gille Christ, Mormaer de Mar, y desciendo de Máel Coluim, Mormaer de Atholl...

—…no confió en que mi juramento de lealtad bastara —concluyó John de Graham, con un gruñido irritado hacia su esposa.

Nicholas pudo dejar de lado el dramatismo que rodeaba a los de Graham y reducirlo a un solo hecho: aquella casa estaba dividida. Entrecerró los ojos para evaluar a John de Graham, con la intención de discernir al hombre que se ocultaba tras aquella fanfarronería apenas tolerante.

Antes de que lograra deducir nada, John declaró:

—Sí, me he aliado con los ingleses. No fue una decisión difícil. Ya he perdido a un hijo, fue muerto junto con esas pobres almas en Dunbar, mientras yo escapaba ileso. Tengo tierras y un señorío en Inglaterra misma, que ayudan a alimentar y sostener a toda esta buena gente de Carbery. Y quizá no lo hayas notado, muchacho, mientras bajabas con calma desde tu seguro bastión de las Tierras Altas, pero yo estoy, en cualquier momento, a solo unas horas de cualquier guarnición de Eduardo o de alguna parte de su vasto ejército en movimiento. No se trata de lo más provechoso para mí, sino de lo más seguro para mí y los míos.

—Excepto que su hija, por lo visto, no está a salvo —se vio obligado a señalar Nicholas.

—Sí que lo está —replicó John, alzando las cejas hasta la frente—, mientras yo conserve mi buena conducta.

Así que de Graham había luchado en Dunbar, pensó Nicholas. Él también conocía, y revivía a menudo, el horror de aquel encuentro con los ingleses. Perder a su hermano allí había sido casi la parte más fácil.

Centrado de nuevo en el asunto principal, Nicholas preguntó:

—Y si su hija fuera liberada de su prisión inglesa, ¿dónde reposaría entonces su lealtad?

—Traigan a mi hija a casa —respondió primero Eleanor, con solemnidad—, y pondremos todo el ejército y los recursos de los de Graham al servicio de la causa escocesa.

Nicholas la ignoró, pese a su evidente peso dentro de aquella unión, y mantuvo la mirada fija en John de Graham, aguardando mientras el hombre meditaba sobre las posibles represalias inglesas. Era su respuesta, y su promesa, lo que debía oír antes de romper su propio juramento de no volver jamás a pisar Inglaterra, si decidía atender la súplica de Eleanor de Graham y traer de vuelta a su hija.

Podría hacerlo. Quizá valiera la pena volver al lugar donde había pasado un año como "invitado" de los ingleses, solo para contar con el peso y la fuerza del ejército de los de Graham del lado correcto de la libertad.

Pasó un largo momento antes de que de Graham finalmente asintiera. Y el resto de su bravuconería se desmoronó, disminuyéndolo en su gran silla hasta hacerlo parecer más pequeño.

—Sí —dijo al fin—, traigan a mi hija, Alice, a casa, y juraré poner todo el ejército de los de Graham al servicio de nuestra independencia.

***

—No puede hablar en serio —gruñó Baldred apenas cruzaron el bajo muro de la casa de los de Graham, dos horas después.

Aunque por dentro estaba tan contrariado como su capitán, Nicholas hablaba muy en serio: estaba decidido a rescatar a la dulce Alice de Graham de las garras del malvado Eduardo Longshanks. Y ni por un instante pensó que sus razones pudieran interpretarse como egoístas. No tenía nada que ver, se dijo, con buscar venganza contra nadie ni contra el sistema inglés por el tiempo que él mismo había pasado prisionero de los ingleses. No, no era tan mezquino como eso.

Debía reconocerle a Eleanor de Graham el alcance y la astucia del plan que había urdido a espaldas de su marido. No solo lo había hecho bajar desde la abadía de Lismore con nada más que esperanza y una sencilla súplica para traer a su hija de regreso. Una vez que Nicholas aceptó considerar la idea, ella le reveló más de su razonamiento. Nicholas apenas había empezado a preguntarse por qué de Graham no había enviado a su propio ejército a recuperar a su hija, cuando Eleanor explicó:

—Si algún soldado de Graham fuera descubierto intentando rescatar a Alice, pondrían de inmediato precio a la cabeza de mi esposo: marcos de oro para quien los deseara. El patrocinio —continuó— es el primer arte del gobierno, como bien sabe. El rey de Inglaterra es conocido por su tacañería, pero a veces, si ve algún beneficio para sí mismo o para su familia o herederos, puede ser persuadido a mostrar benevolencia. Creo que no perseguirá a mi esposo si no puede probar quién le ha arrebatado a Alice.

Era una creencia débil, y una que no era asunto suyo.

—Ahora, a Baldred —dijo Nicholas—, sí, iré a Inglaterra. Y cuando devuelva a la doncella al seno de su familia, volveré con un ejército de seiscientos hombres y los llevaré directamente a la posición de Wallace, además de nuestras propias filas.

—Necesitas un *si* y no solo un *cuando* —aconsejó el siempre práctico Baldred.

Dungal, a medio paso detrás de ellos, intervino:

—¿Piensas marchar a Inglaterra esperando que nadie advierta a tu ejército, o que no hayan oído hablar ya del Bruto de Braewood Keep, y crees que podrás…?

—No un ejército —lo corrigió Nicholas—. No en número tan grande que no pueda moverme sin ser visto.

Eso despertó su interés.

Malise captó la idea.

—¿Usarás, entonces, el sigilo?

—Sí —respondió Nicholas. Y mientras lo meditaban, añadió— ¿Y acaso no lo necesitaré, sea cual sea el plan que decida?

Baldred bromeó, con poco humor:

—Aye, y cuando regresemos, rogaré a la vieja Marta que asome la cabeza dentro de ese cráneo tuyo y vea qué fue del pequeño bicho que allí habitaba, movía los engranajes con tino, y que ahora ya no está.

Una vez que dejaron de estar a la vista de los de Graham, Nicholas contuvo a las riendas y se volvió hacia sus hombres.

—No acusaré a nadie de ningún crimen ni lo obligaré si decide no seguirme.

En todo su ejército esperaba algo de oposición, el deseo de excluirse de una empresa tan improvisada y arriesgada, pero confiaba en que sus oficiales aceptarían el reto.

Y así fue.

—Sabes que no te dejaré perecer a la buena... —dijo Baldred con énfasis, elevando una comisura—. Sí, y hazme un favor: ¿no podrías tallarlo en mi lápida? *Aquí yace un buen hombre, que pereció por las locuras de un necio*.

Malise esbozó una mueca. Era apenas un año más joven que Nicholas, de tez olivácea y ojos marrones profundos, aunque su maraña de cabello ocultaba con frecuencia gran parte del rostro.

—Hace un día —dijo— que no hacemos nada que valga la pena con nuestras espadas. Sería mejor poder usarlas en suelo inglés.

Nicholas miró a Dungal, buscando su respuesta. Lo llamaban *"el viejo"* por algo: rondaría los cincuenta, según el cálculo de Nicholas, de pecho ancho y piernas tan delgadas que a veces resultaba milagro que no se cayese con un viento fuerte. Sus ojos azules estaban entrecerrados, como ahora, y destacaban aún más frente al blanco choque de su abundante cabellera y la barba gris que le cubría barbilla y pecho.

—Has tenido ideas menos tontas, lad—concedió con voz áspera—. Pero sí, no eres el Bruto de Braewood sin motivo. No sería la peor forma de morir, que te recuerden en leyenda por arrebatar de nuevo a una bella doncella en apuros.

CAPÍTULO DOS

Alice de Graham sostenía su pequeño puñal contra la garganta del barón Lisle, Hugh de Lisle, y advirtió entre dientes:

—Si osa ponerme un solo dedo más encima, señor, le quedarán menos dedos para poner en ninguna otra parte.

La hoja plateada brillaba sobre la repentina palidez de su rostro, ya amarillento por el color de pavo real de su atuendo. Su túnica era de verde esmeralda y su sobreveste de seda a rayas rojas y doradas. Las calzas, de un dorado más suave, eran de lino fino, y los zapatos puntiagudos, de buen cuero, estaban bordados con hilos rojos y dorados.

El lad, que no tendría más de los diecinueve años de Alice, se repuso y forzó una sonrisa zalamera, una que pretendía aplacarla, pero que solo aumentó su exasperación. Con cuidado retiró la mano que un instante antes había posado con demasiada familiaridad sobre su cintura. Pero no contuvo su mirada apreciativa, que se deslizó por ella de arriba abajo. Estaba completamente vestida, pero él la hacía sentir como si no lo estuviera. El estómago se le encogió de repulsión.

Alice quizá no habría pensado nada de aquel simple contacto, que podría haberse interpretado como un gesto de cortesía para evitar que tropezara en el estrecho pasillo. Parecía un toque inocente. Pero llevaba más de un año hospedada en la casa de los de Lisle, y entre ese muchacho adulador, su tío aún más molesto, y los guardias encargados de su "protección", había aprendido pronto que no existía tal cosa como un toque inocente. Todos eran manoseadores, y de no ser por el puñal de plata grabado que su madre le había regalado años atrás, habría sido víctima de algo más que de un injusto cautiverio.

Por la sangre, cómo odiaba Inglaterra, y todo y todos los que había en ella.

—He estado fuera tres meses —dijo el barón—, y estaba seguro de que habrías echado de menos mi compañía.

Y lo hacía, pero solo porque su compañía era menos detestable que la de su tío. Edward de Lisle era un depredador, empeñado en conquistar; este necio, en cambio, solo jugaba con ella.

—Tres meses y nada ha cambiado, Hugh —le respondió, logrando mantener el temblor fuera de su voz; su madre le había advertido: *nunca muestres miedo*—. Sigo sin desear que haga usted uso libre de sus manos.

Alice no retiró el cuchillo; mantuvo el plano de la hoja contra el abultamiento de su garganta, con la punta apenas rozando la parte inferior de su barbilla.

—Los escoceses son un pueblo temible —dijo él, sonriendo como si no tuviera una hoja apuntándole—. Pero, oh, qué tentado estoy de desafiar la espina por alcanzar la rosa.

Se inclinó aún más, hasta que la punta del cuchillo se hundió un poco en su piel.

Joanna la había advertido de hombres así: que había quienes se excitaban con la fiereza que ella fingía. Tal vez alguno de esos estaría dispuesto a arriesgar una herida o algo peor por descubrir si aquella fiereza estaba grabada en su ser, en todo lo que hacía, y no solo despertada por el instinto de defensa.

"Esos son los peligrosos", había dicho Joanna. *"Aye, y creen que deben ser ellos quienes te dominen. Solo avivas su apetito, lass, así que ten cuidado. Recházalos, sí, pero hazlo como una salvaje, habla de sangre, o creerán que solo estás jugando a ser esquiva."*

—Ya se lo he dicho —dijo Alice a Hugh con un gruñido bajo y peligroso—: puedo cortarle el cuello mientras duerme y estar de vuelta en mi cama, arropada en mis sueños, antes de que la sangre termine de acumularse.

Con la espalda contra la puerta de lo que debía ser su aposento privado, estiró la mano libre hacia atrás y tanteó el picaporte.

—Dígame, entonces —preguntó Hugh con desgano, como si la amenaza de muerte lo divirtiera—, ¿qué haría sin su fiel y pequeño cuchillo?

—Usaría mis garras —le prometió, abriendo la puerta y escabulléndose dentro.

Ya dentro, Alice enfrentó a Hugh de Lisle mientras cerraba, manteniendo el ceño fruncido hasta que la puerta se cerró sobre su rostro lascivo.

Exhaló con fuerza, apoyando la espalda contra la madera. Y ahora su mano, crispada sobre el puñal, temblaba con tal violencia que se sobresaltó.

Joanna, su doncella, corrió hacia ella.

—Aye, ¿y te ha atrapado, verdad? Te lo advertí, lass, que no anduvieras sin mí.

Sí, se lo había advertido. Y, en general, Alice sabía que era mejor no moverse sola dentro de aquella casa. Pero una incursión nocturna hasta la letrina al final del pasillo no parecía motivo de tanta preocupación.

—¿Le dijiste que tu padre le abriría el cuello? —insistió Joanna.

Suspirando —pues ya habían tenido esa conversación demasiadas veces, Alice le recordó su respuesta habitual.

—Eso ya no los asusta, Joanna. Ha pasado un año. Saben que no vendrá a liberarnos.

—A liberarte a ti —corrigió Joanna, con cierta insolencia—. Yo no soy una prisionera, no exactamente. Estoy aquí por pedido de tu madre, y no digo que no habría venido por voluntad propia para protegerte, pero soy libre de ir y venir cuando quiera. Aun así, no podría mirar a tu madre a los ojos el resto de mi vida si no hubiera hecho esto, venir a este oscuro rincón del mundo entre estos malditos perros.

—Y si algún día volvemos a ver a mi madre o cualquier parte bendita de Kincardine —dijo Alice, cansada—, sin duda serás generosamente recompensada.

Apenas pronunció las palabras, las lamentó. Apoyó la cabeza contra la puerta, cerró los ojos y se preparó para la réplica.

—Dices "generosamente" —empezó Joanna—, ¿y hablas de monedas? ¿O solo me darán un par de léines finas y unos zapatos usados? Tu madre es justa, claro, pero no es ningún secreto que le cuesta soltar una moneda.

—Me aseguraré de que tengas lo que desees —dijo Alice con voz automática, y añadió— dentro de lo razonable.

Abrió los ojos justo para ver cómo Joanna arqueaba las cejas y abría la boca para objetar incluso eso, así que se apresuró a añadir:

—Y será mi madre quien juzgue qué es razonable.

Joanna resopló, aunque con un tono casi amable.

—Entonces, serán las léines y los zapatos. Aunque tal vez me dé también una capa vieja. Nunca tuve una de esas.

Y, satisfecha con ese pensamiento, retomó su argumento anterior.

—Te advertí que no salieras de la habitación. Te dije que ese sabandija estaría rondando, sabía que traería problemas.

Sí, y bien podría haber usado el orinal, pero en ocasiones, como esa noche, Alice solo ansiaba escapar un poco de esa lúgubre estancia. Y de Joanna misma. Una mujer entrañable, por la gracia de san Andrés, diez años mayor que ella, pero incapaz de tolerar el silencio y empeñada en llenarlo con su charla. Todo el bendito día.

Como siempre, al reconocer lo injusto de sus pensamientos, Alice sintió culpa. Joanna tenía razón: no era una prisionera, pero había aceptado con devoción la tarea encomendada por su madre. La había abrazado con el celo de una loba guardiana, dispuesta a mostrar los dientes si era necesario para protegerla.

Edward de Lisle gustaba de insistir en que ni siquiera Alice era una prisionera, que gozaba de libertad dentro de la casa y podía salir al jardín. Pero "el jardín" no era más que un espacio amurallado de hierba, apenas más grande que su habitación, con un solo árbol y sin vista alguna que invitara a soñar, pues el muro era más alto que ella.

La casa se hallaba en el mercado de Hallam, elegida quizá por el servilismo de su dueño hacia el rey inglés o por su cercanía con los barracones del borde del pueblo, donde se alojaban cientos

de soldados ingleses. Fuera del pueblo, no había más que los ríos Don y Sheaf, imposibles de cruzar por el este, y bosques y campos hasta donde alcanzaba la vista por el oeste. No había adónde huir.

Y no había libertad, no mientras no pudiera salir de entre las piedras que formaban parte de la casa de los de Lisle. Alice no había visto la fachada desde el día en que cruzó la puerta, más de un año atrás.

Se metió en la estrecha cama junto a Joanna y pensó, como cada noche, que quizá al día siguiente alguien vendría por ella para llevarla de regreso a su hogar.

***

Esperaron hasta el día de mercado para poner un pie en el pequeño pueblo, imaginando que su presencia podría pasar inadvertida entre la multitud esperada. Aun así, se separaron: Nicholas y Dungal recorrieron la calle principal mucho antes de que los otros tres los siguieran.

Como en los pueblos de mercado de Escocia, este conectaba el burgo con el campo circundante, lo que atraía a mucha más gente de la que Hallam conocía de otro modo. La calle estaba bordeada de puestos y tenderetes; panaderos, curtidores, fabricantes de velas y pescadores figuraban entre quienes pregonaban sus mercancías. Un catador de cerveza con una pierna de palo comprobaba la calidad de la bebida del cervecero, pues en muchos burgos había reglamentos establecidos que debían cumplirse, igual que en Escocia.

Nicholas fue asaltado por los olores, los ruidos y las imágenes, y sus ojos, oídos y nariz escoceses los hallaron insoportables, sin el menor encanto ni cualidad redentora. Los vendedores empleaban voces estridentes para hacerse oír, gritando unos por encima de otros; los puestos parecían librar una batalla desesperada por llamar la atención, con paños colgantes más chillones que los del puesto vecino; su nariz se ofendía con los cueros crudos, la carne, el pescado de un día y los cuerpos sin lavar.

Nada de eso importaba realmente, salvo que resultaba desagradable. Y desde que cruzara la frontera dos días atrás,

Nicholas había notado que su humor no hacía más que empeorar: su regreso a Inglaterra, pese al noble objetivo y el beneficio para Escocia, se veía empañado por los recuerdos de su propio cautiverio años antes.

Habían dejado sus caballos y todo lo que pudiera identificarlos como escoceses, en especial sus tartanes y cualquier prenda con el diseño de los MacRory, en las afueras del pueblo. No hablaron con nadie, evitando incluso las agresivas tácticas de algunos vendedores con un silencio desdeñoso o, en el caso de Dungal, con un gruñido tan bien ejecutado que hizo que la pescadera abriera los ojos de par en par.

Una semana antes, en medio de las conjeturas de la señora de Graham sobre el posible paradero de su hija, basadas solo en vagas pistas contenidas en las pocas cartas de la lass, su marido había sorprendido a todos revelando la ubicación exacta allí en Hallamshire.

Decir que Eleanor de Graham se quedó pasmada no bastaría; Nicholas creyó detectar en su reacción una buena dosis de desprecio.

—¿Todo este tiempo lo sabías? —fue lo único que alcanzó a decir la mujer, pálida, dirigiéndose a John de Graham.

Y no hizo nada por traerla de vuelta, no lo dijo, pero lo dejó claro con la mirada fija y sin color que le lanzó a su marido.

—Aye, lo sabía —respondió John de Graham, con cierto calor, defendiendo el reproche no pronunciado—. Y puede que hubiera hecho algo por recuperarla, pero sabes que eso es un poco difícil cuando mi maldita armada entera está fuera de mi alcance ahora mismo. —Su voz fue subiendo hasta convertirse en un rugido. Luego, frunciendo los labios, admitió— Pero hice algunas averiguaciones; necesitaba saber dónde estaba y bajo qué techo la tenían.

A día de hoy, Nicholas no podía afirmar que la esposa le hablara al marido.

Con todo, le habían dado un destino preciso: la casa del barón de Lisle, apenas un lad, según me dicen, había señalado de Graham, dentro del burgo, en la calle High, junto a una posada. Bien

podría haber dicho que la casa estaba sobre un burdel, por la reacción de su esposa, que soltó un jadeo, se tapó la boca y abrió los ojos de horror.

Nada de eso le incumbía, salvo la ubicación exacta que le permitiría rescatar a la joven y conseguir un ejército por la libertad de Escocia.

La casa. Nicholas intercambió una mirada con el igualmente desconcertado Dungal cuando la encontraron.

¿Era esta? ¿Este montón de piedra sin gracia, tan estrecho como cualquier callejón de Hallamshire? Aye, tenía tres pisos y se extendía bastante hacia los patios traseros, pero ciertamente no parecía una prisión. Había esperado una residencia fortificada en medio del burgo, con murallas, torres y almenas. No esta… esta vivienda anodina sin un solo guardia a la vista. No discernía defensa alguna, y las distintas líneas del tejado ofrecían tantos puntos de apoyo que estaba seguro de poder trepar por la pared sin dificultad, quizás sin siquiera comenzar a sudar.

La siguiente mirada que compartió con Dungal fue de pura arrogancia. Su humor mejoró de inmediato. Aquello sería un juego de niños: arrebatar a una doncella de esas garras, fueran las que fueran.

Al divisar a Baldred al otro lado de la calle, inclinó la cabeza para indicar la vivienda objetivo y así, los hombres de MacRory pasaron el día deambulando, observando los movimientos en la casa de los de Lisle.

La parte trasera, invisible desde la calle, y como casi todas las construcciones vecinas, era completamente lisa: una pared de piedra y madera que se alzaba recta desde el suelo hasta el tercer piso. Solo había dos ventanas, una en la planta baja y otra en el último nivel. Había además una forestair, una estrecha escalera exterior adosada a la casa, que conducía directamente al tercer piso. Probablemente su diseño original estaba destinado al uso de inquilinos y no de prisioneros, y con toda seguridad, ahora la puerta de arriba estaría bien atrancada para evitar fugas.

Nicholas registró todos esos detalles mientras planeaba su incursión. Sin embargo, no actuaría hasta estar seguro del paradero

exacto de Alice de Graham, hasta saber con certeza que se encontraba allí.

La puerta principal tenía más movimiento del que cabría esperar para una casa de ese tamaño. Una sirvienta de cocina salió con un cesto vacío al brazo y desapareció entre la multitud del mercado. Un mensajero entregó una carta por la puerta entreabierta; recibió una moneda a cambio y, aún en el umbral, la mordió para comprobar su autenticidad antes de echar a correr, con la bolsa de cuero golpeándole la cadera. Poco después del mediodía, un hombre vestido con llamativos colores se acercó a la puerta y golpeó tres veces con precisión, mirando a un lado y al otro mientras esperaba. La puerta volvió a abrirse, el receptor permaneció invisible, el visitante pronunció unas pocas palabras y luego se marchó a toda prisa, mirando a su alrededor con frecuencia mientras se mezclaba con la multitud.

Cuando nadie entró ni salió por la puerta principal durante más de una hora, Nicholas volvió a acercarse al patio trasero. El muro que rodeaba el pequeño corral de los de Lisle le llegaba a la altura del pecho. Lo trepó con facilidad, sólo el tiempo justo para asomar la cabeza y descubrir el solar vacío salvo por un abedul cansado y un banco estrecho de piedra. Antes de dejarse caer de nuevo al suelo, observó el sendero gastado en la grava y las hojas, desde la única puerta trasera de la casa hasta el lugar donde las pisadas terminaban ante ese banco.

El callejón por el que había llegado subía a medida que se alargaba, y Nicholas siguió ese camino hasta el fondo del solar contiguo y más allá, casi hasta el costado del edificio de la calle siguiente, hasta que la elevación le dio una vista clara del patio de los de Lisle. Se plantó allí a esperar, fingiendo de vez en cuando pasar por el callejón si alguien aparecía.

No tuvo que esperar mucho: la puerta trasera se abrió y dos mujeres salieron al reducido patio. La primera avanzó con paso decidido, la cabeza baja y concentrada en ocupar el banco; lo consiguió de inmediato. Lo primero que hizo la segunda joven al salir fue alzar el rostro al sol.

Eso entendió Nicholas al instante, recordando muy bien la primera vez que vio el sol, el cielo y la hierba el día en que lo liberaron de su prisión inglesa. Qué dulce olía la hierba, cuánto le sobrevino la alegría al contemplar algo tan sencillo y sin pretensiones como un cielo azul.

Supo en ese instante que aquella era Alice de Graham. Tenía la misma estatura y el pelo negro como la medianoche de su madre. Estaba lo bastante lejos como para que no se distinguieran rasgos concretos, solo una figura larga y delgada con una léine de lana azul, la piel del cuello arqueado de una palidez perfecta. Su larga cabellera negra estaba trenzada con cintas pálidas y la cintura ceñida por un cinturón de cuentas. Se giró, ignorando el parloteo de la mujer que la acompañaba, de modo que su rostro quedó a pleno sol y Nicholas vio su perfil, tallado entre delicadeza y fuerza.

Pasó un minuto entero en que no se movió, solo dejó que el sol la calentara y la adorara.

Nicholas entrecerró los ojos, sin poder reprimir el impulso de acercarse, diciéndose que debía oír además de ver para confirmar que aquellas mujeres eran efectivamente escocesas, que aquella tenía que ser Alice de Graham. Avanzó con paso decidido pero lento por el callejón que daba a la casa contigua a la propiedad de los de Lisle, manteniéndose junto al muro y pegado al borde de la hiedra.

—No pongas la cara así —decía la otra mujer cuando Nicholas estuvo lo bastante cerca para oírla.

Sí: ahora su inglés con marcado acento escocés era claramente reconocible.

—Te saldrán pecas —dijo la otra mujer, que debía de ser la criada, Joanna, a quien Eleanor había indicado también rescatar—. Y tu madre se las tomará conmigo.

La muchacha que Nicholas estaba seguro de que era Alice suspiró visiblemente, el pecho subiendo y bajando.

—Un momento no hará daño —respondió a su compañera. Su voz era suave, casi resignada, tan delicada como la seda.

—Sí, ¿y no dijiste lo mismo la semana pasada? —replicó Joanna—. ¿Y no fue buena suerte que no nos llamaran entonces y que tu madre viera el destrozo?

Los hombros de Alice cayeron y bajó el rostro del sol. Aparentemente no merecía la pena aguantar tanto regateo.

Pero las reprimendas no terminaron, aun cuando Alice se sentó a su lado en el banco. Solo cambiaron de tema.

—Te pasaste la mañana con una carta —dijo Joanna—; solo los dos y nuestro buen Señor saben qué significan todas esas rayas, y luego la guardas, no la terminas, no la envías. ¿Para qué te molestas?

—Intentaba escribir una nota… y me costaba fingir una alegría que no siento —respondió Alice—.

—¿Fingir una alegría? —la interrumpió Joanna—. Diles lo que tengas que decir. Lo que haga falta. *El barón de Lisle es un cerdo. Su tío, un sinvergüenza. Llévenme a casa. Con cariño, Alice. Ya está.*

—No quiero preocupar a madre —murmuró Alice.

Aquí se oyó un enorme e inoportuno resoplido.

—¿Y crees que guardarle secretos la hará entrar en razón?

—Sí —contestó Alice.

—Sí, y la verdad es que estás dolida —dijo entonces Joanna —. Dolida y convencida de que te han olvidado por completo… y, por extensión, a mí también, por desgracia. Apenas media docena de tristes cartas, en todo el año, de tu propia madre, que dice que te quiere… pero ¿cómo puedes estar segura?

Oh… ¿acaso aquella mujer, Joanna, trabajaba para los ingleses? Llenarle la cabeza a la pobre lass con semejantes absurdos. Con el ceño fruncido, Nicholas siguió avanzando. Como ella estaba sentada, Alice aún quedaba de perfil, y él quería verla mejor, con claridad.

Pero se movió sin mirar al suelo y su pie golpeó un cubo vacío y abandonado que había junto al muro.

No fue un ruido muy fuerte, pero bastó para llamar la atención de Alice de Graham. Ella levantó el rostro y lo miró directamente, la mitad del suyo oculta tras la cabeza de Joanna. Durante un latido de corazón, sus ojos se encontraron. Los labios rosados de Alice se entreabrieron y parpadeó justo antes de que Nicholas se recuperara y apartara la vista, fingiendo que solo atravesaba el callejón como atajo entre dos caminos, alejándose

hasta quedar fuera de la vista, en dirección a la fachada de la casa de los de Lisle.

Y, de algún modo, se sintió engañado, como si los padres de la lass lo hubieran embaucado; como si hubieran omitido deliberadamente lo que a él le parecía, inexplicablemente, de suma importancia: el hecho de que su hija era la criatura más magnífica que Nicholas había visto jamás.

—San Andrés nos ampare —murmuró instintivamente, como solía hacerlo su madrastra cuando algo le resultaba molesto.

Rodeó toda la manzana para regresar al callejón, en la parte alta de la casa cuyo patio lindaba con el de los de Lisle, manteniendo una distancia prudente. Baldred y Dungal se unieron a él al cabo de un rato.

—*Oh*, ¿esa es la lass de los de Graham? —preguntó Dungal, sin molestarse en disimular su profundo disgusto, explicado por lo que añadió a continuación—. Ya sabes que sacar de Inglaterra a una que no luzca así sería muchísimo más fácil.

—Si esa es Alice de Graham, me temo que sacarla de Inglaterra será lo de menos —gruñó Baldred, tan molesto como Dungal—. Y alabado sea el Señor que no trajimos más hombres del ejército para que se tropezaran por ella.

Nicholas puso los ojos en blanco, ya acostumbrado a su tendencia compartida al fatalismo.

Media hora después, cuando las dos mujeres abandonaron el patio y regresaron a la casa, Nicholas esperó unos minutos y luego tomó una piedrecilla y la lanzó hacia la ventana del tercer piso. La piedra pasó por la abertura. En segundos, la mujer, Joanna, asomó el rostro, mirando hacia arriba, como si la piedra hubiera caído del cielo. Alice apareció enseguida al lado derecho de la ventana enrejada, apoyando las manos en el marco. Mostró algo más de astucia: no miró hacia arriba, sino hacia afuera. Su mirada pasó por encima del muro cubierto de hiedra donde Nicholas se ocultaba, pero no se detuvo. Al cabo de un momento, ambas mujeres desaparecieron de la ventana.

Y ahora él sabía, sin duda alguna, que ella estaba recluida en esa habitación.

CAPÍTULO TRES

Dungal insistió en que debían usar la escalera exterior y derribar la puerta, que bien podía abrir directamente hacia la cámara donde Alice estaba prisionera. Habría hecho casi cualquier cosa con tal de no tener que trepar por la fachada de la casa.

—No necesitamos despertar a toda la casa —le espetó Nicholas en la oscuridad de la noche—. Bien, entonces espera aquí abajo.

Habían dejado sus caballos una vez más a las afueras del pueblo. Era más fácil pasar inadvertidos a pie. Y como en el lugar se veían pocos caballos, entrar con ellos a esa hora solo levantaría sospechas entre los que aún estuvieran despiertos.

—Baldred y Malise, conmigo —ordenó. El lad, Henry, se había quedado vigilando a los caballos. Les recordó, mirando significativamente a Baldred— No espero que ninguna de las lasses pueda trepar por el muro. Tendremos que bajarlas con cuerdas, pero tampoco creo que eso sea sencillo ni silencioso, así que será una carrera, salir antes de que nos descubran.

—Sí, y terminemos con esto antes de que nos encuentren merodeando donde no debemos —dijo Baldred, echando un vistazo al patio de los de Lisle y, por encima del muro, al callejón.

Asintiendo y comprobando que Malise estaba listo, lo cual confirmó con un leve movimiento de cabeza, Nicholas tomó la delantera. Saltó para aferrarse al tejado bajo, probablemente el de las cocinas. Se impulsó y, ya sobre el techo, avanzó con cuidado sobre las tejas, manteniéndose cerca del muro principal, donde la estructura era más firme, hasta situarse justo bajo la ventana del tercer piso. Pudo apoyar una pierna en el travesaño superior de la ventana del piso bajo y erguirse sobre él, hundiendo los dedos en las juntas del mortero. Desde ahí, solo quedaba trepar por la pared

de piedra, lo que habría sido más fácil sin las botas, pues con los pies desnudos habría tenido mejor agarre, pero no era imposible. Solo necesitó tres movimientos para alcanzar suficiente altura y apoyar una mano en el alféizar de la ventana; luego bastó la fuerza de sus brazos para izarse.

Ya encaramado al marco, Nicholas apartó la cortina de lino aceitado y echó un vistazo al interior, inspeccionando la habitación en busca de obstáculos. No se oía nada, ni dentro ni fuera, salvo el leve jadeo de Baldred justo debajo de él. Tan pronto como la mano de su capitán golpeó el alféizar, Nicholas saltó al interior y fijó la vista en la figura encorvada bajo las mantas de la cama.

Apenas había decidido que parecía haber solo una persona en aquel estrecho lecho, cuando un cuchillo se lanzó hacia él desde la derecha, donde un cuerpo se había mantenido pegado a la pared.

No se tomó el tiempo de apaciguar a la lass, fuera quien fuera, sino que alzó la mano izquierda para atrapar la muñeca temblorosa. Con un agarre de acero, dominando la mano que empuñaba el arma, la atrajo hacia sí, pasando la otra mano alrededor de su cabeza para cubrirle la boca antes de que pudiera gritar.

—No querrás hacer eso —le susurró al oído, tan cerca que su rostro rozó el de ella.

Aquella lass valiente, la que acababa de enfrentarse a un ladrón en la noche, era Alice. Lo supo instintivamente, y no solo por su estatura, varios centímetros más alta que la otra, Joanna. Sostenía su mano y el arma, que ella no había soltado, firmemente contra su muslo izquierdo. Su espalda y cadera izquierda presionaban contra su costado derecho, y aunque estaba rígida de miedo, era suave al tacto y olía, de forma tenue y embriagadora, a rosas.

—He venido a llevarte a casa, lass —le dijo, cuando Baldred al fin logró entrar por la ventana—. Saca a la otra de la cama —le ordenó.

Entonces reinó un pequeño caos.

Baldred avanzó hacia la cama justo cuando Malise asomaba por la ventana abierta. Nicholas, que acababa de darle la buena

noticia a Alice, se sorprendió cuando ella no se relajó, sino que alzó el pie y le pisó con fuerza. No dolió mucho, por la fina suela de su zapatilla, pero sí lo bastante para que él aflojara momentáneamente la presión de su mano. Con la otra, ella arañó la que cubría su boca, logrando liberar un resquicio por donde escapó el comienzo de un grito, que Nicholas sofocó de inmediato al apretar de nuevo su mano sobre su boca, resistiendo sus uñas y forcejeos por soltarse.

Joanna, despertada por el alboroto, soltó un chillido propio antes de que Baldred lograra acallarla de la misma forma, cubriéndole la boca. Su posición sobre la cama le daba ventaja, y a Baldred le resultaba difícil mantenerla callada mientras intentaba arrastrarla del delgado colchón. Ella se resistió, pataleó y rodó hasta caer al suelo, al otro lado.

—Santo san Andrés —gimió Joanna con amarga ironía, a cuatro patas, mientras se incorporaba—, aquí llega el final.

Alice empezó a forcejear con más fuerza, obligando a Nicholas a apretarle la muñeca hasta que soltó el cuchillo. Cuando lo hizo, con un pequeño gemido tras su mano, Nicholas la atrajo más contra sí, de espaldas a su pecho, con el brazo izquierdo firme alrededor de su cintura, inmovilizándole también el brazo.

—Shh —le ordenó, mientras Baldred saltaba sobre la cama tras Joanna y Malise gruñía algo ininteligible antes de rodear el lecho para alcanzarla.

—Corre, Alice —aulló Joanna, cayendo al suelo y cubriéndose la cabeza con las manos—. Sálvate.

—Por la sangre, mujer —le siseó Baldred—, ¡eso mismo intentamos hacer!

Cuando Joanna estuvo bien sujeta, de pie entre Baldred y Malise, aunque parecía lista para ser llevada al cadalso; con los hombros hundidos, las rodillas quizá dobladas, y tan baja se veía entre los dos hombres, Nicholas aflojó la presión de su mano sobre la boca de Alice.

—No grites cuando te suelte —le advirtió. Esperó su asentimiento, que llegó tras un instante y con un tembloroso movimiento de cabeza—. Nos envía tu padre, John de Graham.

Hemos venido a llevarte a casa, lass—le explicó mientras bajaba la mano.

Alice giró en sus brazos para mirarlo de frente. Por un instante fugaz, él quedó boquiabierto, cautivado por aquella lass bañada por la luz de la luna, de pie junto a la ventana, mirándolo con los ojos muy abiertos y llenos de esperanza. No había suficiente claridad para distinguir si sus ojos eran azules, verdes o negros, ni saber si las sombras de la noche hacían parecer aún más espesas y largas las pestañas que los enmarcaban.

—¿Mi padre? —preguntó ella, su voz era apenas un suspiro, con el pecho subiendo y bajando.

Oh, pero sus labios eran increíbles, generosos, curvados y entreabiertos por el jadeo de su pregunta.

Él ignoró deliberadamente la muy visible marca de su mano en el lado izquierdo de su mejilla: cuatro manchas de color, grises con esa luz, donde sus dedos la habían sujetado con demasiada fuerza.

—Sí —dijo antes de que pasaran demasiados segundos—. Para llevarte a casa.

Los ojos desorbitados desaparecieron. Ella lo miró con el ceño fruncido y lo desafió.

—No pudo haberlo hecho. Hacerlo habría puesto en peligro su propia posición. Debo quedarme aquí hasta que…

—No —la interrumpió Nicholas—, estás destinada a volver a casa. Y nos vamos ahora.

Ella vaciló, parpadeando con desconcierto, apartó la mirada. La histeria había desaparecido, reemplazada por la confusión. Sus labios se movieron, como si fuera a seguir cuestionándolo, pero los apretó, pareciendo aceptar la situación. Un segundo después, dijo.

—Muy bien. Partamos.

Volvió a mirarlo con esos ojos grandes, asintió y se agachó para recoger su daga.

El pecho de Nicholas se ensanchó con cierto alivio: al menos no tendría que arrastrar a la lass a la fuerza, pataleando y gritando, fuera de la casa. Pero el alivio duró poco. Enderezándose con la hoja

de nuevo en su poder, ella lo atacó, cortándole el antebrazo cuando él, tarde, alzó la mano para defenderse.

—¡Maldito infierno!

—Mentiras —lo acusó al mismo tiempo—. Mentiroso.

—¿Qué diablos…? ¿Por qué mentiría sobre eso?

—No lo sé —replicó mientras ambos se enfrentaban—. Mi padre no trataría con alguien como tú. Y él mismo habría venido o… —hizo una pausa, relajando su postura de combate—. ¿Te envió una nota? ¿Una carta de presentación?

—¿Una carta de presentación? —bufó Nicholas—. Esto no es la corte de los reyes, lass. No ondeamos estandartes para anunciar nuestra presencia…

—Mi madre me advirtió que tal vez intentarían algo…

Intentó razonar con ella, usando la verdad, pero no logró contener la dureza de su voz.

—No podemos viajar con papeles ni notas que revelen todo el plan ni a los implicados.

Cuando ella siguió firme en su incredulidad, Nicholas gruñó con impaciencia y volvió a desarmarla con facilidad. Lamentaba usar tanta fuerza, y por lo brutal que podía parecer, pero ya habían tardado demasiado, y era posible que sus gritos hubieran despertado a otros en la casa. Sujetándole el brazo que agitaba, le arrebató la daga y la guardó en su cinturón, junto a su propio cuchillo, y la sorprendió al aferrarla por el corpiño de su camisón y atraerla contra él.

Ella alzó las manos, presionando la tela de la prenda contra su pecho, pues el tirón de Nicholas la había despegado de su cuerpo. Su aliento caliente rozó su rostro cuando él la increpó.

—Tu propia madre, Eleanor de Graham, me mandó llamar, me rogó que rescatara a su hija. Lo hizo a escondidas de tu padre. Pero tu padre, que había estado vigilando tu bienestar, descubrió que te tenían aquí y me ordenó llevarte a casa. Me prometió su ejército para la causa de Escocia a cambio. Te vienes con nosotros.

Ante su furia contenida, ella negó con la cabeza, poniendo los dedos sobre los de él en su cuello, intentando apartarlos.

—No. Si me voy de aquí, mi padre será acusado de traición, perseguido o algo peor. En el mejor de los casos, lo arruinarán y le quitarán todas sus posesiones en Inglaterra. No lo habría hecho.

—Maldita sea, pero lo hizo. ¿Tendré que atarte y amordazarte para sacarte de aquí?

—Sí, tendrás que hacerlo —le gruñó ella con un tono tan fiero como el suyo—. No traicionaré a mi padre voluntariamente. Veo tu juego: acabas de revelarlo. Pretendes llevarte a su hija para engordar tu propio ejército, pero será su vida la que peligre por tus actos.

En realidad, no había pensado que esta parte, convencer a la joven de que lo acompañara fuera de la casa de los de Lisle, sería la más difícil. Su furia creció ante aquel contratiempo inesperado, y Nicholas apretó los dientes antes de decir:

—Muy bien, entonces. Atada y amordazada será.

Apretó el puño en el cuello de lino de su camisón y acercó aún más su rostro al de ella.

—Y esa es la única vez que te perdonaré por derramar mi sangre, Alice de Graham. No vuelvas a alzarme una hoja. Nunca más.

—Lo haré. Te veré muerto —le escupió ella con rabia, sin un atisbo de miedo— antes de formar parte de la ruina de mi padre.

***

Oh, pero sus piernas eran de gelatina.

Aquel hombre era demasiado… demasiado fuerte, demasiado grande, demasiado amenazante. Lo conocía. No por su nombre, ni de antes de ese día, pero lo había visto aquella misma tarde, afuera, tras el muro del patio de los de Lisle. Estaba segura de que era el mismo.

En toda su vida, nunca había sentido tanto miedo.

Pero no tenía sentido. ¿Por qué su padre, ahora, después de todo un año, decidiría desafiar el edicto de Longshanks de mantenerla cautiva para asegurar su lealtad?

Alice sentía, muy dentro de sí, que aquello era un engaño urdido por esos hombres malvados. Creía, como había dicho, que pretendían obligar a su padre, por la fuerza, a unirse a la causa

escocesa. Y aunque estaba segura de que su padre, si tuviera libertad de elegir, habría luchado por la causa justa, por la libertad, también sabía que no deseaba enfrentarse personalmente a Eduardo I. Eso sería una sentencia de muerte, pues muchos estarían dispuestos a demostrar su lealtad a Longshanks matando a quien no lo hiciera.

Pero estaba atrapada, lo sabía. No había forma de que ella y Joanna, que ya se había rendido, pudieran enfrentarse a esos tres hombres, bárbaros por su aspecto. Y por eso sabía que aquel hombre no era aliado de su padre. John de Graham era un barón que trataba con nobles y hombres de ideas afines, no con tipos como esos, sin tartán, de brazos desnudos y musculosos, y con un ceño tan fiero que parecía más bestia que hombre.

—¿Por qué ahora? —le preguntó al hombre, que aún no se había identificado. Aunque su nombre, por sí solo, no bastaría para disipar sus dudas—. Si sabes de mi situación aquí, ¿puedes decirme por qué mi padre habría esperado casi un año para venir por mí?

—Podrás preguntárselo tú misma cuando te entregue a él.

—¿De verdad? ¿Me entregarás a él? ¿O tu intención es llevarme a otra prisión por tus propios fines?

Aun sujetándola por el cuello del camisón, él le gruñó:

—He dicho mi verdad: que tu propio padre y tu madre me enviaron a liberarte. He dicho que te llevaré con ellos. No pienso defender mi palabra otra vez. No soy un mentiroso.

En la penumbra de la habitación, iluminada apenas por las brasas moribundas del fuego apagado y la luz plateada de la luna, Alice lo observó. Era extraordinario por su altura y su corpulencia, más alto que cualquier hombre que ella conociera, de hombros tan anchos como nunca había visto. También lo era por la manera en que sus ojos escrutaban su rostro, analizándolo parte por parte con una intensidad feroz. Debería bastarle con verla entera, tan cerca como estaban, pero no; inspeccionaba cada rasgo: sus ojos, su frente, su nariz. Más de una vez, detuvo la mirada ardiente de esos ojos de gato en su boca. En un momento, sus propios labios se curvaron con desagrado mientras observaba los de ella.

La dejó sin aliento y con las rodillas temblorosas, y, por fortuna, fue entonces cuando Joanna recordó su propia voz, que, de un modo incomprensible y asombroso, había permanecido en silencio por más de un minuto.

—Y quita tus asquerosas manos de encima, ¿quieres? —luchó en el agarre de los otros dos hombres.

—Átenlas y sáquenlas —gruñó el que sujetaba a Alice.

Sus ojos se abrieron de par en par, horrorizada al comprender que realmente iban a llevársela de la casa del barón. De nuevo forcejeó con él, retorciéndose para liberarse, arañando la mano que la sujetaba.

Sus siguientes palabras la dejaron inmóvil, su temor alcanzando alturas nuevas y absurdas.

—No luches conmigo, lass. Si me causas un solo problema más, será el cuello de tu amiga el que se raje.

Alice tragó el miedo. Y mientras él parecía esperar a que asimilara sus palabras y le diera alguna señal de que obedecería, ella asintió, lastimera. Aunque no le impidió soltarle, con un siseo, lo que pensaba de su carácter y de su plan.

—Eres un malvado. Y cuando mi padre muera por tu culpa, tendrás su sangre en las manos. Y entonces dedicaré mi vida entera a…

—Silencio —gruñó él, sin una pizca de remordimiento—. No harás tal cosa, y bien lo sabes. Y pronto lo verás, cuando estés en brazos de tu madre en unos días, que no mentí. —Sin parpadear, volvió a entrecerrar los ojos hacia ella—. Ni una palabra más o tu amiga sentirá el filo.

—Aye —dijo el hombre que sostenía a Joanna, tirando de su brazo—, y lo mismo va para ti. Si te sales de la línea, la otra pagará por ello.

Joanna, siempre hábil para irritar a cualquiera con sus observaciones llenas de sentido común, se atrevió a sugerir:

—No imagino que vayas a hacerle daño a Alice. Si lo que dices es cierto, solo te sirve viva.

—Y ya basta de ti —replicó el hombre, más irritable—. Muévete, vamos. —La empujó hacia adelante, rodeando la cama

hasta quedar todos junto a la ventana.

La mano en el escote del vestido de Alice se aflojó y cayó.

—¿Vendrás por tu propia voluntad? —le preguntó la bestia—. ¿O derramaré la sangre de tu amiga y te echaré al hombro?

Con fastidio, irritada por su propia impotencia, Alice preguntó.

—¿Saldrás simplemente por donde entraste? ¿Y esperas que Joanna o yo bajemos por la pared como cabras en una colina o gatos en un tejado? —Aún desconfiada, esperaba que él dijera que saldrían por la casa y que pudiera aprovechar alguna oportunidad para alertar a alguien del servicio o a los guardias. La puerta de la cámara se cerraba con llave cada noche, al encenderse las lámparas, y, que ella supiera, después de las primeras semanas de su cautiverio, ya no había soldados apostados fuera.

Otro pensamiento le cruzó la mente.

—¿Y esperas que salgamos a la noche y viajemos, como dices, cien millas hasta mi padre y mi madre, vestidas solo con nuestras camisas?

Por un breve instante, el rostro de él reveló la verdad: no había pensado en ese detalle menor. Pero su sorpresa fue rápidamente disimulada tras otro furioso ceño.

—Por todos los medios, mi lady Alice, por favor, tómese un momento para vestirse más apropiadamente para su propio secuestro.

Iba con sarcasmo, por supuesto, pero Alice comprendió que solo intentaba ocultar su falta de previsión. Sin embargo, la soltaron, igual que a Joanna, y ambas se apresuraron a tomar un vestido cada una del único armario del aposento, de espaldas, en el oscuro rincón, mientras se ponían las léines sobre la cabeza. Qué humillación tan absoluta.

—Ya que estamos, debería empacar lo poco que trajimos —dijo Joanna, agachándose para tomar una de las valijas del fondo del armario—. Tu madre me partirá la cabeza si dejo lo más fino…

Uno de los hombres que la sujetaban siseó:

—No empacarán nada, necia. Ponte la capa y los zapatos fuertes y vámonos.

Y así lo hicieron, colocándose las capas mientras Joanna criticaba la elección de vestido de Alice.

—Deberías ponerte el de lana gris, muchacha —le dijo—. Este es muy claro, se manchará con toda la mugre que seguro recogerás por el camino…

—Santos del cielo, mujer —dijo el hombre, acercándose con paso pesado. Tiró del brazo de Joanna—. Muévete ya.

Impulsada por la urgencia, Alice dejó de cambiarse los zapatos y volvió, rígida, junto a la bestia que la esperaba junto a la ventana. Sus ojos oscuros estaban fijos en ella, amenazadores, la mueca aún visible, borrando la suya. El pavor la invadió cuando lo vio sacar una cuerda del cinturón. Cerró los labios con firmeza, decidida a no mostrar ni una pizca de su miedo a través del temblor de su boca, y levantó las manos, suponiendo que pensaba atarlas.

La bestia dio un paso adelante, obligándola a cruzarse de brazos contra el pecho. Estaba demasiado cerca, sus botas rozaban el dobladillo de su léine. Alice tragó y contuvo el aliento mientras él pasaba la cuerda alrededor de su cintura varias veces. Apartó el rostro, cerró los ojos cuando su espeso cabello le rozó la barbilla al inclinarse sobre ella.

Cuando la cuerda quedó asegurada, él le tomó el brazo y la volvió hacia la ventana abierta.

—Te bajaré yo —le dijo—. Dungal espera abajo, y no emitirás ni un sonido, porque no dudará en torcerte el cuello para salvar el mío. —Alzó las cejas oscuras, esperando su asentimiento.

Con el rostro iluminado por la luna, Alice vio la barba incipiente, los cortos pelos plateados sobre la piel. Una cicatriz, hasta entonces invisible, se extendía desde la comisura de su boca por la mejilla angulosa hasta perderse en la línea del cabello. Era vieja y no grotesca, pero debía de haberle causado dolor, entonces y ahora.

Sin opciones, asintió y escuchó sus instrucciones.

—Sujétate, mira hacia la pared —dijo él—, usa los pies si lo necesitas para apoyarte.

Le tomó la mano y presionó la cuerda en su palma, sus dedos cálidos y fuertes cerrando los de ella alrededor del cáñamo.

Alice lo miró, los ojos un poco abiertos, al ver los dedos de él, más grandes y oscuros, envolviendo los suyos.

—No te soltaré —dijo, ahora en voz baja.

Ella no había pensado que lo fuera a hacer. Parecía capaz de casi cualquier cosa.

—A menos que grites y vuelvas a enfurecerme.

Alice negó con la cabeza y bajó la mirada al pecho de él. Tal vez soñaba, tan nublada estaba. La realidad la golpeó de lleno: podía comprender ahora lo que ocurría. Alguien había venido por ella, pero no su padre ni ningún hombre de los de Graham. Una bestia había venido, destinada a llevarla lejos de una existencia miserable que duraba ya más de un año. Pero marcharse podía poner en peligro a su padre. El corazón se le aceleró, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Lo miró a los ojos.

—Dime la verdad —suplicó—. Prefiero morir aquí antes que poner en peligro a mi padre.

—Aye, lo sé —respondió la bestia—. Sube —ordenó, golpeando el marco de la ventana. Y cuando ella vaciló, buscando más certeza en él, suspiró y añadió— Tu madre sufre por ti, solo ha recibido tres cartas en todo un año. Seguro destruyeron muchas más de las que permitieron que llegaran o salieran.

Alice lo observó, preguntándose si aún sabría distinguir una mentira, después de tan poca convivencia con nadie fuera de Joanna y unos pocos en aquella casa horrible. Él tenía más razones para mentirle que para calmarla. La miró sin parpadear, casi desafiándola a llamarlo mentiroso otra vez.

Quizá ya no importaba. Lo que era verdad hacía unos momentos seguía siéndolo: tenía pocas opciones. Tragándose el miedo que le quedaba, apoyó las manos en el marco de la ventana y se impulsó, consciente de las manos del bruto sobre su cintura, ayudándola con familiaridad.

A mitad de camino entre el tercer piso y el suelo, pensó en gritar, dar la alarma, cuando nadie estaba lo bastante cerca para callarla. Pero Joanna aún corría peligro, aún estaba en la habitación con esos rufianes, y Alice tuvo que tragarse cualquier grito.

Cuando sus pies tocaron el suelo, el hombre al que llamaban Dungal desató la cuerda, y la tiraron hacia arriba para Joanna.

Joanna, al bajar, debió de recordar sus propias palabras de antes, convencida de que Alice realmente no corría peligro, que solo era una pieza más útil viva que muerta.

Y por eso gritó con todas sus fuerzas mientras colgaba del costado de la casa de los de Lisle.

CAPÍTULO CUATRO

—Maldición —maldijo Nicholas cuando la estúpida mujer soltó un alarido que bien podría haber oído de un jabalí salvaje o de cualquier otro animal amenazado e indeseable. Su caridad lo abandonó en el instante en que aquel ruido le taladró los oídos, y Nicholas no sintió el menor remordimiento al soltar por completo la cuerda cuando, apenas segundos después, se escucharon gritos y voces que respondían desde el interior de la casa. Un golpe sordo desde abajo acalló el chillido de Joanna y fue seguido casi de inmediato por el sonido de pasos apresurados subiendo la escalera.

Tener solo unos segundos no les daba tiempo de escapar por la ventana todos juntos. Bajar por el costado de la casa les tomaría varios minutos, convirtiéndolos en blancos fáciles. Pero él y Baldred podrían contener a unos cuantos y darle a Malise el tiempo suficiente para descender.

—Sigue —le ordenó al lad, inclinando la cabeza hacia la ventana mientras desenvainaba la espada y se volvía hacia los golpes en la puerta—. Tú y Dungal llévenla lejos —le indicó, refiriéndose a las dos mujeres, sin temer que él y Baldred no los siguieran en unos minutos.

El metal raspó contra el metal cuando una llave giró en la cerradura, y la puerta se abrió de golpe segundos después. Aun sabiendo lo que ocurría, Nicholas fingió tanto asombro como el hombre que entró. En realidad, un lad, apenas un cachorro. ¿Esa era toda la respuesta de sus captores? ¿Enviar a medio hombre en ropa de dormir, con la llave como única defensa posible?

Baldred tuvo el mismo pensamiento, incluso envainó su espada al no oír más pasos acercándose.

—Te espero abajo —dijo, y salió por la ventana, siguiendo a Malise por el muro de piedra.

El jovencito graznó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué le han hecho a…?

—Quieto —ladró Nicholas, apuntándole con la espada, aunque aún los separaba una buena distancia. Con el lad inmóvil, Nicholas miró por la ventana para evaluar la situación en el patio. Tres hombres, armados, habían irrumpido allí. Otro estaba fuera del muro, viniendo desde el frente de la casa. Malise y Dungal tenían bien controlados a dos. El tercero, dentro del muro, intentaba arrastrar a Alice lejos del bulto en el suelo que era Joanna, quien volvía a chillar con fuerza. Baldred estaba casi en el primer piso, pronto se uniría a la pelea.

Todo estaba bajo control.

Nicholas volvió a mirar al joven en su ropa de dormir.

—Sabes que no vale la pena morir por esto, ¿verdad?

Sin responder, el muchacho preguntó.

—¿Han venido por Alice?

Momento perfecto para sembrar una duda sobre la implicación de los de Graham.

—¿Así se llama la belleza? Solo la vi en el patio hace un rato y pensé que podría servirme.

Nada inverosímil, considerando la hermosura de Alice.

Nicholas se sorprendió al oír la carcajada que soltó el hombre.

—Buena suerte con eso. Yo no la tuve. Dulce de rostro y lengua de plata, pero te degollará si llegas a tocarla.

Bien por ella, pensó Nicholas. Fingiendo aún no saber quién era, arqueó una ceja y replicó:

—No parece que luches mucho por salvar a tu propia sangre. ¿Es tu esposa, quizás?

El hombre se escandalizó.

—¡Oh, no! —exclamó—. Es una sucia esc… no significa nada para mí.

Nicholas sonrió con desdén, dejándole ver todo su desprecio.

—Entonces este sucio escocés se llevará a la otra —dijo con indiferencia, envainó su espada y se volvió hacia la ventana. No esperaba resistencia ni objeciones del joven barón. Y no las hubo.

Menos de un minuto después, ya en el suelo, vio que Baldred, Dungal y Malise tenían todo controlado. Cuatro hombres yacían incapacitados, y Alice y Joanna estaban juntas, de rodillas, con los brazos de Alice rodeando a su amiga, que seguía gimiendo.

Deseando marcharse cuanto antes, Nicholas tomó a Alice del brazo al pasar, la levantó sin delicadeza.

—Partamos —dijo, arrancándola del lado de la mujer que no callaba.

Antes de poder decirle a Baldred que recogiera a Joanna, esta soltó otro chillido tan agudo que despertó a varios perros cercanos, y pronto la noche se llenó de ladridos y aullidos.

—Ay —maldijo Baldred al alzar a Joanna del suelo.

Nicholas puso los ojos en blanco y siguió avanzando hacia la puerta trasera del patio por donde habían entrado. A su lado, sujetada firmemente por el brazo, Alice guardaba silencio y daba pequeños saltos para seguirle el paso.

Solo les quedaba una corta carrera a través de las sombras del pueblo dormido, aunque aceleraron cuando oyeron voces a sus espaldas. Nicholas pensó que el barón debía haber salido por la puerta principal, gritando por ayuda con voz chillona. Momentos después se oyeron respuestas, no del burgo mismo, sino desde más lejos, del cuartel al otro extremo del pueblo.

Cuando llegaron hasta Henry, que cuidaba los caballos fuera de la aldea, Nicholas estuvo tentado de arrojar a Alice boca abajo sobre el corcel y hacerla viajar así durante horas, por todas las molestias que le había causado. Pero podían ser perseguidos, y necesitaban velocidad, más fácil de lograr si ella iba sentada. Así que solo se tomó un momento para ponerse el plaid, sin preocuparse por plegarlo tan prolijamente como habría querido.

Mientras Henry sostenía las riendas, Nicholas rodeó con las manos la estrecha cintura de Alice y la levantó hasta la silla, haciéndola quedar de lado, frente a él. Luego montó tras ella, pasó los brazos por delante de su cuerpo, tomó las riendas y giró el caballo para comprobar la disposición del grupo.

Baldred no había alzado simplemente a Joanna, sino que le permitía montar sola, lo que provocaba una lucha absurda: ella

intentando alzar el pie hasta el estribo, él sosteniéndolo con expresión de creciente desesperación.

—Por amor, hombre —gruñó Dungal, con su caballo encabritándose por la impaciencia—. ¡Súbela de una vez!

—O arrástrala del pelo mientras cabalgas —sugirió Malise, con tono impaciente también.

—Arriba vas —dijo Baldred, poniendo la mano en el trasero de la mujer y dándole un buen empujón justo cuando logró colocar el pie en el estribo. La mujer soltó un grito de indignación mientras pasaba la pierna por encima del caballo y la falda se le subía casi hasta la rodilla.

—Oh, qué tragedia —se lamentó teatralmente, encorvándose con dramatismo, en perfecta armonía con el quejido de su voz.

Nicholas volvió a rodar los ojos y condujo a su grupo lejos de Hallamshire.

***

Sabía montar decentemente, pero nunca le había gustado hacerlo de costado. Alice estaba convencida de que, de no ser por el fuerte brazo alrededor de su cintura, habría caído de cabeza en cualquier momento, dadas la velocidad y la temeridad del escape. No tenía otra opción que aferrarse a ese brazo, aunque lo hizo con rigidez, evitando tocar más de lo necesario a aquel hombre. Podía ser aún el mentiroso que sospechaba: un bandido desesperado, movido por su propio interés.

No dijo palabra. Tampoco ninguno de los cinco hombres, ni siquiera para mandar callar a Joanna, cuya charla nerviosa parecía inagotable. De no ser por la duda persistente y el temor que aún la acosaban, Alice habría encontrado cierta diversión en la escena; tal vez habría preguntado al "bestia" con quien cabalgaba si había previsto o si toleraba aquella incesante verborrea.

Su tenue deleite se desvaneció al escuchar lo que su doncella contaba al hombre con quien iba montada.

—Y lloró y pataleó y arañó a su madre cuando se la llevaron —decía Joanna, sin bajar la voz, aunque debía suponer que lo prudente era guardar silencio—. Seguro le dejó marcas en los brazos. Y yo fui enviada a calmarla, y lo hice lo mejor que pude, le

dije que todo saldría bien. Todos tenemos un papel que cumplir, le dije.

Todo lo que dijo después giró en torno a Alice. La pintaba débil y llorona, luego altiva y temeraria, hasta que Alice tuvo que apretar los labios para no gritarle que *cerrara la boca de una vez*, una frase favorita de su padre.

—No sé qué habría sido de ella sin mí —prosiguió Joanna—. Las lágrimas y el drama los maneja bien, pero no me malinterprete, le habría arrancado el corazón a de Lisle, a él o a su tío, por todo el manoseo que sufrió. Esta misma noche le puso el cuchillo al barón y le dijo que perdería los dedos si la tocaba otra vez. Sin duda fue mi consejo, decirle que no se dejara intimidar, lo que la salvó de la desgracia.

—Ah, y qué afortunada fue de tenerte junto a ella a cada bendito momento —replicó su compañero, con un suspiro que delataba su irritación.

Joanna no captó el matiz y respondió alegremente:

—Lo fue, y bien que se lo recuerdo.

—Aye, apuesto a que sí —dijo el anciano, cabalgando al mismo paso que la pareja—. Cada bendito momento de vigilia, estoy seguro.

Por el rabillo del ojo, Alice podía ver a su captor, la bestia de mirada oscura y penetrante. Inclinó apenas la cabeza y eso le puso el mentón a la altura de los ojos; pensó que o bien él tenía la mandíbula apretada, como la suya, fastidiado por la incapacidad de Joanna para callar, o simplemente su quijada era tan cuadrada y pétrea como parecía. No la miró hacia abajo, pero sí le apretó el brazo que la rodeaba por la cintura, y Alice suspiró, dejando caer un poco los hombros.

Había sido raptada, sí, robada de la casa de los de Lisle por ese bandido de mandíbula firme, quien podría haber parecido inmune al parloteo incesante de Joanna, hasta que reveló su propia molestia por la falta de silencio, murmurando cerca del oído de Alice:

—¿Nunca se calla?

Sorprendida por la pregunta, formulada con mucha menos exasperación de la que ella misma sentía, respondió enseguida:

—No muy a menudo.

Le pareció prudente advertirle ahora, antes de regresar a Escocia, para que se preparara para la avalancha de palabras que escucharía durante los próximos días o hasta que ella volviera a ver a su madre. Con un ánimo inesperadamente alegre ante la idea de volver a casa y abrazar a su madre —o ante la posible contrariedad del hombre si sus intenciones no eran las que decía—, añadió en tono ligero, solo para sus oídos:

—El susto a veces tiene el efecto de quitarle las palabras y los pensamientos. Tal vez así tenga usted la suerte de disfrutar unos minutos sin ruido.

—El grupo y el burro en que cabalgaron —gruñó el que se llamaba Dungal, el más viejo del grupo—, ¿te callarás de una vez? Nunca volveremos a ver nuestra dulce Alba si planeas anunciarle al mundo cada paso que damos.

Ser reprendida tan bruscamente podría considerarse suficiente susto para que Joanna callara, aunque su boca formó una gran "O" de ofensa. El hermoso silencio duró poco.

—No hay ningún alma indeseable despierta a esta hora que escuche nuestro paso —aventuró Joanna—. ¿De verdad nos llevarás a casa?

—A la lass, sí —dijo el hombre que cabalgaba junto a ella, con un tono que dejaba ver su propia irritación—, pero bien podrías quedarte atrás antes de llegar a la frontera si no cierras la boca.

Joanna no se dio por vencida. De hecho, soltó una risita, una de sus expresiones más habituales.

—Entonces poca suerte tendrás para convencer a su padre o a su madre de que la lass llegó sin ser molestada, si te deshaces de mí, la única que podría testificar lo contrario. —Hizo una pausa y añadió—: A menos, claro, que no seas quien dices ser, y molestarla sea precisamente lo que planeas.

Y así siguió. Alice trató de distraer a su compañero de silla con conversación propia, para que ignorara a Joanna.

—No me ha dicho su nombre —lo acusó, con menos severidad de la que habría correspondido. Después de todo, aquel hombre la había raptado de un lugar relativamente seguro y la

mantenía ahora como rehén, cabalgando a medianoche por un país inhóspito; tenía derecho a saber su nombre.

—Nicholas MacRory —dijo él—, convocado, como se dijo, por vuestra...

—Que los santos nos amparen —susurró Joanna al oír el nombre, que nada significaba para Alice hasta que Joanna añadió—: y ahora estamos en manos de la Bestia de Braewood. Och, nuestros días están contados, Alice. Adiós a nuestras dulces ambiciones, a nuestras buenas fortunas, y sí, a toda esperanza de un futuro que no lleve la etiqueta de víctimas de este hombre.

Había más, por supuesto, pero Alice se quedó pensando en *¿buenas fortunas?* ¿Buenas fortunas? ¿Cuándo y dónde habían existido esas?

Y ¿quién era —además de un hombre llamado Nicholas MacRory— la Bestia de Braewood?

—No lo repetiré —dijo el hombre que compartía la montura con Joanna—, ni una palabra más. No tengo reparos en envolverte la cabeza con una capucha después de llenarte ese hueco parlante con mi puño.

—Joanna, por favor —suplicó Alice—. Cállate.

—Aye, me callaré —prometió Joanna, pero no lo hizo—. Y será después, no antes de que me digan cómo llegó el MacRory a conocer al gran de Graham y a recibir el encargo de venir por Alice de Graham. No veo razón alguna para que su querida madre haya...

El caballo en que iba montada se detuvo de pronto; el hombre tiró de las riendas con tal fuerza que interrumpió la perorata de Joanna. Los otros cuatro, incluido Nicholas MacRory, también frenaron y observaron cómo el jinete desmontaba y tiraba de Joanna —no con suavidad— para bajarla del caballo. Ninguno de los hombres preguntó qué hacía. Alice lo observó, frunciendo el ceño en desconcierto.

Joanna, por supuesto, exigió explicaciones.

—Y me dirás ahora por qué me tratas como si no fuera más que una...

Y no dijo más, pues el hombre se volvió desde las alforjas con una cuerda, que usó de inmediato para atarle las manos.

Cuando terminó, y justo cuando Alice exclamó horrorizada, el hombre no le tapó la boca con la mano, sino que le metió un trozo de tela dentro. Los ojos de Joanna se abrieron, horrorizados, bajo la pálida luz de la luna. Alzó las manos atadas para quitarse el trapo, pero él se las bajó de un manotazo.

—Déjalo —ordenó, y empezó a colocarle otra cuerda alrededor de la cabeza para sujetar la mordaza.

La bestia le advirtió a una Alice angustiada, con voz engañosamente tranquila:

—No hables, si no quieres correr la misma suerte, lass.

Y todas las siguientes palabras de Joanna —y fueron muchas — quedaron ahogadas por el pañuelo en su boca y la cuerda que lo mantenía, y luego aún más por la capucha que le echaron encima.

—Aye, y así se quedará —juró el hombre que la había atado — hasta que aprendas a morderte la lengua.

Aparte del espanto mudo de Alice y los murmullos furiosos e incomprensibles de Joanna, nadie más mostró reacción alguna ante lo ocurrido.

—Por favor, no debe... —empezó Alice.

—Aye, debemos —dijo Nicholas MacRory, espoleando su caballo para girarlo—. Ya fue advertida. Como tú también.

Y entonces, como si no hubieran atado y amordazado a la pobre mujer, subieron de nuevo a Joanna al caballo y reanudaron la marcha al trote, rumbo al norte, hacia Escocia.

Pasaron varios minutos antes de que los gruñidos apagados de Joanna se redujeran a un leve gemido y luego al silencio.

Y aunque no podría decirse que esos hombres hubiesen sido especialmente cuidadosos o considerados con Joanna, tampoco le habían hecho daño. Durante largo rato, el único sonido fue el de los cascos de los caballos sobre la hierba húmeda de Inglaterra.

Una maraña de emociones se agitó dentro de Alice, entre ellas una gran pena por la degradante situación de su amiga. Pero luego la invadió una chispa de esperanza: tal vez realmente la estaban devolviendo a su hogar, a sus padres. ¿Había sido su madre quien, a espaldas de su padre, había enviado a este hombre a buscarla? Si él hubiera dicho que su padre le había dado la orden, le

habría costado menos creerlo, pues entonces sabría con certeza que Nicholas MacRory mentía. Su padre era un hombre rudo, que tan a menudo la había ignorado —ella, una simple hija—. No recordaba que hubiera mostrado gran angustia cuando la apartaron de su hogar, no como su madre, que lloraba y se lamentaba tanto como ella misma: en eso, Joanna no había exagerado. Su padre, sin embargo, no era un hombre cruel y jamás le había levantado la mano, pero, como diría Joanna, tampoco era precisamente cálido ni afectuoso.

Aun así, sintió una enorme alegría por haber sido liberada de su prisión en la casa de los de Lisle, y una emoción aún mayor ante la idea de reunirse con su madre.

Así, Alice sintió cómo parte de la tensión la abandonaba. Al poco rato, se recostó contra el hombre que la sostenía y, pronto, se quedó dormida en los brazos de la bestia.

CAPÍTULO CINCO

Habría preferido no arriesgarse a que la mujer, Joanna, realmente mantuviera la boca cerrada y los pensamientos para sí misma, pero cuando el sol empezó a elevarse sobre las colinas onduladas y brumosas del este, Baldred afirmó que, sin duda, ya habría aprendido la lección y podría permitírsele estar sin capucha y sin ataduras. Durante un tiempo, en efecto, guardó silencio. La mujer no dormía, sin embargo, o eso supuso Nicholas, ya que no se había desmayado contra Baldred como lo había hecho Alice de Graham con él durante las últimas horas.

Desmayada, sí, y cómodamente además, para gran fastidio de Nicholas. Aunque, tras pensarlo un momento, admitió que tal vez la situación resultaba más intrigante que irritante. No consideró casual que ella solo se relajara cuando *cesó* el ruido y los rezongos de Joanna, lo que le hizo preguntarse si se conocerían de antes o con más intimidad, y si Alice no estaría, en el fondo, agradecida a Baldred por el regalo que le había hecho: un instante de paz.

Alice tenía la espalda curvada sobre su brazo derecho, la cabeza apoyada en su hombro. La mejilla, tan pálida, descansaba sobre su pecho, y su cabello negro como la pez le caía a modo de cortina alrededor del rostro. Tenía los brazos doblados por los codos, y las manos unidas a la altura del pecho. Nicholas, por más que lo intentara, no halló falta alguna en aquella circunstancia: tener entre los brazos a la suave y cálida Alice de Graham. Por más que se esforzó, no consiguió dejar de mirarla, aunque se contuvo de apartarle el manto de cabello para verle mejor la cara. Cuando se dio cuenta de cuántos minutos llevaba cabalgando casi a ciegas, la vista fija en la belleza dormida que llevaba en brazos, sintió una punzada de furia por distraerse tanto con ella. Aquello no podía ser. Apretando la mandíbula, forzó la mirada hacia adelante, al horizonte.

Y fue entonces cuando lo vio, a la luz temprana del amanecer: una columna de humo negro que empezaba a elevarse sobre el bosque más allá del prado por el que ahora cabalgaban.

—Baldred —dijo, lo bastante alto para que aquel hombre lo oyera, pero no tanto como para despertar a la durmiente Alice.

Baldred apenas giró la cabeza hacia Nicholas antes de dirigir la vista hacia el mismo punto, más allá del prado y de los árboles cercanos.

—Debe de ser Bewlie —comentó, entornando los ojos ante el humo ominoso que ascendía.

Sí, habían cruzado el río Tweed no hacía mucho y habían alcanzado a ver, a la distancia, la fachada de piedra clara del priorato de Coldingham, envuelta en la luz del amanecer que se alzaba sobre el promontorio rocoso de St. Abbs Head. Desde entonces habían avanzado hacia el noroeste, siguiendo el curso del Ale Water, un afluente del río Teviot en las tierras fronterizas.

—Eso no es la neblina de la mañana —dijo Dungal, acercándose a Baldred y Nicholas.

Nicholas observó atentamente la línea del bosque, aquel que separaba a su pequeño grupo del pueblo de Bewlie. Justo cuando creyó distinguir un resplandor anaranjado filtrándose entre los árboles —quizá el origen del humo que se elevaba—, un grito desgarrador, apenas amortiguado por la distancia, resonó sobre la llanura.

—Los ingleses madrugan hoy —dijo Baldred con el ceño fruncido.

Al instante, y sin que Nicholas diera orden alguna, los cinco hombres espolearon a sus caballos, que pasaron del paso tranquilo a un galope decidido sobre el terreno llano junto al río.

Instintivamente, Nicholas apretó el brazo alrededor del cuerpo de Alice cuando el caballo se lanzó hacia adelante, aunque no supo si aquello o el brusco movimiento la despertaron. Ella se tensó y levantó la cabeza, exhalando un pequeño jadeo al recobrar la conciencia.

Agradeció que no lo importunara con preguntas inútiles, sino que dijera con voz somnolienta, tras divisar seguramente las

columnas de humo que crecían delante:

—Algo no anda bien.

—Algún problema, sí —se limitó a responder, sin mencionarle el grito que habían escuchado momentos antes.

Una de sus manos, que antes había mantenido junto al pecho, ahora se aferraba a él, los delgados dedos estaban enganchados en el tartán que le cruzaba el hombro y el pecho. No podía decir si aquello era muestra de miedo o simple necesidad de sujetarse ante la carrera. El galope a través del prado fue fluido, pero se vieron obligados a aminorar la marcha al internarse en el bosque, rodeando pinos, abedules y la densa maleza. A medida que se acercaban al origen del humo, el resplandor anaranjado se intensificaba, y pronto el crepitar y rugir de las llamas llenaron el aire, un estruendo inquietante acompañado de los gritos que ya se oían con claridad.

—Habrá que descargar este bulto —sugirió Dungal, señalando un matorral de abedules apretados rodeados de maleza alta.

Nicholas y Baldred se dirigieron hacia allí y tiraron de las riendas.

—Bájate —dijo Baldred con sequedad a la sorprendentemente callada Joanna, y casi la empujó fuera de la montura. La cuerda que había sujetado la mordaza antes seguía flojamente enroscada a su cuello. Cuando tocó el suelo, lanzó a Baldred una mirada de odio que prometía venganza.

Nicholas, con más cuidado que el impaciente Baldred, tomó la mano de Alice y la ayudó a bajar. Ella estaba aturdida y confundida, y siguió aferrada a su brazo incluso cuando ya tenía los pies en tierra. Sus ojos azules, abiertos por el pánico, buscaron los suyos.

—No puede dejarnos aquí —protestó.

—No puedo luchar contigo en la silla —replicó él, soltando su mano—. Quédate agachada, y callada —ordenó, con tono cortante. Echó un vistazo a Joanna y sintió un instante de inquietud al considerar sus posibilidades de cumplir eso. Luego, considerando

que el peligro aún estaba lejos, volvió a mirar a Alice, a esos ojos luminosos y suplicantes—. Espera aquí, lass. No tardaremos.

—Por favor —suplicó ella, mirando más allá de él, hacia donde el humo se alzaba en nubes grotescas sobre el verdor de los árboles—. Pero si no… regresan —dijo con la voz temblorosa, evitando pronunciar las peores palabras.

Claro que no debía dejarse afectar por aquella mirada de desesperación. No debía dejarse afectar por Alice de Graham en absoluto, a quien apenas conocía. Lo había desafiado, lo había herido con un cuchillo, había dormido en sus brazos, y nada más. No debía importarle.

—Volveré, lass—le prometió, convencido de ello. Si la partida saqueadora era pequeña, los MacRory acabarían rápido con ellos. Si eran demasiados, no lucharían, sino que se retirarían de inmediato —. Alice —añadió, usando su nombre adrede—, no temas. No te dejaré.

Esperaba que la mirada que le dirigía reflejara su ausencia de miedo, y que con eso ella entendiera que tampoco debía tenerlo.

Pareció recomponerse; apretó los labios y asintió, apartándose de Nicholas y de su caballo. Él se alejó, pero sintió en la espalda el calor de su mirada inquieta mientras se reunía con los demás.

No se lanzaron de inmediato al combate, sino que se detuvieron al borde del bosque para observar la situación.

El poblado —que Nicholas dudó ya que fuera Bewlie— no era más que un grupo de una docena de chozas, tres de las cuales ardían en ese momento. Ingleses a caballo y a pie —identificables por la cruz roja pintada en el pecho de al menos uno de los saqueadores y por el casco brillante de otro, del que colgaba una cota de malla que le cubría todo el cuello— vagaban por el lugar, complaciéndose más en sembrar pánico que en causar daño. Aunque se veían dos cuerpos ensangrentados e inmóviles sobre el camino principal, los demás corrían gritando, huyendo a uno y otro lado para esquivar a los atacantes.

—Once —contó Dungal, estimando el número de hombres montados y armados.

—Doce —corrigió Baldred, al ver salir a otro de entre dos chozas, intimidando a una mujer de mediana edad con la punta de su espada. El hombre lucía una mata de cabello rojo sobre la cabeza y la cara, y su risa, mientras la hostigaba, estaba cargada de malicia.

El enemigo no estaba agrupado, sino disperso por el pueblo aterrorizado. Eso los favorecía: atacarían con más facilidad a individuos que a un grupo numeroso.

—Henry, este sitio te servirá, ¿no? —preguntó Nicholas.

—Sí —respondió el joven, desmontando y tomando su arco largo y el carcaj. Apoyó el carcaj contra el grueso tronco de un roble y se colocó a su lado. Abrió las piernas, de perfil hacia la escena, a unos cincuenta metros, y asintió a Nicholas, listo.

La calma de Henry siempre llamaba la atención. A simple vista —alto, delgado, pálido y sin necesidad aún de afeitarse a diario — no parecía el tipo de lad que afrontaría una situación así con tanta serenidad, o al menos con la apariencia de ella. Pero lo hacía: su rostro largo y anguloso no mostraba arrugas de preocupación, su mano firme reposaba sobre el arco de tejo, y no había tensión alguna en la línea de sus hombros ni en el gesto cerrado de su boca.

Baldred y Dungal, solo ellos dos, habían visto más peleas y batallas de las que Nicholas, Henry y Malise juntos llegarían a conocer, y por lo general se lanzaban con arrogante desenfado a cualquier refriega. Haber escapado o engañado a la muerte tantas veces llenaba a un hombre de una sensación de invencibilidad, algo que los dos veteranos sabían aprovechar bien. Henry, sin embargo, era distinto: apenas ese año había salido a los caminos con el ejército de los MacRory, poco después de que Nicholas descubriera su habilidad con el arco largo.

Un alma vieja, decía Dungal del joven, no sin mirarlo a menudo con los ojos entornados, como si desconfiara de eso mismo, de que un lad pudiera tener tanta sabiduría, paciencia y confianza, virtudes que deberían llegar solo con el tiempo y la edad.

—Derriba primero a ese mestizo pelirrojo —ordenó Baldred a Henry—, antes de que se caliente demasiado.

—Vamos —dijo Nicholas a los demás, espoleando a su caballo de guerra. Aquel corcel le servía desde hacía más de un año,

había vivido su cuota de combates y conocía bien a su amo. El animal resopló al lanzarse hacia adelante, dando voz a su impaciencia por entrar en acción, habiendo percibido la sed de sangre de Nicholas.

El primer inglés en caer fue, efectivamente, el del cabello rojo. Henry lo alcanzó justo cuando el hombre se inclinaba sobre la mujer caída, forcejeando con los cordones de sus calzas. Miró hacia abajo, atónito, al ver la flecha que sobresalía del centro exacto de su pecho. El impacto fue tan violento que lo levantó de puntillas y lo hizo tambalearse durante uno, dos, tres largos segundos, con la mandíbula colgando, antes de desplomarse de espaldas. Cualquier sonido que él o su caída produjeran fue devorado por el rugido de las llamas que consumían los techos de paja de las chozas y por los gritos más fuertes y urgentes de los aldeanos que intentaban huir de sus verdugos.

—Once ya —pensó Nicholas, apenas unos segundos antes de enfrentarse al primer hombre que encontró. El hombre llevaba solo un gambesón de color castaño rojizo, una prenda acolchada defensiva, pero sin cota de malla, lo que sugería que no era caballero, quizá solo un soldado raso. Al menos seis de los atacantes vestían de modo similar, y Nicholas se preguntó si no serían simples desertores o descontentos de la causa de Longshank, sin otro propósito que sembrar el caos en las tierras fronterizas.

De cualquier modo, el gambesón ofreció poca defensa ante la pesada espada de Nicholas, que atravesó la prenda, lo que hubiera debajo, y luego la gruesa carne del vientre del hombre. Mientras retiraba la hoja del abdomen y antes de que aquel también cayera de espaldas, el hombre lo miró con una confusión en su ceño, como si se preguntara de dónde había salido Nicholas y por qué lo había atacado.

Apartando al hombre de sus pensamientos, Nicholas espoleó a su corcel hacia el siguiente objetivo. Este iba montado y representaba un reto mayor. Lucharon cuerpo a cuerpo, con los flancos de los caballos rozándose y girando estrechamente uno alrededor del otro. Pero el hombre comprendió lo que Nicholas había hecho: colocarse a su lado desarmado, obligándolo a blandir la

espada a través del cuerpo. Antes de que pasara medio minuto, el inglés yacía en el suelo con un tajo limpio en el lado izquierdo del pecho.

El curso del ataque al poblado cambió en cuestión de minutos: el vuelo de las flechas de Henry, los hombres cayendo y el grupo de jinetes que se acercaba convirtieron la intención violenta de los ingleses de ofensiva en defensiva. Uno de ellos, un infeliz infiel, palideció y giró su caballo para huir. Nicholas no le prestó atención, sabiendo que Henry se encargaría pronto de él, siempre que no pasara de doscientos metros.

Con el horror inmediato disipado y los ingleses en retirada, los aldeanos comenzaron a correr hacia el mismo bosque del que habían salido los MacRory. Algunos ingleses los persiguieron, buscando escapar o quizá tomar rehenes. Henry, entretanto, había cambiado de posición: volvió a montar y se lanzó tras el primer cobarde que huyó, lo que le impidió abatir a los enemigos que escapaban.

Una mujer corría por su vida, con un bebé llorando en la cadera y arrastrando a una niña pequeña de la mano. La niña parecía volar, sus pies apenas tocaban el suelo mientras su madre la tiraba de la mano. Un joven larguirucho y un hombre mayor encabezaban la carrera hacia los árboles. Una mujer de edad incierta, con paso torpe y levantándose las faldas por encima de las rodillas, cerraba la marcha. El inglés más cercano ya casi la alcanzaba, con la espada alzada, cuando Nicholas sacó un hacha del estuche de cuero sujeto a la alforja. Clavó los talones en los flancos del caballo, exigiéndole más velocidad, y levantó el hacha sobre su cabeza, listo para lanzarla. Esperó todo lo que pudo, queriendo acercarse más para no errar, y cuando estuvo a menos de seis metros del enemigo, lanzó el arma afilada antes de que el hombre pudiera derribar a la anciana. El inglés soltó un alarido de batalla, uno no desconocido, y se desplomó sobre el cuello de su caballo.

Nicholas persiguió a los otros ingleses que huían, dos a pie y uno montado, mientras acosaban a los aldeanos aterrados dentro del bosque. Lo último que esperaba ver entre los árboles fue un destello azul y negro cuando Alice salió de su escondite, agitando los

brazos con desesperación para atraer a los campesinos que huían. Joanna no se veía, presumiblemente aún oculta entre la maleza.

—Por aquí —gritó Alice a la mujer y a sus hijos, su voz era firme sin dejar traslucir miedo alguno.

El hombre que perseguía a esa familia se acercó tanto que Alice echó a correr hacia adelante; Nicholas no supo con qué propósito. Sintió una furia desconcertante ante su imprudencia y rugió su nombre a modo de advertencia.

—¡Alice! —gritó—. ¡Atrás! ¡Al suelo!

Ella no obedeció. Siguió adelante y empujó a la mujer aterrada detrás de sí justo cuando el inglés saltaba de su caballo al galope. El corazón de Nicholas se detuvo al ver cómo el hombre embestía a Alice y ambos caían, rodando por el suelo. Estaba aún demasiado lejos para ayudarla, y observó horrorizado, aunque sin dejar de avanzar, cómo el hombre tomaba ventaja, no sin que Alice alcanzara a lanzar varias cuchilladas salvajes con su pequeña hoja, hiriendo el brazo y la mejilla de su adversario. El bandido se incorporó, se lanzó sobre ella y le sujetó el brazo con una mano mientras con la otra le asestaba un golpe en la cara tan fuerte que le hizo girar la cabeza. Un segundo después, se puso de pie, con el cuchillo de Alice en una mano y un puñado de su cabello en la otra. Brutalmente, la levantó hasta ponerla en pie y quizá hubiera cortado su garganta con su propia daga, de no haber visto a Nicholas acercándose a toda velocidad y oído el rugido feroz que brotó del pecho de este.

El hombre reaccionó con rapidez, girando a Alice para que ambos miraran a Nicholas, quien tiró de las riendas con fuerza y se detuvo bruscamente cuando el inglés colocó la daga en el cuello de ella.

—¡Quieto! —jadeó el hombre, sin aliento, con el pecho cubierto de malla subiendo y bajando con esfuerzo.

Nicholas obedeció… y no. Detuvo el caballo a apenas tres metros de la pareja, de pie ante un tejo enorme. Luego desmontó, imaginando que tendría más posibilidades de liberar a Alice si estaban a la misma altura.

Había combatido en suficientes batallas, había sido prisionero de los despiadados ingleses el tiempo suficiente para saber que mostrar emoción alguna solo les daba ventaja, los ponía en control. Pero entonces, si hubiera querido permanecer impasible, no debería haber mirado el rostro de Alice.

Ella lo miraba de frente, y aunque había dejado de forcejear al verlo, mantenía ambas manos alzadas sobre la cabeza, con los dedos aferrados a la mano gruesa que la sujetaba del cabello. Solo su pecho se movía, agitándose por el esfuerzo y el miedo. Tenía la barbilla levantada y firme, más desafiante que asustada.

Ah, pero sus ojos. A la luz clara del día, Nicholas vio que eran de un azul claro y brillante, verdaderamente excepcionales, aunque ahora líquidos de lágrimas. Le sostuvo la mirada con una expresión indescifrable, de modo que él no pudo decir si esperaba que la salvara o si pensaba que él podría sacrificarla para salvar a otros, incluido a sí mismo.

Eso no podía ser, pensó Nicholas. Ella no debía temer—ni a él ni a ningún otro mientras estuviera bajo su protección.

—Aquí —se oyó a sus espaldas, y Nicholas reconoció la voz de Henry—. *Ullamh a nis* —dijo—. *Listo ahora.*

Perfecto. Hasta ese momento, Nicholas no había estado del todo seguro de cómo liberaría a Alice.

—Todo está bien, Alice —le dijo, con voz serena y tranquilizadora—. No te pasará nada.

Ella gimió entonces, el primer sonido que emitía desde que la habían levantado del suelo. Era un lamento incrédulo. Parpadeó despacio, soltando una sola lágrima, con su mirada preguntándole cómo podía pensar que todo estaba bien.

El bosque, que segundos antes hervía de ruido y caos, estaba ahora inquietantemente silencioso. La mujer con los niños había sido atraída al matorral por Joanna. La lucha seguía dentro del poblado, pero los sonidos de ingleses muriendo, caballos relinchando y casas devoradas por las llamas llegaban amortiguados a esa distancia. Nicholas percibía gente alrededor y detrás, pero sabía que eran los aldeanos, quizá incluso la anciana, que lo seguían para alcanzar a Alice.

—Atrás, amigo —gruñó el hombre que sujetaba a Alice, creyendo tener el control. Parpadeaba sin cesar, con la mirada frenética clavada en Nicholas—. Sigue —dijo cuando Nicholas retrocedió solo un paso—. Golpea el anca de ese caballo —añadió, inclinando la cabeza hacia el corcel de Nicholas, que permanecía cerca de su amo.

El caballo abandonado del inglés no estaba a la vista.

—No puedes llevarte mi caballo —dijo Nicholas. Podría haber dicho: *hace buen tiempo* o *este cordero está sabroso*, por lo suave y relajado de su voz.

Esto ensanchó los ojos tanto de Alice como de su captor: la primera, quizá indignada de que Nicholas protestara por el caballo y no por ella; el segundo, sorprendido de que sus órdenes no fueran obedecidas.

—Mueve el caballo aquí o probará la hoja —amenazó el hombre, tirando con más fuerza del cabello de Alice, enderezándose para parecer más grande y furioso—. Saldré de aquí montado, y ella vendrá conmigo —juró—. ¿Qué dices a eso? —preguntó el insensato.

Nicholas le dedicó una sonrisa ladeada sin humor.

—Henry —fue todo lo que dijo, sin apartar la mirada de los ojos azules y llenos de lágrimas de Alice.

Un instante después, el silencio momentáneo y absoluto del bosque fue perforado por el silbido de un proyectil que se acercaba. Tal vez la sangre del hombre retumbaba en sus oídos durante aquel enfrentamiento peligroso, o quizá su atención estaba tan centrada en Nicholas que no percibía nada más. Fuera cual fuese la razón, no vio ni oyó la flecha que se dirigía hacia él. Del mismo modo —y, por fortuna— tampoco lo hizo Alice. No tuvo tiempo de reaccionar, de gritar ni de forcejear, lo que podría haberla puesto en peligro; estaba tan sorprendida como su captor cuando la flecha se clavó a treinta centímetros de su rostro, en la frente del hombre que la sujetaba.

El tiempo se detuvo, al igual que el ceño fruncido del hombre, durante un segundo, hasta que cayó al suelo arrastrando a Alice con él, pues sus dedos seguían enredados en su cabello.

Nicholas se lanzó hacia adelante y cayó de rodillas junto a Alice; su primera acción fue quitarle el cuchillo de la mano al

hombre. Arrancó el puñal de entre los dedos que lo aferraban y luego fue soltando los otros, enredados en el suave cabello negro de Alice. Cuando la liberó de su agarre, Nicholas la incorporó hasta ponerla de rodillas frente a él, la sujetó por los hombros y la sacudió con fuerza.

—Por todo lo que es sagrado, ¿en qué estabas pensando? —le espetó sin importarle que, mientras se arrodillaban uno frente al otro, hubiera un cadáver junto a ellos. Alice tenía el rostro vacío, sin una gota de sangre, tan pálida como el hombre a su lado. Pero no apartó las manos firmes de sus brazos, ni gritó ninguna justificación por sus temerarias acciones.

—¡Te quedas donde te digo que te quedes! —continuó Nicholas, aún furioso—. Si te digo que te agaches y te escondas, te agachas y te escondes. Si te digo que corras, ¡corres! ¿Me entiendes? No vuelvas a desobedecerme jamás. No es más que un camino directo a la muerte.

Maldita sea, por despertar en él una preocupación tan fuera de lo común.

CAPÍTULO SEIS

La verdad, no oyó ni una sola palabra de su arenga. Entendió que él le estaba gritando, sí, pero el porqué y el motivo de ello se le escapaban. Como también su interés en escucharlo. Lo miraba, intentando dar sentido a los pensamientos que le bullían en la cabeza. Había conocido el miedo y la ansiedad durante el último año, pero nada la había asustado tanto como lo que acababa de ocurrir. Jamás había escuchado una voz tan fríamente malévola como la de aquel hombre que le había puesto un cuchillo en la garganta. Durante los interminables segundos en que el bandido la sostuvo, no podía imaginar cómo saldría viva, cómo evitaría morir.

Pero entonces, Nicholas. Tan tranquilo, tan sereno, sin mostrar ni una pizca de preocupación ni de miedo; solo había estado furioso con el hombre, decidió ella, fácilmente, al recordar el rizo de su labio. Quizás no sintió temor alguno porque sabía que él —y por tanto, ella— saldrían ilesos. Qué cosa tan notable, pensó Alice. Qué absolutamente extraordinario estar dotado de tanta confianza desmesurada y justificada como este hombre, el Bruto de Braewood.

Decidió entonces que era magnífico. Claro que aún no estaba del todo convencida de que sus ambiciones respecto a rescatarla de los ingleses fueran desinteresadas o nobles, pero eso no le impidió juzgarlo como un hombre espléndido. En realidad, todo en él —no solo sus acciones seguras y victoriosas de ese instante— era impresionante.

A la luz del día, pudo verlo bien por primera vez. No era una bestia en absoluto, sino un dios. Sin importar la cicatriz grotesca, levantada, blanca y arrugada, que trazaba un camino desde su oreja hasta una comisura de los labios. Alice no habría dicho que añadía atractivo al hombre, pero sin duda tampoco lo restaba. No podía restarlo, no ante esos pómulos marcados y esculpidos ni ante la

perfección cuadrada de su mandíbula. No se había afeitado, quizá en varios días, y su piel dorada por el sol estaba sombreada por una barba castaña, con mechones tan oscuros como la caoba y un parche más claro, color miel. Su boca era amplia, sus labios suaves y llenos, apenas unos tonos más oscuros que su piel. Llevaba el cabello corto, cortado al ras, aunque con un encantador rizo en las gruesas hebras color caoba con reflejos dorados. Era rudo, con arrugas alrededor de los ojos y esa aspereza de varios días sin afeitar, pero a la vez sublime por la claridad y la fuerza de su mirada y porque, salvo aquella cicatriz solitaria, estaba intacto en todo lo demás.

Sus ojos. Alice estaba segura de no haber visto nunca unos como los suyos. Eran penetrantes y analíticos —eso ya lo había percibido incluso en la oscuridad de la noche anterior—, la miraban y la atravesaban al mismo tiempo, pero además tenían un tono fascinante, un castaño claro que parecía más dorado que marrón. Con las manos fuertes aun sujetando sus brazos, estaba lo bastante cerca para descubrir que las pupilas eran realmente doradas y estaban salpicadas de motas marrones y verdes. Asombroso.

Él había dejado de hablar —de gritarle—, se dio cuenta al cabo de un momento. Otras cosas también se hicieron evidentes. Joanna y aquella mujer aterrada con sus niños habían salido del matorral. Los hombres de MacRory llegaron, uno por uno, desde la aldea hacia el bosque.

Hipnotizada por el magnetismo dorado de sus ojos —en realidad, por todo él—, Alice asintió maquinalmente, imaginando que esa era una respuesta razonable a su reprimenda, que ya había terminado hacía casi medio minuto. Ante esto, o ante su absorto y descarado embobamiento, Nicholas MacRory entornó brevemente los ojos dorados antes de ponerse de pie y ayudar a Alice a incorporarse también. No se detuvo más y se volvió casi al instante para dirigirse otra vez a sus hombres.

Y Alice volvió a respirar.

Vaya, vaya, vaya.

—Veamos qué se puede hacer con esos incendios —dijo Nicholas y caminó hacia donde estaba su caballo; el animal no se

había movido desde que su jinete se lanzó de su lomo. Una vez sobre el gran destrero de nuevo, Nicholas dio media vuelta y encaró a Alice, recorriendo con la mirada a quienes estaban a su alrededor.

—Es más seguro en la aldea —dijo, inclinando la cabeza en esa dirección—. Vamos.

Ella volvió a asentir y aspiró una profunda y estabilizadora bocanada de aire antes de girarse hacia Joanna —extrañamente callada durante todo ese tiempo—, que la observaba con los ojos muy abiertos.

Y, cómo no, Joanna recuperó la voz. Joanna siempre recuperaba la voz.

—¡Ah, creí que morirías! ¿No vi acaso venir tu fin? Y sollozaba por dentro, pensando qué podría decirle a tu pobre y dulce madre. Sí, fuimos liberadas del malvado barón, pero ¡ay!, encontró la muerte a manos de un villano —y para colmo, en nuestra propia tierra. Que se perdone a los pecadores, pero ¡qué alivio no tener que contarle yo esa historia!

La otra mujer, la de los dos niños claramente aterrorizados, parpadeó varias veces ante Joanna, pero no tuvo oportunidad de reflexionar sobre aquel torrente de palabras.

—Sí, y volveremos con ellos —dijo Joanna, levantándose la falda y los pies por encima de las raíces sobresalientes de un árbol —. Más seguro, dice, y ¿acaso no lo sé yo?, si nos mantenemos cerca de esos hombres.

Comenzó a marchar hacia la aldea, con la mirada puesta en los jinetes delante de ella, pero se detuvo al percibir que nadie la seguía. Girando, frunció el ceño tanto a Alice como a la joven madre, e incluyó también a una anciana a su izquierda, a quien Alice apenas ahora recordaba.

—Quedarse ahí heladas y boquiabiertas me parece un pasatiempo peligroso —las reprendió Joanna antes de darse la vuelta para reanudar su marcha.

Alice soltó una risa temblorosa. Había cierto beneficio —una familiaridad hermosa que ponía tantas cosas en su lugar— en ver a Joanna actuar de nuevo como siempre.

Al mirar a la joven mujer y a sus dos *bairns*, Alice descubrió entonces su miedo distintivo. Las habían aterrorizado en su propia casa; quizá habían presenciado horrores mayores que el breve y resuelto encuentro que Alice había vivido. Se encontró con la mirada azul de la niña que se escondía a medias detrás de su madre, aferrada a su mano.

Con una sonrisa generosa, Alice extendió su mano hacia la pequeña.

—¿Quieres tomar mi mano y caminar conmigo?

La niña alzó la cabeza para mirar a su madre, buscando permiso, alguna señal de que era seguro hacerlo. Ante el asentimiento tembloroso de su madre, la niña —de no más de cuatro o cinco años— salió de detrás de la falda y avanzó hacia Alice. Sin embargo, no tomó su mano, sino que levantó ambos brazos, queriendo que la llevaran en brazos.

Invadida por una oleada inmensa de compasión, Alice accedió, alzando a la pequeña y sosteniéndola contra su pecho.

—Ya estás a salvo, cariño.

—Oh, qué providencia —dijo la madre mientras caminaban tras Joanna—, que hayan llegado justo en el momento adecuado.

Alice se volvió para asegurarse de que la anciana caminaba con ellas. Lo hacía, despacio, aún sin aliento después de su carrera anterior, que quizá no hacía en años. Los pocos hombres que habían corrido hacia el bosque regresaron en cuanto los MacRory avisaron que la amenaza había terminado.

—Una fortuna, sin duda —coincidió Alice, agradecida también. ¿Qué habría sido de ellas, de aquella dulce criatura en sus brazos, si no hubieran llegado cuando lo hicieron?

Incluso mientras los árboles se aclaraban al acercarse a la aldea, la neblina de humo cubría casi toda la escena.

Joanna avanzaba pisando fuerte, buscando cualquier tarea que pudiera realizar. Esa era una de sus cualidades más entrañables: no temía el trabajo y era rápida para ofrecer ayuda cuando hacía falta. Estaba ligado, según siempre había creído Alice, a su necesidad similar de mantener la mandíbula ocupada. Por alguna razón, de algún modo, el silencio y la quietud perturbaban a Joanna.

Necesitaba ruido y movimiento para mantenerse tranquila. Se detuvo junto a una choza en llamas y tomó una escoba que estaba apoyada junto a la puerta; la sumergió en un tonel de lluvia cercano y la usó para golpear las llamas a lo largo del techo. De poco serviría, determinó Alice, pero la dejó con la tarea.

—¿Tu casa está intacta? —preguntó Alice a la joven madre, caminando a su lado.

La mujer asintió y levantó el rostro para indicar una casita sin daños más adelante. Alice siguió su mirada y encontró a Nicholas MacRory en su línea de visión. Con un rastrillo en la mano, estaba arrancando la paja ardiente del techo de otra cabaña, apagándola a pisotones cuando caía al suelo. Hizo una pausa y llamó a uno de sus hombres:

—Recojan esos cuerpos después. Los enterraremos cuando el fuego esté extinguido.

Alice dio un jadeo y solo entonces, girando la mirada, vio que varias personas habían muerto, ya fuera defendiendo sus hogares o a sí mismas. Tres cuerpos yacían en distintos puntos de la pequeña aldea. Instintivamente, pegó la cabeza de la niña contra su hombro y cuello, para que no viera aquel desastre. El cuerpo más cercano era el de un joven. Yacía boca abajo, con la espalda cubierta de sangre.

Sobrecogida, Alice miró a la mujer.

—¿Es…?

Con cansancio y los ojos verdes llenos de lágrimas, la mujer negó con la cabeza.

—Mi hombre se fue esta mañana, junto con otros tres; llevaron el grano al puerto.

Una pequeña bendición, pensó Alice.

—Podemos cavar la tierra para… ellos —sugirió Alice, aun sin saber cómo hacerlo, ni dónde encontrar una pala, ni dónde debían cavarse las tumbas.

—Aye —dijo la mujer, ajustando al niño pequeño en su cadera—. El granero al final del camino tiene palas.

Alice la siguió, pasando junto a una pareja acurrucada en el suelo, llorando en los hombros del otro, y luego junto a una lass

adolescente que lloraba sobre otro cuerpo sin vida mientras una mujer mayor intentaba separarla.

Un chillido a sus espaldas hizo que Alice se volviera. El susto no tuvo tiempo de formarse cuando vio que el grito venía de Joanna, que simplemente había tropezado y caído de espaldas. El hombre de los MacRory que la había amordazado y cubierto la cabeza corrió hacia ella y la ayudó a ponerse de pie. Tomó la escoba y continuó el trabajo que Joanna había iniciado.

Cinco minutos después, Alice y la mujer se unieron a dos hombres al borde de la aldea, uno de ellos el diestro arquero de los MacRory. Mientras esos hombres cavaban una tumba cada uno, Alice y la mujer trabajaron juntas en la tercera, mientras los niños pequeños se sentaban en la hierba marrón y observaban en silencio, con miradas lánguidas.

***

Nicholas se secó el sudor de la frente y recorrió el pueblo con la mirada. De vez en cuando, tenía que obligarse a relajar la mandíbula. Nunca había sido un hombre ávido por entrar en batalla —cualquiera que afirmara tal cosa debía ser mirado con recelo—, pero la libertad y el levantarse contra la tiranía requerían hechos así. Fuera de la guerra o de su propio trabajo en los últimos años, aborrecía la violencia, y más que ninguna otra, la violencia sin sentido como esta. Las tierras fronterizas sufrían escaramuzas frecuentes, pero esto, con solo una docena de agresores, no parecía sino obra de hombres viles buscando saciar sus propias depravaciones, aterrando y matando a inocentes por ninguna otra razón más que porque podían.

No le molestaba que su grupo se demorara ahora. Ciertamente no dejaría a esa modesta aldea, ahora mermada por tres almas, a su suerte para protegerse y enterrar a sus muertos. Bien podrían quedarse allí esa noche, más *por precaución* que por sospecha real de que podrían llegar más tropas inglesas a causar daño.

Trabajó sin descanso, manteniéndose en movimiento, ocupado, para que su mente no lo torturara con imágenes de Alice de Graham bajo el cuchillo de aquel bandido muerto. Dejando de

lado lo funesto que habría sido —haberla rescatado de los ingleses y devuelto a la buena y verde tierra de Escocia solo para que la asesinara un despojo inglés, y cómo habría explicado eso a su madre ya de luto—, Nicholas permitió que su atención se apartara de las cenizas que estaba echando en un caldero negro y se dirigiera hacia donde trabajaba Alice.

Ella estaba en lo que parecía ser el final del camino, aunque era solo el punto donde este giraba bruscamente y descendía, ocultándose de la vista. Usó la manga larga de su kirtle para limpiarse la frente y, aunque cincuenta o más pies los separaban, él pudo ver sus labios perfectos moviéndose mientras hablaba.

Sonrió poco después y luego frunció la nariz ante la niña sentada cerca de ella. Juguetonamente, tratando de distraer a la pequeña de los tormentos del día, se inclinó sobre el hoyo de tierra en el que estaba —ya lo bastante profundo para que sus muslos tocaran el borde— y sacó una hoja verde brillante de detrás de la oreja de la niña. Fingió gran sorpresa, con la boca abierta en una larga *"O"* y los ojos muy abiertos.

La respuesta de la niña se retrasó, asombrada; luego abrió también los ojos y se incorporó, poniéndose de rodillas. Apoyó una mano en el hombro de Alice y revisó detrás de sus orejas, una y luego la otra, buscando más hojas. Alice se encogió de hombros, fingiendo inocencia y, sin que la niña lo advirtiera, arrancó un cardo con puntas blancas del césped a su lado y luego hizo un espectáculo de "descubrirlo" detrás de la oreja de la pequeña. Su juego de manos era impresionante. Solo el interés absorto de Nicholas le había permitido notar lo que hacía.

Quizá sonrió por dentro, pero no dejó que se notara. Hacía años que no conocía ni la capacidad ni el deseo de mostrar cualquier sentimiento alegre. En cualquier día, la ira, la indiferencia y la molestia eran sus expresiones más habituales. Emociones conocidas, cómodas, que no revelaban debilidad. Lo mantenían seguro, y en tantos sentidos.

Tras terminar con la paja quemada de la última choza dañada, Nicholas ayudó a dos hombres de la aldea a llevar los cuerpos de los muertos hacia la curva del camino, donde la tierra

abierta los esperaba. Muchos se habían reunido allí, aunque no la lass que avanzaba dando saltitos y tropezando a su lado mientras él cargaba al joven eternamente joven, a quien, al parecer, ella había entregado su corazón.

—Por favor, no me dejes —le decía la joven al muerto, casi ininteligible por la fragilidad sofocada de su voz.

Nicholas se detuvo y la miró.

—Toma lo que quieras que vaya con él —le dijo, recordando cómo su padre había colocado una nota y su anillo de sello dentro del sudario en que enterraron a su madrastra.

La lass, de ojos castaños, dejó de llorar y lo miró, cautivada por la sugerencia. Él asintió, animándola:

—Ve —le dijo—. Y piensa también en qué palabras quieres dedicarle para despedirlo. No empezaremos sin ti.

En el borde de las tumbas, las mujeres de la aldea se ocuparon con largos trozos de lino, cosiendo cada cuerpo dentro de la tela donada o recuperada. La labor transcurría en silencio. Nicholas se mantuvo a una distancia respetuosa, con las manos en las caderas mientras contemplaba la vista hacia el valle más allá de esa curva del sendero. La tierra estaba pintada de un verde exuberante y un marrón terroso, elevándose perezosamente desde el valle hasta la cadena montañosa a varios kilómetros. El sol brillaba con fuerza y el viento era suave, pero eso era todo lo que tenía de perfecto aquel día.

Poco después, los muertos fueron enterrados. Con solemnidad, Nicholas y sus hombres se mantuvieron cerca y firmes, hasta que su atención fue robada, una vez más, por Alice. Ella estaba frente a él, con la extensión de esos tres huecos en el suelo entre ambos. Ahora sostenía —otra vez— a la pequeña de cabello claro, la misma a la que había entretenido antes, y permanecía junto a la madre abatida de la niña, que aún llevaba a su pequeño en brazos.

Alice debería estar destrozada ahora, como todos los demás. Ella también había tenido su propio susto, igual que esas personas hostigadas y torturadas. Sí, estaba exhausta, y había señales de que había llorado en algún momento del día: la línea limpia que recorría

el centro de su mejilla —arrastrando el polvo y la mugre para dejar ver su piel de porcelana— lo delataba. Su cabello estaba revuelto y sus manos sucias, pero sus ojos estaban ahora despejados y, siempre que la niña la miraba directamente, Alice conseguía dedicarle una sonrisa exagerada para aliviarla.

Su atención se deslizó hacia Joanna. Para su mérito, y para sorpresa de Nicholas, no emitió sonido alguno durante el entierro; solo permaneció en silencio, paciente, con las manos entrelazadas al frente y con la cabeza inclinada.

Cuando se pronunciaron unas palabras sobre cada alma perdida, cuando se musitaron oraciones y un himno fue entonado con una desolación notablemente desafinada, Nicholas y los hombres de los MacRory observaron cómo los dolientes se alejaban del lugar.

—Deberíamos quedarnos esta noche —sugirió Nicholas, mirando una vez más hacia el cielo para calcular la hora.

—Aye —concedió Baldred—. No llegaríamos mucho más lejos hoy, como están las cosas. Y no me gusta dejarlos librados a su suerte, por si algún inglés viene buscando a los doce villanos que perdieron.

Asintiendo, Nicholas ordenó que tomaran turnos de guardia, igual que cualquier noche de viaje.

—Al sur y al este, imagino. —Si algún inglés llegaba, sería probablemente desde esas direcciones.

Dungal no se opuso, pero añadió:

—Pero mañana, partimos directo hacia la finca de los de Graham. Si salimos con el amanecer, no deberíamos necesitar más de un día y medio.

Por el rabillo del ojo había visto a Alice, a Joanna y a la mujer con sus hijos caminar por la aldea hasta internarse en un bosquecillo ralo al norte. Ya sabía que un pequeño lago se encontraba justo detrás de esos árboles, pero no le pareció prudente que fueran allí sin protección. Para poner distancia entre él y aquello que había sentido antes —cuando, por un momento imprudente, había creído que Alice significaba algo para él y el miedo lo había atravesado al verla con un cuchillo en la garganta—, envió a Malise para vigilarlas.

Cenaron con los habitantes de ese minúsculo asentamiento —no Bewlie, sino una aldea sin nombre en Lilliesleaf, dentro de la parroquia civil de Roxburghshire, según les habían dicho—, quienes no se habían retirado a sus casas para la comida vespertina, sino que habían preferido la camaradería de una cena comunal, donde podían lamentarse juntos. Baldred y Dungal habían salido a cazar con dos hombres del pueblo a primera hora de la tarde, desestimando el temor de aquellos por lo que sería, técnicamente, caza furtiva en tierras parroquiales.

—Yo seré quien dispare —declaró Dungal—, eso será cosa mía. Y reto a cualquiera a decir que no tienen derecho a comer cuando nada se hace para protegerlos en esa misma tierra.

Y así, se habían marchado y regresado en menos de dos horas con un ciervo rojo que probablemente alimentaría a esa gente durante toda una semana. También consiguieron media docena de liebres, que entregaron a las mujeres de la aldea para cocinarlas esa misma tarde.

El sol aún descendía lentamente cuando cenaron, aunque la aldea estaba ya sumida en sombras por las montañas que rozaban el cielo al oeste. Dungal —capaz de conversar con cualquier persona sobre cualquier tema— se acomodó entre los campesinos y mantuvo una charla constante, aun cuando todos seguían apagados y solemnes por el horror vivido aquel día. Malise y Henry estaban de guardia y cenarían después, cuando Nicholas y Baldred los relevaran.

Alice y Joanna permanecieron con la mujer y sus hijos, como lo habían hecho durante todo el día, y ninguna de las dos se quejó ni preguntó cuándo partirían o por qué se quedaban cuando el peligro ya había pasado y el polvo se había asentado.

Después de la cena, Alice se alejó de los pequeños grupos dispersos y volvió a internarse entre los árboles. Más atento a sus movimientos que a los de cualquier otra persona en la creciente penumbra del atardecer —para su propia irritación—, Nicholas notó su partida. Frunciendo el ceño cuando ella no regresó tras unos minutos, Nicholas se puso en pie y la siguió.

CAPÍTULO SIETE

Habiendo visto a Joanna hurgar y picotear un pedazo de comida atascado entre sus dientes, y tras divertirse por lo poca contención que Joanna había mostrado para expulsar al intruso —lo que había arrugado su rostro y abierto su boca de una manera inquietantemente amplia—, Alice optó en cambio por volver al lago para atender un aprieto similar. No le importó que el agua fuera testigo de sus propios esfuerzos por extraer un trocito de carne de conejo de entre sus dientes, y luego se enjuagó la boca con un poco de agua cuando terminó.

El lago estaba bonito ahora, el agua reflejaba a la perfección el cielo de nubes pintadas en púrpura y naranja. Al otro lado, a unos treinta metros, una cierva y su cervatillo bebían del agua fría, con sus orejas moviéndose en perfecta armonía. Con todo lo acontecido en los últimos días, Alice había conocido muy poco del desasosiego en su joven vida. Le maravillaba que el resto del mundo siguiera adelante con tanta exquisitez cuando apenas unas horas antes se le había mostrado más evidencia de cuán mezquino y cruel podía ser con demasiada frecuencia.

Al incorporarse tras arrodillarse en la orilla, Alice se sobresaltó al sentir una presencia cerca de ella. Instintivamente giró y, aunque de poco le había servido en las dos ocasiones anteriores en que la había usado, desenvainó su pequeña daga del estuche acolchado en su cintura.

—Ha tardado demasiado.

El sonido de la voz de Nicholas MacRory, reconocida apenas unos segundos antes de que él mismo se mostrara, le dio un alivio inmediato.

Los bosques que rodeaban el pequeño lago dejaban pasar aún menos luz del sol poniente. Por ello, durante los primeros

segundos, él no fue más que una figura oscura emergiendo entre los árboles. Inconfundible, aun así, por su tamaño y complexión, extrañamente familiares para ella después de tan breve trato.

—No debería acercarse así a una persona —dijo, envainando su poco útil arma. Con el alivio llegó un cansancio súbito y abrumador, del que había logrado escapar todo el día. A medida que sus hombros se relajaban, también lo hacía todo su cuerpo, que se derrumbó con fatiga. Sin pensarlo mucho, se dejó caer en el suelo, de cara al agua plateada y oscura del lago, y exhaló su agotamiento.

—No fue tanto acercarme a escondidas como asegurarme —justificó él, sin mostrar remordimiento alguno.

Sus botas aparecieron en su periferia, muy cerca de ella, a solo unos pasos del borde de su falda. Al instante siguiente, la sorprendió sentándose también, aparentemente sin ganas de devolverla aún a la compañía del grupo en la aldea.

—El silencio es bienvenido después de un día tan caótico —dijo ella tras un momento.

—Aye.

Alice no sintió ninguna necesidad particular de llenar el silencio suspendido entre ellos con palabras. La verdad era que estaba demasiado cansada para sentirse incómoda por la falta de conversación; solo sabía que podía disfrutar de este respiro sin miedo ni cautela ahora que él estaba allí.

Pasaron varios minutos antes de que él iniciara la conversación.

—Lo has hecho bien con esos críos —comentó—. Imagino que hizo el día más llevadero.

Ella sonrió al recordarlo, encantada por la pequeña.

—La niña se llama Marion —le contó—. No confundir con Martin, su padre, me ha dicho. Ha visto cinco veranos y no es gran admiradora de su hermano menor; era mucho más feliz, asegura, cuando solo estaban ella, su mamá y su papá. Es bastante precoz; incluso preguntó a Joanna cómo se ve su boca cuando está cerrada.

Con el rostro vuelto, alcanzó a ver la ligera curvatura —y luego desaparecida— de la comisura del labio de él. Quizá se lo había imaginado. Quizá no había sido más que un tic en la cicatriz.

—Pareces poco afectada por… todo esto. Por todo, de hecho —dijo él.

¿Todo? Ah, sí.

—No tengo más opción que creer lo que dice, que pretendes devolverme con mi familia y a mi hogar. Este día… considero afortunado que diéramos con aquella escena horrenda. ¿Qué habría sido de ellos...de todos ellos, de la preciosa Marion...si no hubiéramos pasado por allí?

La curva regresó y esta vez permaneció un poco más. Él ladeó su apuesto rostro hacia ella.

—¿Acaso tu Joanna no os dio esa respuesta? ¿Y con todo lujo de detalles?

Alice sonrió ampliamente, apreciando su pulla aunque la sorprendiera que él bromease así.

—Lo hizo. O empezó a hacerlo. La hice callar antes de que los ojos de Marion o de su madre se abrieran demasiado.

Tras otro espacio de silencio, preguntó:

—¿Permaneceremos aquí esta noche?

—Aye, y partiremos hacia el norte con la primera luz.

—Y —continuó ella— si no tropezamos con otro burgo o aldea atacada, ¿estaría entonces en los brazos de mi madre…?

—Pronto —respondió él—. Dentro de un día y una noche y la mitad del siguiente.

—Que alegría —musitó ella—. ¿Mi padre estaba bien cuando lo vio?

Él no había estado enfermo cuando ella fue llevada, pero era un hombre dado a grandes ansiedades. Muchas veces ella había visto el peligroso enrojecimiento de su rostro cuando la rabia o la frustración lo dominaban. En esas ocasiones, su madre lo advertía de que acabaría causándose la desgracia si no cuidaba mejor de sus reacciones. Alice debía suponer que, que te arrancaran a tu hija de los brazos y la ocultaran en paraderos desconocidos podía causar estragos en sus humores.

—Parecía un hombre agraviado por —o quizá resignado a— las maquinaciones encubiertas de tu madre, pero por lo demás estaba bien.

Con esas palabras, Alice sintió otro nivel de alivio. Nicholas MacRory acababa de describir a sus padres tal como siempre habían sido: su madre empujando siempre los límites de la paciencia eterna de su padre, ideando un plan tras otro que él sabía que no podría impedir que se convirtieran en su nueva realidad. Aquello la reconfortó: ese conocimiento íntimo compartido le permitió creer sin reservas que aquel hombre decía la verdad. Seguro que había hablado con sus padres si había captado tan bien su dinámica.

—No habeis preguntado por la salud de tu madre —comentó él entonces.

Y por buena razón.

—Mi madre es la persona más fuerte que conozco. Debe de estar bien. Si lo que dice es cierto, el hecho de que esté aquí, enviado por ella, indica que está bien, tan fiera como siempre.

—Aye, y así es.

Cuando se había sentado hacía solo unos minutos, Alice había dejado sus manos apoyadas en su regazo. Pero ahora las cruzó sobre el pecho y se abrazó brevemente, imaginando los brazos firmes de su madre rodeándola. Pronto, se dijo.

—Pero ya es tarde —dijo él entonces, poniéndose de pie con gracia—. Volvamos ya, nos meteremos en nuestras mantas por la noche.

Él extendió una mano hacia ella.

Alice alzó la vista hacia él, que se erguía imponente sobre ella, y con poca vacilación colocó su mano en la suya, que quedó enseguida engullida cuando él cerró sus grandes dedos alrededor de ella. De un tirón suave, la levantó del suelo.

Esto la dejó muy cerca de él. Nerviosa, Alice pasó su mano libre por la parte trasera de su falda, quitándose hierba o tierra, con la mirada clavada en su pecho, inexplicablemente inquieta por esa cercanía. Ya habían estado más próximos antes: en su celda en la casa de los de Lisle, sobre el caballo, cuando él la había reprendido con firmeza.

Pero ahora, en la oscuridad tranquila de la noche…

Él no soltó su mano, no se movió en absoluto; permaneció inquietantemente inmóvil, centrado únicamente en ella.

Alice se preparó y alzó su mirada hacia él, sin hacer ademán alguno de recuperar su mano.

Su mirada era diligente, recorriendo sus ojos, sus mejillas, su boca; el dorado castaño de sus ojos oscurecido por las sombras alargadas y por algo más, alguna emoción que ella no podía nombrar. Solo sabía que sentía que él necesitaba completar ese examen inquisitivo para emitir una evaluación final de ella, que quería conocer sus secretos, de los cuales tenía pocos.

Excepto, claro, cuánto él la descolocaba y cuánto la fascinaba.

Y entonces su mirada dejó de moverse. Mientras su mano seguía dentro de la de él, los ojos ámbar de Nicholas se fijaron en sus labios y no se apartaron. El corazón de Alice triplicó su ritmo y estaba casi segura de que él podía sentir el pulso frenético en su mano. Él apretó los labios y un músculo le saltó en la mejilla.

No se había dado cuenta de que contenía el aliento hasta que abrió la boca para hablar y lo soltó, de modo que las palabras salieron en un susurro entrecortado:

—Quiere besarme —se sorprendió anunciando su propia sospecha.

—Aye, lo estoy pensando —la sorprendió al admitirlo con tanta franqueza, más aún que una respuesta tan provocadora viniera tan severa, bajo el amparo de unos ojos oscurecidos.

No tenía idea de dónde podría haber surgido aquella idea, de que él estuviera debatiéndose justo eso. Nunca había estado ni remotamente cerca de ser besada. Pero tampoco había visto jamás una mirada tan firme de anhelo en alguien. ¿Anhelo? Tal vez no. Quizá, como ella, era más bien un fervoroso interés. Fuera lo que fuese, estaba más que excitada por la mera idea de que un hombre como aquel, valiente y hermoso, quisiera besarla. Algo más se le ocurrió en esos pocos segundos en los que él seguía mirándola sin moverse para besarla. Él era mayor, experimentado, muy probablemente había vivido mucho más que ella. Sin duda, había besado o había sido besado antes. Qué fascinante que supiera exactamente de qué se trataba y estuviera ahora jugueteando con la posibilidad de hacerlo a ella. ¿Con ella? No lo sabía; no tenía idea de

lo que era un beso entre un hombre y una mujer. Oh, pero quería descubrirlo con ese hombre.

—¿Todavía lo está pensando? —sabía exactamente lo que en realidad estaba preguntando. ¿Iba a besarla o no? *¿Sería solo un pensamiento, o satisfaría su ávida curiosidad y actuaría al fin?* Su corazón latía con furia dentro del pecho. Por favor. Alice cerró los dedos en un puño a su costado y aconsejó con audacia— Creo que debería hacerlo.

Él asintió, una sola inclinación de la cabeza, dada con lentitud, con su mirada aun escudriñándola como si todavía tratara de descubrir algo en ella, buscándolo en lo hondo de sus ojos. Pero no se movió de inmediato, y Alice se preguntó si no estaría intentando convencer a su propio juicio de desistir. Antes de que pudiera lograrlo, ella dio un paso hacia delante, reduciendo la distancia entre ambos a menos de un pie.

Ese paso cauteloso la animó, y él eliminó el espacio restante entre los dos.

Ella percibió contención en él, pues lentamente guio sus manos unidas hacia la izquierda, su mirada dorada clavada en la de ella.

Su brazo libre se deslizó despacio alrededor de su cintura, acercándola.

—Cierra los ojos —dijo él, su aliento era cálido contra su rostro, justo cuando sus párpados caían como cortinas sobre sus ojos ámbar.

Hasta ahí llegó su control, porque en el siguiente segundo estampó sus labios sobre los de ella con una fuerza tan excitante como desconcertante. Pese a lo persuasivo del ímpetu, sus labios eran suaves y cálidos, y ella no sintió que corriese peligro alguno. Se derritió contra él casi al instante, electrizada por aquello que estaban haciendo, por el hecho de que aquel hombre la estuviera besando. Sintió el beso en todas partes: en la sangre cantando en sus venas, en los latidos retumbantes en sus oídos, en el calor de su cuerpo presionado contra el de él. Él deslizó la boca sobre la suya y usó la lengua para trazar la línea de sus labios, para persuadirla de abrirse. Lo hizo suavemente, una caricia apenas perceptible sobre su boca.

Alice jadeó, abriéndose a él. Su lengua era cálida y dulce dentro de la suya. Alice recibió la suya con la propia y un gruñido primitivo salió del pecho de él. Se sintió poderosa al saber que podía llevar a ese hombre casi al borde de perder el control, y a la vez se sintió debilitada por la intensidad, por la respuesta de su propio cuerpo.

Aferrándose al cuero acolchado de su peto, arqueó el pecho hacia delante. Nicholas la apretó contra sí, y el beso se volvió salvaje y hambriento, aunque conservaba una intimidad soñadora. Alice sintió el calor arremolinarse por todo su cuerpo, hasta la punta de los dedos de los pies, embelesada por la endiablada sensualidad de su beso. Siempre se había imaginado una persona apacible y sensata; ahora se sorprendía al descubrir una codicia y un hambre tan ridículas. Quería conocer y sentirlo todo a la vez, quería explorarlo plenamente.

Por un breve y glorioso momento, se perdió, felizmente perdida.

Y entonces él se detuvo. Así, sin más, gruñendo de nuevo al apartarla con un empujón.

—Basta —ordenó con un susurro ronco, como si hubiese sido ella quien desatara aquella hermosa guerra sobre él.

Sin aliento y colmada por un deseo nunca antes conocido, Alice lo miró. Su pecho subía y bajaba. Se llevó los dedos a los labios hinchados y ardientes y lo vio ahora furioso, vibrando de tensión.

—Vamos —dijo con brusquedad, su expresión recuperando la severidad que le era propia.

Caminaron uno al lado del otro entre los árboles y subieron la loma, con la mano de Nicholas en su codo. Demasiado inmersa en su propia reacción al beso, al beso en sí, Alice pensó poco en aquel repentino cambio en él.

Nada había cambiado, pensó distraída. Ella seguía siendo Alice, seguía albergando la esperanza de volver a los brazos de su madre, seguía siendo, presumía, de cabello oscuro y ojos azules. Y sin embargo, era distinta, ya no sería nunca la misma.

Todo por un beso de ese hombre.

Alice apenas podía contener una sonrisa bobalicona mientras regresaban al campamento. Nicholas le dedicó una última mirada de

reojo, impenetrable, acompañada de una inclinación de cabeza tan escueta como cortés, antes de dirigirse hacia sus hombres. Alice caminó hasta donde Joanna había preparado sus jergones.

La mujer se abalanzó sobre ella de inmediato, con los ojos muy abiertos.

—Por todos los santos, ¿qué has hecho?

Alice frunció el ceño al instante. ¿Era *tan* evidente? El rubor volvió enseguida a sus mejillas. Ignorándola, y a la expresión de boca abierta de Joanna, Alice se sentó en el suelo junto a ella y fingió una inocencia absoluta que ya no podía reclamar.

—No he hecho nada —dijo, con toda la calma que su corazón desbocado le permitía.

—Aye, y mi madre es un ciervo rojo —bufó Joanna—. Fue al bosque y volverá al amanecer. —Luego, ignorando los ojos en blanco de Alice ante semejante disparate, insistió— Te vas sola y vuelves con el bruto a tu lado, y ninguno de los dos lleva una expresión convincente, así que me imagino que él mostró su verdadera naturaleza y tú, tú, niña boba, se lo permitiste.

Cerrando los ojos, Alice hundió la cabeza en los brazos que cruzó sobre las rodillas, en un intento inútil de no escucharla. Quería revivir cada segundo, no ser acosada por Joanna y su pasatiempo favorito de veinte preguntas.

Pero no tuvo paz.

—Ah, y todo es culpa mía —se lamentó Joanna—. Tendría que haber aprovechado mejor nuestro tiempo en la prisión de los de Lisle, seguir justo donde tu madre lo dejó, instruyéndote en las costumbres de una buena lass, qué se da y qué se conserva. Aye, y ahora tendré que explicarle esto a tu madre… ah, ¡y a tu padre! Seguro que no se comerá el hígado del bruto para cenar. Veo ruina en su futuro, eso es lo que viene. ¿Te defendiste al menos? ¿Hiciste como que te defendías? ¿O te atacó con esos ojos de gato, te atrajo con una lengua embaucadora? Dime la verdad, y que sea cierta: ¿le diste aunque fuera un buen golpe, aye?

Molesta más allá de toda razón, Alice alzó el rostro y le gruñó a su amiga:

—¿Podrás, por unos preciados momentos, permitirme disfrutar del recuerdo de su beso? Te ruego que no me fuerces tan pronto a la realidad, a aceptar que fue un error, una de mis peores decisiones.

Quizá el hecho de que Alice jamás—ni una sola vez—le hubiera hablado tan ásperamente a Joanna fuese lo que dejó a la mujer en silencio. Una vez más tenía la boca bien abierta, esta vez por la impresión o la indignación. O ambas.

A Alice no le importaba. Cerró los ojos de nuevo y apoyó la cabeza sobre los brazos.

Asombrosamente, pasaron casi cinco minutos antes de que Joanna dijera una palabra más. Cuando lo hizo, su voz fue más suave.

—Pero… ¿fue agradable? Parece un hombre que sabe muy bien cómo manejar el corazón y el cuerpo de una mujer —dijo Joanna. Y luego, lo más divertido, y posiblemente cierto— Esos ojos por sí solos podrían hacer que kirtles, léines y toda inhibición sensata cayeran al suelo tan rápido como la ardilla desprevenida cuando se topa con un buen tiro de honda.

Un pequeño jadeo de risa se escapó de Alice. Alzando la cabeza, dirigió a Joanna una sonrisa maravillada.

—¿Fue agradable, entonces? —insistió Joanna, con las cejas levantadas hasta la mitad de la frente, casi suplicando que no la decepcionara.

—Fue mejor que agradable —exhaló Alice—. Fue brillante.

***

Había tenido mejores ideas, pensó él mucho más tarde. Más tarde, es decir, mucho después del momento en que el hechizo que ella había lanzado sobre él debería haberlo soltado, aunque aún no lo había hecho.

Estaba casi complacido cuando llegó el momento de relevar a Malise de su guardia y asumir él mismo el turno. Mas no estaba menos agitado mientras merodeaba por el perímetro de la aldea, en el lado oeste, el recuerdo de su beso siendo el único peligro que encontró en toda la noche.

Cuando el sol empezó a asomarse sobre las montañas del este, Nicholas regresó a la aldea, ansioso por partir de una vez, más deseoso que nunca de llevarla de vuelta con su familia, su impaciencia actual tenía poco que ver con el ejército que ganaría por su esfuerzo.

Él y sus hombres conversaron con los hombres del lugar, quienes explicaron sus planes para mejorar las defensas y no ser tomados tan desprevenidos si lo impensado volvía a suceder.

Alice abrazó a la pequeña Marion, con los ojos llorosos, pensó Nicholas, aunque se esforzó por no dejar que la mirada se le fuera demasiado hacia ella. Joanna tenía una escoba en la mano, levantando polvo junto a la sangre seca del camino en un intento de borrarla, hasta que Baldred fue a buscarla para montar.

Una vez que terminó sus despedidas, Alice se acercó a Nicholas, que estaba apretando las correas de la silla bajo el vientre del destrero. Sus ojos apenas se posaban en él, como si temiera mirarlo demasiado tiempo y leer en su semblante adusto lo que pensaba. Tenía las mejillas tan hermosamente sonrojadas que él ya temía un día entero a caballo con ella, en aquella proximidad forzada que no haría sino aumentar sus deseos de besarla, justo lo que se había asegurado de prometerse que no haría. Nunca más.

No había en él ninguna parte, ni una onza, que quisiera que esta misión—y el beneficio que Escocia obtendría de ella—quedara arruinada por su inapropiada, intempestiva e inconveniente atracción hacia ella.

Murmuró una maldición, preguntándose qué había sido de su famosa fuerza de voluntad, de su capacidad para separar emociones y deseos de deber y honor.

Si había percibido algún atisbo de esperanza o valor en los primeros y fugaces vistazos de ella, nada de eso quedaba tras su grosera maldición. Sosteniendo las riendas, la llamó y, sin decir palabra, la izó al sillín y se acomodó detrás, sus movimientos fueron bruscos e impersonales mientras la colocaba contra su pecho, como era necesario para un viaje cómodo.

Dungal los condujo por el sendero que daba la vuelta y se adentraba en los bosques silenciosos del paisaje. Baldred y Joanna

iban delante de Nicholas y Alice; Henry y Malise cerraban la marcha.

Nicholas sabía poco de Joanna, salvo que jamás querría quedarse atrapado con solo ella y su incesante parloteo, en ningún lugar ni en ningún momento. Pero sí encontró algo de aprecio por sus habilidades cuando comenzó enseguida, en cuanto se alejaron.

—A decir verdad, ¿no siguen igual de vulnerables, como perdices sentadas, esperando al próximo cazador? —empezó a decir Joanna, refiriéndose a la gente que habían dejado atrás—. Pero no es nuestra responsabilidad, ¿verdad?, mantener sus plumas intactas. Och, con tantos niños por todas partes —se lamentó—. No creo que vivan muchos años más, posados tan precariamente. De seguro no serán más que…

—Aw —intervino Baldred con un tono cortante—, y no empieces ya. Déjale a un hombre al menos una hora para digerir el pan y la cerveza, ¿quieres?

—No me hablarás en ese…

—Sí, lo haré, y seguiré haciéndolo hasta que tú *dejes* de hablar.

—Jamás he conocido semejante descortesía —exclamó Joanna, como si en toda su vida nadie la hubiera llamado a silencio por su parloteo constante—. Nunca en mi…

—Sí, sí lo han hecho —replicó Baldred—. Si no a ti, entonces sobre ti. Ahora ahórrame de hacer que esta lass se arroje por el próximo acantilado que encontremos, ¿quieres? Dame solo una hora de silencio, es todo lo que pido.

Naturalmente, no lo hizo, y continuó discutiendo acerca de lo que llamaba su carácter agrio. Baldred, para su desgracia, le respondió, lo cual solo fomentó más contienda y no el silencio que tanto ansiaba.

Alice giró el rostro sobre el hombro y miró hacia arriba a Nicholas. Él no devolvió la mirada; apretó la mandíbula y siguió mirando al frente. No necesitaba verla para saber que tenía los ojos más azules que jamás había visto, que un hombre podía perderse en su profundidad, ni para recordar que gran parte de su poder—desconocido para ella—estaba justamente ahí, en la forma en que

miraba a alguien, en todas las emociones tan fácilmente visibles en sus bonitos ojos.

—Un día espléndido para cabalgar —comentó ella—. Qué cansado sería si tuviéramos que soportar lluvia, viento fuerte o frío intenso.

Nicholas respondió con un breve:

—Aye.

—Imagino que está acostumbrado a la silla y a las largas horas en ella.

Él asintió.

—No creo haber pasado jamás más de una hora sobre un caballo, antes de conocerlo.

—Hm.

Con voz más pequeña, continuó:

—¿Qué hará después de llevarme a casa?

—Regresar a mi hogar.

Pero solo después que de Graham reuniera su propio ejército, que Nicholas llevaría luego al bosque donde William Wallace estaba congregando tropas.

—Oh.

La conocía bien, sabía exactamente qué buscaba: tantear su humor y tratar de entender qué eran ahora, si algo había cambiado. Era amistosa, pero cautelosa, seguramente buscando aclarar el cambio en su actitud desde que la había besado con tanta avidez la noche anterior y ahora estaba tan distante.

Debía ponerle fin. Era necesario volver a sus roles anteriores. Ah, pero eso no servía: cautiva y salvador. No, tendría que inventarles una nueva circunstancia. Él sería un espadachín contratado, como lo había sido durante tanto tiempo. Y ella, el medio para un fin.

Tras un largo silencio sombrío y tenso, ella usó un tono cortante al sugerir:

—Si… si usted está, eh, arrepentido de haberme besado, entonces quizá deberíamos fingir que nunca ocurrió.

Nicholas se aferró a la idea.

—Aye, hagamos eso.

Como si eso fuera posible.

CAPÍTULO OCHO

Debería haberse estado entusiasmando más y más con todas las millas y horas que quedaban atrás, acercándola a su hogar. En vez de eso, se sentía bastante sombría, de forma poco característica en ella, y atribuía la causa únicamente a Nicholas MacRory. Estaba segura de no haberse equivocado al esperar un poco de amabilidad de su parte ese día; creía que no era descabellado suponer que un beso compartido habría de hacerlo más afable después. ¿No era así como funcionaba?

Mantener la postura rígida ante su frialdad era tan agotador como el trauma que habían sufrido el día anterior. Alice se rindió después de una hora y cuando la espalda empezó a dolerle. ¿Qué le importaba si al hombre enfadado le molestaba que se recostara contra él?

Pensó en formular alguna queja que diera pie a bajarla del caballo y alejarla de su compañía, pero no imaginó ninguna acusación que pudiera lograr ese propósito. Consideró preguntarle si preferiría que ella montara con Joanna y soportara, entonces, el torrente de palabras de la lass, pero no sabía si ni ella ni Joanna podrían manejar un animal tan grande como aquellos caballos de guerra.

A media mañana, el agotamiento hizo mella y se durmió un rato, solo para despertarse sobresaltada por un chillido agudo de Joanna. El brazo alrededor de su cintura se tensó.

—Todo está bien —la tranquilizó Nicholas—. Una serpiente se cruzó en su camino. Por lo visto, parece creer que las serpientes tienen patas y podrían representar algún peligro para ella mientras está sentada sobre el caballo.

Antes de pensarlo mejor, Alice murmuró:

—Aye, pero algunas serpientes sí tienen patas.

De inmediato se sintió infantil y malhumorada por haber dicho tal cosa.

—Le pido disculpas. Eso fue… descortés.

Casi había dicho que había sido injustificado, pero parte de ella creía que no lo era del todo.

Y como él no respondió ni a su comentario ni a su disculpa, Alice supuso que, como antes, no deseaba conversar con ella, lo que decidió que le venía muy bien… aunque fuera honesta consigo misma y admitiera que no era su primera opción.

Durante un buen rato, cuando Joanna se quedó sin energías o ideas, también guardó silencio. Como siempre, no duró demasiado. Al ver un urogallo con su plumaje negro, con el pecho azul brillante y su distintivo anillo rojo alrededor del ojo, comenzó a contarle a Baldred la receta de su guiso favorito.

—No puede cocinarse a fuego lento, a menos que quiera que tenga gusto a hígado —decía Joanna—. Y no se moleste con los pájaros viejos, demasiado duros. Consiga uno joven, con sabor más suave. Y puede estar seguro de que cuanto más grande sea el anillo alrededor del ojo, más sabroso será.

Cuando detrás de ella sonó como si Nicholas respirara—o resoplara, en realidad—por la nariz, Alice deseó que Joanna soltara todas las recetas y métodos que se le ocurrieran para aprovechar el urogallo.

Era avanzada la tarde cuando se detuvieron, cosa que complació a Alice. Tenía necesidades urgentes, y ella y Joanna se apresuraron a internarse entre unos árboles.

Y luego volvieron a ponerse en marcha. No lo oyó de labios de Nicholas, sino de Baldred, quien amablemente informó a Joanna que, una vez que dejaran atrás lo más duro de las tierras fronterizas, pasarían la noche en Melrose, un burgo mediano a la sombra de la abadía cisterciense de Melrose, dijo, donde podrían obtener una habitación privada y su propia cama, si alguna de las posadas tuviera disponibilidad.

—Y cualquier habitación que alquilen será después de que nos alimenten y no antes, estoy segura —declaró Joanna.

—Aye, y aquí estoy, rezando para que no mastique con la boca abierta —ironizó Baldred.

Para sorpresa de Alice, Joanna se echó a reír, aunque Baldred esperaba claramente que al alimentarla la mantuviera en silencio.

Subieron y bajaron por la cima sur de los Eildons, evitando ascender y descender los otros picos por su mayor altura. Alice se recostó contra el pecho de Nicholas mientras él bajaba el caballo por el sendero desnudo, temerosa de que la inclinación la hiciera caer por encima de la cabeza del animal.

El grupo de seis caminó con sus caballos por la calle principal de Melrose, donde el polvo seco del camino estaba pintado de gris por las sombras alargadas. La ciudad, ubicada al pie del lado norte de los Eildon Hills, tenía, según alcanzó a ver Alice desde lo alto, unas cuantas docenas de edificios—unos bajos, otros altos; unos ruinosos, otros no—y muy pocas fachadas que no dieran a la calle principal.

Se detuvieron frente a la primera de las dos posadas, y Nicholas desmontó buscando a un lad de los establos que, como en todo pueblo, debería estar allí para encargarse de los caballos. Como no encontraron ninguno, el MacRory llamado Henry se ofreció para llevar los animales a los corrales. Sin demora, Joanna y Alice fueron bajadas de las monturas y el grupo entró en el edificio de tres pisos, que, según pensó Alice, debía ser tan ancho y largo como alto: una posada muy grande.

Las calles de Melrose no estaban muy concurridas, quizá porque muchos se encontraban dentro de la taberna. Había apenas unas pocas mesas vacías, y Dungal los guio hasta la más lejana. La sala, cuadrada y desproporcionadamente grande, despedía un olor penetrante a cuero, grasa y hollín. Alice pensó que sus ojos llorarían y le picarían si pasaba mucho tiempo allí. Siguió a Joanna, con Nicholas justo detrás de ella, y uno por uno se acomodaron en un banco en el rincón más lejano, con bancos en cada pared y la mesa ocupando ambos lados.

Joanna y Alice terminaron sentadas en la "v" del rincón, perpendiculares entre sí, con Nicholas a la derecha de Alice y Malise

junto a él. Baldred y Dungal se sentaron a la izquierda de Joanna, respectivamente.

Una vez sentada, y mientras examinaba el lugar, que pese a los olores desagradables parecía muy limpio, Alice decidió que era una buena circunstancia. Y aunque no lo hubiera sido, no habría protestado, pues su estómago llevaba horas clamando comida. Con las manos juntas sobre la mesa, la madera desgastada y ennegrecida por la grasa y los sucesivos fregados, Alice notó por primera vez la atención que estaba recibiendo su grupo.

Joanna también se dio cuenta de todas las miradas dirigidas hacia ese rincón.

—¿Qué? ¿Tenemos las frentes pintadas de verde brillante o algo así, que nos miran tanto?

Dungal esbozó una sonrisa.

—Bien podrían creerlo.

—No ven con buenos ojos a los forasteros —explicó Baldred —, y menos aún a los Highlanders.

Malise, a quien Alice no recordaba haber oído hablar jamás, añadió:

—Y claro, cuando uno entra con sus armas encima y se sienta con el jefe—eso dice el broche de su plaid—, empiezan a preguntarse si tenemos un ejército entero esperándonos fuera de la puerta y si pensamos sitiar su bonito burgo.

Dungal agregó:

—Y luego se preguntan qué hacen ustedes, lasses, con gente tan pendenciera como nosotros.

—Oh, cuánta ansiedad han causado —comentó Alice—, solo por entrar aquí.

—Ninguna de esas preocupaciones es injustificada, me parece —opinó Joanna—. Cada uno de ustedes parece más feroz que el anterior. Un gesto, aunque fuera pequeño, quizá aliviaría parte de su inquietud.

—Los Highlanders no sonríen —aseguró Baldred, impasible.

Henry por fin se unió, deslizándose al final del banco del lado de Alice, lo que obligó a Nicholas y a Malise a desplazarse hacia el centro, más cerca de Alice. Ella se tensó, deseando que Henry se

hubiera sentado al otro lado. Tal como quedó, sus brazos quedaron pegados: Alice con las manos sobre la mesa y Nicholas con ese brazo—el izquierdo—apoyado también en el borde. No había notado que tenía frío hasta que sintió el calor de él a través de las capas de ropa, lo único que los separaba. Debajo de la mesa, su amplio muslo estaba encajado contra el de ella, aunque Alice mantenía las piernas en postura recatada, con las rodillas juntas como su madre le había enseñado hasta el cansancio. La pierna de Nicholas parecía irradiar su propio calor.

Tras Henry llegó el posadero. Alice solo había ido una vez a una posada, durante la boda de la hermana de su madre, en algún lugar cerca del Solway Firth. Había compartido una mesa larga y bancos con su familia cuando se detuvieron a mitad del viaje. Seguramente Joanna también había estado allí. El posadero de entonces no difería mucho de este: barrigón y, probablemente, envejecido antes de tiempo por sus labores diarias. Su pelo era grueso y alborotado en el lado izquierdo de la cabeza, mientras que el derecho estaba peinado con esmero. Alice se lo imaginó rascándose el lado izquierdo cada vez que algo lo irritaba, lo cual, por su expresión actual, parecía ser muy a menudo.

Deposito jarros de peltre a puñados y empezó a llenarlos con cerveza desde una jarra alta.

—Vino para las damas —indicó Nicholas antes de que llenara todos los jarros—, si lo tiene.

El posadero frunció el ceño, indiferente a su rango y aparente posición como laird, y nada satisfecho por lo que percibió como un desaire.

—Es la mejor taberna que encontrará en cien millas. Aye, lo tenemos.

—Y lo que sea que esté cocinando —dijo Baldred—, con tal que esté caliente y con buen sabor. Lo suficiente para alimentar a un grupo hambriento de viajeros cansados.

—Pero nada que tenga cebolla —añadió Henry, levantando un dedo, dando un estremecimiento exagerado para dejar clara su aversión.

El posadero bufó y plantó una mano en la cadera, fulminando a Henry con poca paciencia.

—No hay puchero digno de servirse si no lleva cebolla. Ya se las arreglará. Sáquelas una por una si hace falta, como cualquier alma necia que no reconoce buena comida ni cuando se la ponen bajo la nariz.

—Och, y estará bien —prometió Baldred—, no tema por él, señor.

Alice sonrió ante esto. Aunque joven, había presenciado de primera mano de qué era capaz el lad con arco y flechas. Qué tonto que Henry temiera una cebolla.

***

Nicholas deseó que ella no sonriera. Nunca más mientras estuviera en su compañía. Ya era bastante bonita simplemente sentada y mirando, y no debería tener permitido exacerbar la fascinación que él había pasado todo el día tratando de rechazar.

Y maldito Henry por no haberse sentado del otro lado del banco, obligándolo a moverse hasta quedar en contacto con ella—inevitable, si todos debían caber en el asiento—y tener que soportar que se le impusiera lo suave y pequeña que era.

Mantuvo la mirada al frente, dejando que sus ojos vagaran por el interior de la ruidosa taberna. Su posición, en ese banco del rincón más alejado, le brindaba una vista completa y sin obstáculos de toda la sala y de quienes la ocupaban. Y sí, habían llamado la atención, algo de la cual todavía persistía, pero Nicholas no había observado ninguna que pudiera traerles problemas. Si se equivocaba, no sería la primera vez que algún bravucón, borracho de cerveza agria, intentaba ganar prestigio local metiéndose en una pelea con los guerreros que habían llegado al pueblo.

Nadie se sorprendía de que Joanna llevara gran parte de la conversación. Y demonios, quizá él y los MacRory ya estaban tan acostumbrados a su incapacidad de quedarse callada que podían conversar con ella y resultaba agradable y entretenido mientras esperaban la comida.

Aun así, no podía estar seguro de cómo había surgido el tema de la malta o quién lo había iniciado. Tal vez cuando Joanna

terminó el vino que le sirvieron y pidió cerveza en la siguiente ronda. Naturalmente, tenía una opinión sobre la malta. Y una historia que contar.

—No machacaron bien la malta en esta, ¿verdad? —dijo, pasándose la lengua por los dientes y los labios para demostrar su disgusto—. Y la avena no está fresca, apuesto. Aye, tuvimos una así, ¿verdad, Alice? Matefrid de Barnwall llegó al pueblo, empezó su elaboración cuando el viejo Stephen Miller estiró la pata—muerte por desmembramiento, y eso es lo que te pasa cuando desafías a un joven lad con una espada vieja. Pero aye, esa Matefrid gustaba de usar avena vieja, y no nos habríamos enterado si William Brid no hubiera tomado dos fanegas de su avena—de manera indebida, ojo, pero con buena intención—y entonces vimos lo que hacía, dejando que el moho y demás consumieran la avena destinada al barril. Le cayeron seis peniques de multa a William por la detención injusta de la avena, pero aye, todos colaboramos y desde entonces la cerveza mejoró.

Nicholas se preguntó si alguna vez, en toda su vida, había pronunciado tantas palabras como Joanna en los últimos segundos. Pero no había terminado.

—Tenía un lad, esa Matefrid—otro Stephen, no el desmembrado—y vaya que era un espectáculo. Dientes como el urogallo negro y una cara como la parte trasera de un castor, con la cola haciendo de nariz, ¿no es así, Alice?

Nicholas no fue el único cuyos ojos se alzaron ante la ingeniosa manera en que Joanna había insinuado que el pobre lad no tenía dientes, pues el urogallo negro ciertamente no los tenía. Alice, notó él, no participó en absoluto, ni siquiera asintió cuando Joanna la miró.

—Estaba enamorado de Alice, ¿no?, pese a todas las leyes de la naturaleza que decían que no debía estarlo.

—Joanna —la reprendió Alice entonces—. No les interesa Stephen.

—Och, pero ahora sí, lass —dijo Dungal—. ¿Y eso de las leyes de la naturaleza?

Joanna ignoró a Alice y se lanzó sobre el interés de Dungal.

—Aye, ya sabe que un desafortunado, como él, no puede ir contra las leyes de la naturaleza, que dicen que las bonitas deben estar con los bonitos, y los que no lo son deben quedarse con los que no lo son.

Dungal soltó una carcajada ante semejante absurdo, mientras Alice reprendía suavemente a su amiga:

—La belleza no es simplemente superficial, Joanna.

—Pero la falta de ella ciertamente sí —replicó Joanna con un bufido—. ¿Y vas a decirme que te parecía agradable a la vista?

—Stephen era...es...dulce, muy amable, con un corazón puro. Y disfrutaba de su compañía, siendo él tan callado y reflexivo.

Joanna no captó el leve comentario. Las sonrisas de los hombres decían que ellos sí.

Los platos de estofado caliente llegaron y todo fue tranquilo por un tiempo.

Hasta que una sombra cayó sobre la mesa, no perteneciente al posadero. Al levantar la vista, Nicholas no reconoció al hombre que se acercaba hasta que estuvo a pocos pasos y se quitó la capucha de la capa.

—No sé si quiero quedarme en un establecimiento que admite a una mesa tan curiosa como esta —dijo el hombre.

Sonriendo, Nicholas se puso de pie —tanto como pudo dentro del banco— y extendió el brazo por encima de la mesa hacia Graham McKenna.

—Yo también habría tenido mis reservas —dijo Nicholas al estrecharle el antebrazo con cordialidad— si te hubiera visto primero. Maldita sea, ¿qué te saca de tu cueva, McKenna?

—No un objetivo tan tentador como el que te ha sacado a ti, lad —respondió.

El uso de *lad* no era del todo un insulto viniendo de ese hombre, que probablemente tenía diez años más que Nicholas. La manera en que miró a Alice al decir *objetivo tan tentador*, por otro lado, redujo la sonrisa de Nicholas a la mitad.

—Te invitaría a sentarte, pero no tenemos espacio —dijo Nicholas al volver a acomodarse.

—Aun así, declinaré —respondió McKenna, sin apartar la mirada de Alice.

Por su parte, la lass solo sonrió con cortesía al imponente hombre, con el cuchillo sin moverse en su mano. Quizá solo prestaba atención por educación, sin seguir comiendo, masticando y mirando fijamente como hacía Joanna.

Cuando McKenna finalmente apartó la mirada de Alice, Nicholas ignoró su estofado caliente para concentrarse plenamente en aquel hombre, al que no había visto en años, no desde el desastre que fue Falkirk, del que apenas escaparon con vida.

—Solo estamos de paso —dijo McKenna, con los pulgares enganchados en el cinturón—. Vamos hacia Melrose, donde esperan algún problema.

Nicholas asintió, entendiendo que *algún problema* significaba que los ingleses también tenían sus ojos puestos en Melrose.

—Aye, y veré qué órdenes me esperan después de detenerme cerca de Carbery. Espero salir de allí con más de quinientos.

McKenna alzó una ceja ante esto.

—Más gente, más posibilidades —apreció.

Luego volvió a dirigir su mirada apreciativa a Alice, y a Nicholas le molestó la falta de sutileza del hombre.

—Melrose seguirá allí cuando llegue, lass —dijo McKenna directamente a Alice—, si entiendo bien que usted no está destinada a Carbery.

Alice, quizá sin darse cuenta de lo que estaba insinuando, respondió simplemente:

—Todos vamos hacia Carbery, señor.

Dungal le hizo una pregunta a McKenna sobre el tamaño de su grupo, y aun así McKenna no apartó la mirada de Alice. Más tarde, Nicholas se preguntaría por qué le importaba, por qué le molestaba que otro la mirara, mientras fuera con respeto y sin tocarla. Pero le importaba. Se le curvó el labio y la sangre le hirvió un poco, así que no tuvo más elección que levantar el brazo y dejarlo apoyado a lo largo del respaldo del banco, sobre la madera. Lo hizo parecer casual, pues luego examinó el plato de quesos y

panes dulces en el centro de la mesa, frunciendo el ceño mientras elegía antes de tomar un trozo del queso duro y metérselo en la boca.

Y se recostó, dejando el brazo allí, ostensiblemente alrededor de Alice, y enfrentó la sonrisa sabedora de McKenna.

Le devolvió la sonrisa con una mirada aguda y un gesto perezoso y engañoso.

Aye, ella está conmigo.

***

—Seguro que ese no fue el mejor potaje que haya probado —dijo Joanna mientras se metía en la cama al lado de Alice, esa noche, en una habitación estrecha pero ordenada en la misma posada donde habían cenado—. Pero la compañía y la buena charla fueron bienvenidas, ¿sí, lass?

Alice respondió que sí, que habían pasado una velada agradable.

Y eso fue todo, porque rara era la noche en que Joanna no se quedaba profundamente dormida segundos después de acostarse. Esta noche no fue la excepción, dejando a Alice boca arriba, mirando el techo y haciéndose compañía sola mientras repasaba todo el día.

Sus propios pensamientos peleaban por hacerse oír, porque Joanna dormida no era más silenciosa que Joanna despierta. Alice esperaba que, en cualquier momento, hiciera vibrar las vigas con sus ronquidos.

Pero aun así, los pensamientos lograron abrirse paso dentro de su cabeza, más allá de los resoplidos de Joanna, los que querían ser el centro de atención abriéndose camino con uñas y dientes. El beso, por supuesto, y ¿cómo podría ignorarlo por mucho tiempo, siendo el primero? Recordó con una claridad sorprendente la emoción que había sentido al ser sostenida contra su cuerpo fuerte.

Así que eso era un beso… No era de extrañar que esas cosas fueran mal vistas entre un hombre y una mujer que no estaban unidos como correspondía en matrimonio, pues Alice podía ver lo

fácil que sería que un siervo piadoso del Señor se dejara llevar por semejante deleite sensual. Felizmente —¿ansiosamente? — extraviada en los brazos de Nicholas MacRory, podría suponer. Sin duda, todo pensamiento racional y cualquier inclinación hacia la virtud la habían abandonado en cuanto él la había besado.

Pero por más que volviera una y otra vez a la maravilla de esos pocos minutos, no podía mantenerse allí; siempre era frustrada y desviada por el comportamiento que Nicholas había tenido hoy. Por la aspereza con la que había dicho: *Sí, hagamos eso*, cuando ella, desesperada, había sugerido que olvidaran que él la había besado.

Qué hombre tan imposible.

Y tampoco ayudaba haber estado apretujada en el banco tan cerca de él, todavía más cuando Henry se les unió. Pasó tantos minutos sentada rígida, tan temerosa de provocarlo a más desatenciones. Pero no lo había sido —desatento, quiero decir—. No con ella, ni con nadie. Había notado su atención a las historias interminables de Joanna, incluso creyó ver una sonrisa de reojo en algunas partes. No mostró disgusto por la comida, que había sido bastante abundante. Y se alegró de encontrar a un conocido entre los parroquianos de la taberna, aunque Alice percibió un repentino y extraño enfriamiento en ese saludo inicial tan cálido.

Pero no le dirigió ni una sola palabra, no la miró en ningún momento, no le mostró ninguna cortesía especial más allá de pedir vino en lugar de cerveza para ella y para Joanna.

Así que así serían las cosas, supuso, agradecida ahora de que faltaran tan pocas horas para reunirse con su madre y volver a casa, cuando por fin podría librarse de su compañía.

Bostezó con fuerza, sintió que los párpados le pesaban y se preguntó qué traería el día siguiente. ¿Mantendría él esa distancia? No estaba muy segura de cómo podría ocurrir otro beso si así fuera.

CAPÍTULO NUEVE

Nicholas jamás había visto una posada cuya sala común, a la luz del día, no perdiera encanto por la menor cantidad de clientes y, además, resultara mucho más impía por lo que la luz dejaba al descubierto. Esta era mejor que la mayoría, supuso; la mano que apoyó sobre la madera gastada de la mesa no se quedó pegada a la cerveza derramada la noche anterior.

Fue el primero en levantarse esa mañana y mostrarse en la sala común, donde desayunó distraídamente con queso, pan y cerveza, esperando a que los demás se unieran a él. Dungal y Baldred llegaron después, el primero con el pelo de punta y adornado con restos de paja tras haber pasado la noche en los establos de la posada. Podrían haber tomado habitaciones, de no ser porque la última disponible se las habían dado a Alice y Joanna. Sin que ninguna de las dos lo supiera, Nicholas había pasado la noche justo afuera de su puerta, con las piernas largas estiradas sobre el suelo duro y usando su plaid como almohada. No esperaba específicamente ningún problema, y se alegró de que no hubiera ocurrido nada.

—Tranquilo, esta mañana —murmuró Dungal, mirando con ojos cansados la sala, ocupada por poco más de una docena de almas.

—Sí —dijo Baldred—, pero seguro que ella aparecerá en cualquier momento y acabará con esta linda paz.

Los tres rieron, entendiendo muy bien que se refería a Joanna.

—Deberíamos llegar a las colinas de Fintry hoy —pronosticó Nicholas—. Será un buen lugar para acampar esta noche.

Baldred asintió.

—Y a Carbery mañana. —Alzó su jarra recién llenada, satisfecho con ese plan—. Y luego, si hay bondad, más paz.

—¿Qué paz crees que vas a encontrar con el ejército que nos llevaremos de la casa de De Graham? —preguntó Dungal, recordándoles su misión.

—Enviaré un mensaje a Comyn y a Fraser desde la casa de De Graham —dijo Nicholas—. Les avisaré del cambio de situación. Si no hay necesidad urgente, me parece que lo más sensato es llevar primero al ejército de vuelta a casa y empezar el entrenamiento.

—¿Crees que el ejército de De Graham no está entrenado? —preguntó Baldred, frunciendo el ceño.

—No sé nada sobre su ejército —respondió Nicholas—. Pero sé que no quiero enterarme, en plena batalla, de que no están preparados como necesitamos.

Nicholas siempre había estado orgulloso de su ejército MacRory: hábil, disciplinado, con instintos de lucha afilados de manera constante, sin que él jamás tuviera motivo para dudar de su capacidad o de su disposición para pelear cuando fuera necesario.

Ambos hombres asintieron en acuerdo.

Después se unieron Malise y Henry, este último pidiendo a la sirvienta que se acercó a la mesa un buen tazón de avena además del pan y el queso que ya tenían.

A los pocos minutos de su llegada, aparecieron Alice y Joanna.

—Mira, ya viene moviendo los labios —comentó Dungal, sin mucha malicia, al ver que Joanna entraba hablando con las manos y la boca al mismo tiempo.

Como por acto reflejo, la mirada de Nicholas se dirigió a Alice. Ella debería verse agotada del viaje, incluso desarreglada, pues la habían sacado de la casa de los De Lisle en plena noche, sin permitirle llevar ni siquiera un peine o ropa limpia. Y sí, el borde de su léine estaba descolorido por el polvo y la tierra, aunque parecía que alguien había intentado limpiar un poco, ya que ayer estaba incluso más sucio. Sus largas trenzas negras estaban recogidas en una sola, aunque tal vez la hubiera hecho la noche anterior, porque su cabello no estaba tirante, sino suelto y suave alrededor del rostro.

En general, estaba tan despeinada como cualquiera de ellos, pero maldita sea si no seguía siendo tan vibrante. Sus ojos más azules que el cielo lo encontraron casi enseguida, y Nicholas no se obligó a apartar la mirada; no se arrepintió, pues el rubor que coloreó las mejillas de ella ante su silenciosa inspección fue tan encantador como todo lo demás en ella.

Alice dio los buenos días cuando ella y Joanna llegaron a la mesa, con su sonrisa fácil al dirigirse a sus hombres. Nicholas frunció el labio con un amago de sonrisa, pues su saludo no pareció incluirlo a él y su mirada se ocupó en otra parte. Casi de inmediato se reprendió por su actitud infantil. Realmente, no había motivo para darle tanto peso al error que había sido su beso.

Era un guerrero experimentado, un mercenario contratado, un asesino de hombres. Sus manos estaban manchadas de sangre, y su corazón y su mente, en consecuencia, ennegrecidos por los infortunios de sus actos pasados. Simplemente no era digno de la expresión de asombro y dicha que ella había mostrado después de que él la besara.

A menos que tuviera intención de hacerle daño —que no la tenía—, lo sensato era mantener la distancia. Y tal como había decidido durante la noche, cuando el sueño no llegaba, no había razón para preocuparse. No era un lad enamoradizo, atrapado en los delirios del primer amor o esas tonterías. Era un hombre hecho y derecho, uno duro, que simplemente había apreciado a una buena lass y un beso dulce. Podía apartar sin esfuerzo la mente del atractivo de Alice de Graham y concentrarse —otra vez— en la tarea que tenían delante. Solo les quedaba un día más hasta que él se librara de su compañía tan tentadora. Podía manejarlo sin caer rendido.

O sin caer más rendido.

Ahora ocupaban una de las mesas largas, no aquel estrecho cubículo, así que había sitio de sobra incluso después de que las dos mujeres se unieran a ellos, acomodándose en el banco junto a Dungal y Baldred.

—Es mucho más bonita con la luz de la mañana —comentó Joanna acerca de la taberna mientras se sentaba y se servía un

pedazo de queso duro, metiéndoselo en la boca y quizá solo saboreándolo, no masticándolo, mientras continuaba hablando—. No sé dónde hicieron ustedes sus camas anoche, pero no me arrepiento para nada de haber tomado esa última habitación y cama. ¿A que sí, Alice? Dormimos como niños.

Baldred se frotó un punto del cuello, masajeando un tirón que, al parecer, no había notado antes.

—Oh, no te preocupes por mí, lass. Este viejo cuello estará bien al mediodía.

Si ella creía o no que sus molestias eran reales, Joanna no mostró cambio alguno. Soltó una carcajada rotunda.

—Mejor tú que yo, a menos que quieras escucharme quejarme todo el día.

Esto hizo que Baldred abriera los ojos, agradecido por lo que había evitado.

—Oh, alabado sea el Señor y nuestro buen posadero por reservarles esa habitación.

—Algunos de ustedes durmieron en los establos, ¿no? —preguntó Alice, alargando la mano para quitar una brizna de paja del cabello de Dungal, sentada justo a su lado.

—Sí, y esa es mi parte pensante, lass, devuélvemela —dijo él con un gruñido fingido, tomando la paja. Colocó un extremo entre sus labios—. Pero no desprecies el heno como cama. Es suave y cálido y no perdimos sueño por conversaciones ajenas. Los caballos no hablan demasiado, ¿sabes?

Alice lanzó una mirada a Dungal y pareció contener una sonrisa, seguramente entendiendo que se refería a Joanna.

—Casi no hicimos ruido, señor, porque somos conocidas por dormir de inmediato.

Y entonces Alice miró a Nicholas al otro lado de la mesa. Probablemente en respuesta a lo que sin duda sentía: el calor de su mirada insistente, pues él aún no sabía cómo dejar de mirarla.

No apareció rubor esta vez, ni su mirada se sostuvo demasiado en la de él, pero sabía que la observaba. Fingió prestar atención a lo que decía Joanna, pero pestañeó demasiado y su pecho empezó a subir y bajar más rápido, como si su respiración se

hubiera acelerado. Sus manos, antes entrelazadas sobre la mesa marcada, tropezando una con la otra, desaparecieron ahora bajo la mesa. Sí, sabía que él no podía apartar los ojos de ella.

Y realmente no necesitaba imponerse una misión tan difícil como esa: dejar de mirarla. Solo les quedaba un día más hasta que, probablemente, jamás la volviera a ver.

En menos de una hora, estaban en movimiento otra vez, montando como antes: Baldred cargaba con Joanna mientras Nicholas había tomado a Alice con él. En cuanto a la situación de Baldred, Nicholas podría haber dicho que había menos negatividad asociada con llevar a Joanna.

Baldred, muy alegre —e irreverente—, le había dicho cuando trajeron los caballos:

—No puedo seguir empujándote por el culo, lass, por más que quisieras que lo hiciera. Vamos, pon el pie ahí.

Y Baldred había tomado el pie que Joanna intentaba levantar, colocándolo él mismo en el estribo.

—Ahí está.

Aun así, tuvo que usar la mano en el trasero de Joanna para impulsarla hacia arriba, lo que provocó que todo el grupo sonriera, Joanna incluida. Su tono había sido igual de jovial cuando, ya en la silla, replicó:

—Dices que no lo harás, pero lo haces, idiota, así que no soy la única que se pregunta quién es el que quiere qué.

En cuanto a la situación de Nicholas, con Alice entre sus brazos y muslos sobre su enorme destrero, solo se encogió de hombros por dentro, sin desear hacer miserable a la lass por su mal ánimo del día anterior.

—¿De verdad estuvo silencioso el cuarto de arriba anoche? —preguntó para iniciar conversación.

La sobresaltó. Se puso algo rígida cuando volvió el rostro, inclinando la cabeza para no mirarlo directamente, de modo que solo podía ver su muslo o la espada colgada de su cinturón.

Primero asintió. Y pasaron varios segundos antes de que dijera:

—Es cierto.

Pero nada más, pues volvió a dirigir la mirada por encima de la cabeza del caballo. Nicholas no era de analizar demasiado el derecho de una mujer a mantenerse reservada, especialmente en este caso, cuando la causa de su frialdad era fácil de imaginar.

Fingió que podía haber otra causa.

—¿Sigues aferrada a tu creencia original? —preguntó—. Que no fue tu mamá quien nos llamó, que no pretendemos llevarte con tus padres.

—Si lo hiciera —respondió—, o si creyera eso más que lo que usted sostiene que es verdad, no estaría sentada en este caballo con usted.

—¿No?

—No. Habría obligado a Joanna a escapar conmigo durante la noche. O quizá nos habríamos escabullido cuando encontramos aquella carnicería en la aldea, mientras usted estaba ocupado en otra cosa.

—¿Y crees que habrías llegado muy lejos? ¿Lejos de mí?

—He sobrevivido un año entero en la casa de un barón inglés, señor. Dudo que haya algo que no pueda hacer si me lo propongo.

Sí, él podría haberlo sospechado ya; había aprendido que era intrépida y que, ciertamente, no le faltaba coraje.

No la desafió más. Estaban bien así: ella, cautelosa, quizá preguntándose por qué él quería conversar cuando el día anterior había evitado hacerlo a toda costa; y él, de nuevo en aquel cómodo papel que conocía bien, el de espada contratada, uno que no permitía distracciones como todas esas emociones blandas, débiles e inútiles que venían con besar a una lass tan desconcertante como Alice de Graham.

El día y el viaje transcurrieron sin incidentes, hasta que con el atardecer llegó la lluvia.

—No creo que lo hayan planeado tan bien —dijo Joanna, sin dirigirse a nadie en particular—. Ninguna posada a la vista y ahora llueve. Y anoche, sin lluvia pero con aquella buena cama.

—Sé que insinúas que somos poderosos —entonó Dungal—, pero ni siquiera nosotros podemos controlar la lluvia.

Les faltaba aún una hora para llegar a las colinas de Fintry. Nicholas instintivamente apretó el brazo alrededor de Alice cuando ella levantó las manos de su antebrazo para acomodarse la capucha de la capa.

Solo para ser atento, recomendó:

—Inclínate, lass, contra mi pecho. Te protegerá de lo peor.

Lo que había empezado como lluvia ligera se había convertido en un aguacero, avivado por un vendaval que empujaba con furia la espalda de Nicholas. A través de los ojos entrecerrados vio que por momentos la lluvia caía de lado, casi horizontal.

Alice hizo lo que él le dijo, apoyando el hombro contra él, refugiándose bajo la protección de su amplio pecho y sus hombros.

—La lluvia fuerte nunca dura mucho, siempre dice mi papá —comentó con un poco de esperanza en la voz.

Su padre mintió. O su teoría quedó desmontada cuando, más de treinta minutos después, seguían luchando contra la misma lluvia intensa. Y fue entonces cuando llegaron a las empinadas colinas de Fintry.

—No podemos subir eso —predijo Alice, con una esperanza distinta a la anterior.

La pendiente era traicionera incluso en seco, lo cual desde luego no era el caso. La base de la ladera no era más que hierba y algún arbusto salvaje. Más arriba, tras subir unos cien metros, el paisaje se llenaba de árboles: altos pinos y abedules suaves. En ese momento, la hierba frente a ellos estaba surcada de amplios hilos de agua, riachuelos de lluvia que bajaban desde lo alto. En conjunto, la colina no era tan alta como empinada.

—No podemos quedarnos aquí abajo —explicó Nicholas—. Aún estamos en las tierras fronterizas. Será más seguro allá arriba, en la cresta.

—No es un lugar hospitalario aquí, en la base —añadió Henry —. Los reivers nunca están lejos en esta zona.

—Yo digo que sí, arriesguémonos con los reivers —gritó Joanna entre la lluvia mientras Baldred se acercaba a Nicholas y Alice.

Nicholas miró de reojo a Baldred.

—Nos tomaría horas rodearla y luego tendríamos que cruzar el río por el lado oeste, lo cual podría ser más peligroso que esto.

—Sé que deberíamos… —empezó Joanna.

Baldred le ladró:

—No sabes nada, así que calla, ¿quieres?, mientras quienes sí saben se encargan de decidir.

Tras poner los ojos en blanco, le dijo a Nicholas:

—Aye, subir y bajar puede que sea lo más práctico y sensato.

Nicholas pasó la pierna por encima de su montura y desmontó. Dungal también lo había hecho y sostenía las riendas de su caballo, que era como tendrían que subir, tirando de los animales. Aunque los destrieros estaban en excelente forma para su labor, con cuartos traseros poderosos, rara vez tenían que enfrentar un desnivel semejante.

Nicholas se volvió y levantó los brazos para recoger a Alice del sillín.

—Tenemos que subir a pie, lass, no puedo arriesgarme a que el caballo tropiece y te suelte o te tire.

Ella se inclinó hacia adelante y se dejó ayudar a bajar, con una expresión que quizá pretendía dejar claro que no le entusiasmaba la marcha cuesta arriba, pero que entendía el motivo.

—Temía que dijeras eso.

Malise y Henry, sin carga que considerar, iniciaron la subida. Dungal los siguió, mucho más lento que los lads, y ya resoplaba a los diez pasos.

Nicholas inclinó la cabeza hacia Baldred y Joanna, que venían detrás. Joanna resultaba casi cómica; ni siquiera intentaba mantenerse erguida, sino que apoyaba las manos contra el terreno casi vertical y avanzaba así, mientras Baldred refunfuñaba diciéndole que estaba subiendo torcida.

Extendiendo la mano hacia Alice, Nicholas la invitó:

—¿Vamos?

—Me temo que sí —dijo ella con una mueca—. Pero no necesitas darme la mano. Tú tienes que manejar el caballo, y yo necesito las mías para sujetar las faldas. O para evitar caer de bruces cuando inevitablemente me vaya abajo. Iré justo detrás de ti.

—Nae, lass —la corrigió—. A mi lado.

Así empezaron a subir al mismo tiempo, lado a lado. Los primeros quince metros fueron bien, Nicholas con el puño firme en la brida del destriero, mientras Alice avanzaba con pasos lentos y cautelosos, la mirada fija en la tierra. Pronto estaban a pocos metros de Joanna y Baldred, la primera aún encorvada hacia el suelo y aferrándose a él mientras subía.

Alice resbaló varias veces, aunque logró detenerse; una vez lanzó una mirada nerviosa a Nicholas, que había alargado el brazo para sostenerla. Pero como se había quedado algunos pasos atrás, él no alcanzó a sujetarla y ella recuperó el equilibrio antes de caer.

—Me temo que estas zapatillas no están hechas para escalar el costado de una montaña mojada —dijo ella—. Cada vez se vuelven más resbaladizas con tanta agua.

—Lento y con calma, lass —le aconsejó él, volviendo a mirar al frente justo a tiempo para oír a Joanna chillar; el sonido retumbó por todo el valle, y la vio perder el equilibrio y el agarre, deslizándose hacia atrás a gran velocidad.

—La puta ma… —maldijo Nicholas.

Joanna estaba demasiado a la izquierda para que él pudiera detenerla, y Alice aún a varios pasos detrás como para impedir que Joanna chocara con ella. Aun así, lo intentó; se lanzó hacia la izquierda, justo cuando los pies de Alice eran barridos debajo de ella. El choque frenó la caída de Joanna, pero hizo que Alice rodara y saliera disparada cuesta abajo.

Nicholas soltó la brida —o el caballo también caería— y se lanzó sobre la hierba resbaladiza, intentando atrapar alguno de los brazos de Alice mientras ella se alejaba descontrolada.

Falló por centímetros y tuvo que detener su propio impulso con mucha dificultad, para poder levantarse y correr tras ella colina abajo.

—Och, y dulce Virgen María —chilló Joanna, que de algún modo logró no deslizar más—, allá va.

Su voz los siguió mientras Alice bajaba peligrosamente y Nicholas la perseguía.

—¡No deberías haber dejado tus botas resistentes, lass!

No le sorprendió perder él mismo el equilibrio. Cayó de culo y siguió en casi la misma postura que Alice.

Sin nada que frenara su caída, se deslizaron hasta el fondo, ganando velocidad. Nicholas luchó desesperadamente por reducir el ritmo, temeroso de estrellarse contra Alice con fuerza cuando por fin se detuvieran. Pero no podía aferrarse a nada; la hierba se arrancaba en sus manos. Si clavaba un pie, temía perder el último resto de control y comenzar a rodar sin parar.

Alice, en su pánico, había girado varias veces, y al final bajaba de barriga, con la cara y las manos levantadas hacia él. Por poco no chocó contra uno de los pocos matorrales que crecían en la ladera, y con los ojos apretados, no vio el obstáculo que podría haber frenado su caída.

Nicholas, en cambio, sí vio la maraña de ramas y aprovechó para aferrarse y detenerse. Cuando logró detenerse del todo, se levantó y bajó corriendo el resto de la colina hasta donde Alice había acabado boca abajo, empapada de lodo y agua.

El corazón se le desplomó cuando ella no se movió. Se arrodilló bruscamente junto a ella, mientras Joanna lloraba desde arriba.

—¡Alice! —gritó, girándola con cuidado boca arriba.

Tenía los ojos abiertos, quizá lo único intacto en su rostro. Estaba aturdida, con la boca entreabierta y temblorosa, y la mano caída sobre el abdomen.

—Lass… —Ay. Se le cerró la garganta—. ¿Alice?

Pensó que iba a llorar, y no la habría culpado. Pero, mirándolo con horror, empezó a reír. Al principio fue solo un bufido incrédulo, pero creció hasta ponerse casi histérica, temblando y riendo tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas mientras se tapaba la boca con su mano sucia.

Nicholas soltó el aire en un suspiro de alivio y cayó sentado, molesto por lo absurdo de la situación.

Arriba, escuchó a Baldred regañar a Joanna:

—Ahora dime, ¿cómo va a estar muerta si se está riendo?

—¿Tú sabes que aún tenemos que subir, lass? —dijo Nicholas a Alice, todavía jadeando, igual que ella.

—Lo sé —respondió cuando pudo controlar la risa fuera de lugar—, así que puede que parte de esto sean lágrimas del puro terror.

Él miró hacia la colina. Malise tenía su montura bien controlada. Nicholas volvió la atención a Alice, la ayudó a ponerse en pie y recién entonces se reprochó no haber preguntado antes si estaba herida de verdad.

—Solo el orgullo —dijo ella, mirando sus manos embarradas, que limpió contra la capa igualmente embarrada. Alzó los ojos azules —. Permítame expresarle mi agradecimiento por caer justo detrás de mí, así no tuve que sufrir sola semejante humillación.

—No es como si tuviera elección —gruñó él, esbozando una sonrisa. O creyó hacerlo; quizá le salió más una mueca, porque ella pareció inquietarse.

Pero entonces sí sonrió, casi plenamente, al ver el desastre que era. No había un centímetro limpio o seco en su capa o en su léine. Su cabello era un revoltijo de negro, lleno de barro y hierba, y su rostro no había salido ileso: tenía ambas mejillas rayadas de tierra.

Nicholas alzó la mano y sacó varias briznas de hierba enganchadas cerca de su sien, apartando después un largo mechón detrás de su oreja. Sin darse cuenta, trazó con el pulgar el raspón fresco de su mejilla, siguiendo el arco de su pómulo alto. Su piel perfecta estaba lastimada, nada terrible, pero aquella imperfección resultaba discordante incluso en su estado de desastre total. Recorrió con suavidad la abrasión… hasta que comprendió cómo la estaba tocando y cerró la mandíbula, apartando la mano.

Alice permaneció inmóvil mientras él la acariciaba. Después parpadeó deprisa para disipar el momento casi íntimo cuando él retiró la mano.

—Visto del lado positivo —dijo ella con ánimo repentino, las mejillas encendidas—, ya no tienes un caballo que guiar, y esta vez aceptaré encantada tu mano.

Y antes de que él pensara en sus faldas, ella se inclinó y recogió los bajos de su léine y su capa, empapados, y los ató en un nudo para que nada pasara de sus espinillas.

Nicholas tomó la mano de Alice y llamó hacia arriba:

—¡Alguien sujete bien a Joanna, no sea que nos persiga otra vez!

Reanudaron la subida, su mano en la de ella, firme y segura. Su piel era suave y tibia, ridículamente suave… y a él no le disgustaba en absoluto cómo se sentía su mano envuelta en la de él.

CAPÍTULO DIEZ

Lograron la subida con éxito. Cada vez que Alice resbalaba —lo cual ocurrió más de una vez— la mano de Nicholas evitaba que cayera de bruces. Cuando alcanzaron al resto del grupo, que los esperaba donde empezaban los árboles, Alice creyó que el avance mejoraba, o quizá solo las suelas lisas y empapadas de sus zapatillas encontraban mejor apoyo sobre la alfombra de hojas, agujas de pino y raíces sobresalientes.

Malise no le devolvió la brida del caballo de Nicholas, sino que siguió adelante, con aparentemente la mitad del esfuerzo que a Alice le parecía estar gastando.

—Creo que podría arreglármelas desde aquí —le dijo a Nicholas, tironeando para recuperar su mano, sin querer ser una carga, o más carga de la que ya había demostrado ser sin proponérselo.

—No voy a soltarte, lass —sonó casi íntimo, hasta que añadió —: Preferiría no tener que perseguirte cuesta abajo ni subir otra vez, ni una vez más.

Tras ascender quizá unos cincuenta metros más, llegaron a una cumbre más baja y de cima plana, protegida de un lado por la pared de la montaña que se elevaba aún más, y del oeste —de donde venía el viento— por un matorral de arbustos, enebros y sauces, y un serbal bajo.

Nadie se había librado de los efectos de una escalada tan peligrosa y agotadora. Joanna y Alice fueron las primeras en caer de rodillas.

—Que el Señor me ampare si a alguno se le ocurre decir que queda más por subir —dijo Joanna, jadeando—. No sé si no haría daño al hombre que se atreviera a sugerirlo.

Alice quizá habría sonreído; no estaba segura. No hacía demasiado frío, pero su rostro estaba entumecido —quizá por la lluvia persistente— y sentía como si no pudiera controlar su cuerpo, aun cuando era plenamente consciente de cada músculo y hueso dolorido.

—No quiero pensar en el descenso de mañana.

Como ese sería su campamento por la noche, pues la oscuridad había caído hacía rato y la lluvia seguía molestando, el grupo se acomodó rápido. Amarraron los caballos y compartieron pequeños trozos de queso y pan. Se acurrucaron juntos, bajo el dosel verde de uno de los serbales, cuyas ramas retorcidas tocaban el suelo y formaban una especie de refugio.

La plataforma de esa cumbre inferior no era especialmente ancha ni grande, lo que también obligaba a todos a juntarse. Alice se acurrucó de costado junto a Joanna, usando su brazo como almohada, segura de que pronto empezaría a tiritar, pues estaba empapada hasta los huesos y la altura hacía el aire más frío. Estaba sucia y bastante incómoda, pero no temía que el sueño no llegara: su agotamiento era mayor.

Nicholas y Henry se acomodaron a un lado de Alice, y los demás hombres se recostaron cerca de Joanna.

Y entonces, como si las últimas horas no hubieran sido ya lo bastante angustiosas, los lobos comenzaron a aullar cuando la lluvia disminuyó hasta convertirse en una llovizna tenue.

Lobos, sonando peligrosamente cerca como para dormir tranquilos.

Joanna se incorporó de golpe.

—Och, y aquí vienen, las criaturas de la noche.

A su lado, Baldred intentó calmarla.

—Los lobos no quieren encontrarse con nosotros más de lo que nosotros queremos encontrarnos con ellos. Mantendrán la distancia.

—Puede que sí —dijo Dungal, arruinando toda la seguridad que Baldred había querido transmitir—. O puede que no. ¿Recuerdas aquel incidente que contó el carnicero del mercado de Haddington hace unos años? —preguntó hacia la oscuridad—. Cuatro lobos

aterrorizaron una aldea perdida durante semanas, se llevaron a tres personas en la noche, una por una.

—¡No lo hicieron! —protestó Joanna, escandalizada.

—Claro que sí —insistió Dungal—. Vinieron a por un hombre —un soldado robusto, de hecho— y aunque estaba rodeado por media docena más del mismo tipo, uno de los lobos le mordió la cabeza y se lo llevó arrastrando. Si gritó, nadie lo oyó, porque tenía la cara dentro de las fauces de la bestia.

—¿Por qué inventas historias para asustar a…? —empezó Baldred.

—Tú estabas allí —lo acusó Dungal—. Oíste el mismo cuento que yo. Ah, y el lad que se llevaron estaba borracho, así que quizá, tu sabes, no supo ni qué lo mordió. ¿Recuerdas lo que dijo después el carnicero, de los que vivieron para contarlo? Que no encontraron más de él que parte del pie y un ojo perdido, que volvió rodando solo al campamento a la mañana siguiente.

La carcajada de Malise se oyó por encima de las quejas de Baldred, que insistía en que Dungal debía guardarse sus historias.

—Eres un bruto enorme, Dungal, con tus cuentos de fantasmas —acusó Malise—. No le hagas caso, lass.

—No lo haré —respondió Joanna—. Pero que sepas que te empujaré delante de mí si las bestias vienen a llevarse a alguien.

Alice añadió al absurdo:

—No temo nada, Malise. Creo que estoy muy segura aquí, metida en medio. Pero que les vaya bien a los que duermen en el perímetro.

Esto provocó risas somnolientas de varios, incluida Joanna.

Alice volvió la cabeza para mirar a Nicholas, que estaba sentado con la espalda contra el tronco mojado y duro del árbol. Solo podía distinguir sus ojos brillando en la oscuridad, fijos en ella.

—¿No vas a dormir?

—Dormiré —fue todo lo que dijo.

Tras un segundo más, Alice apoyó de nuevo la mejilla en su brazo y cerró los ojos. Aun agotada, sabía que dormiría bien. No temía que nada la dañara mientras Nicholas MacRory velara por ella.

***

Malise despertó a mitad de la noche y tomó la guardia, y así Nicholas pudo estirarse y reclamar dormir un poco. Había pasado las horas previas alternando entre contemplar a Alice mientras dormía y considerar, con una mezcla nada pequeña de sorpresa y asombro, que ni ella ni Joanna se habían quejado de su situación: ni de la extenuante subida, ni de la molesta lluvia, ni siquiera de sus improvisados aposentos para dormir o del frío nocturno.

Pensó que, para ese entonces, ambas ya habrían comprendido que su afirmación había sido cierta: que solo pretendía devolverlas a la casa de los de Graham, que no tenía ningún motivo oculto, ni mucho menos siniestro, para haberlas sacado de la casa de los de Lisle en Inglaterra.

La verdad era que encontraba pocos defectos en Alice, en ningún aspecto. Era bonita y valiente, y besaba a un hombre con una pasión que desde luego él no había esperado ni conocido jamás en una lass de tan buena familia. Y aunque no le molestaba lo que ella pudiera haber interpretado de su ánimo menos hostil el día anterior, se alegraría de verse libre de su compañía después de mañana. Una lass como Alice despertaba esperanza dentro de un hombre; la esperanza de poder volver a sentirse entero, de no ser completamente irredimible, de creer que toda la sangre en sus manos podía lavarse. Una contemplación peligrosa, ya que sabía muy bien que sus fechorías pasadas jamás podrían borrarse. Estaba convencido de que no había salvación para él y que lo más probable era que ella —o cualquier mujer buena— solo se manchara y arruinara con lo que él era.

Aun así, Nicholas se repetía con frecuencia que cometería con gusto todos sus pecados de nuevo antes que vivir como su padre lo había hecho, tan debilitado y disminuido por su amor a la madrastra de Nicholas que se marchitó y murió cuando ella faltó, convertido en un hombre ineficaz y desvalido para entonces. Qué tanto lo había odiado por eso, como si todo su valor se redujera a su amor por su esposa. Cierto era que su madrastra merecía admiración —era inteligente, testaruda y eficaz—, pero Nicholas siempre había

sabido y detestado que su padre solo caminara a su sombra, que no hubiera liderado ni gobernado ni logrado nada notable que ella no hubiese decretado y puesto en marcha primero.

Como solía hacer, Nicholas reprimió cualquier pensamiento sobre su padre, pues casi siempre lo amargaban los recuerdos de aquel hombre débil de espíritu.

Para esa hora del día siguiente estaría marchando con un ejército de trescientos hombres, lejos de Carbery, en dirección a William Wallace o hacia Braewood Keep, donde un entrenamiento abreviado pero riguroso comenzaría de inmediato.

Aunque no le disgustaba la vida en el camino, lamentaba la falta de comunicación con tantas personas distintas y, por ende, su falta de conocimiento de la situación actual. Con suerte, John de Graham estaría bien informado de cualquier novedad y podría compartir lo que hubiera recibido, si acaso, en la última semana.

Esa noche su sueño no fue tan inquieto como solía ser, y despertó, casi seco ya, justo cuando el sol empezaba a elevarse. Al abrir los ojos, lo recibió la visión de Alice, que debía haberse movido dormida y ahora estaba vuelta hacia él. Seguía dormida, con sus pestañas abanico sobre las mejillas, con vetas de barro ya seco manchándole aún las mejillas y la barbilla. Tenía las manos flojamente recogidas bajo el mentón, con el dorso también cubierto de tierra. Increíblemente, seguía siendo condenadamente hermosa.

El silencio de la mañana invitaba a la reflexión solemne, pero lo único que acudió a su mente fue el sabor del beso de Alice. Seguía creyendo que había sido una decisión imprudente, aunque también sabía muy bien todos los motivos detrás de ello, no siendo el menor su deseo de probar y tocar algo inocente y bueno.

Una hora más tarde, el pequeño grupo descendía por el lado lejano de las colinas de Fintry, el camino mucho más fácil gracias a la suave pendiente. Aun así, bajaron a pie y no montaron de nuevo hasta llegar al fondo, momento en que Alice volvió a quedar montada con Nicholas y Joanna con Baldred.

No hicieron pausa al mediodía para descansar y dar de beber a los caballos, pues estaban a solo unas millas de Carbery. Nicholas supo exactamente cuándo Alice empezó a reconocer el paisaje de

casa: se irguió y se inclinó hacia adelante, como si pudiera incitar al caballo a acelerar.

—No puedo creer que estemos tan cerca —dijo ella, con una emoción luminosa.

—¿No puedes creer que no te mentí? —preguntó él—. ¿O es solo una expresión de alegría?

—Ambas —respondió ella con viveza—, aunque más lo segundo que lo primero.

Un jadeo sonó a su lado, donde Baldred y Joanna cabalgaban.

—Och, lass, ¿y si no están? ¿Y si al fin se le paró el corazón a tu da con tanto resoplar y bufar? ¿Y si tu mam cayó enferma…?

Muchas voces —incluso las de Malise y Henry— reaccionaron con irritación ante aquellas ideas inoportunas.

—Aw, ¿por qué tienes que ser así? —se lamentó Baldred.

—Varias bendiciones se te habrán arruinado por esas teorías espantosas —dijo Henry.

—¿Estás loco? —ladró Dungal—. ¿Quieres asustar a la lass?

En cabeza, Malise negó suavemente.

—Nunca conocí a nadie como tú. No puedo entender qué pasa por tu cabeza.

—Está bien, señores —intervino Alice—. Joanna solo se preocupa. Ha pasado tanto tiempo.

—Pero vimos a tu mam y a tu sire hace solo una quincena —la recordó Dungal, aún ofendido.

—¿Ves, Joanna? Todo estará bien.

Nada, aparentemente, podía apagar el ánimo radiante de Alice ese día.

Atravesaron la misma aldea tranquila y dispersa y, al pasar la última cabaña, incitaron sus monturas a un paso más veloz. Cuando la casa de los de Graham apareció a la vista, Alice levantó ambas manos del brazo de Nicholas para cubrirse la boca. Miró por encima del hombro, con los ojos chispeando, y la evidencia de su enorme sonrisa se veía en cómo le brillaban los ojos y cómo sus mejillas se alzaban. Nicholas no pudo evitar sonreír también; su alegría era contagiosa, casi viva.

Y en ese instante, viendo aquella alegría silenciosa y con lágrimas, Nicholas comprendió otra faceta de su misión. Hasta ese momento se había tratado solo del beneficio propio y del ejército que ganaría al entregar sana y salva a la hija de los de Graham. Pero al ver su color encendido y su energía vibrante, sintió una satisfacción profunda al saber que él había sido quien le devolviera ese momento.

—Voy a saltar del caballo y correr, Nicholas —le advirtió cuando el muro de piedra y el patio vacío aparecieron claros—, directo a la casa. Te pido disculpas ya mismo por abandonarte en el patio.

Él soltó una carcajada abierta, algo que no recordaba haber hecho en mucho tiempo. Hacía siglos que una risa no le salía sin ir teñida de burla o furia o fastidio. Esto era distinto: diversión pura. Solo Alice de Graham anunciaría su intención y pediría disculpas antes incluso del acto.

—No saltes, lass —pidió—. Agárrate de mi brazo y déjame bajarte.

Ella lo hizo, enlazando una mano con la suya y sujetándole el antebrazo con la otra.

—Ay, cómo quisiera no verme tan espantosa.

—A tu mam no le va a importar un poco de barro —aseguró él, convencido de ello.

Entraron en el pequeño patio y Nicholas tiró de las riendas a unos tres metros de la puerta. Tal como había dicho, apartó el brazo del cuerpo y Alice se deslizó al suelo. Con un chillido de emoción, alzó las faldas y corrió hacia la casa.

La puerta se abrió antes de que ella llegara, pero al ver que era su madre quien la abría, Alice no aminoró la carrera. Se lanzó de lleno a los brazos de una Eleanor de Graham boquiabierta.

Lloraron y hablaron y rieron todo a la vez.

—Madre, ¡he vuelto a casa!

—Ay, mi niña…

—Te he extrañado tanto.

—Cada día, lass, rezar y preocuparme, era todo lo que podía hacer —dijo. Apartó a Alice, manteniéndola a la distancia de los

brazos—. Sí, pero déjame mirarte. Ay, querida, qué estado traes —y soltó una carcajada y abrazó a Alice de nuevo.

Para entonces, Joanna había llegado y desmontado con ayuda de Baldred. Se acercó despacio al par aferrado, quizá la primera muestra de temor que Nicholas le había visto a la doncella.

—Ah, y Joanna también —exclamó Eleanor de Graham, aunque no hizo movimiento alguno por incluir a la mujer en su reunión con Alice.

Pero Alice era generosa, una amiga de verdad. No olvidó ni ignoró la presencia de Joanna cuando esta se deslizó más cerca de las dos mujeres abrazadas. Alice se separó y abrió un brazo hacia Joanna, y con un nuevo grito de alegría de las tres, Joanna fue arrastrada hacia lo que ya era un abrazo de tres personas.

Eleanor de Graham de pronto parecía diez años más joven. Posiblemente ni siquiera el tan ansiado segundo advenimiento del Señor podría competir con la dicha que sentía en ese momento. Brillaba en sus ojos, tan parecidos a los de su hija, y en su sonrisa llorosa. Y justo cuando Nicholas estaba seguro de que por ahora los abrazos habían terminado, otro grito feliz escapó de Eleanor y volvió a apretar a Alice contra sí.

Nicholas miró de reojo a Baldred y Dungal a su derecha. Ambos llevaban sonrisas que decían lo mismo que él sentía: un enorme orgullo por el papel que habían jugado en esa reunión. Luego, Nicholas imaginó la respuesta a una pregunta que solo existía en su mente: sí, estaba seguro de que Alice de Graham sabía muy bien lo querida que era. No creía que fuera del tipo de persona que daba por sentado el noble afecto de su madre y, del mismo modo, podía asumir que comprendía lo afortunada que era.

Aún aferrada a su hija, Eleanor de Graham alzó la mirada hacia Nicholas y sus hombres.

—¡Vengan, por favor! —invitó, agitando la mano—. Todos ustedes. Deben cenar con nosotros esta noche.

La mujer se volvió y entró por completo, y Nicholas y los demás desmontaron, dejando sus monturas con el mismo lad larguirucho que se había encargado de ellas antes.

—Ojalá venga una cama blanda junto con cualquier comida que nos ofrezcan —dijo Dungal cuando entraron a la casa de los de Graham.

—Aye —coincidió Baldred—. No me molestaría pasar una noche sobre lino o pieles.

Nicholas supuso que, si se les ofrecía tal hospitalidad, bien podrían aceptarla. Hasta tener en su poder el ejército de los de Graham, no tenía prisa por ir a ninguna parte. Y aunque sabía que ese pensamiento existía en su interior, rechazó la idea de ponderar demasiado que no estaba listo para dejar a Alice todavía.

Mientras él y sus hombres se retrasaban un poco detrás de las tres mujeres, para cuando entraron en el salón Alice ya estaba separándose del abrazo de su padre. John de Graham parecía aturdido y aliviado, aunque no tan efusivo en su alegría como lo había sido su esposa.

De Graham levantó la mirada por encima de la cabeza de su hija al acercarse el grupo de Nicholas a la mesa alta. El padre de Alice no sonrió ni mostró gran aprecio hacia los hombres que habían rescatado a su hija, pero sí rodeó a Alice y bajó del estrado, avanzando hacia ellos.

Extendió la mano hacia Nicholas, con la mirada firme. Cuando Nicholas correspondió, John de Graham puso su otra mano sobre las manos unidas y dijo con solemnidad:

—Tienes mi gratitud, lad.

Dejó que su orgullosa mirada mostrara cuánto significaba eso. Luego estrechó la mano de cada uno de los hombres MacRory.

Y aunque su agradecimiento parecía genuino, Nicholas percibió otra emoción cargada debajo.

En voz baja, preguntó:

—Aunque ahora tienes otras cosas que considerar, ¿no es así?

John de Graham asintió sobriamente ante los cinco hombres.

—Aye, y… —empezó, pero agitó la mano en un gesto de desdén—. Ah, nada de eso importa. Mi hija está sana y salva y ha vuelto, señores. Todo está bien.

Pero no lo estaba, comprendió Nicholas. Ahora comenzaría la mayor parte de la traición de los de Graham contra Eduardo I. Retiraría su ejército de las fuerzas inglesas y lo comprometería a la causa escocesa. La simple logística de llevar su ejército a Carbery era peligrosa, pues podrían ser vistos como desertores. La noticia se difundiría rápido, sin duda, y Longshanks pronto sabría del rechazo de lealtad de De Graham.

Mientras Nicholas contemplaba la creciente preocupación que invadía el rostro orgulloso de De Graham, Alice habló detrás del grupo de hombres.

—Padre, por favor, no los detengas —suplicó, su ánimo aún ligero—. Debemos ocuparnos de su comodidad, por todo lo que ellos se han ocupado de la nuestra estos días. —Se volvió hacia su madre —. ¿Podrían recibir baños en el garderobe?

—No voy a discutir muy fuerte contra eso —murmuró Dungal al lado de Nicholas.

—Sí, sí, por supuesto —aprobó Eleanor—. Y tú también, querida. Arriba contigo.

Tomando la mano de Joanna, Alice tiró de ella mientras cruzaban el salón para colocarse al lado de su padre. Pasó su mirada por los cinco hombres y les dedicó una sonrisa, pero luego fijó sus vividos ojos azules en Nicholas.

—Te quedarás a cenar, ¿verdad?

Nicholas era muy consciente de que John de Graham lo estudiaba aún, aunque no podía decir qué buscaba el hombre, o si simplemente evaluaba esa interacción con su hija. Con gesto casual, Nicholas apoyó la mano sobre la empuñadura de su espada y asintió a Alice.

—Muy bien —respondió ella, con los labios curvándose—. Sé que no lo hicieron estrictamente por pena hacia mis padres o hacia mí, pero les agradezco igual que nos hayan traído a casa.

—Aye —dijo Joanna—, y por no dejarnos ser kilt por el camino, que hubo momentos en que eso parecía inevitable.

Nicholas inclinó la cabeza una vez más, mirando a Alice con aparente indiferencia.

—Fue un placer, lass —dijo, sabiendo que era la pura verdad.

John de Graham hizo un leve pero satisfecho asentimiento ante las palabras de gratitud de su hija y volvió hacia su esposa junto a la mesa alta. Esto permitió a Nicholas seguir a Alice con la mirada mientras salía del salón, la fingida indiferencia transformándose en esa viva y hambrienta consciencia que casi siempre lo acompañaba cuando la contemplaba.

CAPÍTULO ONCE

Después de su baño, Nicholas fue convocado al solar del lord. Agradeciendo estar limpio por primera vez en más de una semana, fue conducido a la cámara del segundo piso por la misma muchacha que había atendido su baño, esperando que allí se definieran los detalles de la transferencia del ejército de los de Graham. El solar estaba bien amueblado, con gruesas alfombras de lana y abundante luz del día que entraba por dos ventanas grandes, y con muebles que Nicholas supuso fabricados más allá de la frontera. La mesa detrás de la cual estaba sentado el barón de Graham era discreta, pero la silla en la que se encontraba era muy fina, de gran tamaño y acolchada con un tapiz con capitoné.

—Mi lord —lo saludó Nicholas sin demasiada reserva cuando la doncella se escabulló de nuevo al corredor, cerrando la puerta al marcharse.

De Graham agitó los dedos hacia la única otra silla de la estancia, situada frente a su escritorio. El escritorio estaba muy usado, tan abarrotado que sugería que las posesiones o intereses del barón eran mayores de lo que Nicholas había sospechado. Además de registros, pergaminos y documentos sueltos, la superficie estaba cubierta con dos tinteros y una tabla de madera plana con una variedad de plumas; unas velas sin encender en candelabros de peltre llenaban una esquina; y en el centro del escritorio, frente a Nicholas, había dos matrices de sello de cobre y una barra de cera roja muy manoseada.

Al volver su atención al barón, Nicholas sintió un escalofrío de presagio.

La expresión de John de Graham era muy distinta de la contenida alegría que había mostrado más temprano por el regreso de Alice. El hecho de que ahora no pudiera o no quisiera mirarlo

directamente hizo que Nicholas se preguntara si alguna traición vil estaba por ocurrir. No sospechaba de inmediato que de Graham lo hubiera engañado —aunque la cautelosa y nerviosa actitud del hombre lo ponía en guardia—, pero se dispuso a no dejarse sorprender si el barón titubeaba y ofrecía alguna excusa despreciable para retrasar al ejército. O quizá para explicar por qué no podía, en verdad, comprometer el número de hombres que Nicholas esperaba.

Le ofrecieron vino en una jarra de arcilla arenosa con base torcida, que él rechazó. El cambio drástico en el semblante del barón hizo que Nicholas deseara que las palabras y la verdad salieran a la luz sin demora.

—He traído de vuelta a su hija —comenzó Nicholas cuando el hombre pareció incapaz de pronunciar aquello que claramente lo perturbaba—. A cambio, usted tiene un ejército que poner en mis manos, tal como acordamos.

John de Graham suspiró con cansancio y lo miró con una mirada resignada.

—No debería haberle prometido nada de eso, y por ello lo lamento, lad.

Y ahora Nicholas deseó no haber tomado asiento; habría preferido quedarse de pie, con las piernas separadas al ancho de los hombros y las manos bien plantadas sobre la espada y la cadera, una muestra de poder y de toda la agresividad que sentía en ese momento. Apenas conteniendo la repentina furia que le hervía en la sangre, recordó entre dientes:

—Pero lo prometió… a mí y a Escocia… su ejército.

—Aunque quisiera…

—*¿"Aunque quisiera"?* —soltó Nicholas, su cólera estallando —. Lo dijo claramente. ¡Arriesgué mi cuello y el de mis hombres para devolverle a la lass! ¿Y va a mostrarse tan deshonroso…?

—¡No es tan sencillo como usted lo pinta! —estalló de Graham, golpeando la mesa con su mano gruesa.

—Sea simple o no lo sea, dio su palabra, de Graham —rugió Nicholas.

—¡Es autodestrucción! ¡Pedir la horca! —levantó ambas manos, las palmas hacia Nicholas—. No voy a dejar que se marche sin compensación. Estoy dispuesto a pagarle…

—Aye, y con su ejército, de Graham, como se acordó, a menos que quiera conocerme como enemigo. Le aseguro, sir, que no desea eso.

Los hombros del hombre mayor se hundieron; toda su bravura se desinfló.

—En este mismo momento —dijo—, las unidades de los de Graham están atrincheradas con el propio Edward. Quitarlas ahora sería un acto de autodestrucción deliberada.

Saltando de pie con tal fuerza que tiró la silla, Nicholas escupió:

—No me importa lo que signifique para usted. No quiero su dinero. Quiero su ejército.

En un torrente de autocrítica por haber confiado en la palabra de alguien a quien no conocía lo suficiente —y cuyas circunstancias quizá había asumido como tan desesperadas que podían haber provocado la falsa promesa de un ejército—, Nicholas frunció el labio y se reprochó haber aceptado la promesa de un hombre que se mostraba no mejor que el propio padre de Nicholas: gobernado por una mujer, débil y demasiado inepto para mantenerse firme en sus decisiones o frente a su esposa.

—Por más que me duela retractarme de mi juramento —dijo de Graham—, no puedo someter a mi esposa y a mi hija a una vida ligada a un hombre acusado de traición…

—Pero no le importa que su propio nombre circule como el de un traidor a la causa y, peor, como el de un hombre sin honor —replicó Nicholas.

—Mejor que sufra yo antes que ellas.

Nicholas soltó una carcajada airada.

—¿Cree que ellas no sufrirán por su traición?

El barón no llegó a encogerse de hombros, pero su postura se hundió, el hombre robusto reducido detrás del escritorio.

—¿De veras va a hacerlo? —preguntó Nicholas—. ¿Renunciar a una promesa? ¿Y todo por cobardía?

John de Graham no respondió, ni levantó la mirada de los pergaminos.

Y así estaba claro: no habría forma de intimidarlo para hacerlo cumplir—¡justo ahora el hombre decidía mostrar una fuerza de voluntad que antes había estado ausente!

Rebosante de furia por la traición, Nicholas pensó en matarlo allí mismo. El acero silbó cuando desenvainó su espada.

—Se ha hecho un enemigo, de Graham, y uno del que se lamentará haber tenido conocimiento.

Pero no alzó la espada contra él. El barón ni siquiera se puso de pie ante la amenaza. Solo más tarde reconocería Nicholas qué —o más precisamente, quién— lo había frenado.

Con un gruñido de pura rabia, giró sobre sus talones y salió de la estancia.

Maldito hombre. Y maldita su hija también, pues había sido su rostro lo que Nicholas había visto cuando había considerado acabar con la vida del barón, como tenía todo el derecho de hacer por semejante fraude.

Con pasos rápidos y furiosos, bajó las escaleras y entró al salón.

Eleanor de Graham, colocando ramos de flores a lo largo de la mesa alta, soltó un jadeo al verlo llegar como una tormenta, con la hoja brillante balanceándose con su andar airado.

Al ver la espada desenvainada, sus hombres sacaron las suyas.

Ignorando a la baronesa, que soltó un grito agudo, Nicholas les gruñó:

—Ha roto su juramento. Maldito bastardo.

Un plan de represalia inmediata ya se formaba en su mente. Mientras Eleanor de Graham balbuceaba incrédula y gritaba el nombre de su marido, Nicholas ordenó a Malise:

—Prepara los caballos, dos minutos.

A Baldred y Dungal les preguntó:

—¿Cuántos soldados hay?

—No más de una docena —respondió Dungal.

—¿Qué planea? —preguntó Eleanor, corriendo hacia él y tirando de su manga—. Por favor, déjeme un momento con mi esposo. No sabía nada de… ¡por favor! —chilló cuando Nicholas gruñó y la apartó—. Debe haber algún malentendido.

No le prestó atención, y ella corrió hacia las escaleras llamando otra vez a su marido.

—Prepárense para enfrentarlos —ordenó Nicholas—, y muévanse rápido. Ahora.

Y dicho eso, subió tras la baronesa.

—¿Qué estás…? —empezó a decir Baldred.

—No nos iremos con las manos vacías —respondió Nicholas, su voz cargada de rabia.

Suponiendo que los aposentos familiares estaban en el tercer piso, Nicholas pasó de largo el segundo —ignorando los chillidos de Lady Eleanor mientras reprendía a su esposo— y avanzó por el pasillo, abriendo puertas de golpe hasta que dos chillidos lo avisaron de que había encontrado lo que buscaba.

Él mismo se sorprendió: Alice estaba medio desnuda, aparentemente recién salida de su propio baño, vestida solo con una fina camisilla de algodón que dejaba poco a la imaginación, mientras una joven criadita exprimía el agua de su cabello negro con un paño. Alice tenía los pies descalzos bajo el borde de la prenda, y los brazos desnudos, que se cruzaron instintivamente sobre su pecho.

No dijo nada al principio, solo lo miró con ojos muy abiertos y frenéticos.

Recuperándose antes que ella, él soltó cortante:

—Vístete.

—Pero… ¿qué está pasando abajo? Tanto griterío y alboroto en los últimos…

—He dicho que te vistas —gruñó él. Su furia lo impulsó dentro de la habitación y lo hizo dejar atrás cualquier consideración de corrección o decoro. Abrió de golpe las puertas del armario y, sin cuidado alguno, tomó una léine oscura y se la arrojó a la doncella.

La muchacha, aterrada, atrapó la prenda y se apresuró a extenderla para colocarla sobre la cabeza de Alice, mientras ella seguía balbuceando preguntas.

—Nicholas, ¿qué es lo que…? ¿Por qué estás empuñando la espada aquí dentro…?

Con el oído atento a cualquier ruido fuera de la cámara, Nicholas avanzó sobre Alice y le gruñó desde menos de un pie de distancia:

—Maldita sea, Alice. Que te vista ella o te visto yo, pero ahora.

***

Aquella furia suya era, con mucho, peor que el arrebato breve que ella le había conocido cuando él había entrado por primera vez en la casa de los de Lisle y Alice lo había recibido con un cuchillo en la garganta. Y muchísimo más aterradora. Sus ojos estaban oscurecidos por la ira, y la cicatriz que cruzaba su mejilla —la misma que ella solía pasar por alto— se había vuelto blanca contra su piel bronceada.

Sin tener idea alguna de lo que había ocurrido, ni por qué él sentía la necesidad de blandir su espada o encararla en su propia cámara, Alice obedeció, permitiendo que la aterrorizada Hylnn —que solo unos momentos antes había estado sonriendo y riendo con Alice, contándole lo sucedido en su ausencia— dejara caer la léine sobre su cabeza.

—¿Qué sucede? —suplicó al fin, habiendo recuperado la voz —. ¿Mi padre está bien? ¿Mi madre?

—Te esperan abajo —respondió él, acercándose a la puerta para asomarse al pasillo.

—Oh, ¿estamos bajo asedio?

—Ponte las botas —ordenó, plantándose en el umbral.

Hylnn, saltando a obedecer más rápido que Alice, recogió el calzado y se lo entregó de golpe.

—Pero mis medias…

—Ponte las malditas botas, Alice —gruñó él.

Ella lo hizo, aunque no tuvo tiempo de atarse las agujetas antes de que Nicholas la tomara de la muñeca y la empujara fuera de la habitación.

—Hylnn —alcanzó a decir Alice—. No podemos dejarla…

—Ella se queda. No tiene nada que ver con esto.

—¿Con qué? Nicholas, ¿qué estás…?

—Calla.

Alice tiró de su brazo y frenó en mitad de la escalera.

—No voy a callar. ¡Dime! ¿Qué está pasando?

Nicholas, un escalón por encima, se volvió hacia ella y mostró el semblante más feroz que ella le había visto jamás.

—Tu padre revocó nuestro acuerdo verbal, se niega a retirar su ejército. Si no quieres que corra su sangre por su traición, harás exactamente lo que digo.

Y echó a andar de nuevo, mientras la cabeza de Alice daba vueltas con las pocas piezas de información que él le había entregado. Solo su confusión absoluta permitió que la arrastrara sin más resistencia.

Al llegar al primer piso, en el gran salón, la escena que se le presentó a Alice era tan surrealista que casi parecía un sueño. A unos seis metros de la escalera, sus padres gritaban entre ellos, su padre con la espada en mano, agitándola de manera salvaje para subrayar sus palabras. En el centro del salón estaban Baldred y Duncan, con sus espadas desenvainadas contra sus padres, clamándoles que callaran. En la puerta abierta hacia el patio, de espaldas a la sala, Henry estaba en posición de combate, con los pies separados, y la hoja larga apuntando hacia la entrada, mientras más gritos llegaban desde afuera. Frente a la mesa alta, arrodillada con sus faldas hinchadas alrededor, Joanna sumaba un chillido agudo a la cacofonía, con las manos alzadas en súplica.

Alice parpadeó varias veces hasta que la verdad se le impuso: no estaban siendo atacados… salvo por el propio Nicholas MacRory.

Su madre se dio cuenta entonces de su presencia, sujeta firmemente por Nicholas, y sus gritos se volvieron un lamento que acompañó al de Joanna.

—Misericordioso Jesús, ten piedad de mí, mi señor —suplicó a Nicholas—. No me castigues por los pecados de mi esposo. ¡Llévame a mí! Llévame, no a Alice. A mi Alice no.

¿Llevarla? Y el peso entero de la tragedia cayó sobre Alice de golpe: la perjuria de su padre, el pánico de su madre, su propio

secuestro inminente… y la confusión cedió al terror.

Alice empezó al fin a forcejear contra el agarre de Nicholas, primero intentando solo zafarse, pero pronto arañando y clavando las uñas en la mano que la sujetaba. Fue inútil; él no aflojó nada, y la arrastró a través del salón entre gritos y llanto hasta donde Baldred y Dungal se posicionaban.

—Vámonos —ordenó Nicholas, y los hombres retrocedieron hacia la puerta.

—¡Detente! ¿Qué estás haciendo? —gritó Alice.

Un rugido ensordecedor llenó el salón, haciendo que Alice girara la cabeza justo a tiempo para ver a su padre cargar contra los MacRory, con su espada levantada, temblando de rabia. El alarido desgarrado que salió de la garganta de Alice rivalizó con el de su madre. Dungal se adelantó a recibir el ataque y desarmó a su padre con solo dos paradas, a izquierda y derecha. La espada de John de Graham cayó ruidosamente al suelo. Él agachó la cabeza y embistió con todas sus fuerzas, pero Dungal apenas tuvo que ajustar su postura; con velocidad relampagueante, lanzó un puñetazo que alcanzó el rostro del barón de lleno antes de que este pudiera tocarlo. El golpe lo hizo tambalear, enviándolo hacia atrás como si el tiempo se ralentizara, hasta que perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—Le advertí que no hiciera de mí su enemigo —dijo Nicholas con un gruñido peligroso—. Envíe ese ejército a Braewood, tal como juró. El ejército entero. Y le devolveré a su hija.

Comprendiendo que tenía apenas unos segundos para ganar su libertad antes de ser robada de nuevo por el Bruto de Braewood, Alice reanudó la lucha, clavando los talones mientras Nicholas trataba de arrastrarla afuera. Levantó sus manos unidas, con intención de morderle el brazo, pero perdió el equilibrio cuando él dio un tirón repentino.

Con vergonzosa facilidad, Nicholas la giró hasta sujetarla con la espalda pegada a su pecho. Le cerró el antebrazo alrededor del cuello, y su voz fue un siseo helado contra su oído:

—Si peleas, si resistes un segundo más, no dejaré a nadie con vida en esta casa ni en este patio.

Ella se volvió miserablemente blanda contra él, sin fuerzas, toda la lucha arrancada por aquella amenaza que, según su tono, no era de ningún modo vacía.

—Eres despreciable —murmuró con desgarradora impotencia.

—Debe de ser algo en el aire de esta casa lo que me hizo así —replicó él, empujándola hacia adelante.

Inerte por su propia derrota —no lucharía para no provocar muertes por su culpa—, Alice fue conducida con facilidad hacia el patio, donde Malise sostenía listos esos enormes destrieros de los MacRory.

Los pocos soldados de los de Graham que estaban allí permanecían inmóviles, mirándose entre ellos con confusión, algunos sin siquiera haber desenvainado. Quizá no comprendían aquel caos, o quizá no intervenían al ver la habilidad de los MacRory con sus espadas, levantadas para mantenerlos a distancia. Malise, en particular, hacía danzar su montura alrededor de los soldados, mostrando pericia al pasar su espada de mano a mano.

Como ya había hecho tantas veces, Nicholas tomó a Alice por la cintura y la alzó hasta el arzón.

En ese instante, Joanna emergió del torreón, avanzando a trompicones hacia Baldred, que acababa de montar.

—Perro desvergonzado del norte —vociferó—. ¡Cerdo de las Highlands! ¿Es secuestrar lo único que sabes hacer, pedazo de engreído?

Se aferró a su pierna y su bota, aunque Alice no supo si intentaba derribarlo o qué, y temió que la expresión oscura y torcida de Baldred significara que estaba a punto de darle una patada. En cualquier caso, ya fuera por los forcejeos de Joanna o por el propio Baldred, el caballo giró en círculos, y los pies de Joanna se levantaban del suelo en cada vuelta mientras ella seguía aferrada a la pierna de él.

—¡Joanna! —advirtió Alice.

Al mismo tiempo, Joanna gritó a Baldred:

—¡Pues súbeme, maldito canalla! ¡No voy a dejarla! Nunca. ¡Y menos en esas manos despreciables tuyas!

Nicholas había hecho girar el destriero en el que estaban para impedir que Alice viera demasiado de aquella escena o su desenlace, y ahora miraban hacia la puerta abierta del torreón, donde su madre, impotente y abatida, estaba desplomada. El corazón de Alice se encogió al verla, temblorosa de angustia, abrazándose a sí misma. No buscó la mirada de Alice; la mirada torturada de Eleanor de Graham estaba fija, desdichada, en Nicholas.

—Estas son las maquinaciones de su esposo, mi señora —dijo él con una voz dura, que ofrecía poca caridad para la agonía de la mujer—. No solo fue innecesario, sino cobarde, su proceder. Su hija no será tratada peor de lo que lo fue bajo custodia de los ingleses, pero permanecerá prisionera hasta que se cumplan los términos de nuestro pacto original.

—¡Pero ella no tiene nada que ver con esto! —clamó Eleanor de Graham, con las mejillas surcadas de lágrimas—. Es inocente.

—Como lo es cada hombre que muere bajo la hoja inglesa mientras hombres como su esposo no hacen más que prolongar la guerra con su deshonra y su falsedad, y en toda verdad, con la cobardía que ha demostrado.

—Se lo ruego… —imploró Eleanor, alejándose de la puerta, saliendo al patio.

Nicholas la ignoró, y también cualquier súplica que pudiera haber pronunciado después, tirando de las riendas para hacer girar de nuevo al destriero. Con un fiero:

—¡Hyah!

Espoleó los flancos del animal, y el caballo salió disparado, rumbo a la cerca baja de piedra, atravesándola y alejándose de la casa.

Alice golpeó el brazo que la sujetaba y volvió el rostro, intentando ver más allá de los hombros amplios y los brazos robustos de Nicholas, para tener un último vistazo de su madre, una vez más.

Al oír la voz de Joanna tan cerca, aun cuando ya habían dejado atrás el patio, Alice giró la cabeza y, para su sorpresa, descubrió que su amiga, en efecto, había logrado lo que quería:

estaba sentada con absoluta seguridad detrás de Baldred, con ambos brazos enroscados alrededor de la cintura del guerrero.

—¡No tema, señora! —bramó Joanna por encima del hombro mientras se alejaban en la grupa del corcel de Baldred—. ¡La cuidaré bien, igual que antes!

Insensible ya por la confusión y el impacto persistentes, Alice dejó caer la barbilla contra el pecho y lloró por la miseria de su madre. Ella misma no estaba asustada, como él podría haber supuesto o preferido. Estaba irritada más allá de toda medida, y con toda justicia.

CAPÍTULO DOCE

Millas y millas después, durante las cuales Joanna había sido la única persona que habló, el temperamento de Nicholas aún no se había calmado, aún no había descendido de esas emociones exaltadas que tan a menudo iban ligadas a la furia y a una huida tan atrevida y espontánea. Los regaños de Joanna a los MacRory eran ahora solo un murmullo apagado, pues Nicholas había hecho avanzar su corcel muy por delante de su gente.

Alice aún no le había dicho ni una sola palabra, ni él a ella. Sin embargo, no había posado la mano en su antebrazo como solía hacer cuando cabalgaban. En cambio, había optado por torcerse en su asiento de amazona de modo que, de cintura para arriba, pudiera parecer que montaba a horcajadas. Él imaginaba que se sujetaba del arzón, puesto que no lo tocaba en ningún momento y, desde luego, debía aferrarse a algo mientras él mantenía el paso ligero. No era de sorprender que ella se sentara rígida, sin permitirse recostarse contra él en busca de comodidad o relajación, como antes. Su llanto había cesado hacía un rato, o al menos sus hombros habían dejado de temblar y su rostro ya no se inclinaba hacia el pecho en pena o desconsuelo.

Y, pese a ignorarse por completo, él estaba tan consciente de ella como siempre, quizá más todavía por el dulce aroma de prímula que se aferraba con tanta devoción a su cuerpo y atraía más atención de la que él deseaba concederle. Su cabello ya se había secado, pero demasiadas veces se alzaba de sus hombros delgados para rozarle la barbilla y el cuello.

Nicholas apartó otra vez unos cuantos mechones azabache de su mandíbula y exhaló un aliento lento y controlado sobre la coronilla de ella.

Gran parte de su vida la había vivido en un estado de ira, en grados variados según cuál fuera la chispa: una batalla, o cualquier faceta de la guerra misma, o su vida dentro de aquella prisión inglesa, o dentro de su propia mente con los recuerdos. Había vivido con ira y oscuridad durante tanto tiempo que, irónicamente, eran las cosas que no tenían relación con la ira —la alegría, la gratitud, la esperanza, entre otras— las que solían descolocarlo. Hoy, era la maldita vergüenza de haber juzgado tan mal a de Graham, de no haber considerado siquiera la posibilidad del engaño de ese hombre, lo que tenía la mente de Nicholas hecha trizas. Así pues, cuando la escandalosa indignación por su propia ineptitud menguó y solo quedó su viejo amigo, la ira —que durante años había podido hacer pasar por frialdad—, por fin redujo su caballo a un trote y se dirigió a Alice y a su nueva circunstancia.

—Será como antes —dijo con calma—. No sufrirás daño alguno…

—¿Ah, no lo sufriré? ¿Acaso no se me ha causado ya un daño grave? Siendo arrancada otra vez de los brazos de mi madre, ¿y para qué? ¿Porque tú no obtuviste lo que querías?

Ya había oído esa voz en ella, ese tono rígido, la misma noche en que él la había robado de la casa de los de Lisle. No replicó con lo obvio: que bien podría haber matado a su padre por el engaño que había cometido. Que tenía derecho a hacerlo.

—Como dije, igual que la primera vez que nos conocimos. No intentes escapar ni causar problemas, o será Joanna quien pague por tus pecados.

—¿Mis pecados? —espetó—. ¿Empezamos por los tuyos?

—Aye —soltó, cortante—, por todos los medios, y justo después de examinar los de tu propio padre.

—¿Y las acciones de uno anulan o… o justifican las reacciones narcisistas y ruinosas del otro?

Nicholas resopló con desdén.

—Aye, lass. Así es. Así sucede.

—No tocarás ni un cabello de la cabeza de Joanna —lo acusó —. Ya lo sé. No eres más que un fanfarrón cobarde, un niño

enfurruñado que no obtuvo lo que quería. Esto de ahora es solo tú pataleando.

Eso lo enfureció, que ella lo imaginara débil, que creyera conocerlo, conocer su mente. No lo desafiaría con semejante celo imperioso, estaría temblando por su destino si supiera siquiera una décima parte de lo que él era realmente capaz de hacer. Él había sido respetuoso con ella antes, creyendo que le traería un ejército. Parte de esa consideración también se debía al embrujo que ella ejercía en él, lo sabía, pero *eso* solo había sido posible porque su optimismo lo había llevado a creer que estaba a punto de asegurar un ejército considerable para Escocia. Alice ya no era más que una prisionera, una pieza, y ni siquiera estaba seguro de que valiera nada después de las decisiones de su propio padre.

—Aye, tienes razón —reconoció—. Nunca he levantado la mano contra una mujer y no empezaré ahora. Y aun así, la mazmorra de Braewood es un lugar aterrador. Me pregunto cuánto duraría Joanna en esa cripta húmeda y oscura antes de que los bichos que arañan o la locura la consumieran.

—Eres malvado. Yo no te he ofendido de ninguna manera…

—Pero tu padre sí, y eso te convierte en mi enemiga.

—¿Eres de esa calaña, entonces? ¿Uno de esos idiotas que creen que las transgresiones de un hombre pasan a sus hijos?

—¿Así que admites que tu padre sí cometió traición?

—Pero ni mi madre ni yo lo hicimos, y a quienes castigas ahora es a nosotras —debe verlo—. ¿Debo yo pedirte cuentas por todos los pecados de tu padre?

Él se tensó y siseó:

—No me parezco en nada a mi padre.

—¿Ah, no? Entonces dime, ¿de dónde, por favor, sacaste tu deshonra?

—Estás poniendo a prueba mi paciencia…

—Como tú pones a prueba la mía, miserable excusa de hombre.

Por supuesto que él sabía eso de ella, que era fiera en su propio derecho, que su circunstancia presente la irritaría mucho más de lo que la quebraría. No se marchitaría de miedo frente a él, sino

que lanzaría sus altivas recriminaciones con una constancia irritante. Nicholas casi se echó a reír ahora, en retrospectiva, al agradecer que su acusación —que él no haría daño a nadie— no se le hubiese ocurrido antes, cuando la había amenazado precisamente para poder sacarla de su casa sin complicaciones. Pero no la reprendió por ello.

Ella lo detestaba ahora, y eso bastaba. Todo estaba bien.

Dungal pidió detenerse cuando su caballo, inexplicablemente, comenzó a favorecer la pata delantera derecha.

A Nicholas no le preocupaba su posición: estaban en mitad de un campo vasto de verde y dorado que apenas les llegaba a los corvejones a los caballos, sin un solo árbol a la vista bajo el cual cubrirse de ser necesario. Habían cabalgado por el valle apacible de uno de los glens de Angus, ya seguros en las Tierras Altas, y solo les quedaban por cruzar el río Dee y el Shevock, y en total otras tres o cuatro leguas de praderas y cerros menores al este de los montes Grampians para llegar a Braewood.

Nicholas desmontó y, sin consultar si ella tenía necesidad o deseo de hacerlo, tiró también de Alice para bajarla de la silla. Esbozó una sonrisa sin humor cuando ella apartó a manotazos las manos que él había puesto sobre su cuerpo.

—No me toques, vil infiel —le espetó antes de alejarse de él a zancadas.

Guiando a su caballo por el ronzal, Nicholas se detuvo junto a Dungal para ver qué sucedía.

—Una pata magullada —murmuró Dungal, sacudiendo trozos de tierra y hierba y una piedrecilla diminuta mientras sostenía la pata entre los muslos—. Y no aguantará más monta —vaticinó.

Mientras sopesaba ese triste diagnóstico, que los retrasaría mucho si Dungal debía llevar la yegua de regreso guiándola y no montándola, Nicholas buscó a Alice con la mirada. No se había alejado demasiado; estaba frente a Joanna, a unos doce metros de distancia, entre la hierba alta. Se hallaba de perfil para él, bañada por la luz dorada del sol poniente. Tenía las manos a la altura de la cintura, jugueteando una con la otra, mientras Joanna le decía algo con un dedo alzado en gesto de advertencia. Alice asintió varias

veces, con aire sombrío, la cabeza algo inclinada. Cuando Joanna dejó de hablar, Alice se irguió y respiró hondo antes de recorrer con la mirada el paisaje apacible y pasar los dedos sobre las espigas de la hierba. La luz suave del casi atardecer dulcificaba cada pulgada de su belleza hasta volverla dorada, haciendo brillar su cabello negro y tiñendo su vestido de amarillos. Sus mejillas, quizá sonrojadas por el sol de los últimos días en su compañía, tenían un brillo que le daba un aspecto casi irreal. Angelical, habría dicho uno... si su cerebro funcionara de esa manera, para pensar y asumir semejantes simplezas tiernas.

Y luego volvió a ser humana, muy humana, cuando jadearon sus labios ante algo que Joanna le dijo, cubriéndose las mejillas con ambas manos.

Baldred se unió a Nicholas y Dungal tras un momento, mientras Malise y Henry preferían permanecer montados, esperando.

—Eso de ahí —dijo Dungal, llamando la atención de Nicholas —, ¿es por lo que la tomaste?

El ceño de Nicholas se profundizó.

—¿Eso de ahí *qué*? —preguntó al ver los ojos entornados de Dungal fijos en él.

—Eso —respondió Baldred—. La manera en que la miras. ¿Eso explica por qué sentiste la necesidad de aterrorizar a la lass aún más?

Nicholas no quedó tan horrorizado como herido por un resentimiento inmediato.

—¿Tenías alguna otra iniciativa en mente? —espetó a Baldred —. ¿Algún otro plan para reparar la injusticia?

Dungal bajó la pezuña de la yegua con suavidad.

—¿Hablas de qué? ¿De quizá quinientos guerreros? ¿Eso esperabas conseguir de De Graham?

—No para mí —gruñó Nicholas entre dientes—, sino para Escocia.

—Aye, y con todo lo sabido, ¿qué haces con solo quinientos más? Cuando los ingleses vienen por decenas de miles. Y frente a eso, el daño que has causado a la muchacha, que no merecía ni la

negligencia de su padre ni este intento sangriento de reparar lo ocurrido.

—Por el amor… —bufó Nicholas—. No necesito oír sus malditos berridos…

—Nae, seguro que no lo quieres ni lo esperas. Pero necesitarlo, aye, lo necesitas.

—Te quedaste a mi lado —le recordó a Dungal—, con tu espada en mano para sostener la injusticia…

El encogimiento de hombros de Dungal detuvo el resto de su arenga, agrandándole los ojos hasta casi desorbitar por la furia.

—Aye —reconoció el guerrero—, pero eso, lo sabes, es como decía mi mam a mi da: no discutas delante de los bairns y les dejes ver el desacuerdo.

Nicholas no supo qué decir, tan desconcertado como jamás había estado. Era raro que sus hombres cuestionaran sus decisiones, pero claro, nunca antes había secuestrado a una mujer para vengarse de su padre.

—Aye, y me pregunto si ese era realmente el cerro en el que querías morir —aventuró Baldred.

Seguramente su expresión mostraba toda su creciente sorpresa, seguida de la furia al verlos oponerse a su decisión. ¿No era ese el cerro donde quería morir? No, no lo era. Pero ¿cuándo se habían vuelto estos dos hombres contra quienes quebrantaban su palabra sin remordimiento?

Podría haberles preguntado qué creían ellos que debía haber hecho, pero apretó los dientes y se dio la vuelta, sin interés real en sus opiniones en ese momento, y menos aun cuando el daño ya estaba hecho.

Lo otro —la insinuación de que había tomado a Alice por… lo que hubieran visto en su mirada— le provocaba una furia aún más intolerable.

***

—Como si fuera a abandonarte ahora, cuando tus pies apenas han vuelto a sentir la tierra preciosa del hogar —dijo Joanna —. No me engaño creyendo que te lo hago más fácil, lass. No lo hago. Pero vi tu cara cuando te diste cuenta de lo que pasaba y me

dije: *Aye, Joanna, no está deseando besarlo ahora. Será mejor que la acompañes, no sea que asesine al bruto mientras duerme.*

Esto fue en respuesta a la pregunta —bastante airada— de Alice, que quería saber en qué pensaba Joanna para haberse arrojado sobre Baldred y haber insistido en acompañarla una vez más al cautiverio.

Alice seguía perpleja, aún incapaz de comprender lo que acababa de ocurrir, y tan rápido, cuando hacía apenas minutos estaba hundida en su baño, descansando en esa agua caliente y perfumada.

—Lo que hizo tu padre estuvo mal, Alice, lo sabes —dijo Joanna con suavidad.

—Lo sé, Joanna, pero eso no excusa lo que estos patanes han hecho ahora.

—Nae, no lo excusa, aunque *patanes* es un poco duro. ¿No viste lo sorprendidos que estaban, igual que tu querida mamá, que incluso horas después sigue reprochándole a tu da lo que hizo? —Le señaló un dedo a Alice, aunque la reprimenda era para John de Graham—. Pero no te culpes por la desgracia que nos ha caído encima. Sobreviviremos, igual que la otra vez.

Alice asintió. Al cabo de un momento preguntó:

—Oh, Joanna… ¿será así mi vida, nuestra vida? ¿Una tragedia horrenda tras otra?

Suspiró y volvió el rostro hacia el sol que caía, rozando distraída las puntas de la hierba alta.

Joanna, extrañamente serena pese a todo lo que les *había* sucedido, ladeó la cabeza.

—Sabes que no fue tan horrenda, aquella última vez con los MacRory.

—Santa María, Joanna. Nos han secuestrado… bueno, a mí. Y tú… oh… tú querías venir. ¿Y no solo por mí?

La pregunta salió sin fundamento, solo con la confusión que Alice sentía ante el sacrificio de su amiga.

Alice no recordaba jamás haber visto a Joanna ruborizarse. Ni tartamudear. Y desde luego nunca ambas cosas a la vez. Una comprensión incipiente —solo de que había "algo" en la mente de su

amiga, pero no qué— hizo que Alice se cubriera las mejillas con las palmas.

Quizá no era tan sacrificio después de todo.

Alice no podía imaginar ni siquiera una sola pregunta que plantearle a Joanna.

—¿Tú quieres estar con… ellos y no específicamente conmigo? —Cada palabra salió despacio, mientras la claridad completa seguía sin llegar. Hasta que reconstruyó en su mente aquella escena de Joanna buscando a Baldred, no a ningún otro, sin reprender a Nicholas. Baldred, con quien antes había pasado tanto tiempo. —No querías que Baldred se fuera sin ti —dedujo, armando todo al fin—. Tenías miedo de no volver a verlo nunca más.

El rubor creciente de Joanna respondió por ella, mientras la doncella apretaba los labios, intentando sin éxito no sonreír mientras miraba únicamente su pie izquierdo, que levantó y raspó de un lado a otro sobre la hierba seca. Estaba bonita ahora, más de lo que Alice había notado jamás: mejillas sonrosadas, cabellos con reflejos dorados, un hoyuelo a cada lado de la boca.

El corazón de Alice se volvió de inmediato un charco, y movió las manos de sus mejillas para cubrirse toda la boca, no fuera que alguien viera tanta admiración transformando a la única persona que, en este grupo, debería ser —o al menos sentirse— la más maltratada en ese momento.

Por todos los santos, era casi cómico: su vida arruinada en ese instante, y Joanna posiblemente más feliz y esperanzada de lo que Alice la había visto o conocido jamás.

No pudo evitar burlarse con cariño:

—Por supuesto, Joanna, no permitas que mi secuestro desastroso se interponga en tu camino. Me alegra haber podido ayudarte en tu causa.

No lo había dicho con burla ni desprecio; de verdad la divertía lo absurdo del momento y de las acciones de Joanna.

Joanna levantó un ceño repentino hacia Alice.

—Pero ellos no necesitan saber nada más que, que estoy aquí por ti.

—Está bien, Joanna.

Zorra astuta, pensó, su propio y exasperante aprieto olvidado por un instante.

Unos minutos después, Baldred condujo su corcel hacia ellas.

—Iremos despacio desde aquí —avisó—, porque la yegua de Dungal pisó una piedra, quizá dos, así que seguiremos su ritmo.

Alice consideró a Baldred ahora con mayor atención de la que le había prestado antes. Lo veía bajo una luz distinta —aparentemente el objeto del afecto de Joanna, acababa de enterarse — aunque hasta ese momento solo había sido el capitán MacRory, un hombre externamente sereno, de paciencia a veces corta para la verbosidad de Joanna, pero que ahora lanzaba lo que quizá creía eran miradas furtivas hacia la lass... lo cual le ofreció a Alice el resto de la comprensión. Y que de pronto era simplemente un hombre prendado de una mujer.

Alice tardó en asentir, su mente en otra parte, mientras Joanna luchaba por no mirar directamente a Baldred y fingía que no se daba cuenta de cuantos dulces vistazos él le robaba.

Santo cielo.

—Y ahora, lass —dijo él a continuación, con una expresión casi dolorida—, no queremos que imagines que pensamos mal de ti, aunque pueda ser un poco difícil creer lo contrario, con esto de un secuestro —esta vez real— y aquel… —añadió, señalando con el pulgar hacia Nicholas— comportándose como si tú le hubieras hecho una injusticia personal, y no deberías preocuparte de que te pase algo, porque ya nos conoces, sabes que ese no es nuestro estilo; no solemos desquitar nuestro enojo con la… eh… parte más débil… y bueno, solo para que sepas, estás a salvo ahora, igual que antes, y te tendremos de vuelta en los brazos de tu madre… eh… pronto.

Cuando terminó aquel discurso divagante y balbuceado, con tanto mover de pies, la mandíbula de Alice colgaba bastante baja. Se corrigió justo un instante antes de que Baldred alzara la mirada y le diera un breve asentimiento, lo cual concluía su… bueno, no estaba segura de que pudiera llamarse disculpa. Alice logró asentir también, sin estar del todo convencida de que se esperara agradecimiento de su parte cuando él había participado voluntariamente en su rapto.

Quizá estaba más confundida que nunca, y un segundo después sacudió la cabeza para despejar la neblina incrédula, y se volvió, imaginando que quizá estaban por reanudar la marcha.

Fuera lo que fuese aquello que hervía y florecía entre Joanna y Baldred, no disminuía en nada su resentimiento por su propia situación. Pero con lo que acababa de descubrir y con el simple aunque divagante acto de contrición de Baldred, se sintió de pronto menos colérica ante todo el plan, por muy exasperante que fuera.

Pero si había imaginado que eso traería un poco de tregua al furor que envolvía a Nicholas después de su breve y sorprendente respiro, Alice aprendió muy rápido que estaba equivocada. La mayoría de la gente, como Baldred, conocía o al menos contemplaba cierto remordimiento por lo que le habían impuesto a otro, por lo que habían hecho a alguien inocente. Nicholas MacRory, recordaba Alice, no era una persona normal.

De pie junto a su gigantesco destriero, esperaba su llegada, observándola con lo que ella creyó eran ojos intencionadamente entrecerrados, para intimidarla aún más.

En esto Alice tuvo perfecta claridad: Nicholas preferiría mil veces que ella estuviera aterrada, que temblara y se encogiera de miedo ante él.

Ah, a la porra con eso, pensó, tan agotada de que la empujaran y controlaran brutos desalmados que pensaban solo en sí mismos y en sus ambiciones.

Así que se negó por completo a aceptar su ayuda y apartó su mano con fastidio cuando él se movió como si fuera a asistirla a montar. No le importó que le llevara varios intentos levantar el pie hasta el estribo tan alto, ni le importó lo que él pudiera pensar del hecho de que ella hubiese pasado una pierna por encima del otro lado del caballo, deseando montar a horcajadas para ignorarlo por completo.

Apretando los dientes, miró por encima de la cabeza del animal, enderezando la espalda para sentarse orgullosa y recta, mientras Nicholas montaba detrás de ella. Ignoró el brazo que él deslizó alrededor de su cuerpo y se mantuvo rígida cuando él espoleó al caballo para avanzar lentamente.

—Tendremos que reducir el paso ahora, por consideración a la yegua de Dungal —dijo él, con un tono aún cargado de agresión totalmente fuera de lugar.

Alice no se dignó a reconocer siquiera ese comentario.

—Puede que no lleguemos a Braewood esta noche, como yo esperaba —añadió, molesto por esa posibilidad.

Ella no dijo nada.

Tras unos cinco minutos, su tono empeoró.

—Supongo que preferirías que no hablemos en absoluto.

¿Él estaba molesto con ella? ¿¡Con ella!? ¿Porque ella no quería hablar con él?

—Aye, hagamos eso —respondió con amargura, esperando recordarle las palabras heladas que él le había dicho después de besarla y luego intentar descartarla. Recordando además sus propias palabras entonces, que habían provocado su dureza, añadió— Quizá estás lamentando haberme secuestrado y te gustaría fingir que nunca ocurrió.

CAPÍTULO TRECE

El avance fue, en efecto, lento, aunque poco podía hacerse al respecto. Dungal no gruñó ni se lamentó por su circunstancia: debía caminar los kilómetros restantes mientras dejaba que su corcel llevara el lomo vacío. Aun así, Nicholas no estaba ansioso por pasar la noche en los campos cuando Braewood estaba al alcance. Así que continuaron la marcha con buena disposición incluso cuando la oscuridad cayó como un manto espeso, pues aquel paisaje les era bien conocido y la mayor parte del recorrido transcurría por terreno llano y afable.

Esperó a que el agotamiento reclamara a Alice, a que el palo se le cayera de la espalda y ella se desmoronara contra él, dormida. Su humor seguía lo bastante agrio como para considerar incluso eso una victoria. Pero Alice mantuvo su postura rígida, una demostración que podía deberse a un gran empeño en no mostrarse débil o, simplemente, a pura obstinación, nacida del propósito de contradecir cualquier suposición que él pudiera tener sobre ella.

Podría haberle dicho que no tenía por qué intentar demostrarle nada. Él conocía bien su fortaleza, y no se sentía particularmente triunfante en ese momento, ni en ningún instante desde que salieron de la casa de los de Graham. No había victoria en esta pobre conquista, que no era más que su propia desesperación por obtener ese ejército que le habían prometido. Hasta ahí llegaban sus pensamientos respecto a ese asunto, pese a los reproches que Dungal y Baldred le habían lanzado horas antes. En este caso no consideraba más que los hechos básicos: Nicholas le había arrebatado algo a de Graham, igual que el barón le había robado algo a Nicholas; ojo por ojo. En cuanto se cumpliera la promesa original del barón, Alice sería devuelta a su familia. Por el momento, le resultaba relativamente fácil desestimar cualquier trauma que

Alice pudiera sufrir por su papel involuntario en todo esto, pues sabía mejor que nadie que ella saldría completamente ilesa cuando fuera entregada de nuevo a su madre. La angustia pasajera de una sola persona importaba poco cuando la libertad estaba en juego.

Creyó que debía de acercarse la medianoche cuando por fin alcanzaron las tierras de los MacRory. Malise se adelantó para anunciar su llegada a la puerta. Nicholas lamentó que la noche sin luna ofreciera una vista tan pobre de Braewood, pues la alta muralla exterior no era más que una sombra negra alrededor del torreón. Dentro de la puerta, solo una media docena de antorchas ardían, dibujando círculos brillantes sobre la piedra donde colgaban, pero iluminando poco, ya que el patio estaba vacío a esa hora.

—¿Es aquí…? —empezó Alice, aclarándose la garganta—. ¿Nos detenemos aquí por la noche?

Con el orgullo habitual que acompañaba cualquier declaración acerca de su hogar, Nicholas le informó:

—Esto es Braewood.

Su respuesta no fue la esperada. En absoluto.

Soltó una risotada nada amable, nada propia de una dama. Y no fue solo una breve e irrespetuosa carcajada, sino que continuó, ladeando la cabeza hacia atrás para emitir su juicio desdeñoso. Su suave cabello rozó la barbilla de Nicholas, que se tensó ante aquella reacción inesperada.

—¿Esto es Braewood? Pero podríamos haber llegado en solo unas horas si no fuera por el caballo cojo de Dungal.

Él estaba seguro de que ella disfrutaba irritándolo y decidió ignorarla, pero Alice prosiguió.

—¿Y aquí es donde pretendes tenerme? A apenas unas horas de mi padre, que sin duda ya debe de estar reuniendo su ejército con la intención de arrasar tu casa.

Apretando los dientes, Nicholas le recordó:

—Tu padre ha demostrado que no tiene las… —se contuvo, evitando la vulgaridad de decir *pelotas*— el valor de iniciar una pelea así, una que sabe que perdería.

Casi enseguida cuestionó por qué se había molestado en ahorrarle la grosería, tan débil concepto, cuando acababa de

secuestrarla a punta de espada, casi literalmente arrancándola de los brazos de sus padres.

—Entonces ¿cuál será mi destino? ¿Estar prisionera toda mi vida, ya que acabas de decir que no crees que mi padre venga por mí?

—Seguro que no te digo nada que no sepas ya. Tu padre permitió que te llevaran… dos veces, y cada una desde su propio hogar. ¿Fue él quien cabalgó a rescatarte hasta Inglaterra? No, no lo fue. Y ahora tampoco vendrá a salvarte. Pero tu madre sí, apostaría por ello. Reunirá el ejército ella sola si hace falta, eso pienso yo. No me sorprendería si llegan dentro de una quincena. Tengo más fe en su fuerza de voluntad y en su cariño por ti que en tu padre.

De inmediato lo invadió de nuevo ese desagradable sabor a arrepentimiento por haber sembrado en Alice la sospecha de que su padre no la quería lo suficiente como para haber cumplido los términos del acuerdo, o como para movilizarse ahora en su rescate.

Con rabia apartó tal debilidad de su mente y pasó la pierna sobre la montura, desmontando con suavidad. No le ofreció ayuda para bajar: no era una concesión a su preferencia, sino el fruto de su mal humor, que en parte esperaba obligarla a pedir su ayuda. Y no se sorprendió cuando ella logró descender por sí misma, con tan poca gracia como cuando había montado esa tarde, pasando una pierna por encima del caballo como él, y deslizándose por un lado, aferrada a la silla hasta que sus pies tocaron el suelo.

Godfrey, despertado en las caballerizas, salió dando tumbos del edificio, limpiándose el sueño de los ojos con los nudillos. Nicholas puso las riendas en sus manos y tomó a Alice del brazo para guiarla hacia el torreón. Dungal se internó en los establos con su yegua, quizá para revisar la pezuña lastimada o para dar instrucciones al encargado, Fionn, sobre los cuidados que requería el animal. Malise y Henry se dirigirían a los barracones en busca de sus camas. Baldred, con su mano también en el brazo de Joanna, siguió a Nicholas y Alice hacia el interior.

En ese momento, Nicholas agradeció la hora tardía: esperaba no encontrarse con ninguna de sus hermanas, pues no tenía ánimo para soportar el aluvión de preguntas ansiosas que inevitablemente

surgiría. Había pensado apenas un poco en qué hacer con las dos mujeres al llegar, habiendo descartado las criptas bajo el torreón como prisión excepto si fuese absolutamente necesario para asegurar su obediencia. Los aposentos familiares del segundo piso estaban ocupados por él y sus hermanas; la cuarta estancia solo servía como solar de dama y no tenía cama. Así que planeaba alojarlas en el siguiente piso, por separado, para reducir las posibilidades de fuga, ya que sabía que Alice no intentaría escapar sin Joanna; tenía la desconcertante sensación de que Joanna no haría esfuerzo alguno por huir. En el tercer piso había varias estancias vacías para los huéspedes ocasionales, además de las habitaciones pequeñas de los sirvientes que no trabajaban directamente en la cocina o en las salas del piso inferior.

Subió con Alice la amplia escalera de madera desde el gran salón y recorrió el pasillo del segundo piso hasta la pequeña escalera en espiral al final del corredor. Volvieron a subir, guiados solo por la luz de una vela de sebo en la pared. En el último piso, Nicholas abrió con cautela la puerta de lo que debía ser una cámara vacía, pero se sobresaltó enseguida ante una figura que se incorporó bruscamente de un catre estrecho y bajo.

Un jadeo surgió desde dentro, y Nicholas murmuró una disculpa rápida antes de cerrar la puerta, preguntándose quién sería esa pequeña persona, aunque no lo suficiente como para investigar. A veces acogían a viajeros cansados, así que no era extraño que el torreón estuviera lleno. Esperaba que no fuera el caso. Abrió la siguiente puerta y esta vez no despertó a nadie, aunque la cama estaba ocupada por una figura más grande, roncando de manera ruidosa y desigual.

—Casa llena, ¿eh? —susurró Joanna en el oscuro pasillo.

—Maldita sea… —masculló, viendo escasas esperanzas mientras se acercaba a la última cámara disponible.

Por fortuna, esa estancia sí estaba vacía, con un catre delgado y corto, pero libre.

Sin embargo, no había forma de que las dos mujeres descansaran cómodamente allí. Maldiciendo en voz baja, Nicholas apartó a Alice y dio paso a Baldred y Joanna.

—Joanna se quedará aquí —dijo con brusquedad, su mal humor empeoraba.

Había asumido que tendría que pasar la noche, quizá varias, sentado en el suelo frente a la puerta donde alojara a Alice, tomando el descanso que pudiera sobre la madera dura. No esperaba no tener un lugar para ella.

—Vamos —apremió cuando Baldred y Joanna dudaron.

—Pero ¿qué…? —empezó Joanna, lanzándole a Alice una mirada cargada de inquietud.

—Ella será llevada a otro sitio —fue todo lo que Nicholas dijo. Y a Baldred le indicó— ¿Puedes encargarte desde aquí?

—Sí —asintió Baldred, con mucho menos sobresalto del esperado.

Al darse vuelta, Nicholas vio la expresión satisfecha de Alice. Disfrutaba plenamente de verlo contrariado ante aquel giro inesperado. Rechazó toda suavidad en ese instante y tiró de su muñeca para obligarla a seguirlo. Su actitud altiva bastaba para llevarla directa a las criptas, pero incluso él no era tan monstruo.

Regresaron al piso inferior y Nicholas abrió de golpe la puerta del aposento del laird, empujando a Alice hacia el interior. Ella permaneció unos segundos observando la habitación, quizás animada por la gran cama de dosel y los gruesos cobertores, pero se giró de inmediato al oír cómo Nicholas cerraba la puerta tras él.

Tragó de manera evidente y alzó una mano para sujetarse nerviosamente el escote del vestido.

—Qué… —empezó a negar con la cabeza—. No. Esta es tu… no, no pienso quedarme aquí.

—Al parecer no hay otra estancia disponible —respondió él, no sin un matiz de disculpa por aquella circunstancia tan poco sostenible, pero que tendría que servir por esta noche.

Y todo lo que había en ella de suave y grácil se evaporó, sustituido por esa lass frenética, que negaba con la cabeza de manera descontrolada y mostraba unos ojos muy abiertos y desesperados. Se lanzó hacia adelante, impulsada por el pánico a tocarlo, agarrándose de su brazo.

—No puedes hacerme esto —suplicó, la voz temblorosa—. Nicholas, ponme en el calabozo o en el cepo o en las caballerizas, átame a un árbol. No puedes pretender que comparta una… Oh, enciérrame aquí y busca tú otra cama en otro sitio.

—No voy a renunciar a mi propia cama por ti. —No podía hacerlo, porque sería darle gusto a los caprichos de una prisionera. Disminuiría su valor y su autoridad dentro de Braewood si mostraba semejante debilidad.

—Por favor, no me hagas esto. Yo… yo quedaré arruinada. Esto no es un juego, es mi vida.

—Y nadie fuera de Braewood sabrá dónde estuviste —dijo él, evitando su mirada desesperada mientras retiraba su garra de su antebrazo. La rodeó y se dirigió a la chimenea, donde se arrodilló para arrojar turba y astillas al vientre del hogar.

El roce de un movimiento frenético a sus espaldas lo puso de pie en un instante y lo impulsó a cargar hacia ella cuando intentó ir hacia la puerta. La alcanzó justo cuando la abrió después de forcejear con el pestillo en la oscuridad. Sin reaccionar con demasiada fuerza, apoyó su mano —mucho más fuerte— sobre la puerta, por encima de su cabeza, empujándola para cerrarla mientras ella luchaba con valentía por abrirla.

Cuando quedó claro que no podía superarlo ni en maniobra ni en fuerza, dejó caer la frente contra el frío roble, con los hombros hundiéndose.

—Eres… más que despreciable —murmuró con una voz pequeña y derrotada—. Y cruel.

Permanecieron así durante largos segundos, ella desplomada contra la puerta, con una mano extendida sobre la madera bajo la de él, y él directamente detrás, lo bastante cerca como para que el aroma a prímula de ella lo alcanzara otra vez. Y también para saber que temblaba —aunque si era de rabia o desesperación, no lo sabía.

—Alice —dijo él, con toda la suavidad que pudo reunir en medio de tantas emociones indómitas agitándose en su interior.

—No —le cortó ella—. No me hables.

***

Esperó, con la esperanza de que él interpretara su postura desolada como aceptación y que se apartara de la puerta. Por supuesto, no lo hizo, y seguramente no lo haría hasta que ella se moviera.

Conteniendo las lágrimas que tanto deseaban salir, y después de quizá un minuto completo, Alice se giró y se alejó de la puerta, saliendo de debajo de su brazo. Por voluntad propia, caminó sin ánimo hasta la esquina más alejada de la habitación y se dejó caer contra el muro frío de piedra, recogiendo las rodillas contra el pecho.

Esto lo cambiaba todo.

Su vida entera.

Este secuestro había tomado un giro verdaderamente ruin. La rescataran o no, estaba destruida.

Curioso, pensó: ese día había conocido primero la confusión y después una furia descontrolada hacia Nicholas por sus actos, pero miedo, miedo real, no lo había sentido. Ni por un momento había creído que él pudiera hacerle daño. Pero esto, ahora… esto era devastador, una situación de la que no podría salir indemne. Estaba herida, y ahora de manera irreparable.

Qué simple era su visión, suponiendo que nadie fuera de ese torreón supiera cuál había sido su situación, confinada en la alcoba del laird. El rumor habría corrido docenas de veces, de oído en oído, probablemente antes de que ella encontrara siquiera a la primera, segunda o tercera persona que llevara la historia dañina.

El hecho de que su madre quizá no sospechara que la habían arrojado a tan grave y definitiva circunstancia ofrecía poco consuelo. Alice escondió el rostro entre sus brazos y mordisqueó nerviosamente una uña mientras su mirada seguía a Nicholas MacRory —una bestia, sin duda— por la habitación.

Él había levantado la tapa del arcón al pie de la cama y permanecía ante él, con el pequeño fuego a su espalda. Se despojó de su plaid y lo dobló con meticuloso cuidado, colocándolo dentro. Se rascó la mandíbula mientras inclinaba el rostro apenas lo suficiente para que la cicatriz de su mejilla —que Alice decidió ahora, con amargura, que era grotesca y le venía al pelo— quedara

resaltada por las llamas vacilantes. Se alzó la túnica por la cintura y levantó los brazos para quitársela por la cabeza.

Alice apenas tuvo un vistazo de su pecho ancho y musculoso antes de agachar la cabeza con un mohín, sin querer ver más.

Siguió desnudándose, supuso ella, por los pocos sonidos que produjo, y Alice se refugió en sus propios pensamientos, moviendo un pie con un golpeteo rápido que poco la consolaba.

Había estado enfadada antes por su negativa a considerar alguna otra vía o solución con su padre, por haber recurrido a tácticas tan brutales al secuestrarla, pero no estaba segura de haberlo odiado entonces, sin importar lo que le hubiera dicho.

Lo odiaba ahora, eso sí. O al menos pensaba decidirse a odiarlo o fingir que lo hacía. Pero más importante que cualquier emoción que atribuyera a Nicholas MacRory era la idea de que, si no escapaba esa noche, no tendría ya sentido escapar más tarde. El daño estaría hecho.

Sus pensamientos se congelaron cuando sintió su presencia muy cerca. Detuvo el golpeteo de su pie y esperó a que se alejara.

—Alice.

Levantó el rostro con cautela, apenas lo suficiente para mirar con un ojo. Creía que se volvería loca de furia si él se plantaba desnudo ante ella, e incluso estaba segura de que un hombre como él dormía completamente desnudo. Pero su mirada entrecerrada, por encima de los brazos con los que cubría su rostro, vio primero sus poderosos muslos, aún cubiertos por los calzones, y consideró seguro levantar la cabeza por completo.

Un error. No era seguro.

Llevaba solo los calzones, nada más.

Así, Alice se vio obligada a elevar la mirada desde sus piernas, pasando por sus caderas firmes y su abdomen duro como piedra, vivo con líneas y relieves. Más arriba, enfrentó su pecho macizo, apenas sombreado con vello oscuro, pero imponente en su simetría, cada parte esculpida con una atención singular.

Él le tendió la mano, el mínimo movimiento arrastrando sombras y contornos por todo su torso, sus brazos, sus músculos latentes.

—No puedes dormir aquí —dijo.

—S...sí puedo. —Se aclaró la garganta, obligando su mirada a subir hasta sus ojos insondables, más sombríos que cualquier otra parte de él—. Puedo. Y lo haré. No presumas de empeorar aún más las cosas insistiendo lo contrario. Por favor. Te lo ruego.

—No confío en ti aquí —dijo sin emoción—. Necesito dormir. Y necesito tenerte a mi lado. Duermo ligero, y no podrás moverte en la cama sin despertarme.

Quería decir que no podría escapar ni aunque él durmiera. Con altivez, respondió:

—Puedes matarme ahora mismo. Toma tu espada, vil bandido. Acábalo ya. No dormiré en la misma cama que tú.

—No voy a discutir. Puedo levantarte y tirarte en la cama si quiero.

Sin más opciones, permitió que un destello de súplica entrara en su mirada y su voz.

—Por favor. Sé que hablarán. Sé que quedaré arruinada. Pero permíteme al menos esto: poder mantener la cabeza en alto algún día, sabiendo la verdad, que me quedé aquí.

Pareció reflexionar sobre sus palabras, y ella sintió una diminuta satisfacción cuando su mano cayó y él se volvió. Permaneció un momento de espaldas a ella, no menos formidable por ese ángulo, y luego se dirigió hacia el arcón. Con facilidad sorprendente, lo arrastró por el suelo hasta apoyarlo contra la puerta. Alice no podría moverlo ni un centímetro.

Sin mirarla de nuevo, regresó a la cama y se dejó caer boca abajo sobre ella. Dobló los brazos bajo la almohada, volvió el rostro hacia el lado opuesto y pronto quedó inmóvil y en silencio.

Alice lo miró sin pestañear durante largos minutos, deseándole toda clase de horrores. Quería que el techo se desplomara justo sobre su cabeza, o que ese colchón aparentemente suave estuviera lleno de insectos. Rezó para que amaneciera con fiebre, enviada por algún dios que castigara injusticias, y que esa fiebre durara días y lo dejara insensato y sin memoria.

No se reprochó esas imaginaciones crueles. De hecho, pasó buena parte de la larga noche acurrucada en la esquina, alternando entre planear su escape… o su muerte.

CAPÍTULO CATORCE

Nicholas despertó sin sentirse más renovado que en las últimas semanas, a pesar de haber regresado a su cama y a su hogar, los más cómodos para él. En cuanto abrió los ojos, se volvió de costado, aun cuando no esperaba realmente encontrar allí a Alice. Ella había sostenido su obstinación durante toda la noche. Incorporándose sobre los codos, la encontró todavía en el mismo rincón, en la misma posición, aunque con las piernas caídas hacia un lado y la cabeza ladeada sobre el pecho. Al menos había dormido, por poco o mal que fuera.

Ella creería que él lo había planeado o que se regocijaba en esa situación insostenible de compartir aposento, aunque no fuese así. No era más que otra molestia con la que debía lidiar. Y no compartía del todo su convicción de que la noticia se escaparía del torreón y viajaría más allá de las tierras de los MacRory.

Con un suspiro desgarrado, cayó de nuevo sobre el mullido colchón de plumas y se quedó mirando la madera del techo, gris sobre su cabeza mientras el sol entraba por la ventana iluminando solo un cuadrado del suelo.

Con frecuencia, cualquier regreso a Braewood despertaba reflexiones sobre este lugar y su papel en él. Incluso un viaje corto, como aquel que lo había llevado primero a la casa de los de Graham y luego a Londres en aquella absurda misión, convocaba cavilaciones desconcertantes: ¿le agradaba estar allí, o estaba más en paz cuando se alejaba?

La confusión estaba completamente en su interior, nacida de lo miserable que había sido allí de niño, ignorado desde la llegada de la nueva y muy joven esposa de su padre, presenciando con desdén cómo su fuerte y orgulloso progenitor había sido doblegado y vuelto débil por esa mujer, cediendo a cada uno de sus caprichos y deseos.

Cuando al fin Nicholas había visto cumplido su antiguo anhelo de marcharse, de poner su espada a prueba al estallar la guerra, había demostrado su valor y su firmeza una y otra vez, hasta aquella refriega en Falkirk donde él y varios de los suyos, bajo el mismo tartán, fueron capturados como prisioneros ingleses. Y ¿qué anheló entonces, encerrado en una prisión inglesa implacable, sino precisamente estos muros de Braewood? Al recibir la libertad en uno de esos raros intercambios de prisioneros —es decir, cuando los escoceses por fin habían capturado ingleses de valor— y regresar a Braewood, Nicholas se enteró de la muerte de su madrastra y fue testigo otra vez del poder que esa mujer había ejercido sobre su padre. El antes gran Laird de Braewood no era más que una sombra de sí mismo, lloroso aunque ya hubiese pasado medio año desde la muerte de ella, e incapaz de gobernar. Nicholas se sintió a la vez indignado y avergonzado por lo bajo que había caído su padre, lejos de la grandeza y del orgullo de la fortaleza. Entonces juró que nada ni nadie lo disminuiría, que jamás sería tan despreciable como aquel padre sollozante. Tras poner orden en Braewood, nombrar a Ranald como mayordomo e instalar a Iòsaph como capataz, expulsando a quienes su padre había favorecido pero se habían mostrado codiciosos e incompetentes, Nicholas volvió a marcharse.

De regreso a la guerra, durante un tiempo buscó demostrar su temple, su resistencia a la vulnerabilidad y la impotencia. Luchó de forma temeraria y feroz, prestando poca atención a su propia seguridad. La idea de la indefensión lo aterraba. Porque, por fuerte que se creyera, seguía siendo cierto que lo habían capturado, que no había conseguido escapar, que había sentido miedo en aquella prisión; porque, por fuerte que deseara ser, podía caer fácilmente en la desesperación como su padre, si se lo permitía.

Convertirse en soldado de fortuna le pareció el modo más rápido de despejar cualquier duda sobre su valía y su fuerza, y sobre su capacidad para soportar la adversidad o conceptos tan frágiles y nocivos como la compasión o la ternura.

Todo había empezado de manera sencilla, cuando se entrevistó con el obispo de Moray y con John Comyn para ofrecer testimonio de su tiempo en cautiverio. Ellos tomaron sus

declaraciones y luego, con aparente inocencia, le preguntaron qué haría después, si seguiría luchando por Escocia. Él respondió que lucharía más, y mejor, y sería un campeón más digno de la libertad escocesa. Ellos parecieron complacidos y quisieron saber si no preferiría un papel más clandestino, trabajando de manera independiente.

Y así comenzó.

Su primera misión, con hombres escogidos por él, fue sencilla: interrumpir las líneas de suministro que viajaban desde Inglaterra hacia los ejércitos apostados en Escocia. Luego, él y sus hombres fueron enviados a enfrentar y dispersar a los mercenarios contratados que llegaban por barco desde Irlanda a Loch Ryan.

Con el tiempo fue evidente que no solo el obispo y Comyn conocían sus actividades encubiertas, pues llegaron más solicitudes para su espada. Cuando la guerra decaía, por lo general en invierno, Nicholas encontraba otros trabajos. En una ocasión pasó dos meses con el laird MacDuff en sus dominios de Kincardine, haciendo la guerra contra su vecino y enemigo, quien pretendía extender ilícitamente su propio alguacilazgo en la región.

Solo habían sido doce hombres, con Dungal y Baldred incluidos, y todo aquello cuando Nicholas no era sino el heredero presunto de un torreón del norte, apenas un mercenario sin nombre. Si su madrastra hubiese dado a luz un hijo, probablemente seguiría aún en ese ingrato oficio y jamás habría regresado a Braewood.

Y Nicholas no había sentido entonces reparo alguno por su papel durante aquellos años: su conciencia estaba libre de remordimientos, pues sabía que solo se estaba adiestrando contra la debilidad mientras libraba al mundo de quienes merecían probar el filo de su espada. Rara vez cuestionó la justificación de los encargos, ni sus motivos, fueran o no auténticos o válidos.

Durante más de un año, muy pocos conocían la identidad de aquel a quien contrataban para proteger intereses o guerrear en su nombre contra sus enemigos. Él y su unidad de élite vestían calzas metálicas y yelmos y no llevaban nada que pudiera identificarlos como MacRory. Tanto tiempo estuvo sin ponerse su tartán ni llevarlo consigo que, al no exigir discreción a ningún cliente ni tomar

mayores precauciones para permanecer desconocido, pronto los rumores del Bruto del Torreón de Braewood llegaron a sus oídos, y por lo visto, a todos los rincones de Escocia. Los Guardianes de Escocia y los nobles hicieron la vista gorda, contratándolo una y otra vez para esas operaciones ilícitas y secretas.

Casi al mismo tiempo le llegó la noticia de que su padre había muerto, de que sus jóvenes hermanastras habían quedado huérfanas, de que Braewood estaba sin guardián ni defensor. La alarma creciente, vinculada a cualquier mención del Bruto de Braewood, sugería que él mismo podría convertirse en un objetivo, por lo que colgó su espada mercenaria y regresó a Braewood.

Y entonces comenzó la batalla más verdadera y más difícil: asentarse en su papel de guardián, terrateniente y sheriff, que exigía más de aquellas cualidades tiernas que él llevaba años intentando sofocar. La culpa cayó sobre él, dura y cruel, por la vehemencia con la que se había entregado a tantos actos atroces y pecados. Se consideraba indigno del cargo, como líder, como jefe, como protector de inocentes como sus hermanastras; sus años de mercenario lo dejaban claramente incapacitado para gobernar con justicia o resolver disputas de otro modo que no fuera con la punta de su espada. Probablemente nunca creería ser la persona adecuada para guiar a esa gente, no con un corazón tan negro, cuando matar era lo que mejor sabía hacer, no sembrar ni cosechar ni criar ovejas ni esquilarlas. Por mucho que se había esforzado en arrancar toda debilidad de sí mismo, temía ya no reconocer al hombre que era, y ciertamente no sentía orgullo por lo que se había convertido ni por lo que se había forjado.

Al mismo tiempo, resistía cualquier atisbo de maravilla ante los rumores de verdad que vivían en su interior, esa pulsión que quería conocer y experimentar algo que no fuese vil, mezquino o destructivo. Fácil era rechazar tales ideas, pues eran debilidad en sí mismas: la curiosidad por algo tan inútil como… ¿la alegría? ¿La paz? ¿El deleite en otra persona? Todas esas cosas eran fugaces. No debía uno buscar en la vida ni sacrificar tanto para encontrarlas; qué despilfarro. La alternativa —lo que hacía bien, la falta de sentimiento

— era sostenible, un mar en calma sobre el cual navegar sin que ninguna ola lo sacudiera.

Decidido a que ya había cavilado demasiado y para nada, Nicholas intentó levantarse. Justo al arrojar las mantas y posar los pies en el suelo, la puerta de su alcoba golpeó contra el arcón que había colocado como cuña, cuando alguien intentó entrar sin llamar ni anunciarse.

Alice se despertó en su rincón, con los ojos hinchados, y su mirada se clavó de inmediato en la de él.

—Oh, ¿qué es esto? —gruñó una voz al otro lado de la puerta.

—Es un disuasivo —respondió él por encima del hombro—, y uno que ruego respeten.

—No lo haré —su hermana, Ellen, no iba a dejarse disuadir —. Nicholas MacRory, desatranca esa puerta.

—*Oh*, Elle, ¿no puedes atender una señal tan evidente?

Alice se puso de pie, aunque sin abandonar el rincón.

—¿Pero qué está pasando, Nicholas? —insistió su hermana—. Se dice que has raptado a una mujer, y que la tienes aquí, justo aquí, en tu alcoba. ¡Contigo!

Nicholas suspiró y se frotó los ojos soñolientos.

—Vete, lass. Las alcanzaré en un momento. Pero no obtendrán nada de mí si no me hacen caso ahora.

No miró directamente a Alice, sin querer encontrarse con su seguro desprecio, pues la agitación de su hermana se asemejaba a la de Alice la noche anterior, cuando se vio obligada a quedarse en la habitación con él, y porque efectivamente esa información ya había comenzado a circular.

—Al diablo con él —se quejó Ellen, aparentemente dirigiéndose a otra persona.

Probablemente hablaba con Violet, la más joven de sus hermanas, quien seguramente no respondería, quizá poco interesada en tales asuntos, pero arrastrada hasta allí por Ellen.

Él volvió a mirar a Alice, con el rostro oculto en las sombras del rincón, mientras permanecía allí con los brazos rodeándose el cuerpo.

Cayó entonces en la cuenta de que se habían visto obligados a perder la cena que su madre había planeado para ellos la noche anterior, que no habían comido en casi un día entero. Por esto, una pequeña culpa le mordió por dentro hasta que la apartó, aunque su propio estómago protestara ahora por la falta. Al incorporarse, se desperezó con un estiramiento lento y perezoso, flexionando los brazos por encima de la cabeza. Después devolvió el arcón a su posición habitual a los pies de la cama y se puso una túnica limpia.

—Bajaremos y desayunaremos —dijo con naturalidad a Alice, albergando cierta esperanza de que pronto pudiera existir algo de civilidad entre ellos. Dejó su plaid dentro del arcón, pues no tenía necesidad de él ese día, ya que no pensaba salir fuera de Braewood.

Y quizá la falta de animosidad también fuera su intención, pero habría elegido permanecer callada por temor a no poder pronunciar ninguna frase que no mostrara descortesía.

Nicholas se dirigió a la puerta y la abrió, enviándole una mirada serena más, invitando:

—Ven.

Luego salió de la alcoba.

Ella lo siguió, pero con la suficiente vacilación como para obligar a Nicholas a reducir el paso en las escaleras.

En el gran salón, se detuvo, rechinando los dientes ante un nuevo desagrado: la identidad de aquellos visitantes que habían sido encontrados en las alcobas la noche anterior. Con lo mal que venía esto…

Ellen notó su llegada y caminó con rapidez hacia Nicholas y Alice, sin dedicarle atención alguna a su hermano y otorgándosela toda a Alice, quien había quedado en el último peldaño porque Nicholas se había detenido justo a un lado de la escalera.

—Bienv… —empezó a decir Ellen, con más alegría de la que cabría esperar de una anfitriona que recibía a una prisionera, y a quien interrumpió Nicholas.

—Podías haber dicho que Edgar y Marjorie habían venido de visita —le siseó a Ellen, dándole la espalda al salón.

Ellen frunció el ceño.

—Aye, podría haberlo hecho, si hubieras abierto la puerta y permitido que se te informara de esa desgracia.

Cambiando el ceño por una sonrisa dirigida a Alice, añadió:

—Soy Ellen, la hermana del laird… media hermana, insistirá él. No estoy segura de qué ha hecho o por qué, pero quería darte la bienvenida a Braewood.

—Soy Alice de Graham, y le agradezco la amable bienvenida. Y aun así, perdóneme si espero no necesitarla por mucho tiempo.

—Och, y seguramente desearías no necesitarla en absoluto. —Ellen rodeó a Nicholas y enlazó su brazo con el de Alice—. Pero haremos tu estancia lo más dulce posible mientras estés aquí, todo lo que podamos. Ven a sentarte con mi hermana y conmigo, y podrás contarnos todo.

Para no levantar más cejas en el salón de las que ya había levantadas, Nicholas permitió que Alice se alejara llevada por sus hermanas, sabiendo que no tenía elección sino atender a los invitados de Braewood.

Se acercó a la mesa larga donde se encontraba Edgar Ailred, el entrometido y pretencioso hermano de su madrastra, quien se vanagloriaba de descender de Máel Coluim mac Alaxandair. Edgar parecía olvidar a gusto que su supuesto antepasado no había sido más que un bastardo del rey Alejandro I de Escocia y jamás había alcanzado más que el fracaso como pretendiente al trono. A su lado estaba su hija Marjorie, parecida a su padre en carácter, creyéndose con derechos y estatus superiores a muchos por un antepasado remoto de dos siglos; y sin duda agradecida cada día de no parecerse también a su padre en lo físico, siendo vagamente atractiva, no tan corpulenta ni tan desafortunada de rostro como Edgar.

Edgar, sentado en la mesa alta como si llevara días allí —o más— en ausencia de Nicholas, siguió su avance con mirada calculadora, sus pequeños ojos marrones saltando entre la figura de Nicholas y el lugar donde había dejado a Alice con sus hermanas.

—¿Qué te trae por aquí, Ailred? —preguntó Nicholas, negándose a llamarlo tío como había pedido el hombre, y rehusando además cualquier bienvenida, sabiendo que aquel corpulento

personaje solía aprovecharse de la generosidad de Braewood. La sola vista de él —con su moda inglesa de sedas, pieles y zapatos puntiagudos, y ese sombrero tricornio ladeado con arrogancia sobre la cabeza, tan fuera de lugar en cualquier región del norte— irritaba a Nicholas más que la mayoría de las nimiedades.

Edgar respondió con ruidos ininteligibles, escupidos de una boca llena con las sobras del desayuno. Nicholas no entendió una palabra, ni deseó aclaración alguna.

Con brevedad y poca sinceridad, Nicholas saludó a Marjorie, quien siempre le había parecido o torpe de entendimiento o demasiado fácilmente intimidada por sus ceños, aquellos que siempre le dedicaba, fruto de la ansiedad con que ella retorcía sus manos en su presencia —un círculo vicioso, pues su inquietud alimentaba la de Nicholas y viceversa, hasta que él apenas podía soportar verla.

Nicholas bordeó la mesa y tomó la silla del laird, sin acercarla a la mesa, manteniéndola apartada y en ángulo para poder mantener un ojo sobre Alice, llevada y sentada en un extremo de la mesa alta, flanqueada por Ellen y Violet.

—Por cierto —dijo Edgar, tres sillas más allá, con un copo de gachas colgando de la comisura de su boca—. Y con afortunado momento, diría yo, pues hallé tu castillo desatendido, y puse a buen uso mi pericia con tu mayordomo y tu baile. He arreglado varios asuntos, creo yo, por los que sin duda estarás complacido.

—No tengo desconfianza alguna en ninguno de los dos cargos —contestó Nicholas—, pues Ranald e Iòsaph conocen mis deseos y pueden manejarse bien en una ausencia tan breve.

—¿Y qué te alejó de Braewood en un momento tan peligroso?

—Asuntos de Braewood —eludió Nicholas. Antes de que Edgar pudiera insistir —y debía atenderlos, sin duda—, Nicholas preguntó— ¿Y cuál es ese tiempo peligroso?

—De grave preocupación, los temores en el norte —dijo Edgar masticando—. Los MacWilliam y los MacHeth, esos incurables enemigos de la corona escocesa —tal como es en este momento— han estallado en rebelión contra los leales que los rodean.

—¿Ah, sí? —Los MacWilliam y los MacHeth siempre estaban en guerra con alguien—. Apostaría mi dinero a las fuerzas leales, si esa es tu preocupación, Ailred.

Edgar apretó los labios y miró de soslayo a Nicholas.

—No es esa mi preocupación, lad. Mi preocupación es de qué lado se inclinarán Braewood y los MacRory.

Nicholas resopló.

—Ni Braewood, ni ninguno dentro de sus fronteras, tomará posición alguna en una lucha que sin duda será breve, y que poco tiene que ver con nuestra supervivencia.

—Esa, querido muchacho, no es la postura que deberías adoptar en un tiempo tan arriesgado.

—Y sin embargo, esa es mi postura, que puedes informar con libertad a quienquiera que te haya enviado.

—Ninguna persona me ha despachado ni dirigido, como bien sabes.

Nicholas se encogió de hombros y dejó que su mirada se deslizara de nuevo hacia Alice, captando el leve ceño que fruncía mientras su cabeza se movía de un lado a otro entre Ellen y Violet. De frente a Ellen ahora, y por tanto mirando también hacia él, supuso Nicholas que cuestionaba a su hermana por algo, reconociendo fácilmente ese gesto tenso y ansioso que anunciaba que no estaba de acuerdo con alguna idea o conducta y que ahora la desafiaba.

—Vine en concordia —continuó Edgar, creyendo tener la atención de Nicholas aunque él no lo mirara—, pensando únicamente en la supervivencia de Braewood, y con la oferta de mi hija como tu esposa, para que te alinees más estrechamente con la línea de Alexander, con quienes esos MacHeth y MacWilliam dicen también tener parentesco, y no con ningún descendiente del usurpador, ese siguiente Alexander.

Nicholas bebió largo y despacio de un cuerno de cerveza, suponiendo que no debía sorprenderle nada de lo que salía de la boca de ese hombre. Ese siguiente Alexander no era otro que Alejandro II, para nada un usurpador, como sí lo había sido Máel Coluim mac Alaxandair. Había reinado con destreza, aunque no

siempre idealmente, durante casi cuatro décadas, y había sido padre de su querido y muy lamentado rey, Alejandro III, cuya muerte había abierto la puerta a la guerra con Inglaterra en la que ahora estaban inmersos.

Su mirada siguió fija en Alice, quien había dado un giro completo en compañía de sus hermanas y ahora sonreía —aunque apenas— por algo que Ellen dijo. Se volvió hacia Violet, quien sacó la barbilla de su mano y le dijo algo a Alice que hizo que ella abriera los ojos y ampliara su sonrisa, hasta que la contuvo enrollando primero los labios hacia dentro y luego tapándose la boca con los dedos, para ocultar del todo su reacción, aunque aún era visible en sus ojos arrugados por la risa.

Toda esa luz se apagó cuando notó la mirada silenciosa de Nicholas. Por el espacio de un segundo, le sonrió —o así eligió creer él— aunque sabía que no lo hacía. Su sonrisa vaciló pronto, pero no apartó la mirada.

No podría decir cuánto tiempo pasó, segundos contados de uno en uno o de diez en diez, mientras él intentaba descifrar la mirada azul de ella. No parpadeó hasta que un movimiento, delante y más allá de Alice, captó su atención: las miradas fijas y atentas de ambas hermanas, vueltas hacia él.

Sin revelar nada en su expresión, Nicholas volvió a obligarse a prestar atención a Edgar Ailred y a abordar ahora su absurda propuesta. Brevemente, y sin explicación alguna, Nicholas dijo:

—No veo necesidad de casarme, y desde luego no en este caso.

Ni por ningún otro motivo. Sacudiéndose el hechizo que, sin saberlo, Alice había arrojado sobre él —y que no tenía interés alguno en que lo poseyera—, Nicholas sostuvo la mirada astuta de Edgar.

—Lamento decir que han viajado en vano, Ailred. Y tú, Marjorie —añadió, recordando su presencia a su derecha—. Aquí no hay ninguna unión que encontrar, ni interés alguno en lo que atormenta a esas facciones en guerra del norte.

Apartando la vista del detestable hombre, Nicholas miró hacia el salón y notó a dos visitantes más sentados entre la gente en las mesas. Ambos vestidos de negro de pies a cabeza, pareciendo la

malevolencia erguida sobre dos piernas. Nicholas los reconoció como los matones contratados por Ailred, la fuerza bruta sin la cual el servil Ailred nunca viajaba.

—Bueno —respondió Edgar, aparentemente imperturbable ante el brusco rechazo—, hay partes de tu dictamen, en ambos asuntos, con las que voy a discrepar.

Tenía algo en él, una incapacidad inexplicable para conocer la vergüenza, que hacía que sus siguientes afirmaciones —igual de escandalosas— fueran pronunciadas sin rastro de diplomacia ni de vacilación.

—Como pariente del Bruto de Braewood Keep, he hecho votos en tu nombre, dando garantías de tu compromiso con la causa que tanto aprecian los descendientes de Máel Coluim mac Alaxandair. He dicho que sí, que tomarás las armas con ellos. —Se encogió de hombros, usando una uña larga para sacar algún pedazo de comida entre sus dientes—. O, como mínimo, prometí que aportarías unas monedas que financiasen cualquier intento por corregir agravios pasados.

Y mientras Nicholas le dedicaba ahora una mueca feroz, con la sangre empezando a hervirle, el idiota—pariente de su madrastra — dejó caer el segundo golpe.

—Tal como están las cosas, no solo ha sido un viaje rápido para suplicar descanso y ayuda para la causa; Marjorie y yo hemos venido a quedarnos. Como parientes de la esposa del antiguo laird de Braewood, sabemos que nuestro lugar se hallaría aquí desde que fuimos expulsados de nuestro humilde hogar. Los lealistas de la zona me creen un traidor, y ni los MacHeth ni los MacWilliam vendrían en nuestro rescate…

—A menos que regresaras con los bolsillos llenos de monedas MacRory para convencerlos de tu fidelidad —aventuró Nicholas, entre dientes, con la furia creciendo a medida que el cuadro completo se le revelaba.

Alzó la mano con intención de golpear la madera marcada de la mesa para dejar claro a Edgar su cólera, pero detuvo el puño antes de que cayera. Era un agravio y una réplica que no

necesitaban la plena atención de las pocas almas que aún quedaban en el gran salón.

Abriendo poco a poco la mano, posó los dedos sobre la madera sin emitir sonido alguno.

CAPÍTULO QUINCE

—Ya hemos conocido a tu mujer, Joanna —dijo la lass que había dado su nombre como Ellen.

Otro sobresalto. ¿El bruto que la había secuestrado tenía hermanas? ¿Y eran humanas y no bestias como él? ¿Jóvenes y bonitas, y esta con una sonrisa tan pícara? Imposible. ¿Acaso no debería cualquier pariente de semejante bestia venir al mundo con colmillos y garras, igual que la bestia misma?

Era solo su mal humor suponiendo cosas tan fantasiosas. Por dentro, tuvo que admitir que, hasta ayer, Nicholas MacRory le había dado pocas razones para no asociarlo con una criatura de cuatro patas. Y enseguida, Alice se vio obligada a reconocer que habían sido las acciones de su propio padre las que habían desenvainado aquellas garras.

—Es todo un personaje —continuó Ellen mientras guiaba a Alice hacia la mesa principal, siguiendo a Nicholas—. Entró directamente a la cocina y se puso a ayudar. La vi llevando las cestas de pan al salón. Y allí estaba yo, mirando a esta desconocida tan cómoda en mi casa, con la boca abierta, y va y se presenta, y dice que debo de ser pariente del laird porque nos parecemos muchísimo… nunca había oído eso, se lo aseguro —dijo, y luego se inclinó para susurrar—. Fue ella quien me avisó de tu situación y de cómo vino en tu ayuda, qué buena mujer, y así fue como supe de tu existencia y corrí directamente a la cámara de Nicky, pero claro, él está tan huraño y reservado como siempre, de modo que la mitad de mi vida consiste solo en preguntarme qué está tramando. — Señaló una silla, la tercera desde el final en ese lado de la mesa, y Alice se sentó mecánicamente, con la cabeza dándole vueltas por lo rápido que hablaba la lass.— Y entonces… ¿por qué te secuestró? ¿Qué le hiciste?

—¿Yo? —exclamó Alice, llevándose una mano al pecho—. No le he hecho nada. —Miró fijamente a Ellen, evaluándola con rapidez: de una edad similar a sus diecinueve años, con cabello rojizo recogido de manera impecable, sin un solo mechón suelto en su moño tirante; con líneas ya marcadas en el ceño entre sus ojos color avellana; y cuya léine plateada parecía tan costosa como inmaculada.

—Bueno, él es volátil y no inmune a un buen arrebato, pero no es injusto —declaró Ellen—. Perdóname por suponer que quizá lo habías merecido.

—¿Merecer un secuestro? —repitió Alice—. No estoy segura de que eso sea siquiera posible.

—Tal vez solo robó a una novia.

Alice giró la cabeza hacia la otra lass, la que se había sentado a su izquierda y no había dicho una palabra hasta entonces.

—¿Y tú eres? —preguntó con una ceja alzada, imitando un poco la arrogancia ocasional de su madre.

La chica se encogió de hombros.

—Solo soy Violet. —Apoyó el codo en la mesa y la barbilla en la mano. Parecía tan indómita como Ellen refinada: su cabello castaño cobrizo estaba o sin peinar o era simplemente indomable; sus ojos verdes no eran brillantes sino profundos; llevaba una gunna color azafrán ceñida, cubierta por un manto bordado que le rodeaba hombros y cuello de una manera que era o pasada de moda o aún desconocida en esta región.

Alice se recostó para poder ver a ambas hermanas a la vez, una a cada lado.

—¿Merecer un secuestro? ¿Robar a una novia? Están completamente locas —decidió—, para comportarse con tanta indiferencia ante algo tan desastroso como una captura por la fuerza. —No sintió remordimiento alguno por lo amarga que sonaba ni por culpar a esas lasses, demasiado ajenas a la calamidad de su situación y al papel de su hermano en ella.

Ninguna pareció sentirse realmente reprendida al ver que los hombros de Alice se hundían. Ninguna ayuda aquí, entonces.

—Oh, pero has llegado —dijo Ellen—, quieras o no, en el momento más oportuno.

—Un secuestro oportuno —murmuró Alice—. Qué afortunadas somos todas.

Ellen ladeó la cabeza.

—El sarcasmo no te sienta.

—La indiferencia tampoco te favorece —replicó Alice.

Imperturbable, Ellen prosiguió:

—Aquel es el tío Edgar y nuestra prima Marjorie. Llevamos aguantando su compañía grotesca tres días ya. Nicky puede encargarse un rato.

Alice no quiso formarse aún juicio sobre el hombre parlanchín, cuya voz había escuchado casi sin pausa, pero sí pensó que la lass Marjorie, a simple vista, parecía inofensiva. Le resultó extraño que ni Ellen ni Violet la hubiesen invitado a sentarse con ellas en este extremo de la mesa.

Violet no ofreció opinión alguna y ni siquiera se molestó en mirar hacia su tío y su prima, aunque Alice sí echó un vistazo rápido en esa dirección.

—Estoy muy suspicaz —continuó Ellen—, porque el patán pidió, al llegar, que le cediera mi propia cámara.

Alice pensó que eso, por sí solo, no justificaba tanta molestia. Ella misma había cedido sus aposentos muchas veces para huéspedes en la casa de los de Graham. Empezó a preguntarse por qué le importaba, salvo porque Ellen hablaba como si todo aquello fuera asunto de Alice… o como si quisiera que lo fuera.

—Pero aún no has explicado —dijo Ellen entonces— por qué Nicky te raptó.

—Quizá deberías preguntárselo a él —respondió Alice. No las conocía, no sabía qué debía saber cada una sobre su hermano ni qué estaba dispuesta ella a revelar.

—No nos dice nada que no sea una vaguedad insignificante, y eso no saciará mi curiosidad —reveló Ellen.

—Tal vez él…

—¿Intentaste hacerle daño? —preguntó Violet—. ¿O a otro? ¿A alguien más débil que tú?

—¿Más débil que yo? Créeme, nadie se siente más débil en este momento que yo. —No esperaba realmente ganar una aliada—o dos—, pero decidió que no era su responsabilidad proteger la verdadera naturaleza de Nicholas… ni la de su propio padre, frente a estas dos lasses—. La verdad es que tu hermano me rescató primero, de mi primer cautiverio.

Los ojos de Ellen se agrandaron, mientras los de Violet se fruncían.

—Santa Madre María… ¿de qué inframundo vienes?

La reacción sincera de Ellen —tan divertida, al suponer que algo estaba mal con Alice— provocó en Alice una pequeña risa silenciosa, pero quedó eclipsada por la respuesta de Violet.

—Maldita mierda, eres una pesadilla, entonces, y el cautiverio es lo único concebible para contenerte.

Lo absurdo de esa suposición, incluso peor que la de Ellen, arrancó a Alice una carcajada incontrolable. ¡Qué fantasiosas eran aquellas dos!

Apenas estalló en una risa fuera de control, Alice se cubrió la boca, intentando contenerse. Una prisionera no debía estar soltando carcajadas, ni siquiera en compañía de aquellas dos. Su breve e inesperado intervalo de risitas quedó interrumpido cuando Alice descubrió la mirada de Nicholas fija en ella, vista más allá de Violet.

Como siempre, sus ojos de caoba dorada eran casi indescifrables. Toda su alegría mal colocada se evaporó, sustituida por aquello que fuera que sentía siempre que él la observaba con esa intensidad perforante, como si deseara conocer cada secreto que ella hubiera escondido jamás. Quizá solo aquellos que se relacionaban directamente con él.

Con un trago rápido para ahogar la reacción que él le provocaba—y que por un instante la hizo olvidar dirigirle la ira justificada que, por desgracia, había olvidado en ese momento— Alice apartó su mirada de la suya.

Apenas volvió la atención a sus hermanas cuando Ellen soltó un leve jadeo, con su mirada fija más allá de Alice y Violet, obligándolas a dirigir la vista hacia el centro de la mesa.

La mandíbula de Nicholas estaba tensa y su puño alzado como si fuese a estrellarlo con fuerza sobre la madera. Pero no lo hizo. El hombre, Edgar, palideció a su lado, aunque siguió masticando lo último que había llevado a su boca. Nicholas abrió la mano, flexionó sus largos dedos y los apoyó suavemente sobre la mesa.

Como si fueran más viejas o íntimas conocidas, Ellen se aferró al brazo de Alice justo cuando su hermano empezó a hablarle al hombre de mediana edad y complexión robusta, con un tono tan bajo como peligroso.

—Siempre presumes demasiado, maldito seas, Ailred —rugió Nicholas en voz baja y lenta, pronunciando cada palabra para subrayar su furia—. Vienes sin anunciarte, sin invitación y sin ser bienvenido, y luego tienes el descaro de decirme que has puesto *mis* asuntos en orden dentro de *mi* castillo. Y dices que ofrecerás a tu hija para una unión de la que solo tú saldrías beneficiado, pero que, en lugar de eso, aceptarías moneda o quizá la promesa de un ejército para una causa que no me incumbe en lo más mínimo. —Parpadeó lento y movió la mandíbula de lado a lado—. Haces promesas en mi nombre, que por enésima vez, no es tu nombre, y compromisos que yo no cumpliré. No debo lealtad a nadie más que a los míos… y tú no eres uno de ellos, Ailred. Durante años has tomado de buen grado aquello que se te ha dado sin protesta, pero descubro que, en esta ocasión, mi buena voluntad llega a su fin. Por el bien de Ellen y Violet, e incluso de tu propia Marjorie, que quizá sea una pieza inconsciente o tal vez inocente de tus intrigas egoístas, no insistiré en que abandones el lugar ahora mismo. Pero entiende esto, Ailred: mis asuntos y los de Braewood no son de tu incumbencia, y la próxima vez que hagas promesas en mi nombre o intentes entrometerte en los asuntos de los MacRory, serás expulsado sin concesión alguna de Braewood.

Desconcertado, el hombre giró la cabeza en múltiples direcciones, queriendo ver quién o cuántos habían presenciado aquella severa reprimenda. Su mirada vidriosa se posó brevemente en Alice y sus sobrinas, sin duda todas con los ojos bien abiertos por el asombro, antes de enfrentarse de nuevo al laird y balbucear:

—Pero, lad, te equivocas…

—No soy lad —intervino Nicholas con el mismo tono letal—. Soy el *laird*, y no soy nada más para ti.

Con eso, Nicholas se levantó de la mesa y volvió a sobresaltar a Alice al avanzar furioso hacia su extremo, ladrándole:

—Levántate. Vámonos.

Antes de que pensara en negarse—más tarde se daría cuenta de que no lo habría hecho; su furia era tan aterradora como la que había mostrado ayer en la casa de los de Graham—Alice ya se había puesto de pie y no protestó cuando él tomó su brazo. Solo se detuvo para instruir a sus hermanas:

—No digan nada a nadie sobre lo que es asunto nuestro.

Sus hermanastras hicieron gestos de obediencia: Ellen con mucha más preocupación que el encogimiento de hombros casi despreocupado de Violet.

Alice no se atrevió a preguntar qué quería él de ella, no en ese estado de ánimo, y supuso de inmediato que planeaba encerrarla en alguna habitación vigilada mientras él salía del salón. Pero, a menos que fueran a dejarla fuera del castillo, no tenía idea de lo que pretendía al sacarla por la puerta y llevarla al patio.

Su paso era tan largo y decidido que Alice apenas tuvo tiempo de registrar un patio tranquilo, aunque estaba segura de sentir miradas sobre ellos desde los edificios anexos, quizá desde las caballerizas o del taller del herrero.

—No puedo dejarte ahí dentro, sin protección —dijo él, a modo de explicación cuando cruzaron la puerta.

Su mano cayó de su brazo, que Alice frotó sin darse cuenta mientras lo seguía con determinación por el camino de tierra seca. Echó una mirada atrás, hacia la alta muralla vigilada por soldados atentos, y hacia la gruesa puerta de roble acorazada en hierro, más cerrada que abierta. Al mirar de nuevo al frente, recorrió con la vista la interminable extensión de colinas, campos y montañas lejanas de cumbres blancas. Un estremecimiento recorrió su cuerpo, una helada inexplicable a pesar del sol cálido del verano, por lo remoto de aquel castillo, por una tierra tan desolada que parecía abandonada.

No tenía del todo claro que él lo hubiera hecho por preocupación por su seguridad, pese a sus palabras. Pensó más bien que temía que ella pudiera haber buscado al hombre, Ailred, para pedirle ayuda. Posiblemente, aquel hombre no era un enemigo absoluto, pero sin duda era un adversario poco fiable, lo cual Nicholas quizá interpretaba como que Ailred podía convertirse en aliado suyo.

Después de caminar decenas de metros, él con zancadas largas y coléricas, Alice se atrevió a preguntar:

—¿Vamos a algún sitio?

No había nada alrededor, solo un paisaje quieto y silencioso. Ni una brisa movía la hierba o el aire. El cielo era un único paño azul sin una sola nube. Nada se movía salvo ellos, al parecer.

—Estoy dejando salir el vapor que hierve dentro de mí —respondió él.

Alice redujo el paso, se detuvo y alzó la mano sobre la frente para atajar el sol.

Cuando él lo notó, volvió hacia ella un ceño interrogante. Aunque no se movió, parecía listo para hacerlo. Había en él, como siempre, esa energía contenida, esa vitalidad inquieta que le hacía comprender que este hombre no manejaba bien la quietud, el reposo ni la inacción… y menos aún cuando su temperamento ardía.

Y, sin embargo:

—Yo no tengo vapor que agotar ni expulsar —le dijo, complacida de desconcertarlo.

***

Nicholas la miró con unos ojos que aún hervían de furia. Ella, por supuesto, no se amedrentó. Sabía que su ira no iba dirigida contra ella.

Suspiró para sus adentros y apoyó las manos en las caderas. Solo la había sacado del gran salón porque no sabía qué hacer con ella. Las circunstancias que habían justificado tomarla como rehén no le habían permitido pensar demasiado. Todavía no había resuelto qué debía hacer con ella durante todo el día. Y, en vez de

mantenerla bajo llave, no estaba seguro de cuánto podía confiar en que no huyera de la fortaleza. Pero tampoco tenía ningún recurso contra ella, en realidad. Ella sabía, igual que él, que jamás le levantaría la mano.

Si lo haría o no contra su padre era otra cuestión. Aun dejando de lado la benevolente violencia de Dungal el día anterior —había mostrado una contención encomiable—, Nicholas no estaba seguro de poder causarle dolor a Alice atacando a su propio padre.

Debilidad. Vulnerabilidad. Todo ello defectuoso, y lo detestaba incluso más que la traición de otros.

—Necesito saber que no vas a intentar huir —le dijo—. Si das tu palabra, la aceptaré como verdad. —A pesar de quién y qué era su padre—. De lo contrario, o si intentas escaparte, no tendré más opción que encerrarte hasta…

—Hasta que el ejército de mi padre sea traído aquí —terminó ella—. Sí, lo recuerdo.

Ella se mostraba estoica y no sin cierta cantidad de ira.

—Puedes caminar por ahí —aclaró él—, pero no fuera del muro a menos que sea conmigo o con una escolta aprobada.

—Por supuesto —respondió ella, con los labios un poco apretados—. ¿Y estaré atada a una sola persona o quizá a varias durante el día? ¿Vas a ponerme un collar al cuello y encadenarme dentro de tu alcoba por la noche? ¿Solo se me permite hablar con ciertas personas…?

—Basta —replicó él, aún irritado por aquella escena con Edgar—. No me importa recordarte —tantas veces como sea necesario— que fueron las acciones y la cobardía de tu propio padre las que provocaron mi respuesta.

Ella alzó los brazos.

—Por supuesto. Entonces todo es perfectamente aceptable. Te ruego que no permitas que te moleste con mis quejas sobre algo tan digno y tan justo como un secuestro.

Ignorando esa provocación y las ganas de contestar, él gruñó:

—¿Puedes decir, de buena fe, que no intentarás huir, o tendré que encadenarte a la maldita pared?

La hermosa boca de ella se tensó en una línea delgada, y él supo que luchaba contra la tentación de mentirle, de prometer que no intentaría escapar solo para tener libertad de hacerlo. Tardó casi un minuto completo en dar su consentimiento, y no le salió fácil. Su rostro precioso fue cruzado por una multitud de expresiones, pero sobre todo estaba enfadada con él por obligarla a prometerlo. Si no hubiera tenido que dar su palabra, sin duda habría intentado huir.

—Doy mi palabra —dijo por fin.

Había tal desafío en su mirada feroz que él creyó que casi lo retaba a pronunciar en voz alta lo que pensaba: que esperaba que su palabra fuese más fiable que la de su padre.

De algún modo él sabía que lo era.

Luego, el rostro de ella se suavizó, la ira retrocedió al quedar zanjado el asunto y fue reemplazada, al parecer, por desconcierto.

—¿Qué pasó con ese hombre que me rescató de la casa de los de Lisle? —preguntó, aún con la mano alzada para protegerse del sol.

Nicholas resopló, mostrando su desprecio por lo que insinuaba.

—Le recordaron la debilidad de los hombres, la mente engañosa de sus enemigos.

—Entonces ¿cuál es el real? ¿Ese hombre o este?

—Son el mismo —insistió él. *Excepto por lo que te permito ver*, pensó. Sí, había sido demasiado atento con ella al principio, ablandado por la distracción inicial que ella le provocaba… Distracción que no había desaparecido, pero que creía tener bajo control.

O quizá no. Y maldita fuera ella por ser tan atrevida y tan bonita, por no tener el miedo adecuado que debería tener una rehén.

Su mirada fija la recorrió, deteniéndose con intención en sus labios rosados. En unos pocos pasos cerró la distancia que los separaba y deslizó un brazo alrededor de su cintura, arrancándole un jadeo al atraerla contra él. Antes de que ella pudiera protestar—si es que iba a hacerlo—, él tomó su boca en un beso salvaje, destinado a recordarle su poder y su autoridad, y su propia debilidad. Movió una

mano a la parte posterior de su cabeza, obligándola a inclinar el rostro contra él mientras sus labios se retorcían sobre los de ella, exigiendo, nada suave. Donde sus pechos se encontraban, él sintió el latido acelerado, sin saber si era solo el suyo. Ella empujó contra sus brazos incluso cuando su cuerpo se rendía en su abrazo, y movió la boca contra la de él con tormentosa intensidad. El beso avanzó rápidamente hacia un deseo hambriento y mutuo, lenguas encontrándose y entrelazándose. Ella le sabía a hidromiel matutina y olía aún a esas malditas prímulas. Él deslizó una mano por su suavemente redondeado trasero y la otra en sus sueltos cabellos oscuros, manteniéndola firmemente contra él. La reacción de su cuerpo no podía pasar inadvertida: su erección despertó de inmediato contra ella. Nicholas gruñó por dentro, clavó los dedos con fuerza en su trasero y saqueó su dulce boca con la lengua.

Y el propósito de esa demostración de poder y control quedó olvidado, con su conciencia entera encendida por el sabor y el tacto de ella. Hasta que los brazos de Alice se deslizaron sobre sus hombros y alrededor de su cuello, y Nicholas gruñó su disgusto al sentirse atrapado en su propio juego; tiró bruscamente de sus manos y la apartó de golpe.

Al comprender lo que había hecho, a lo que había cedido y con qué facilidad, fue ella quien dio el empujón final. Sus manos, dentro del agarre de él, lograron empujar, y ambos se separaron. Jadeando, con las bocas ardiendo, se quedaron mirándose hasta que Alice soltó un quejido, sonido que reflejaba su ira hacia él y la vergüenza por su propia respuesta al beso ardiente.

Con un grito, ella levantó el brazo y le propinó una bofetada brutal, a mano abierta, y luego ahogó un jadeo, sorprendida de su propio acto. Él podría haberlo evitado, pero no lo hizo, suponiendo que también serviría a un propósito.

Él forzó una sonrisa desdeñosa.

—Parece que se te olvida tu deseo de tener algo de libertad dentro de Braewood.

Toda la violencia abandonó el rostro de ella, que quedó mirándolo boquiabierta, como si esperara que él se retractara.

—No temas, Alice. Mi palabra es mi juramento, igual que el tuyo.

Ella cerró sus tentadores labios de golpe, alzó la cabeza con orgullo y giró sobre los talones para marchar de vuelta al torreón.

Con una mueca sombría, Nicholas la siguió.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Sabiendo que Nicholas venía justo detrás de ella, Alice avanzó con paso firme de regreso al torreón y entró directamente en el gran salón. Allí la recibió casi de inmediato Joanna, que soltó un grito y se lanzó hacia ella justo dentro de la puerta, como si hubieran pasado más de doce horas desde la última vez que se vieron.

Joanna la estrechó con fuerza, sosteniendo hacia afuera la jarra con la que había estado sirviendo.

—Y no sabes el miedo que pasé, toda la bendita noche —susurró Joanna, todo lo bajo que era capaz—, imaginando qué infierno habrías soportado, en qué oscuro agujero te habrían metido.

Tomó aire para decir más cuando se separaron, pero se contuvo al ver aparecer a Nicholas. Él pasó sin detenerse, aunque les lanzó otra de sus miradas desagradables. Y Joanna no dedicó tiempo ni esfuerzo a preguntar por los detalles de aquel *infierno soportado*.

Cuando Nicholas se alejó unos pasos, Joanna bajó aún más la cabeza y la voz.

—Y luego escuché, directamente de esas dos hermanas —y aún no conozco a ninguna: una demasiado parlanchina y la otra demasiado callada, y esta última no es de fiar, tú lo sabes—, que él te tuvo en su propia cámara. ¡Y que se quedó allí contigo! Así que ya he fallado, la primera noche de mi misión, y no sé qué voy a decirle a tu dulce madre, que estará enferma de angustia y sin idea de…

—Joanna —la interrumpió Alice, posando la mano en su antebrazo—, ¿por qué estás sirviendo aquí?

No era más que una distracción, para ponerla en un estado mental más práctico. En verdad, la ansiedad de Joanna jamás ayudaba a calmar la suya.

—Tú no debes ni tiempo ni trabajo a esta casa.

—Eso es cierto, no debo —respondió Joanna, más aliviada al pasar a un tema neutral. Encogió los hombros—. Pero sabes que no puedo quedarme sentada mirando. Me volvería loca antes de que acabara el día, sin nada que hacer para llenar las horas.

Alzó la jarra, agitándola vagamente hacia la mesa principal y quizá hacia las cocinas más allá.

—Les dije que les enseñaría a preparar las palomas de una forma más fina que como las estaban haciendo esta mañana. Ya están cocinando el tocino, porque sabes que no voy a comer ningún pichón que no esté hecho en grasa de cerdo.

Alice no pudo evitar sonreír. Todo estaba en orden en el mundo siempre que Joanna estuviera enseñando a alguien, en algún lugar, la mejor manera de hacer *algo*.

Por encima del hombro de Joanna, Alice vio a una niña que se movía nerviosa, pasando el peso de un pie a otro, recorriendo el salón con la mirada.

—¿Podría ser que esa lass te esté buscando? —preguntó Alice cuando los ojos muy abiertos de la muchacha se quedaron clavados en la espalda de Joanna.

—Oh, claro que sí —confirmó Joanna tras una mirada rápida —. El tocino debe de estar listo. Ven conmigo, Alice, y nos mantendremos como ratoncitos, correteando pero sin molestar a nadie.

—Ve tú —aconsejó Alice—. Yo solo deseo un poco de sosiego ahora.

Joanna asintió, sin mostrar mayor preocupación que la relacionada con el asado de las palomas. Luego se marchó, y Alice cruzó el salón con la cabeza en alto, subiendo las escaleras para regresar a su cámara-prisión.

¿Para qué quería hacer amigos o más enemigos dentro del salón? O bien su estancia en Braewood sería breve, o bien, si no, acabaría por resentirse aún más con esa gente por mantenerla cautiva.

Por supuesto, dentro de la cámara no había nada para ocupar su mente, así que Alice se limitó a apoyarse en la única ventana del

cuarto y observar la actividad del patio lateral, que quedaba debajo. Poco había allí para sostener su atención, pues solo podía ver un lado del torreón, donde estaban la panadería y el huerto de la cocina.

Y así, se vio obligada a reflexionar sobre su reciente estupidez, su absoluta ingenuidad, que había quedado tan evidente por lo rápido que había sucumbido a aquel beso.

No había sido como el primero: no lo deseaban, ni fue dado o recibido suavemente. Él la había besado solo para demostrar que podía, para exhibir su poder. Aun así, había sido terriblemente eficaz, para su desgracia.

Oh, cómo deseaba ser de temple más firme, para haber resistido. Al menos un poco. Que un hombre tomara tales libertades ya era lo bastante atrevido, y ella ya se había entregado demasiado fácilmente en el pasado. Pero ahora él era, sin lugar a dudas, su enemigo, y Alice sentía una gran vergüenza por su comportamiento, por toda la fuerza de voluntad que sabía que poseía… pero que se escondía tan bien cuando los labios de él tocaban los suyos.

Se inclinó hacia adelante, apoyando el codo en el alféizar cálido de piedra y la barbilla en la mano. Más allá del patio y de la muralla, mirando al este, la vista era impresionante: la hierba verde del verano y las colinas ondulantes a lo lejos.

Pronto, esperaba, contemplaría un día soleado desde esa ventana y vería a su padre marchar con un ejército hacia Braewood. Entonces sería liberada, volvería a su hogar por fin.

Y en ese momento —aunque le costara la vida, y podría costársela— juró que, al salir de la fortaleza de los MacRory, no perdería jamás otro segundo de su vida pensando en Nicholas.

Un golpe suave la hizo girar hacia la puerta abierta.

Violet estaba allí, con semblante tan poco alegre como Alice estaba sorprendida.

—¿Violet? —preguntó cuando la muchacha no dijo nada.

—Nicky pide —comenzó a decir ella, con tono de disgusto y un leve rodar de ojos que revelaba perfectamente lo que pensaba— que no te quedes encerrada todo el santo día.

—No deseo…

—Y yo tampoco quiero compañía más de lo que tú quieres exponerte a las habladurías y a las miradas lascivas que seguro te seguirán. Pero tanto tu vida como la mía serán más dulces si simplemente hacemos lo que él quiere.

—Sabes que esa obediencia tan inmediata solo alimenta expectativas mayores —replicó Alice.

—Sí, lo sé —dijo Violet—. Pero lo simple es agradable, ¿no?

Alice soltó una pequeña risa.

—Sí, lo es. ¿Y qué voy a hacer contigo?

—No lo dijo —respondió Violet, encogiéndose de hombros.

—Así que su deseo específico queda a nuestra interpretación —dedujo Alice, sonriéndole.

Violet captó la idea enseguida.

—Puede ser.

—Entonces hagamos lo que queramos, Violet. O mejor dicho: haz tú lo que quieras, y yo te seguiré en silencio y sin molestar.

El rostro bonito de Violet, normalmente inexpresivo o cargado de negatividad, mostró unas cejas levantadas y una leve sonrisa, con un encanto que recordaba al de su hermano.

—Sí. Y ya me caes mucho mejor.

Violet desapareció de la puerta. Alice dudó solo un instante antes de seguirla. Si se quedaba y frustraba los planes de Nicholas de mantenerla ocupada —lo que, sin duda, también significaba mantenerla vigilada para que no huyera—, él mismo podría subir a la cámara y causarle más problemas.

Así que levantó las faldas y corrió tras Violet.

Se mantuvo a unos seis pasos detrás de la lass hasta que salieron del torreón y del patio, igual que lo había hecho con Nicholas una hora antes. Una vez pasaron la puerta abierta, Alice aceleró para alcanzarla.

—No voy a bombardearte con preguntas molestas —dijo al notar que Violet era casi exactamente de su estatura—, pero ¿adónde vamos?

—Lejos —respondió Violet simplemente—. Al silencio.

Intrigada, Alice caminó con ella, más ligera de ánimo.

Por un tiempo, Alice dudó de que Violet supiera exactamente dónde estaba ese *silencio*, pues parecía avanzar por un camino sinuoso y sin sentido, hacia el oeste primero, atravesando un matorral de árboles, pero de tal forma que Alice estaba casi segura de que pasaban una y otra vez junto al mismo roble caído.

Era inconfundible: no se había partido por la mitad, sino que había sido arrancado por completo del suelo, con toda su base, sus raíces enmarañadas y un enorme terrón de tierra echados de lado, más alto y ancho que la propia Alice, mientras el tronco permanecía intacto.

Antes de que los árboles se abrieran del todo, Alice vislumbró un destello azul y supo que se acercaban a un lago. Y cuando lo confirmó y quedó frente a la majestuosidad de aquel loch, brillando bajo el sol de la mañana, soltó un suspiro de asombro ante tanta belleza.

Habían salido del bosque a la misma altura del agua, pero por dondequiera que mirara en la otra dirección, el loch estaba rodeado de colinas cubiertas de flores silvestres, más color del que Alice había visto jamás en un solo sitio, tan vivas y hermosas.

Se imaginó que, de haber traído a alguien desprevenido a aquel lugar tan espléndido y silencioso, lo habría mirado fijamente con expectación, esperando su reacción. Violet no hizo eso: simplemente se sentó cerca del agua, sobre la hierba corta, y comenzó a quitarse sus botas de suela blanda.

Suponiendo que la chica quería mojar los pies, Alice pensó que quizá también quisiera hacerlo.

Pero entonces Violet empezó a quitarse más ropa: la capa, la vieja gunna, y las medias, dejándolo todo en un montoncito sobre la hierba.

Solo le quedó la camisola cuando entró en el agua.

—Oh… —se le escapó a Alice.

Violet se giró cuando el agua le llegaba a las rodillas, con la falda de la camisola flotándole alrededor hasta empaparse y pegarse a sus piernas.

La inclinación curiosa de su cabeza contrastaba con la mirada entornada que examinaba a Alice.

—Apostaría a que tú nunca participas —dijo ella—. No anhelas la tranquilidad que llega cuando el agua te envuelve, alejándote del mundo, ni la ingravidez, la calma.

—Eh, bueno, no —respondió Alice, sintiendo que la estaban juzgando. Espantó con la mano un abejorro que zumbó demasiado cerca—. Supongo que nunca lo había pensado.

—No, no creo que lo hubieras hecho. Pero aquí, en el agua, todo lo que se ahoga en mí puede volar.

Alice no sabía qué pensar de aquella chica, demasiado joven para esa ropa tan antigua y para un alma tan vieja, y desde luego para reflexiones tan profundas. *¿Todo lo que se ahoga en mí?*

Dándole la espalda, Violet caminó hasta que el agua lamió suavemente sus muslos y entonces simplemente se dejó caer hacia adelante, con las manos alzadas. Desapareció por completo bajo la superficie en un movimiento fluido, apenas perturbando el agua salvo por lo que rodó y cayó con ella. Unos segundos después, a unos metros, reapareció solo para tomar aire antes de sumergirse otra vez.

Alice no estaba segura de si la atraía o no la idea de sumergirse así por completo. Pero tras quitarse sus botas —no tenía medias que quitarse, porque Nicholas no le había permitido ayer ese lujo— entró en el lago. Violet ya no le prestaba atención, quizá buscando la calma y el silencio, a unos veinte metros, dejándose llevar boca arriba, con los brazos abiertos, rozando la superficie como si fueran alas.

El agua no estaba tan fría como Alice había imaginado. Levantó las faldas y avanzó con cuidado sobre piedras planas y lisas y a veces un fondo blando, mirando a Violet de vez en cuando hasta que, ya fuera por envidia o por una curiosidad creciente —quizá un poco de ambas—, regresó a la orilla y se quitó con valentía la léine, no sin antes asegurarse de que no había nadie cerca para verla medio desnuda.

Su siguiente entrada al agua fue cautelosa y con un poco de miedo por lo que vendría después, cuando salieran empapadas del lago. Suponía que Violet tendría alguna solución para lo que, a sus

ojos, solo parecía una minucia. Así que avanzó con más decisión esta vez.

Ella nunca nadaba, no sabía si realmente sabría hacerlo sin hundirse si iba demasiado lejos o demasiado hondo, de modo que se quedó cerca de la orilla, donde el agua le llegaba a la parte alta del estómago. Pero sintió cierta curiosidad por probar cómo Violet había flotado boca arriba. Alice lo intentó. Le llevó varios intentos mantener las piernas y el cuerpo a flote, avanzar con algo de control. En un momento dado, se hundió completamente cuando entró en pánico y pataleó sin encontrar el fondo. Pero pronto le tomó el truco. Y entonces llegó el silencio del que Violet había hablado, cuando el agua cubrió sus oídos. Alice cerró los ojos, disfrutando mucho de aquello. Cuando los abrió, solo vio el cielo azul y, en los bordes de su visión, las hojas verdes de los árboles inclinadas sobre el agua. De pronto, se sintió increíblemente vulnerable y, a la vez, muy desprendida de todo lo demás. Casi —no del todo, pero casi— hacía que su secuestro valiera la pena, por este descubrimiento que había aprendido y ganado.

Violet lo había hecho parecer fácil, pero Alice entendió que requería cierto control, y se preguntó si ella se veía más como una cierva roja chapoteando sin gracia que como un cisne deslizándose serenamente. De algún modo, eso no le importó demasiado: estaba demasiado fascinada por la serenidad del momento.

Cerró los ojos otra vez y balanceó brazos y piernas.

Sus pensamientos también flotaron, inevitable y exasperantemente, hacia Nicholas MacRory. Y su beso. Y su secuestro, y cómo ejecutaba ambos actos con igual facilidad, como si requirieran muy poca reflexión. Y qué distintos eran, cada uno por separado, cómo uno claramente contradecía al otro.

A menos que… a menos que sus acciones fueran tan simples de explicar como las de Joanna, que se lanzó a los brazos de los captores que huían para no separarse de Baldred.

Los ojos de Alice se abrieron de golpe y, arrancada de la serenidad de flotar sin rumbo, sus brazos y piernas se detuvieron y comenzó a hundirse. Luego, entrando otra vez en pánico, chapoteó hasta encontrar el fondo y se quedó quieta, aturdida, con el agua a

la cintura y de espaldas a la orilla. Apenas registró que Violet estaba más cerca de lo que había creído, todavía flotando en calma, y se quedó mirando sin ver a través del agua moteada de sol, mientras sus pensamientos se desenredaban.

Un ruido repentino rompió la tranquilidad. Alice se volvió, y Violet también, hacia la orilla, donde Nicholas estaba sentado sobre su imponente destrero. El caballo pateó el suelo, y Alice supuso que ese había sido el sonido que la había asustado. Pero Nicholas permanecía inmóvil, con las manos apoyadas sobre el pomo de la silla, como si no solo acabara de llegar, sino que hubiera estado ahí un rato, observándolas. Observándola a ella, quizá, mientras ahora mismo su abrasadora mirada ámbar la recorría por completo.

Era impresionante allí, sobre aquel magnífico semental, grande e imponente, el cabello dorado revuelto y atravesado por la luz de la mañana, una aparición, parecía, una fiera cazadora buscando a su presa.

La mirada abrasadora que le dirigía no era nueva para ella. A pesar del repentino sobresalto, no estaba especialmente preocupada; temía poco una reprimenda por nadar indecentemente, aunque no estaba segura de que la presencia de su hermana la fuera a salvar de un nuevo beso que la dejara sin juicio y deseando más.

—Te dije hace menos de una hora que no debías salir del muro —su voz era baja y enojada, pero no tan terrible como la que había usado antes con aquel hombre, Ailred—. Me queda suponer que solo deseas que te amarren, como tú misma sugeriste.

Sus pensamientos más recientes sobre él volvieron a su mente y, ignorando la amenaza de sus palabras, la situación y el tema, antes de que su cerebro pudiera detenerla, Alice dijo casi con ligereza:

—Empiezo a pensar que tu secuestro de mí tuvo más que ver con querer que con necesitar.

Su ceño fruncido se suavizó apenas, aunque su labio se curvó con desprecio.

—Del mismo modo —explicó ella— que Joanna no quería quedarse atrás. Tú… tú no querías dejarme. —Todo aquello era pura

especulación, nacida segundos antes, pero Alice quería saber si tenía razón.

Él bufó, sin sonido, solo con una mirada aún más oscura y el brillo acerado que entró en sus ojos.

—Me estás confundiendo con un hombre mucho más débil.

Claro, un hombre como él lo vería así.

—Creo que confundes la debilidad —dijo ella en voz baja.

No hubo resolución entonces a su suposición: no podía leerle la expresión, salvo por lo obvio y por su eterna y contenida irritación.

Aunque la miraba fijamente, Alice no se movió ni retrocedió… hasta que él dejó que su mirada descendiera con deliberada lentitud por todo lo que estaba visible sobre la línea del agua a la altura de sus caderas. Ella tragó en seco y se contuvo con dificultad de mirar también, de comprobar qué estaba viendo él, y apenas pudo evitar cruzarse de brazos para cubrir su casi desnudez. Le enfurecía cómo, solo con esa mirada lujuriosa y apretada, él podía hacerla sentir tan impotente, como si fuera una presa indefensa y él el cazador implacable. Maldito fuera, por querer avergonzarla.

Alice tartamudeó, entre la rabia y la vergüenza:

—T...tú no fuiste muy claro con tus instrucciones, ni conmigo ni con tu hermana. Imaginé que, si Violet fue enviada por ti y encargada de cuidarme, ella era una escolta aprobada.

—No lo es, y no quiero que estés tan lejos del castillo. —Dijo esto sin apartar sus ojos dorados de sus pechos, donde con horror ella sabía que sus pezones estaban rígidos y marcados a través del algodón mojado.

Qué horrible era, pensó, usar esa clase de intimidación. Y aun así, no tenía tanto miedo como enojo.

Y entonces el peso completo de lo que sabía sobre ese hombre giró en su cabeza, y supo que había sido una necia, cegada por su fascinación hacia él, casi toda ella ligada a ese beso.

Sonrojada, Alice ladeó la cabeza, queriendo que él sintiera el peso de su desprecio, para no cargar ella sola con el suyo, y le dijo con descaro:

—Ahora mismo, con ese mirar despectivo tuyo, destinado sin duda a avergonzarme, me recuerdas a cualquier hombre de la casa de los de Lisle, a quienes tantas veces consideré criaturas insignificantes y repugnantes. Estoy intentando imaginar qué atractivo puedes tener.

Entornó los ojos y frunció el labio, igual que él había hecho.

—SI es que tienes alguno. Sí, tu beso es tentador para una chica inexperta como yo, pero aparte de eso —¿y no puede lograr lo mismo cualquier hombre? —, ¿qué tienes para recomendarte? ¿Honor? ¿Compasión? ¿Amabilidad? Nada de eso, no que yo haya visto.

Su ánimo estaba tan agitado por esa revelación y por lo que parecía ser una montaña de burla en los ojos oscuros de él, que salió del agua, desafiándolo a no devorarla con la mirada, fuera lo que fuera que mostrara la camisa empapada y pegada a su cuerpo.

A su espalda, Violet susurró con una mezcla de asombro y suficiencia:

—Ah, ¿así que así es la cosa?

Alice la ignoró, y también a Nicholas, centrándose en colocar los pies sobre las partes más rocosas del fondo del lago, ya cerca de la orilla.

Cuando sus pies tocaron el suelo cubierto de hierba, sacudió el dobladillo de su camisa y se sentó de espaldas a Nicholas, levantando el rostro hacia el sol. Le desanimó descubrir que sus palabras eran verdad: él no tenía nada que lo recomendara, ninguna virtud que atrajera y mantuviera su atención, como acababa de comprender con tanta amargura. No merecía ni su desprecio ni el desasosiego que ella había sentido por su valoración desdeñosa.

—Vístete ya y vuelve —dijo él con brusquedad a su espalda, molesto, seguramente, porque ella se hubiera sentado como si él no la estuviera esperando.

—Lo haré cuando esté seca, y no antes —respondió por encima del hombro, mirando el lago y a Violet, que no acostumbraba a tener demasiadas expresiones pero que ahora abría los ojos con asombro por la osadía de Alice.

Los sonidos suaves de movimiento tras ella indicaron que quizá se marchaba. Alice mantuvo la vista fija en Violet y el temblor de su barbilla al mínimo hasta que la muchacha comenzó a acercarse a la orilla.

—Se ha ido —dijo Violet al sentarse a su lado.

Solo entonces Alice se estremeció con todas las emociones que había mantenido a raya durante su enfrentamiento con Nicholas. Un resoplido duro se escapó por su nariz mientras apretaba los labios para no romper a llorar.

—Eso no te traerá ningún beneficio —predijo Violet—, hablarle así. Pero sí, no estás muy lejos de la verdad. Y no te conocía antes de hoy, pero has subido muchos peldaños en mi estima.

Una risa temblorosa y nerviosa escapó de Alice, aunque tenía el corazón herido.

Ella realmente había pensado que él era una persona decente, solo atormentado por las circunstancias, enfadado con todo lo que lo rodeaba, pero no exactamente con ella. Hasta que la había destrozado con esa mirada despiadada y cruel.

CAPÍTULO DIECISIETE

Le tomó varias horas y un trayecto doloroso a lomos de su espléndido semental para recuperarse. Incluso entonces, recobrar tanto el juicio como el equilibrio solo le llegó a retazos, después de todo lo que la mañana le había arrojado de manera tan desagradable. La parte de Edgar en su mal humor fue lo primero en desvanecerse, sobre todo a la luz de todo aquello con lo que Alice le había dejado hervir y refunfuñar.

Se esforzó por recordar con exactitud sus palabras —su poco caritativa reprimenda, por así decirlo—, cada intento entorpecido por el recuerdo de ella, uno de tantos solo en ese día, cada uno más fascinante que el anterior, aunque ninguno comparado con su primer vistazo de ella en el loch. Solo con eso, podría necesitar varios días para recuperarse.

Toda la ira de haberla encontrado ausente y luego tan lejos del torreón había sido arrasada por la visión que tuvo al llegar sigilosamente al loch, cuando ella se deslizaba con tanta naturalidad y encanto sobre el agua. Sí, también había visto a Violet, zambulléndose y nadando, apareciendo y desapareciendo, pero Alice… bueno, Alice había sido hipnotizante, una ninfa marina a la deriva, sin duda hecha para tentar a cualquier hombre de sangre caliente hasta su perdición.

Pero su reacción ante la simple visión de ella lo había enfurecido aún más, el hecho de que se debilitara solo con eso.

Y no por poco, ni siquiera estirando la imaginación al límite, por lo que ella le había mostrado; primero sin darse cuenta, mientras flotaba, con sus pechos redondos y firmes remarcados de manera atrevida por la camisa empapada; luego, con ese rubor cautivador suyo al darse cuenta de aquello que había captado tanto —todo, por un tiempo— de su atención cuando se incorporó; y por

último, con tanta osadía cuando salió del agua, revelando toda la magnitud de su hermosura y dejándolo agitado y casi sin aliento ante la visión de ella: su cintura estilizada y sus piernas esbeltas, la curva de sus caderas donde la camisa mojada se le había quedado pegada, sus pezones endurecidos hasta quedar como piedritas.

¡Ah, pero ese paso desafiante al salir del agua! Para entonces, debía de haber sabido que él no era inmune a lo que ella mostraba. Y aun así se comportó con tal descaro, burlándose de él, como si quisiera hacerle creer que no la afectaba en absoluto que él no pudiera apartar la mirada hambrienta. Como si fuese una reina y pensara gratificar a un campesino con un recuerdo insignificante que no le costaría nada y que aseguraría su fidelidad. Jamás en un año entero habría imaginado que ella avanzaría con tanta audacia sobre la hierba, tan escasamente vestida y expuesta ante él. No lo había hecho para incitarlo ni para tentarlo con algo que nunca podría tener; ella no era así, no tenía aún la suficiente experiencia para reconocer ese tipo de poder. Era simplemente su manera de decirle que él no significaba nada para ella, que lo que él viera o pensara le importaba poco, que no era digno de su preocupación por algo tan trivial como su estado a medio vestir.

Y todo ese despliegue de valentía, ¿para… qué? ¿Porque él la había reprendido por no cumplir aquello que ella misma había prometido antes, que se quedaría dentro del torreón y el patio? ¿O por aquella afirmación suya, tan equivocada, suponiendo que él no quería separarse de ella? ¿O había percibido su furia, que él no había sido capaz de ocultar, pero que era únicamente contra sí mismo por desear con tanta intensidad algo que jamás podría ser suyo?

Jamás podría ser suyo —no antes de ese día y ciertamente no ahora. Hacerlo, conocerla, tocar esa piel de porcelana o deslizar sus labios o dedos sobre esos pechos pálidos y perfectos solo serviría para reforzar su opinión sobre él: que carecía de honor.

Tirando de las riendas con brusquedad, con el gesto seco acompañando a la perfección su resoplido de desdeñosa incredulidad, Nicholas soltó un aliento áspero y apretó los dientes.

Creo que confundes la debilidad, le había dicho ella.

Las palabras en sí habían sido exasperantes, que ella se atreviera a presumir conocerlo o conocer su mente. Y luego aún más irritantes, por el recuerdo que evocaron: el de su propio padre diciendo una necedad parecida en la única ocasión en la que Nicholas lo había enfrentado por su completa y absoluta devoción hacia su madrastra, cuando aquella mujer murió y Robert MacRory parecía incapaz de encontrar de nuevo su centro de gravedad.

—Basta —le había soltado Nicholas entonces, sin paciencia—. Basta con ese duelo interminable. Ella se ha ido, pero tú no. Hay trabajo que hacer, una maldita guerra que librar. No necesitas de ella para vivir tu vida.

A día de hoy, medio decenio después, Nicholas todavía podía recordar con claridad la mirada que su padre le había dedicado. Una sonrisa le había aparecido, no suave ni sencilla, ni destinada a burlarse. Él había estado, Nicholas lo creyó entonces y después, sorprendido por lo que seguramente interpretó como frialdad, sorprendido de que el pensamiento de su hijo se inclinara de tal manera. La sonrisa había cambiado, sin embargo, volviéndose algo agridulce, ese tipo de gesto que suele cruzarse entre el padre sabio y viejo, y el hijo joven que cree saberlo todo.

Esto, lo aprenderás, había anunciado aquella sonrisa.

Sin vergüenza alguna, su padre le había dicho:

—Lo volvería a hacer, y por mucho menos, viviría todos estos años otra vez para conocer solo esos pocos con ella o incluso una fracción de ese tiempo.

Posiblemente, el anciano había añadido luego la conjetura de un filósofo: *Un día entenderás.*

Bah. No, no lo haría.

Nicholas pasó todo el día lejos del castillo, y luego mantuvo deliberadamente su distancia del lago, por si acaso. Un pequeño aspecto del día, por lo demás desagradable, le proporcionó una medida de calma. Lamentablemente, no lo consideró hasta mucho más tarde en la tarde. Parte de su furia inicial al descubrir que Alice se había ido había surgido cuando creyó que ella podría haber huido. No se le ocurrió hasta bien después de su encuentro en la orilla del agua que no lo había hecho, que ella estaba o había parecido en ese

momento, hasta que su presencia fue detectada, en paz, si no con su circunstancia, al menos con la compañía de Violet y su actividad relajada.

***

Afortunadamente, no volvió a ver a Nicholas por el resto del día. Visitó brevemente a Joanna cuando ella y Violet finalmente regresaron al castillo, posiblemente mucho más tarde de lo que Nicholas había esperado o previsto. El hecho de que él no la hubiera esperado y la hubiera llevado personalmente de vuelta a su prisión le infundió una sensación de calma.

—Ay, y él estaba temible, lass —relató Joanna sin aliento, con la mano golpeando su pecho como si su corazón se acelerara—. No podía encontrar rastro de ti, en ninguna parte. Armó tanto alboroto, lo hizo, que a mí también me asustó y te ruego, y a ti también —dijo, señalando con un dedo a la desprevenida Violet—, que sean tan amables de guardarse todos esos paseos hasta que yo esté bien muerta. ¿Podrían hacer eso por mí?

—Sí, Joanna —accionó Alice—. Me disculpo por haberte preocupado.

—No soy yo de quien debes preocuparte, sino de tu propia y querida mamá, y esa pobre mujer ya probada más allá de la cordura, ¿verdad?

Alice se atrevió a lanzar una mirada fugaz a Violet, quien estaba de pie a su lado, y captó sus ojos moviéndose de un lado a otro entre Alice y Joanna, con la boca abierta.

—Quizás debería hacerme a un lado —sugirió Alice— y que me lleven una bandeja a… o mejor dicho, ¿arriba?

No había parte de ella que quisiera reunirse dentro del salón con ninguna otra persona para la última comida, ciertamente no si significaba que se vería obligada a sufrir la presencia de Nicholas. Ya pesaba mucho sobre ella que pasaría la noche con él en su dormitorio.

Joanna asintió con aprecio.

—Sí, y esa será una de tus mejores ideas, lass. Como la liebre del prado, debes ser, callada y portarte bien, y no dejar desorden a tu paso.

Alice asintió y luego sonrió a la todavía boquiabierta Violet antes de darse la vuelta y subir las escaleras. Detrás de ella, oyó a Joanna decirle a Violet:

—Tú no tuviste nada que ver con nada de eso, espero. Pareces una buena lass, pero no me importa ponerte en tu lugar si lo necesitas.

La respuesta murmurante de Violet se perdió cuando Alice dobló la esquina.

Había poco con lo que entretenerse hasta que llegó una bandeja, cortesía de alguna joven y desconocida chica de la cocina, y ante eso, Alice solo picoteó, sin tener mucho apetito. Así que entonces pareció solo esperar a que llegara la oscuridad, para poder dormir.

Con la oscuridad llegó un viento agitado, que aullaba a través del tapiz que cubría la ventana. Un vistazo rápido a la penumbra mostró un cielo oscurecido lleno de nubes negras, que eran empujadas rápidamente a través del cielo nocturno por las fuertes ráfagas, cayendo y girando y derramando gruesas gotas de lluvia, aunque esto ocurría sin gran volumen. Afortunadamente, tanto ella como su camisón estaban ya secos, pero con el viento y la lluvia llegó una corriente de aire helada y un frío que se filtraba, y Alice se arrodilló frente a la fría chimenea para reponer la turba y la leña menuda y encender un fuego.

Mientras estaba en esa tarea, la puerta se abrió y Nicholas entró. Le dedicó solo una breve y muda mirada y, al encontrar su mirada tan insondable como siempre, permitió que su vista se hipnotizara con las llamas iniciales.

—Yo me encargaré de eso —ofreció, con un tono desprovisto de su acostumbrada mordacidad.

Sus botas aparecieron en el límite de su mirada.

Negando con la cabeza, aconsejó:

—Está bien. Está todo listo, creo.

Y se quedó dónde estaba, en parte temerosa de que, si reclamaba su espacio en el rincón, podría tener que presenciar una vez más cómo se despojaba de su ropa. No estaba segura de que este día pudiera soportar más molestias, ciertamente no de ese tipo.

Así, extendió sus manos hacia las llamas parpadeantes, fingiendo que solo deseaba calor en ese momento.

Cerrando los ojos, escuchó sus movimientos para deducir sus acciones: la tapa del baúl abriéndose, su cinturón y espada siendo quitados y colocados cerca de la cama, sus botas al caer al suelo.

—Alice —dijo cuando pasaron varios segundos largos sin que se discerniera sonido detrás de ella.

Volviendo la cabeza solo parcialmente sobre su hombro, de modo que solo veía la puerta, pero parecía reconocerlo, esperó.

—Me veo obligado a… ¿no puedes darte la vuelta y mirarme?

No, eso era lo que menos deseaba.

—Lo siento. De repente tengo tanto frío. El fuego es reconfortante.

Debería serlo, por su calor, pero nada era reconfortante de estar sola con él dentro de su dormitorio, y él probablemente vestido ahora de manera tan indecente como ella lo había estado antes.

—Esperaré —dijo.

Ella rugió su disgusto interiormente y dejó escapar un suspiro cansado, antes de ponerse de pie para enfrentarlo, manteniéndose cerca de la chimenea.

Él estaba sentado en la cama, con la cabeza inclinada y los codos sobre las rodillas, y la mirada en el suelo entre sus piernas.

Habló sin cambiar de posición.

—Me disculparé por mi comportamiento… todo el de hoy. Sé que esto ya es insoportable sin que yo añada a ello siendo…

Tuvo que morderse la lengua ante su vacilación, tan ansiosa por llenar el espacio que había dejado allí. ¿Insoportable? ¿Imperdonablemente grosero? ¿Un maldito bestia? Sin embargo, el mero hecho de que se dignara favorecerla con cualquier muestra de contrición sugería que la desarmonía —era mucho más que eso, en realidad— tampoco le sentaba bien a él, y así Alice mantuvo la boca cerrada y sus pensamientos para sí.

Alzando su mirada oscura pero posiblemente cansada hacia ella, aunque mantuvo su postura encorvada, dijo:

—Me disculpo por mi manera autoritaria. En verdad, entiendo que eres inocente de cualquier delito, que este conflicto y punto

muerto es entre tu padre y yo. Yo… lamento que estés atrapada en medio de esto.

—¿Pero no lo suficiente como para llevarme a casa o enviarme a casa?

Negó con la cabeza, clavándole su mirada compleja, llena ahora al parecer de genuino remordimiento.

Sin embargo, ella no cedería completamente ante él, no confiaba en que su remordimiento declarado tuviera más que ver con la tensión y la inquietud que él sentía, en lugar de lo incorrecto que era tratarla como si ella hubiera sido quien traicionó una promesa. Él solo deseaba armonía, no una cautiva quejumbrosa que pudiera estar lista para criticarlo verbalmente en cualquier momento. A ella no le importaría la armonía. Había estado demasiado tiempo sin ella, lo sabía. Él había extendido esta rama de olivo. Le costaría poco aceptarla, y con gentileza. Asintió con rigidez y permitió que un muy pequeño.

—Gracias— pasara por sus labios.

Sin embargo, era una verdadera lástima, pensó, que tanta hermosura estuviera malgastada en este hombre, que no merecía ser tan guapo cuando había demostrado lo feo que podía ser.

Se volvió y reclamó el espacio en el rincón más cercano al fuego, dejando que su espalda se deslizara por la pared y llevando las rodillas al pecho como la noche anterior.

—No hagas eso… Alice, toma la cama —ofreció luego, poniéndose de pie—. No puedo permitir que tú…

El rápido movimiento de su cabeza negando impidió el resto de lo que podría haber dicho.

—Prefiero esto. Déjalo así.

Apoyando la barbilla sobre sus brazos plegados y mirando de nuevo las llamas anaranjadas, apenas prestó atención a Nicholas moviendo el baúl frente a la puerta otra vez y luego encontrando la comodidad de su cama como lo había hecho la noche anterior.

En cambio, acababa de verse abrumada por su propio remordimiento, por cómo había resultado todo esto. Habría sido mucho más feliz, estaba segura, si él simplemente la hubiera dejado en casa con sus padres. Antes de llegar a la casa de los de Graham,

se había preguntado, aunque brevemente, si volvería a verlo alguna vez, si lamentaría su partida. Lo habría hecho, había decidido hace solo unos días. Él podría haber sido aquel por quien todos los hombres interesados posteriores serían juzgados.

Así que ahora, quería borrar todo lo de hoy y ayer, quería volver a ese tiempo en que lo creía honorable y bueno, cuando su beso había sido atesorado, habiéndola conmovido como temía que el de nadie más lo haría jamás. Quería regresar a ese tiempo en que solo se había preguntado cuán insoportable sería su separación.

Mejor eso, una separación final de algo aún en su infancia, el potencial no realizado de él, de cualquier posible "ellos", que esto, conociendo la verdad sobre él, de modo que lo había perdido de todos modos, pero más duramente ahora.

Qué triste.

Luchó durante bastante tiempo, nada cómoda pero demasiado testaruda para admitirlo, e incapaz de dormir. Él también podría estar forcejeando, ya que Alice era consciente de los sonidos de su dar vueltas en la cama. En un momento pensó que literalmente estaba golpeando su almohada, ya fuera para moldearla en una forma más adecuada o para aliviar la frustración que aún pudiera roerle.

Y entonces estaba corriendo, a través de un viento monstruoso y bajo la lluvia, alrededor de esa curva en el camino en el pequeño pueblo fuera de Lilliesleaf. Los relámpagos centelleaban en la distancia y los truenos rugían sobre su cabeza mientras su manto empapado se enredaba alrededor de sus piernas y su capucha revoloteaba sobre sus hombros. El tío de Violet y Ellen, Edgar Ailred, la perseguía, con su rostro ceniciento y sus ojos negros similares a los de una rata, pequeños y sin vida. No llevaba arma, pero Alice percibía una amenaza salvaje en él. No dejaba de tropezar y tambalearse, extendiendo los brazos para detener su caída, y nunca parecía llegar a la curva. Varias veces sus manos chocaron con la tierra dura, y sintió la piel desgarrada de su carne. Él la estaba alcanzando y ella cayó una vez más, gritando, y miró por encima del hombro justo a tiempo para ver sus pies dejar el suelo mientras saltaba sobre ella. Aterrizó con fuerza sobre ella,

sacudiendo todo su cuerpo y luego la agarró por los brazos, sacudiéndola bruscamente.

—¡Alice! —rugió contra ella.

Ella luchó salvajemente contra él, sus manos conectando con su pecho y rostro para alejarlo.

—¡Alice! Es solo un sueño.

La pesadilla terminó entonces, reemplazada por un sueño, porque esa era la voz de Nicholas y ella estaba en los fuertes brazos de Nicholas. Alice se aflojó y se aferró a él, sus dedos se clavaron en la carne de sus hombros, atrayéndolo más cerca, anhelando estar acurrucada y a salvo. Apoyó su mejilla contra su duro pecho desnudo y lloró, aunque no sabía por qué venían las lágrimas ahora, cuando la amenaza había sido eliminada.

—Vamos —dijo, tan gentil como nunca lo había escuchado.

Sintió su mano en la parte posterior de su cabeza, acariciando su cabello, y se dio cuenta del silencio que la rodeaba. Abriendo los ojos, jadeando por la niebla persistente del susto, trató de entender lo que había sucedido.

No estaba en ese pequeño pueblo, sino en el dormitorio de Braewood. La niebla de la confusión se disipó al instante al comprender que había sufrido un terror nocturno como no lo había hecho durante muchas, muchas semanas. Cuando estuvo retenida por primera vez en la casa de los de Lisle, había sido más bien una ocurrencia semanal que Joanna se viera obligada a despertarla de algo similar, algo igualmente aterrador, incluso cuando tan a menudo los villanos de sus sueños no estaban definidos o eran tan aleatorios como el de esta noche, con el inadvertido y afectado Ailred asumiendo ese papel.

Despertando por completo, Alice empujó ligeramente contra Nicholas, dándose cuenta de que estaban agachados en el rincón juntos, Nicholas de rodillas y ella en sus brazos, él una vez más sin túnica y ella habiéndose aferrado a toda esa carne cálida y fuerte sin dudarlo. Todo lo que quedaba de su pesadilla era el viento y la lluvia, que aullaban malvadamente afuera, la lluvia azotando con fuerza el castillo y el tapiz que cubría la ventana.

—¿Mejor? —preguntó contra su cabello.

Bajo su mano y su mejilla, su corazón latía a un ritmo acelerado.

Tragándose lo que quedaba de su miedo, asintió contra él y solo entonces se sintió ansiosa por su posición y su propia vergüenza.

—Yo… lamento mucho haber...

—Calla —cortó él—. No te disculpas por cosas que no puedes controlar.

Él se separó y miró hacia los ojos que ella le volvió a levantar. Movió su mano de la parte posterior de su cabeza hacia un lado, y con su pulgar limpió la humedad de sus lágrimas de su mejilla.

Esta ternura era tanto inesperada como impactante, porque no debía exhibir tal suavidad, porque sus ojos no debían estar llenos de tal preocupación. Desconcertada, colocó su mano sobre la de él y enroscó sus dedos alrededor de los suyos, bajando su mano y apartándola.

—Estoy… estoy bien ahora.

Su mirada siguió sus manos, bajando entre ellos mientras ella se retiraba.

—*Oh*, Alice, pero te has lastimado la mano.

Siguió su mirada y vio que, en efecto, lo había hecho, probablemente contra la áspera pared de piedra en este rincón mientras creía que luchaba por su vida. Desprendiéndose completamente de ella, lo que extrañamente la dejó fría e inexplicablemente desolada, Nicholas se puso de pie y la ayudó a levantarse también.

—Siéntate allí —dijo, guiándola hacia la cama.

Ella lo hizo, sus acciones todavía un poco nubladas por el sueño, y observó cómo él fue al baúl que bloqueaba la puerta y lo registró, de espaldas a ella. Sacó algo y sus brazos se alzaron y se flexionaron, y se oyó un desgarro de tela antes de que cerrara la tapa y regresara a ella. Se sentó a su lado y tomó su mano nuevamente, envolviéndola eficientemente con una tira de lino, inclinándose sobre el extremo para morder una marca de desgarro y haciendo dos extremos, uno de los cuales revirtió y anudó en su

palma. Pasó sus dedos sobre el nudo y luego sobre sus dedos y la miró, ofreciendo una rara y leve sonrisa.

Alice intentó devolvérsela, aunque no pudo opinar sobre su éxito.

—Mejor —le dijo con voz pequeña—. Gracias.

Y se levantó, con la intención de retirarse a su rincón, no segura de qué hacer con este Nicholas solícito, completamente demasiado tierno, este hombre que no conocía.

—No —dijo—. No dormirás allí ahora. No lo permitiré.

—Pero yo...

—Sí, y no hay peros. Y no discutiré contigo sobre eso en medio de la noche.

Se acercó a ella y la giró, un relámpago iluminó su mano mientras señalaba desde detrás de su hombro hacia la cama.

Ella se sorprendió a sí misma al no discutir más. Excepto que la noche estaba húmeda y fría y el terror aún demasiado fresco, así que volvió a donde se había sentado en la cama segundos antes, sobresaltándose un poco por un estruendoso trueno.

Nicholas caminó hacia el otro lado y no dudó sino que se estiró de espaldas, con el brazo bajo la cabeza. Después de un momento, Alice se acostó, manteniéndose lo más cerca posible del borde. Como él, descansó sobre su espalda y miró las vigas del techo, que brillaban en blanco brillante regularmente por todos los relámpagos que surcaban la noche.

El silencio entre ellos la inquietó hasta que imaginó una conversación prosaica y dijo suavemente:

—Odio tener miedo.

—Ninguno de nosotros tiene control sobre los terrores nocturnos, lass, o sobre el pavor que introducen.

Se rascó perezosamente, quizá sin pensar, el pecho.

—Estaré justo aquí, Alice. Te despertaré de nuevo si regresan.

Sí, él era un bálsamo para el miedo, pero también era la causa de tanta angustia.

Y su corazón se retorció y se tensó ahora por lo mucho que eso la entristecía.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Incluso después de que su pesadilla se hubiera desvanecido en las sombras de la memoria, aún muchas cosas hacían bump en la noche. La tormenta rugía ferozmente afuera, obligando a Alice a buscar la seguridad y el calor de las pieles y las mantas de lana en la cama. Se envolvió bajo estas y escuchó la furia más allá de la piedra y la ventana.

Durmió mal y cuando despertó, estaba frente a Nicholas, que aún dormía, boca abajo con los brazos bajo la almohada debajo de su cabeza. Su melena de león estaba despeinada, el lado izquierdo aplastado contra su cabeza como si hubiera dormido un buen rato en esa otra dirección. Pequeñas líneas rectas se extendían desde las comisuras de sus ojos, una marca similar a la que podría ver en el suelo tras los ligeros pasos de un cuervo; tristemente, sabía que no se habían formado por sonrisas, sino por sus ceños fruncidos. Una pequeña y pensativa sonrisa curvó sus labios hacia arriba ante su expresión, o más bien la falta de ella. En el sueño, no era tan amenazante, pero aun así era impresionante por lo apuesto que era, aunque ahora con un aire juvenil por la ausencia de su habitual semblante severo.

Alzó la mano, extendiendo su dedo índice con la intención de trazar ese punto donde las arrugas normalmente se hundían profundamente entre sus ojos pero que ahora eran solo ligeras hendiduras, pero se contuvo y retiró la mano, doblando esta sobre su pecho.

Un golpeteo de pies pesados sonó fuera de la cámara, acercándose, y Alice no se sorprendió por la posterior llamada a la puerta.

Nicholas no se removió con un sobresalto severo, a pesar de los firmes golpes, sino que abrió los ojos lentamente, encontrando la

mirada de Alice casi al instante y sosteniéndola mientras preguntaba:

—¿Sí?

La voz de Dungal respondió mientras Nicholas mantenía su mirada en ella.

—Seguro que estaremos ocupados todo el día. Bastantes daños en la aldea, y tenemos inundaciones en más de una de las zanjas.

La mirada de Nicholas se desplazó, no lejos de ella, pero mostró una completa lucidez ahora con esta inquietante noticia.

—Bajaré en seguida —informó Nicholas.

—Sí, y tómese su tiempo, Laird —respondió Dungal, con un dejo de diversión en su tono—. Cuando le sea conveniente, como usted quiera —sonaron pasos de nuevo, desvaneciéndose mientras Dungal se iba.

Alice contuvo una sonrisa, pero temió no haberla ocultado bien en sus ojos. Nicholas no sonrió, por supuesto, y tampoco se apartó de la cama ni apartó sus ojos de ella. No por primera vez, Alice se sintió aprisionada por su mirada, preguntándose qué pasaba por su mente cuando la miraba tan descaradamente, con una determinación tan inquisitiva.

—¿Qué estás buscando? —pensó en preguntar, y luego inmediatamente se arrepintió de la pregunta.

No dijo nada, no directamente, pero sacó su mano de debajo de la almohada y la usó para apartar un mechón suelto de cabello de su mejilla. El corazón de Alice revoloteó ante un gesto tan casual pero íntimo, algo que quizás debería estar reservado para dos personas que se conocieran mejor o estuvieran más relajadas la una con la otra.

Quizás él se dio cuenta ahora de que eso era incompatible con sus roles de captor y cautiva —su cercana y pacífica proximidad, ese gesto que casi traspasaba los límites, lo que ella podría haber estado buscando en su pregunta—, de modo que se cerró, girando sobre su espalda.

—No busco nada —dijo, echando hacia atrás las pieles y mantas y sentándose, dándole la espalda—. Nada más que una

solución a cualquier destrucción que se encuentre hoy —se puso de pie después de un breve momento y una vez más deslizó el baúl a través de la habitación, levantando la tapa cuando lo estacionó a los pies de la cama. Sin apenas una mirada hacia ella, se puso una túnica fresca, cubriendo toda esa belleza de su pecho superbamente esculpido.

Alice parpadeó y se sentó también, frotándose el sueño de los ojos y luego pasándose los dedos por el cabello para apartarlo todo de su rostro y hombros. No tenía nada para cambiarse, pero fue al pequeño armario con la jarra y la palangana y se salpicó agua en la cara mientras Nicholas había tomado la silla cerca de la chimenea para ponerse y atarse sus botas.

Cuando él se puso de pie y se ajustó el cinturón y la espada a su cintura, y mientras Alice usaba el paño para secarse la cara, él preguntó:

—¿Debo esperar que estés con Violet otra vez hoy?

Volviéndose del armario, con la toalla cuadrada detenida en su cuello, Alice preguntó:

—¿A menos que yo o nosotras podamos ser de alguna ayuda en la aldea?

—No lo sé en este momento, pero Violet no es reacia a ayudar cuando se necesitan más manos —dijo—. Es una buena apuesta que si se necesita ayuda, ella aparecerá.

—Entonces sí. De cualquier manera, encontraré a Violet e... iré donde ella vaya.

Asintió, ajustando su cinturón sin mirar, observándola constantemente. Por un momento, pareció que diría algo más, pero luego, con solo una mirada escueta sobre la cama en la que habían dormido, inclinó la cabeza de nuevo y salió de la cámara.

Pasaron otros quince minutos antes de que Alice terminara sus abluciones matutinas y llegara al salón, que no estaba ni la mitad de lleno que ayer por la mañana, pero donde vio a muchos cruzando de un lugar a otro, incluidos varios soldados que se levantaron casi todos a la vez de una mesa y abandonaron el salón. A una mesa de distancia, un grupo de tres mujeres estaba sentado y parecían estar ocupadas en la tarea de remendar cubiertas de

ventanas de hule. A Alice la desconcertó no reconocer a nadie sentado en ninguna de las mesas de caballete y, por lo tanto, se dirigió a la puerta, mordiéndose la mejilla, preguntándose cómo podría encontrar a Violet o a la aldea.

Como había sido ayer, la puerta principal estaba completamente abierta, y su primer vistazo del día no mostraba ni rastro de lluvia o nubes, la entrada brillaba con la luz del sol. Teniendo un temor repentino de que alguien pudiera creer que intentaba escapar, Alice se acercó a la puerta con cautela, complacida entonces de ver a Dungal caminando a través de ella.

—¿Estás perdida, lass? —preguntó, alzando las cejas.

—No exactamente —dijo—. Pero Nich, el laird dijo que podría ser de ayuda en la aldea, pero no estoy segura de dónde está.

—Ah, y necesitaremos todas las manos dispuestas —respondió el veterano, rascándose su larga barba—. Espera justo aquí mientras le digo a la Cocinera y a Nelly que necesitaremos una comida abundante para alimentar a las masas, y luego te llevaré allí yo mismo.

Sonriendo en agradecimiento, lo siguió con la mirada hacia el pasillo que conducía a las cocinas, su ojo se detuvo entonces en ese hombre, Ailred, que estaba sentado en la mesa alta con su hija, sin ser molestado al parecer por lo que sucedía a su alrededor, o por lo que había sucedido con las cabañas en la aldea.

Dungal regresó poco después y alzó la mano hacia la puerta y Alice salió primero que él.

—Sí, y vamos caminando, lass —le informó—, ya que la mayoría de los caballos, incluidos los corceles, están puestos a trabajar como animales de tiro hoy.

—¿Hay muchos daños, Dungal? —preguntó mientras salían del portón. De reojo, notó lo que había notado antes, pero no con gran atención, que su paso era parejo y constante, pero que involucraba mucho más de su cuerpo que solo sus brazos y piernas. Metía los hombros y las caderas en cada paso, e incluso su cabeza se movía más que la mayoría mientras avanzaba pesadamente.

—Sí, ¿y no fueron feroces anoche esos amantes peleadores, el viento y la lluvia?

Alice se rio ante esto, asintiendo:

—Sí, lo fueron. A veces, uno de los dos levantaba el tapiz completamente lejos de la ventana.

—Y ahí lo tienes, así que ahora hemos perdido el campanario de la iglesia y suficiente paja para hacer media docena de techos nuevos si estamos dispuestos a perseguirla —dijo—, y sabes que solo había un árbol considerable alrededor de la aldea y fue derribado y arrojado sobre el techo de Finn mientras dormía —como un bebé, dice su anciana esposa. Ella tuvo que despertarlo aunque la rama más cercana yacía en la cama con ellos.

—Oh, qué terrible —comentó Alice.

—Sí, y eres una buena lass, Alice de Graham —dijo Dungal a continuación—, sin guardarnos rencor por lo que tuvo que hacerse.

Alice encontró esto gracioso, aunque no sabía por qué.

—¿Eres tú, Dungal, hablando de mi secuestro como si ustedes, los MacRory, hicieran lo mismo con cierta frecuencia, y tranquilos?

Él se rio con buen humor ante esto mientras caminaban por el camino.

—Ah, no hay nada casual en robar a una persona, pero las necesidades obligan y todo eso —sí, y sé que eso no lo excusa, pero ahí lo tienes. Si no me sintiera mal por la desesperación que seguramente causamos a tu dulce madre, me preocuparía poco por el resto, ya que sabes más que la mayoría que estás en buenas manos, que todo está bien.

Podría haberse detenido y haberle recriminado esto. Todo ciertamente no estaba bien, y como él acababa de señalar, el secuestro tenía muchas víctimas. Pero entendía que él no era más que un soldado siguiendo órdenes y no iba a discutir con él ni con su adhesión ciega a las directivas de su laird.

Por todas partes, sobre el prado y más allá, en el pastizal donde docenas y docenas de esponjosas ovejas pastaban, el suelo estaba lleno de ramas rotas y algunos árboles volcados y tantas hojas verdes, arrancadas de sus ramas mucho antes de que pudieran soltarse por sí solas.

El camino que seguían bajaba hacia un valle y luego subía por la colina lejana, el camino aquí más hierba que tierra. Caminar cuesta arriba por el camino mostraba primero las partes más altas de la aldea, las cimas de la iglesia del pueblo a lo lejos —desprovista de su campanario como Dungal le había advertido— y los techos de paja de las granjas antes de que los muros y el camino serpenteante se revelaran al coronar la loma.

La aldea era diferente a la de su hogar, donde las casas solo estaban dispersas a lo largo del camino hacia la casa de los de Graham, a veces con hasta un cuarto de milla de distancia, y también era enormemente diferente de donde había estado retenida en Inglaterra, en ese pequeño pueblo con tantos edificios de tablillas de dos pisos. La aldea de Braewood era una comunidad agrupada, las granjas estaban muy juntas, algunas con no más de una docena de pies entre ellas, y todas con el lado corto de las casas largas frente al camino. Alice pensó que podría haber más de veinte hogares y vio en la distancia, más allá de la iglesia, graneros más grandes y lo que parecía un molino.

El camino y los patios estaban llenos de gente, tanto ocupada como desocupada; algunas de las fachadas estaban abarrotadas de muebles, posiblemente mientras los aldeanos vaciaban sus granjas para limpiar los desechos de la tormenta desde dentro. Los techos también estaban abarrotados, casi todos sostenían a dos o más hombres, soldados Alice supuso, que habían trepado para reparar los daños del embate.

Vio a Nicholas de inmediato, cerca de la cabaña más cercana, donde casi la mitad del techo de paja había sido arrancado o arrastrado por la tormenta. Estaba en cuclillas frente a una anciana, que estaba sentada en un pequeño taburete, tan encorvada y torcida como él era recto y fuerte, su cabello blanco tan fino que se podía distinguir toda la forma y el tamaño de su cabeza y cuero cabelludo.

Mientras se acercaban, Alice escuchó lo que le decía a la mujer preocupada.

—Curstag, vieja zorra astuta, sabes que no te dejaría sin un techo sobre tu cabeza. No necesitas sobornarme —dijo. Se enderezó

entonces de su posición en cuclillas, aunque aún inclinado a la cintura para estar al nivel de los ojos de la anciana—. Pero si vas a empezar a repartir sobornos, sí, tomaré algunos de tus pasteles de bayas. Y no le digas a la Cocinera que los suyos nunca se compararán con los tuyos.

En respuesta a esto, la mujer soltó una carcajada como una lass muchos años más joven, mostrando más encías que dientes mientras tomaba la mano de Nicholas entre las suyas.

—Sabía que cuidarías bien de nosotros, lad, y nunca has hecho lo contrario. Ven cuando quieras, te lo he dicho antes, cuando quieras que los dulces estén bien hechos.

—Lo tendré en mente, Curstag —dijo y se volvió, retirando lentamente su mano del agarre de la anciana.

Notó entonces la llegada de Dungal y Alice y se reunió con ellos en el centro del camino.

Dungal dijo:

—Le he dicho a la Cocinera y a Nellie que traigan una comida fría para no perder horas yendo y viniendo y holgazaneando en el salón. Y ahora me reuniré con los lads en la zanja del sureste. Seguro que están ahí parados, con picas, hachas y palas en mano, esperando que aparezca alguien con cerebro —indicó con el pulgar la presencia de Alice—. Y esta quiere trabajar, aunque sé que resultará más una distracción que útil —con una mirada a Alice, sonrió y dijo— Seguro y sin ofender, lass, pero no las hacen tan bonitas ahora.

Alice negó con la cabeza ante su tontería y luego divisó a Joanna saliendo de una granja con una fachada golpeada.

Así, cuando Dungal se marchó, Alice también lo hizo.

—Yo, um, veo a Joanna allí. Veré qué ayuda necesita —le dijo a Nicholas, alejándose ya de él.

No fue una sorpresa enterarse de que Joanna había tomado el mando de algunas situaciones.

—No —le decía a un hombre de mediana edad, cuyo rostro estaba fruncido mientras la escuchaba—, no vamos a barrer alrededor de lo que está dentro, viviendo solo con la esperanza de atraparlo todo. Todo sale, al patio, todos los muebles y pertenencias.

Lo haremos bien la primera vez, y me lo agradecerás más tarde cuando el aire interior esté tan fresco como este de aquí.

No esperó a que el hombre reconociera esto o lo disputara, sino que se volvió para saludar a Alice.

Detrás de ella, el hombre le preguntó a un adolescente parado a su lado:

—¿Quién es esa mujer?

El saludo de Joanna consistió en hacer señas a Alice para que se acercara y dar más instrucciones.

—Sí, y te irá bien con ese grupo de allí —dijo, señalando una granja a tres de distancia—. Demasiados que no caminan y no trabajan lo suficiente.

Alice sonrió con ironía y se dirigió en esa dirección, pensando que después de todo no era tan diferente de Dungal, ya que acababa de seguir inconscientemente las órdenes que le dieron.

Se presentó a la mujer frente a la granja que Joanna había indicado, cuyos esfuerzos por limpiar su propia casa se veían obstaculizados por un bebé y un niño no mucho mayor, y otro de no más de cuatro o cinco años. La mujer era Fiona, dijo, mirando por encima del hombro de Alice hacia el camino, donde Joanna todavía estaba dando instrucciones.

—Sí, y esperaba tener la ayuda de esa —dijo Fiona con indiferencia, pero con una mirada anhelante—. Parece que ella podría ordenar a las ramas y hojas que marchen afuera y mandar a la tierra empapada de dentro que se seque.

Alice se encogió de hombros.

—Lo siento, te tocó conformarte conmigo.

La mujer la miró de arriba abajo, sin parecer importarle que su escrutinio fuera casi grosero.

—Sí, y supongo que tendrás que servir.

Solo una hora después de comenzar sus labores dentro de la aldea, Alice decidió que no había una mujer aquí que no estuviera, en mayor o menor grado, enamorada de su laird. Ya fueran jóvenes o viejas, sonreían y se ruborizaban, mientras algunas balbuceaban y miraban boquiabiertas. Las lasses más jóvenes seguían su progreso

alrededor de la aldea con miradas rápidas y risitas agudas, ignorando a los jóvenes soldados que intentaban ligar con ellas.

Divisó a Violet eventualmente, pero no encontró rastro de Ellen. La lass estaba trabajando duro en una de las granjas más lejanas, con lo que parecían ser sábanas colgadas sobre un arbusto en flor, que estaba golpeando ferozmente con un palo para quitar el polvo. En ocasiones, Violet blandía el palo como una espada y fingía un ataque hacia la colcha como si se enfrentara a un enemigo.

En un momento, Alice se detuvo y quedó boquiabierta cuando vio a Baldred montar uno de los grandes caballos de guerra por el camino, frenando cuando divisó a Joanna saliendo de una de las granjas. Alice no lo habría creído si no lo hubiera visto con sus propios ojos, pero el hombre pareció guiñarle un ojo a Joanna, y a cambio, Joanna se sonrojó intensamente y bajó tímidamente la cara para ocultar su sonrisa de respuesta.

—¿Qué te hace atrapar moscas así, lass?

Alice saltó, sobresaltada al encontrar que Nicholas había caminado detrás de ella.

Todavía asombrada por lo que podría haber presenciado, dijo con un dejo de asombro:

—Creo que acabo de ver a Baldred guiñarle un ojo a Joanna.

—No puede ser —respondió él con ecuanimidad y sin dudar, dirigiendo su mirada calle abajo hacia donde su capitán todavía paseaba al caballo.

—Entonces, ¿cómo explicas ese rubor en sus mejillas?

Nicholas entrecerró los ojos y miró más de cerca a Joanna.

—*Oh*, ¿y está ella riendo?

—Eso creo.

Negó con la cabeza y preguntó:

—¿A dónde va el mundo, Alice?

Lo que le pareció enormemente divertido, ya que él sonaba tan contrariado, y antes de que pudiera evitarlo, una risa estalló en ella.

La risa la sorprendió tanto a ella como a él, y se tapó la boca con la mano mientras él la miraba con una expresión floja que rápidamente evolucionó a un ceño fruncido y luego se suavizó igual

de rápido, sus ojos recorrieron los suyos llenos de alegría, sus mejillas y la mano que cubría su boca. Él levantó su propia mano y se la pasó por la boca y la mandíbula, y Alice tuvo la impresión de que lo hacía para ocultar un poco de boqueo.

Y su mirada se mantuvo poderosamente sobre ella durante muchos segundos, hasta que la alegría de Alice se desvaneció y bajó la mano. Su latido cardíaco primero se congeló ante su agudo escrutinio, pero luego comenzó a latir con fuerza. Se miró a sí misma a través de sus ojos, suponiendo que él podría cuestionar su capacidad para reírse en absoluto en este momento.

Pero no. En cambio, dijo en voz baja:

—Deberías reír más, lass. —Apenas fueron pronunciadas las palabras, alzó la mano para impedir lo que había sido su respuesta lista—. Sí, y lo sé, dirás que no has tenido mucho de qué reírte últimamente y que eso debe atribuirse a mi —esto, lo mencionó con un desdén confiado, que coincidió con el regreso de su ceño fruncido.

Alice negó con la cabeza, complacida de ilustrarlo:

—Debería haber pensado en eso como mi respuesta inicial. Pero no, iba a decir, *lo haré si tú lo haces*.

Y ahora sus labios se separaron, pero solo brevemente, antes de que cerrara y apretara la mandíbula y continuara devorándola con su mirada ardiente, y ella supo —estaba absolutamente segura— que si estuvieran solos, no rodeados de docenas y docenas de personas, él la besaría.

Alguien gritó algo, uno de esos lads en el techo, pero Alice solo escuchó ruido y no palabras. Pero Nicholas miró hacia arriba y luego la atacó, tirando bruscamente de su brazo, sacándola casi de sus pies mientras la atraía tan fuerte hacia adelante que ella chocó contra él. Cubrió su cabeza con sus manos y protegió su cuerpo con el suyo mientras algo pesado rozaba su brazo y se estrellaba contra el suelo.

Aturdida, Alice apretó los ojos y se acurrucó contra su amplio pecho, con las manos planas contra él.

—Al instante siguiente, la apartó bruscamente y la examinó de nuevo, esta vez con un ceño feroz, aunque su mano fue tan

gentil al apartarle el cabello despeinado del rostro, por segunda vez hoy.

—¿Estás bien? ¿Te golpeó?

Aunque un poco confundida, sabía que nada le había hecho daño. Negó con la cabeza y Nicholas volvió a prestar atención a lo que tenían encima, donde se encontraba un joven de ojos muy abiertos y la boca abierta.

—Maldita sea, David —maldijo Nicholas.

—L...lo siento, Laird —tartamudeó el lad—. No los vi…

—Sí —gruñó Nicholas a través de sus dientes apretados, con un brazo todavía alrededor de Alice—, y por eso es que se mira primero.

Alice giró la cabeza para ver qué proyectil había sido lanzado desde el techo, solo para encontrar un manojo de paja vieja, atado con yute grueso, que como tantos otros a lo largo del día, simplemente había sido arrojado del techo.

Nicholas no dijo nada más al pobre lad, pero sacó a Alice de directamente debajo del techo y la acercó a los dos surcos de tierra en la hierba que había el camino.

Vio que no era suyo el único pecho que palpitaba, pero pensó que la causa de esto podría tener más que ver con la conciencia y la proximidad y menos con misiles lanzados desde los tejados.

—Debería… —comenzó, pero no sabía qué debería estar haciendo. Aun así, lanzó un pulgar sobre su hombro como si algo aguardara su atención.

—Sí. Yo, eh… tengo que… —Con las manos en las caderas, se volvió y miró detrás de él, donde nada en particular parecía llamarlo.

—Sí —dijo ella sin sentido y caminó rígidamente hacia la cabaña más cercana, de la que había salido hacía menos de cinco minutos, habiendo considerado completa su limpieza.

Sonrió a la mujer arrodillada sobre su pequeño fuego de cocina y luego a su marido, cuya cabeza asomaba por un agujero enorme en el techo, desde su posición arriba.

La pareja la miró fijamente con cierta pregunta en sus miradas, habiéndose despedido de Alice hacía solo unos minutos, habiéndole agradecido efusivamente por su ayuda.

—Esto se ve bien —dijo Alice, sin aliento y desconcertada, sin mirar para nada a su alrededor para asegurarse de ese veredicto.

Cuando su respiración volvió a la normalidad y oyó a Nicholas llamar a alguien más lejos, Alice salió corriendo de nuevo afuera, con la mano en el pecho mientras tantos pensamientos giratorios recorrían su mente.

Envió su mirada calle abajo, hacia donde él estaba con Baldred, ya desmontado, señalando la pequeña iglesia, con su fuerte brazo levantado y moviéndose de izquierda a derecha para indicar algo a lo largo de la línea del techo. Después de un momento y mientras ella observaba, soltó una carcajada y golpeó cordialmente el hombro de su capitán, llenando a Alice de mayor confusión, aunque el caos en su cabeza luchaba denodadamente por hacerse notar por encima de su reacción al sonido de su carcajada cordial.

La risa de Nicholas le sentaba perfectamente, profunda y rica, tan grande y hermosa como lo era él. Alice no permaneció impasible ante el sonido ni la visión. De hecho, se sintió caldeada por el sonido y hechizada por su aspecto en ese momento, tan juvenil y despreocupado.

Pero, francamente, no conocía a este hombre de la risa embriagadora tanto como no reconocía al tierno y cariñoso de anoche, que la había calmado con ternura después de su pesadilla. O al que bromeó con la bruja, Curstag. O al hombre cuya mirada al despertar había sido tan suave sobre ella esta mañana. Si se hubiera encontrado con esta versión de Nicholas MacRory directamente en la casa de los de Lisle, probablemente habría venido voluntariamente a cualquiera de sus secuestros.

Trabajando para calmar su corazón, que parecía querer acelerarse de nuevo, Alice se dirigió al caos dentro de ella.

Solo medio consciente de sus propios movimientos, levantó las manos y posó sus dedos y palmas sobre sus mejillas, en reacción a su propia conmoción por lo que descubría de sí misma. No podía ignorar la creciente sospecha que sugería que, a pesar de todo, a

pesar incluso de lo injustificado que parecía, podría estar enamorada de él. No estaba segura, pero quizás eso explicaba la opresión en su pecho, la cálida sensación que la envolvía tan segura y amablemente como sus brazos anoche y hace solo unos momentos, su completa y exasperante incapacidad para avivar la ira que debería sentir hacia él. Quizás una noción tan descabellada entonces racionalizara su deseo de ser quien le hiciera sonreír o un anhelo mayor de que su sonrisa se dirigiera hacia ella.

Era consciente de que con esta impactante revelación llegaba una pequeña angustia por lo desafortunado e indeseable que era tal cosa. Él era el enemigo de su padre, su propio captor —se merecía aborrecimiento y enemistad y no… amor, por todo lo sagrado. Ni siquiera este intenso… *gusto*, rectificó, reduciéndolo a esa emoción menor, rechazando la idea de que pudiera ser algo mayor o más grandioso.

CAPÍTULO DIECINUEVE

A medida que avanzaba el día, el trabajo se realizaba tarea a tarea, facilitado por tantas manos dispuestas. Una consulta vecinal e intercambio de ideas formó la parte final de la jornada, hombres y mujeres reunidos en el pequeño atrio de la iglesia mientras un grupo de gansos nevados caminaban lentamente calle abajo. Los hombres discutían la reparación del campanario, que tendría que esperar hasta que el carpintero, Tom Pence, regresara de Glasgow, donde había ido al funeral de su padre. Las mujeres se agruparon, recordando los éxitos que habían tenido sus días antes de la tormenta —la cantidad de madejas de hilo que una había hilado justo ayer, los metros de lino tejidos por otra, mientras una tercera intervenía hablando de lo caprichosa que estaba la *olla de tintes*.

Todos se comportaron bien, desde el burgués fumador en pipa que se había sentado todo el día frente a su cabaña, opinando sobre el arte de crear haces de paja, hasta los soldados que trabajaron sobre los tejados y volvieron a tierra firme al final del día con mucho más conocimiento del que quizás hubieran deseado sobre esos techos de paja. Después de fregar y barrer toda la mañana, las mujeres se reunieron a primera hora de la tarde para organizar un día de lavado comunal, y todas esas sábanas, telas y ropas que se habían ensuciado con el barro y los escombros caídos de sus techos con goteras fueron lavadas. Incluso los más jóvenes ayudaron, limpiando los escombros más pequeños y cargándolos en el carro al final del camino, que sería llevado cuando estuviera lleno.

Al caer la tarde, la gente se reunió en taburetes o en los asientos que pudieron encontrar o disponer alrededor de una mesa bien surtida y una abundante cena de pasteles de cerdo, arenque ahumado y verduras del huerto —repollo y judías asadas con especias en grasa de tocino—, todo comido sobre platos de madera

con cucharas de peltre o sus propios cuchillos de comer. La mesa se había colocado en el atrio de la iglesia, con el clérigo, el padre Ioan, bendiciendo la comida y a la gente reunida.

Nicholas nunca había subestimado el sentido de comunidad que Braewood gestionaba tan bien. Muy parecido a un ejército, una sociedad colectiva funcionaba mejor cuando trabajaba unida. Era un grupo fino y trabajador. No es que no hubiera riñas menores o incluso de mayor magnitud, pero rara vez había escándalo, pues los asuntos de cada uno eran asuntos de todos, así era la vida en un pueblo de casas apiñadas.

Si no había estado allí antes, era posible que su padre y su madrastra hubieran fomentado esta buena voluntad general dentro del pueblo. Siempre estaban organizando festivales y reuniones; el gran salón se había abierto a los campesinos como nunca antes; su madrastra, Maven, consideraba la salud y el bienestar de cada persona como su propia responsabilidad y regularmente se la podía encontrar en los confines del pueblo durante el día, atendiendo a la gente y a sus asuntos.

Nicholas fue atraído a la mesa por los ancianos del pueblo y se unió a la cena allí, aunque con una curiosa renuencia, con la mitad de su atención puesta en Alice. Ella tomó su comida con Violet y Ellen y otras tres mujeres solteras de su edad, sentadas en la hierba suave bajo el único árbol frutal en el atrio de la iglesia, a no más de seis metros de la puerta de la iglesia. Posiblemente esperaban que Joanna se uniera a ellas, pero por supuesto no lo hizo. En cambio, la incansable mujer pasó todo el tiempo de la comida dando vueltas a la mesa, rellenando platos y tazas, advirtiendo a los niños que se sentaran a comer y, en general, haciendo de guardiana de este simple festín.

Cuando los campesinos y soldados estuvieron todos relajados por la cerveza y con el estómago lleno, y el cielo centelleaba con cientos de estrellas brillantes en el crepúsculo, se encendieron fuegos en ambos extremos de las largas mesas, mantenidos en barriles metálicos, hechos y avivados por muchachos demasiado mayores para los juegos con espadas de madera como los de otro grupo, pero aún demasiado jóvenes para ser recibidos en compañía

de guerreros. Nicholas dirigió su mirada una vez más hacia Alice, bajo el manzano. Tres chiquillas, ninguna de ellas de diez años, se acercaron y provocaron a Violet y a otra lass para que persiguieran luciérnagas. Violet siempre era divertida, aunque calladamente, y Alice les era desconocida, lo que podría explicar por qué no fue invitada a jugar. O quizás porque estaba enfrascada en una conversación con las hermanas, Mary y Margaret, hijas del granjero Findlay, fue excluida. Pero entonces las hermanas fueron llamadas desde bajo la copa del árbol, regañadas por la esposa de Findlay, que no era su madre, para ayudar con la limpieza de la mesa, y Alice se quedó sola.

Con poca premeditación, más allá de que quizás había estado esperando justo esta oportunidad, Nicholas se excusó y fue hacia donde ella estaba, burlándose silenciosamente de sí mismo, no era más que una polilla buscando la llama.

Ella estaba a punto de levantarse, vio él, cuando notó que se acercaba. Se sintió complacido cuando ella se relajó y volvió a sentarse en la hierba como estaba, mirándolo fijamente mientras su sombra caía sobre ella.

Sin esperar una invitación ni dar ningún saludo, se sentó a su lado, flexionó una rodilla y apoyó el brazo sobre ella. Ambos miraban hacia la larga mesa donde aún permanecían treinta o más personas.

—Fue un buen… —comenzó él.

—Yo nunca… —dijo ella al mismo tiempo.

Se detuvieron al mismo tiempo también, Alice sonriendo nerviosamente y bajando la cabeza.

—¿Nunca qué? —quiso saber él.

Sus ojos azules, brillando al reflejar el fuego, encontraron los suyos.

—Oh. Um, nunca he sido parte de tanta laboriosa actividad y colaboración alegre como lo fui hoy. Es todo bastante… maravilloso.

No, supuso que la disposición misma de ese pueblo disperso y pequeño cerca de la casa de los de Graham no se prestaba para ningún espíritu comunitario.

—Un día de trabajo duro —comentó Nicholas.

—Y hacen una fiesta con él —dijo ella—. Eso me gusta.

—Sí, y Eachann Fraser acaba de salir corriendo por su cítara, así que esto no terminará pronto. La cerveza fluirá y empezarán con el baile y oiremos sus juergas hasta bien entrada la noche.

—Pero bien merecido, ¿no?

—Así es.

—¿*Sus* juergas? —preguntó ella, ladeando una sonrisa pícara hacia él—. ¿No te unirás a ellos?

Él se burló juguetonamente.

—El laird no se divierte en juergas, lass.

De repente, le asaltó el pensamiento de que ella era extraordinaria y él tan indigno. Extraordinaria por mostrarle algo de valor; no merecía ninguna sonrisa de ella, pícara o de otro tipo. No se la había ganado, de hecho había hecho mucho para impedir tal favor, que debería estar reservado para aquellos más dignos.

Apenas se le ocurrió esto, se reprendió por tal sentimentalismo. Solo estaba pasando el rato con ella en este momento. No deseaba tal dividendo de ella. *Entonces, ¿por qué la buscaste?,* preguntó una voz en su cabeza. Se aclaró la garganta.

—El laird debería… —Hizo una pausa, captando el sonido de un vehículo que se acercaba.

Varios soldados, aquellos no tan bebidos tan temprano, también aguzaron el oído y el bullicio general disminuyó hasta que el elegante carruaje y yegua de Edgar Ailred aparecieron sobre la loma, viniendo desde la dirección del torreón.

—Curioso, que olfatee la comida, pero no el trabajo —refunfuñó Nicholas en voz baja y luego bebió de su cerveza, con la mirada entornada sobre el borde del frasco, posada en el carruaje con Edgar y la insípida Marjorie dentro.

—Posiblemente, no deseaba arriesgar la delicadez de sus prendas —ofreció Alice, un poco irreverente.

Inmediátamente se arrepintió de tal imprudencia, pudo adivinar Nicholas, si leyó correctamente la mueca que siguió.

Nicholas le hizo saber que su suposición no andaba desencaminada al añadir:

—Ni la suavidad de sus manos.

Para su disgusto, Edgar había divisado a Nicholas bajo el manzano con Alice, y detuvo el caballo directamente frente a ellos. Antes de dirigirles la palabra, Edgar sometió al pueblo y a la gente a un examen pensativo. Cuando su mirada errante encontró a Nicholas, dijo solo:

—Ah, pero veo que estas casas de techos bajos cierran sus puertas al orgullo y el lujo.

Qué idiota. Nicholas no dijo nada, sin ánimos de enredarse con el mezquino.

—Pero qué abiertas tienen sus puertas a la caridad y el auxilio —lo sorprendió Alice diciendo.

Sorprendió a Edgar también. Mientras Marjorie apartaba su mirada de Nicholas para escudriñar astutamente a Alice, Edgar la sometió a un estudio más pensado y minucioso.

—Ah, la cautiva —dijo Edgar Ailred—, ¿verdad?

Alice alzó la barbilla.

—Lo soy.

Edgar soltó una risita que era casi grotesca por su insinceridad y dijo:

—Uno se pregunta bajo qué tratado podrías estar retenida, participando tan generosamente de la gracia de tu captor.

Como a menudo desdeñaba enredarse en cualquiera de las triviales tretas de Edgar, y más importante, porque estaba muy seguro de que Alice podía defenderse sola contra el sapo, Nicholas se contuvo de responder al agravio, tan transparentemente manipulador.

—Tenemos un entendimiento —dijo Alice.

Edgar dejó que su mirada vagara casi lascivamente sobre Alice mientras decía provocativamente:

—Sí, me imagino que sí.

Nicholas flexionó la mano que colgaba sobre su rodilla y necesitó solo una fracción de segundo para decidir que eso no podía quedar así.

Antes de que pudiera haberse levantado, como había sido su intención, sintió la mano de Alice en su brazo.

Ella le sonrió y señaló otra parte del atrio de la iglesia, donde Violet y esos niños perseguían luciérnagas.

—Míralos —dijo, riendo brevemente como si momentáneamente se hubiera distraído con su diversión.

Y eso fue todo, una distracción, para evitar que Nicholas mordiera el anzuelo que Edgar le había colgado delante. Ella volvió su tensa sonrisa y su brillante mirada hacia él, su expresión diciéndole que no era importante, que no estaba tan perturbada como para desear su intervención.

—Pensaba reprenderte, lad, por la deshonra que has traído al nombre de los MacRory —dijo Edgar a continuación, atrayendo de nuevo su atención—, pero luego me entero de que con la lass viene un ejército, si... ¿su padre, no es así?... la considera digna del trato.

—Presumes demasiado, Ailred —dijo Nicholas con despreocupación, preocupándose poco por las opiniones de Edgar sobre el asunto, pero más por su conocimiento de estos detalles—. Nada respecto a ella, o en realidad a Braewood en general, debería importarte en lo más mínimo.

Edgar fingió estar tremendamente disgustado.

—Por cierto, lad. Pero es solo...

—Nada en absoluto —reiteró Nicholas, lenta y firmemente—. Y buenas noches. No queremos mantenerte fuera tan tarde en un lugar tan inhóspito.

Con los labios fruncidos, sabiendo que no podía avanzar en su propia agenda para hundir a otro, Edgar chasqueó las riendas y el pequeño carruaje se puso en movimiento, llevándose a aquellos visitantes no deseados.

—Me sorprende que siquiera le permitas la entrada a Braewood —comentó Alice cuando el carro se había alejado lo suficiente y su opinión no sería oída.

Nicholas suspiró, poco afectado por los intentos del idiota de alterarlo.

—Es el tío y primo de Ellen y Violet, toda la familia que tienen. No puedo prohibirles la puerta.

Frunció el ceño y le preguntó:

— Dejaste bastante claro que no deseabas que te retuviera en mi dormitorio, lass, por lo que se pudiera decir, así que, ¿por qué entonces me impediste llamarlo al orden por incitarte con sus ofensas?

Ella le lanzó una sonrisa.

—Yo más que nadie entiendo que no se te puede impedir hacer nada. Pero ese intercambio solo me hizo pensar en lo que a mi madre le gusta decir sobre tratar con gente de mente cerrada —considera al que habla y juzga si es digno o no de ninguna refutación, incluso de ningún pensamiento en absoluto.

—Bien pensado —asintió él, satisfecho con su respuesta, con la intención de sacar a Edgar Ailred de su mente en este momento.

Como siempre, ciertamente cuando estaba tan cerca de ella, luchaba por apartar su mirada de ella.

En ese momento, ella ajustó su posición, moviéndose de sus rodillas para sentarse con las piernas cruzadas. Arrancó una brizna de hierba a su lado y la hizo girar en su regazo. Y le lanzó las miradas más seductoras y astutas desde bajo sus largas pestañas, consciente de su atención, pero quizás no dispuesta a enfrentarla de frente.

—¿Puedo preguntarte algo?

No respondió, no lo haría hasta que ella lo mirara. Ella lo hizo, finalmente, cuando él no dijo nada.

—Deberías responder a esa —le aconsejó mientras una comisura de su preciosa boca se curvaba hacia arriba—. Esa era la fácil.

Aunque adecuadamente hechizado por su manera desenfadada, Nicholas no permitió que se notara.

—Pregunta.

Ella tragó saliva primero, lo que debería haberlo alertado sobre la importancia o el peso de su próxima pregunta.

—¿Por qué sonríes tan poco, Nicholas?

La brizna de hierba dejó de girar en su regazo. Ladeó la cabeza. Brevemente, puso una expresión que sugería que sentía que él no pudiera encontrar alegría en nada—. Parece haber tanto de lo

que deleitarse, por lo que estar agradecido, justo aquí en tu hogar y con esta gente. ¿Qué te pasó para que no encuentres alegría? ¿O es que... te niegas a la alegría?

Tras su shock inicial por su atrevimiento, bajó el muro protector que usaba a menudo. No tenía intención de compartir con ella —con ella, de entre todas las personas— todas las cosas que había sido, hecho y soportado, todas esas cosas que hacían la felicidad no solo imposible sino indeseable. Y, sin embargo, ella lo miraba con tanta esperanza, como si pudiera conocer una solución si tan solo se le hiciera saber el problema.

Se encogió de hombros, fingiendo poca molestia por una pregunta tan intrusiva.

—¿Por qué sospechas que algo tuvo que pasar para haberme hecho así? Sabes que algunas personas simplemente nacen infelices y se quedan así toda la vida.

Su respuesta fue ponerle una mirada de irritación, pues sabía perfectamente bien que estaba esquivando la pregunta. Pero sus cejas alzadas no sacaron nada más de él, así que supuso:

—No es asunto mío, lo entiendo. Solo era curiosidad y yo... creo que serías bueno siendo feliz, pero parece que luchas contra ello.

Apretó la mandíbula ante esto.

—Eres ridícula, por supuesto, fingiendo conocerme.

Por un segundo, su siguiente expresión mostró un atisbo de lástima y Nicholas apretó el puño.

Pero entonces ella solo se preguntó:

—¿Lo soy?

Irritado por su curiosidad, se oyó a sí mismo soltar más de lo que jamás había soltado en cualquier momento, a nadie.

—Un hombre vive su vida habiéndose convencido a sí mismo de que sus actos estaban justificados, eran necesarios quizás, de que estaba... —se detuvo, decidió no terminar ese pensamiento, de que había estado haciendo el bien. Ya no podía reconocer o aceptar lo ignorante que había sido en su momento para haberse persuadido de que *había estado haciendo el bien*. Aunque esa era solo la mitad de la mentira; la verdad era que había pensado que no le molestaría

a la larga, lo que había hecho. Con torpeza, continuó— Y entonces un día conoce... el verdadero bien, y se da cuenta de que no era eso lo que había estado haciendo todos esos años. No hay mucho de qué sonreír.

Alice no se mostró impresionada. Ahí, él había sacado algo genuino del pozo profundo de su torturada conciencia y ella casi puso los ojos en blanco.

—Eso se llama arrepentimiento —le dijo con descaro—. Y no es fatal, ¿sabes?

No le gustó la forma en que lo descartó de plano.

—Sí, pero debería serlo, en algunos casos.

—Y eso que acabas de decir es aflicción autodirigida, que rara vez, si es que alguna, es útil.

Lo miró fijamente, queriendo saber más, posiblemente esperándolo, pero Nicholas estaba seguro de que exponer cualquier otra cosa de sí mismo requeriría muchas largas sesiones de tortura para que él lo soltara.

—O bien tienes alguna experiencia en este respecto para hablar con tanta autoridad sobre el asunto —supuso, no sin un dejo de ira—, o más probablemente, es la necedad de la juventud, el idealismo, que te tiene bien agarrada.

—Yo... obviamente, no tengo experiencia en casi nada excepto en ser secuestrada últimamente, pero... bueno, imagino que el arrepentimiento es como muchas otras cosas inútiles: no cambiará el pasado, pero tampoco necesita consumir el futuro.

Nicholas frunció el ceño, preguntándose si esto era un comentario directo sobre el mencionado secuestro de ella. ¿O había algo más detrás de la pregunta original y su preocupación fuera de lugar por su felicidad? Si pensaba que ella estaba insinuando lo último, también podría suponer que ella, en su muy aparente ingenuidad, intentaba decirle que la alegría estaba disponible para todos, incluso para aquellos que creían que no deberían tenerla. No estaba seguro de creer esto —en realidad, estaba bastante seguro de que no.

Pero ella sí.

¿Por qué? ¿Por qué le importaba?

Eachann había sacado su cítara y Gillean Brockie debía haber traído su flauta de madera y, mientras Nicholas seguía contemplando a Alice y lo que tramaba, el sonido de la estridente melodía que tocaban llenó el aire. La noche envejecía y las tablas donde se había servido la cena fueron desmontadas y devueltas al almacén y nadie se sorprendió cuando el viejo Tearlach fue el primero en bailar, girando torpemente alrededor del barril de fuego más cercano, bien bebido y con expectativas de romper algo, quizás partes de sí mismo antes de que terminara la noche.

Otros pronto se unieron a la juerga, incluso cuando aquellos con niños pequeños se encaminaron de vuelta a sus granjas. Pronto, el camino donde todos se habían reunido estaba ocupado solo a la mitad.

Al cabo de un rato, Violet se dejó caer en la hierba al lado de Nicholas y Alice.

—Ay, y que alguien me recuerde en alguna fecha posterior que no debo tener hijos —suplicó, jadeando. A pesar de su petición, la sonrisa que lucía era serena.

Pronto llegó Ellen, riéndose con Violet sobre uno de los soldados de Nicholas, Ráild, otro más con dos pies izquierdos en la estimación de Ellen. Y luego se les unieron aquellas otras lasses de edad similar y sin ataduras, y Nicholas se excusó, deseando rellenar su cerveza y luego no queriendo hacer compañía a un montón de mujeres riéndose tontamente.

Se unió a Dungal y Malise y Henry y varios otros hombres al otro lado del fuego y fingió interés en todas las tonterías borrachas que soltaban, pretendiendo que no seguía pensando en Alice. Incluso cuando Malise comenzó a hablarle con sensatez, sobre más entrenamiento con lanzas, a Nicholas le costó un infierno concentrarse.

No pasó ni media hora cuando sus hermanas, Alice y esas otras tres lasses se alejaron por completo del manzano y caminaron por el sendero. Pensó que quizás pretendían unirse a la juerga con la música, pero entonces las seis eludieron a los bailarines borrachos. Vio que Alice y Violet iban del brazo, mientras se acercaban a donde él estaba.

Antes de que pudiera preguntarles su intención, Ellen dijo:

—Nos vamos al lago para quitarnos el hedor de nuestros trabajos.

Nicholas frunció el ceño, recordando con certeza y no solo un poco de exasperación el aroma de Alice, que era parecido a la maldita inocencia y todas las cosas prohibidas e inalcanzables, pero que en realidad probablemente seguía siendo esa fragancia de prímula que había llegado a gustarle.

Effie Unes, dentro de ese grupo, que no era conocida por su reticencia, añadió alegremente mientras agitaba un brazo dramáticamente sobre su cabeza:

—¡Y ustedes, hombres, manténganse alejados, no sea que vuestros ojos se llenen de visiones de desnudos...!

—¡Effie! —la reprendió Ellen en voz alta y entre su escandalizada risita.

Nicholas avanzó y atrapó suavemente la mano de Alice mientras ella pasaba. Al instante, su sonrisa desapareció y contuvo la respiración.

—Lass, mantente cerca de las otras —le aconsejó—. No te metas en lo hondo.

A Violet, que se había detenido cuando Alice se vio obligada a hacerlo, le dijo:

—Una hora o iré a buscarte.

Ambas asintieron, ninguna pareciendo contenta con las órdenes que les daba.

—Sí, querido hermano —dijo Violet con mucho descaro—. Vamos —urgió a Alice—, antes de que cambie de opinión. Solo tenemos segundos para escaparnos antes de que eso pase.

Cuando se marcharon, Nicholas se dio cuenta de que aún sostenía la mano de Alice. Ella no tiró para recuperarla, pero se volvió hacia él, como con alguna pregunta sobre por qué la seguía sosteniendo.

La soltó, observó cómo su mano se deslizaba lejos de la suya, la vio alejarse. La arruga en su frente se profundizó y se sorprendió de que el próximo pensamiento en su cabeza llegara en la voz de su padre.

Lo volvería a hacer, y por mucho menos, viviría todos estos años otra vez solo por conocer esos pocos con ella o incluso una fracción de ese tiempo.

Su labio se curvó y su estómago se retorció mientras la veía alejarse.

Hijo de...

CAPÍTULO VEINTE

El baño no fue tan placentero como Alice había imaginado, ni tan tranquilo como el nadar con Violet a media mañana de apenas un día atrás. En plena noche, cuando el agua era solo una enorme masa negra y desconocida, de pronto le preocupó toparse con peces u otros habitantes del lago y luego le repugnó poner sus pies descalzos sobre las partes pedregosas o más suaves del lecho del lago. Y además, porque Alice se había visto obligada a quitarse su camisón como las demás —«…e incluso si hubiera algún mirón, ¿qué podrían ver en esta noche sin luna?», había planteado Effie como parte de su insistencia—, Alice se había sentido decididamente incómoda con su desnudez al aire libre.

Aun así, disfrutó de la compañía de estas chicas y se alegró de refrescarse, pues Ellen no andaba muy equivocada y Alice estaba segura de que no olía mejor que cualquier animal en su corral. Alice, Violet y Ellen se separaron de las otras tres damas directamente desde el lago, ya que el frescor de la noche se sentía mucho más intensamente al estar mojadas, y quisieron dirigirse directamente al castillo. Ellen le había prometido a Alice una camisola propia, ya que Alice no tenía otras, y se detuvieron en su habitación al regresar a Braewood. Allí, Ellen abrió tanto un armario como un baúl, cada uno atestado y casi desbordado de prendas.

—Y toma también una léine —ofreció generosamente—. Como ves, tengo demasiadas.

—Veo —respondió Alice, abrumada por el enorme tamaño del guardarropa de Ellen.

Ellen se encogió de hombros y quizás se sonrojó un poco.

—Disfruto creando las prendas —dijo—. En realidad, lo encuentro bastante relajante y se sabe que he hecho tres o cuatro en tan poco como una semana... si estoy preocupada.

Alice hizo una pausa, con la mano detenida donde había sacado solo la falda de un vestido azul colgado.

—¿Qué te preocupa, Ellen? —preguntó.

—Oh, cielos, ¿y qué no? —respondió ella con despreocupación.

Y luego hizo un gesto para quitar importancia a la preocupación de Alice y sacó del armario el mismo vestido que Alice había tocado, sosteniéndolo contra los hombros de Alice—. Debería quedar bien —dijo con brusquedad y fue al baúl a buscar una camisona.

—Yo... preferiría cambiarme aquí, si no te importa —dijo Alice.

—Oh, pero por supuesto —dijo Ellen, comprendiendo, y se apresuró a cerrar la puerta.

Alice se quitó rápidamente su ropa sucia y se puso las prendas prestadas. Ellen se acercó con una larga tela de lino y comenzó a escurrir el agua del cabello de Alice.

—¿Qué te preocupa, Ellen? —preguntó Alice de nuevo, preocupada por lo poco que acababa de revelar.

Sus manos hicieron una pausa en el acto de retorcer la humedad de la larga melena de Alice antes de que soltara un ruido que podría haber sido un resoplido o más bien una risita desdeñosa.

—Qué tonta soy por expresar incluso un atisbo de descontento —dijo Ellen—, cuando a ti te han tratado tan injustamente. Veamos qué será de ti y cuánto podría durar tu estancia.

Había una nota de nostalgia, como si deseara algo o supiera algo que Alice ignoraba.

—Quizás algún día intercambiemos historias sobre lo que nos desconcierta, ¿vale?

Llamaron a la puerta, interrumpiendo su tête-à-tête, y cuando Ellen pidió que pasaran, Nicholas se mostró cuando la gruesa y arqueada madera se abrió. Su mirada dorada y oscura la recorrió a ambas, donde estaban sentadas tan juntas sobre la cama de Ellen.

Parecía que él también se había bañado. Sostenía su cinturón y espada en la mano y su túnica le colgaba holgada, por fuera de la cinturilla de sus calzas, pegándose con cierta glorificación a su pecho húmedo. Su cabello estaba mojado, pero no goteaba, los mechones rizándose con gran encanto alrededor de su rostro.

—Preferiría estar durmiendo que andar persiguiéndote.

Aunque la declaración era casi ofensiva, sugiriendo que ella no era más que un zorro o cualquier otra presa veloz que él acorralaría, su tono solo sugería cansancio tras el largo día y nada más que Alice pudiera discernir.

—¿Puedes quedarte conmigo, por favor? —suplicó Ellen, con las manos juntas en súplica.

—No, no puede quedarse contigo —respondió Nicholas secamente.

—Eres tan contradictorio, Nicky —se quejó Ellen—. La dejas retozar en el lago, primero con Violet y luego esta noche sin apenas un guardia a la vista, y no te importa usarla todo el día para que trabaje bajo tu estandarte y para tu gente, y si quisiera escapar, creo que ya habría hecho al menos algún intento, pero no le permites ninguna tranquilidad y la obligas a soportar el desdén que ya se murmura, y todo porque...

—Es suficiente —le espetó a Ellen, apretando el pestillo de la puerta. Movió su mirada, una vez más enfadada, hacia Alice—. Ven.

Ellen gruñó su disgusto y golpeó las palmas de sus manos sobre el colchón de plumas, sin mucho efecto, mientras Alice se levantaba de la cama.

—Gracias —le dijo— por tu bondad y por confiar en mí.

Ellen le mostró una sonrisa agridulce, que podría haber dicho: *Por todo el bien que le hará a ti o a mí.*

Siguió a Nicholas fuera de la cámara, debilitada por la verdad que Ellen acababa de revelarle sin querer.

Si ella quería escapar.

Si.

¿No lo quería? No era como si creyera que Nicholas habría cumplido su amenaza de encerrar a Joanna en la mazmorra. Honestamente, ni siquiera podía decir con certeza que él podría

haber marchado con su ejército hasta la casa de los de Graham para vengarse si ella hubiera pensado, ejecutado y logrado escapar y regresar a casa. Él no la pondría en peligro asaltando su propio hogar. ¿O sí?

Santo cielo, ¿acaso había considerado siquiera la posibilidad de escapar?

Nicholas sostuvo la puerta de su propia cámara y, cuando ella pasó junto a él, la cerró suavemente y se movió alrededor de Alice, quien se había detenido justo dentro, con los hombros caídos, mirando fijamente su cama. Mientras ella permanecía indecisa, todo dentro de ella le gritaba por sus fracasos, por no haber hecho ningún intento de perseguir lo que debería haber sido un gran deseo de libertad. Sentía una gran vergüenza por no haber considerado ni una vez que escapar ayudaría a la causa de su propio padre, que él estaría a salvo de represalias o persecución si Nicholas ya no la tuviera bajo control.

Ah, pero el control no era mediante restricción o coacción violenta, sino que se obtenía mediante el hechizo que él había lanzado sobre ella, por lo que había en su corazón, lo que sentía cuando él la miraba con esos hipnóticos ojos dorados, cuando su estómago revoloteaba de emoción cada vez que él estaba cerca… todas las veces que anhelaba un beso más.

Soy patética, decidió, por debilitarse tan fácilmente y volverse traidora a su propio progenitor, ¿y por qué? ¿Por una sonrisa? ¿Un beso? ¿De este hombre duro y enojado que la entregaría sin parpadear, sin arrepentirse, impulsado por la recompensa que ella le traía?

Distraída por su propia melancolía, Alice se volvió para buscar su cama en el rincón.

—Alice —dijo Nicholas detrás de ella—, no discutamos por esto. No vas a dormir en el suelo.

—No puedo simplemente...

—Sí, puedes —la interrumpió impaciente—. Igual que anoche.

Con su orgullo herido, puso las manos en las caderas y lo enfrentó:

—Hubo un tiempo en que fuiste amable conmigo y yo…

—Y desde entonces has aprendido que no lo soy.

—He aprendido que tienes ira y… algo más dentro de ti, y que quizás luches contra ello, pero que no puedes evitar… que te caigo bien.

Él no dijo nada y ninguno de los dos se movió, de pie en lados opuestos de la cama.

Alice tragó saliva y confesó con valentía:

—Padezco la misma aflicción. No quiero que me gustes —tengo todas las razones para odiarte— pero yo… parezco ser incapaz de… reprimirlo.

Sus fosas nasales se dilataron. Su mandíbula se tensó. Y luego dijo, su voz aún cortante:

—Sí, así que nos gustamos. ¿Vas a meterte en la cama ahora?

Molesta porque desestimó tan fríamente esta revelación, Alice se quitó abruptamente la léine prestada, apartó las mantas y se subió a la cama, con movimientos rígidos y enojados. Se acostó boca arriba, se arropó las mantas y la piel bajo los brazos y miró al techo. Nicholas se quitó la túnica y se acostó de una manera más serena, como si nada, bueno o malo, estuviera hirviendo entre ellos.

Alice respiró hondo y deseó que el sueño la reclamara de inmediato, pero no lo hizo. Entonces se quedó atormentada y agitada por lo que vendría después, preguntándose si él la besaría de nuevo —preguntándose además qué decía eso de ella, porque lo deseaba mucho. La exasperaba enormemente que deseara tal cosa cuando él había interpretado tan bien al canalla indiferente durante los últimos días. *Oh, ¿qué me pasa?*

—¿Qué pasará si mi padre no envía su ejército?

—Lo hará...

—Pero ¿y si no lo hace?

—No tengo planes de hacerte daño, Alice —dijo lacónico—, lo sabes.

Pero lo harás, vino sin querer como respuesta dentro de su cabeza.

—Puedo oír tu mente dar vueltas —dijo él en voz baja a su lado, rompiendo la tensa quietud que había durado más de un minuto.

—¿No debería? —Suspiró, atormentada por lo que quería en ese momento, y por lo horrible y egoísta que eso la hacía—. Esto es peligroso —susurró, más como una advertencia para sí misma que como un comentario para él.

—¿Qué es…? Esto no es más peligroso que…

Dejó la frase en el aire cuando ella giró la cabeza sobre la almohada y encontró su mirada ámbar con sus ojos llorosos durante un momento largo y silencioso. El palpitante deseo que saltó a la vida dentro de ella se burlaba ahora de su traición, de este anhelo por él.

—No te… tocaré —dijo él con brusquedad.

Los labios de Alice temblaron. Y toda la valentía que deseaba poseer, pero mayormente creía que no tenía, se acumuló en su pecho.

—Muy a menudo, eso es lo que más temo.

Posiblemente, nunca volvería a ver tanto asombro en él como el grabado en su orgulloso semblante en ese momento.

—*Oh* —maldijo con oscuridad, incorporándose sobre un codo para mirarla—. Eso no fomentará la moderación.

La aspereza ronca de su voz la sobresaltó. Asintió con movimientos espasmódicos y apartó sus ojos de él, subiendo las mantas más arriba en su pecho.

Nicholas no se movió, aunque ella sentía su mirada perforarla, de modo que seguramente notó la única lágrima que se derramó de su ojo. Pasaron muchos segundos más antes de que volviera a hablar.

—No soy bueno, Alice. Lo sabes.

Ella negó con la cabeza con tristeza y mantuvo la mirada fija arriba, en esas oscuras tablas del techo. *Pero lo eres, si te permitieras serlo.*

—No tienes idea de lo que yo… no me conoces en absoluto.

Ella no dijo nada. *Sé lo que eres para mí. Sé quién eres conmigo.*

—Maldita sea, Alice —gruñó y de repente se cernió sobre ella, presionándola contra el colchón mientras su boca cubría la suya.

La alegría se apoderó de su pecho y su regocijo estalló desde sus labios hacia su beso.

Sus labios se movieron y sondearon, al principio con cierta contención tensa que era al mismo tiempo impresionantemente exigente. Alice respondió al instante, elevándose contra él, esforzándose hacia su boca exploradora mientras sus manos se sumergían en su cabello y él profundizaba el beso.

Su respuesta fue como en la ocasión de su primer beso: instantánea y entusiasta. Sus codos y brazos flanqueaban su cabeza en la almohada, mientras el beso mejoraba al parecer Nicholas soltaba su moderación, su lengua penetraba dentro, acariciando la de ella con un hambre que igualaba la suya. Se sintió marcada por su beso, señalada como suya, y feliz por ello. Aquella parte de ella que tenía tan poca experiencia en estos asuntos íntimos estaba nerviosa, pero incluso ella anhelaba esto, más de su contacto.

—Oh, pero cuánto te deseo, Alice. —La callada necesidad de su declaración disolvió la poca aprensión que quedaba.

Alice puso sus manos sobre él y extendió sus dedos contra los duros contornos de su pecho, que había soñado con tocar mientras debajo, su corazón latía al compás del suyo. Como respuesta a su contacto, él devoró su boca y Alice tuvo una noción muy profunda de que se estaba comportando con libertinaje al responder tan ansiosamente, al actuar como si no pudiera saciarse de él. Pero entonces decidió que no le importaba y le resultó muy fácil dejar de lado cualquier autorreproche.

Nicholas cambió la posición de su cuerpo contra el de ella, y ella se hizo consciente de todas las partes que se tocaban, y no solo sus bocas y lenguas. Él cubría solo la mitad de ella, su pecho presionaba un lado, pero había echado una pierna sobre sus muslos, con su miembro pesado y duro pero no incómodo. Movió esa ahora, deslizándola a lo largo de su pierna mientras su beso pasaba de sus labios a su cuello, con sus labios dando vida a nervios ocultos dondequiera que tocaran.

—Nicholas —jadeó, pero no reconoció su propia voz, lo ronca y necesitada que sonaba. Estaba mareada de anticipación. Nunca antes había considerado qué tipo de persona podría ser en estas circunstancias, nunca se había preguntado si sería apasionada o resignada o temerosa, pero supo en ese momento lo que era: ansiosa y ardiente de necesidad y deseo.

Sus dedos cálidos rozaron la piel sobre el corpiño de su camisa interior. Tiró suavemente del cordón, desatando la prenda con una lentitud exquisita, con su rostro en sombras mientras se separaba de ella para presenciar el progreso de sus dedos. Cuando los lazos de algodón se abrieron bajo la suave instrucción de sus dedos, apartó el algodón, revelando primero un pecho y luego el otro, sus palmas callosas se deslizaron sensualmente sobre su carne suave. Los únicos sonidos en la habitación eran el viento suave que se filtraba por la ventana y su respiración agitada. El fuego oscuro de su mirada sobre sus pechos desnudos encendió todos sus sentidos.

—Tienes que saber, Alice, que cada ceño fruncido y cada palabra dura, la ira que poseo y tú percibiste —dijo, sonando un poco atormentado, incluso cuando su rostro estaba desprovisto de toda la ferocidad habitual mientras contemplaba con tanta adoración sus pechos desnudos—, tenían la intención de evitar precisamente esto. Pero siempre supe, en algún lugar dentro, que esto era inevitable, que mi deseo era mucho más fuerte que mi voluntad de controlarlo, o más bien de negarlo. Sí, tanto de mí no quería controlarlo, la urgencia de tocarte, de… —hizo una pausa, negando con la cabeza antes de encontrar su mirada—. No te he mentido, Alice. Mi corazón es oscuro, mi alma empañada. Pero te prometo que no soy ese hombre ahora, no contigo así.

Su voz, cargada de anhelo, era tan excitante como su beso y los dedos que trazaban suaves patrones alrededor de sus pechos. A ella le encantaba lo fuerte que era, lo sólido que era su cuerpo y lo penetrante que era su mirada. Adoraba lo feroz que sonaba al hablar de su anhelo y su incapacidad para manejarlo. Encendía su propio deseo.

Aunque su mirada era ardiente y hambrienta sobre ella, Alice no sentía timidez. Pero antes de que hubiera podido tender la mano hacia él para devolver sus labios a los suyos, él se inclinó y su boca completó el camino que sus manos habían comenzado, alejando la tela aún más, presionando contra la piel revelada, sobre la redondez de su seno y sobre la dureza de su pezón.

Alice observó, incapaz de apartar la mirada, vio la parte superior de su cabeza y el contorno de su nariz y boca, intrigada y sin aliento ante la conexión de sus cuerpos, donde sus labios ahora encontraban sus pechos. Tembló ante la caricia de sus labios suaves, ante el suave roce de su lengua sobre su pezón endurecido. La sensación del tacto pronto anuló su curiosidad y dejó que su cabeza cayera sobre la almohada, cerrando los ojos para deleitarse en su glorioso asalto. Jadeó cuando él tomó una yema tensa entre sus dientes. Fue inundada por un calor insoportable, hecho más severo por el roce de su lengua contra el pico cautivo. Repitió la delicada ofensiva sobre su otro seno y pezón, y Alice de repente se hizo consciente de partes de su cuerpo que regularmente pasaba por alto, aquellas que cobraron vida vigorosamente mientras él encendía tantas terminaciones nerviosas.

No pudo evitar el grito de pánico que escapó de sus labios hinchados por los besos cuando él la dejó, pero su decepción fue rápidamente olvidada mientras lo veía levantarse de la cama y comenzar a quitarse la ropa. Ya tenía el pecho descubierto, y Alice se permitió mirar audazmente los músculos cordados de sus brazos mientras sus manos comenzaban a trabajar en los lazos de sus calzas. Solo los aflojó y los apartó para luego deshacer los otros cordones de sus bragas. Su mirada audaz se encontró con la de ella, probablemente fija en ella incluso cuando su respiración se cortó, y su mirada volvió a sus manos mientras empujaba ambas prendas sobre sus caderas y muslos y las pateaba a un lado. Estaba magníficamente excitado, con su desvergonzada erección tensándose hacia arriba desde el corto y oscuro vello de su entrepierna. Alice tembló ante la vista, pero no pudo ignorar el escalofrío de excitación que la recorrió.

Hizo una pausa solo segundos después de mostrarse tan gloriosamente desnudo, y cuando se movió hacia ella, los ojos de Alice se alzaron desde la palpitante evidencia de su deseo hacia su mirada ardiente, y se sintió abrumada por el anhelo correspondiente y la reacción de su propio cuerpo, por la expectativa hormigueante entre sus piernas.

Nicholas volvió a la cama, pero esta vez no apoyó su cuerpo contra el de ella. Más bien, se sentó al borde de la cama y una vez más sus ojos recorrieron con tanta devoción sus pechos expuestos. Levantó la mano y la aplicó suavemente sobre la parte superior de uno de sus globos redondeados, deslizándola hacia abajo sobre el pezón, que se había retraído por falta de contacto, pero ahora respondía agudamente, elevándose para él. Su mano no se detuvo donde comenzaba la tela de su camisa interior, sino que se sostuvo justo debajo de sus pechos. Pasó los dedos sobre el algodón, sobre su vientre plano, provocando una respiración brusca en Alice. Cuando sus dedos continuaron, arrastrándose sobre el pubis, su aliento fue robado por completo.

Alice lo observó mientras su mirada seguía el movimiento de su mano una vez más. Vio sus labios separarse mientras su mano barría sobre su cadera, definiendo su forma presionando el algodón contra ella y alisándolo hacia abajo. Se inclinó hacia adelante, con su brazo fuerte flexionándose mientras alcanzaba hasta sus pantorrillas, donde terminaba el dobladillo de su ropa interior. Cuando ahora deslizó su mano hacia arriba, fue por debajo del algodón, cálida y tentadora sobre su carne.

Cautiva de su dulce tortura, Alice no se movió. Por muy excitante que fuera el tacto de sus manos, estaba más excitada por la expresión en su rostro. Casi podría creer que era algo raro y precioso por cómo la adoraba con sus ojos. Sintió un momento de incomodidad cuando su mano viajera había llevado la camisa interior hacia arriba, sobre el triángulo en la unión de sus muslos, pero el momento fue breve, extinguido por su mirada absorta, por el leve jadeo de su pecho.

—Tengo que probarte —dijo con voz entrecortada, clavándola con su mirada ámbar—. Tienes que permitírmelo.

Ansiosa por recibir más besos suyos, Alice asintió aturdida. Se subió suavemente a la cama y separó sus piernas con su rodilla antes de arrodillarse entre ellas. Sintió el aliento caliente en su vientre segundos antes de que sus labios aterrizaran allí. Cuando se movió luego, no fue hacia arriba hacia sus labios, sino hacia abajo, hacia sus piernas. Mientras lo hacía, sus manos se deslizaron a lo largo de los costados de sus caderas, empujando su camisa interior aún más hacia arriba.

Acarició provocativamente una mano por su muslo interno, abriendo suavemente sus piernas aún más. El corazón y la respiración de Alice se estremecieron de manera errática, sin estar segura de qué hacía él, hasta que él inclinó la cabeza entre sus piernas, y ella casi saltó de su piel y de la cama misma.

Solo hubo el toque más leve de su lengua a lo largo del sedoso triángulo de vello antes de que su agitación le hiciera levantar la cabeza.

—Espera, amor —ordenó tiernamente, una súplica parecía.

—Nicholas… —Esto… esto no podía ser apropiado, no parecía ni respetable ni… ciertamente no había nada modesto al respecto.

—Quiero darte placer.

Sus extremidades y resistencia se volvieron líquidas bajo él, por lo muy agradable que sonaba eso. Que se condene la modestia entonces.

Se inclinó una vez más y aplicó audazmente su boca a su lugar más secreto y sensible, uno sobre el cual ella misma tenía poco conocimiento —de hecho, para el cual tenía poco uso antes de este momento—. Al instante, Alice abrió mucho los ojos y se puso rígida por la rápida oleada de placer cosquilleante.

Nicholas deslizó sus manos debajo de sus muslos y sus nalgas. No dejaron de moverse hasta que emergieron en la parte superior de sus muslos, en el pliegue de sus caderas. Allí, sus dedos la mantuvieron prisionera, la mantuvieron esclava de este beso prohibido. Pasó su lengua con una suavidad tentadora sobre la carne debajo del vello negro allí. El fuego dentro de ella, el deseo de conocer esto con él, fuera lo que fuera, anuló toda precaución sensata. Su respiración se cortó, pero el repiqueteo de su pulso solo

creció más fuerte en sus oídos mientras él aplicaba su beso con destreza. Sus manos se movieron, alcanzando debajo de sus muslos para separar aún más sus piernas, y luego usó sus pulgares para separar sus pliegues y su lengua encontró el nudo escondido dentro, acariciando sensualmente de un lado a otro.

Alice tembló ante su voracidad. Su cuerpo dolía mientras sus sentidos giraban. Extendió los brazos, con sus dedos aferrándose a las sábanas, como si hacerlo la fuera a mantener atada a la realidad mientras su lengua jugaba y la traspasaba con fuego. Un gemido se filtró entre sus labios, lo cual no hizo que cesara su dulce tortura, sino que pareció solo aumentar su descarado asalto. Sus manos se movieron de nuevo, esta vez posándose debajo de sus nalgas, elevando sus caderas. Y luego, para su eterno asombro, y como un abanico a las llamas crecientes, Nicholas la atrajo contra su boca mientras introducía su lengua dentro de ella. Alice gritó ahora, no con ninguna de las modestias mencionadas anteriormente, sino con necesidad, cautivada por su contacto, por este acto deliberado de cruda posesión. Apretó más fuerte los puños alrededor de la tela de las sábanas a sus lados e instintivamente movió sus caderas contra su boca, encontrando cada oleada de su lengua.

—Nicholas… —fue todo lo que pudo articular como sonido, tanto una pregunta como una exclamación, esa única dulce palabra dicha con una voz que venía de algún lugar muy lejano—. Ayúdame —suplicó, aunque no sabía para qué. La muerte estaba cerca, debía estarlo, su cuerpo húmedo de sudor, sus sentidos tambaleantes, sus extremidades entumecidas, mientras algo la tentaba, algo más.

La ayudó, sí, sobre el borde, con sus manos y boca despiadadas en su juego, hasta que el sol estalló dentro de ella y gritó e intentó apartarse de un tormento tan delirante, estremeciéndose con olas y olas de un caliente y derretido desahogo.

Aturdida y destrozada, yacía inmóvil, con los ojos cerrados mientras absorbía todo el éxtasis.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Cuando ella dejó de retorcerse y yació sobre el colchón con los brazos extendidos, sin querer o sin poder moverse, Nicholas sonrió con el deleite de un amante y bajó suavemente la camisa arrugada, sobre sus caderas y piernas, descartando la prenda sin cuidado. Ahora estaba completamente desnuda, y él dejó que su mirada viajara con calma sobre su piel brillante, sobre cada curva tentadora y cada línea esbelta.

Pero ya no podía esperar más para poseerla. Estaba extremadamente excitado por ella, a punto de estallar con un deseo desesperado. Se movió sobre ella, encima de ella, acomodándose entre sus muslos delgados. No dejó caer todo su peso sobre ella, sino que se mantuvo elevado. Ella giró su rostro en la almohada y abrió los ojos, su sonrisa serena mientras instintivamente lo buscaba.

—Tal vez nunca me recupere —dijo.

—Pero no hemos terminado, lass. Hay mucho más que quiero conocer contigo, mostrarte. —Y dicho esto, ajustó sus rodillas y brazos y guio la ardiente punta de su miembro hacia su esencia misma, donde había palpita bajo su lengua hacía solo unos momentos. Una oleada de lujuria primitiva lo recorrió por lo húmeda y abierta que estaba para él, por estar aquí, en este momento y lugar, tan cerca de tener el deseo de su corazón. Se hundió lentamente en ella, solo un poco, permitiéndole adaptarse a esta nueva invasión—. Esto te hará mía, Alice. Necesitas saberlo.

Ella asintió, con sus labios entreabiertos por la maravilla de su rígida longitud entrando en ella, de sus paredes dándole la bienvenida, atrayéndolo hacia dentro. No le importaba que su aceptación viniera bajo esta coerción, entre el asombro y el retorno

de la chispa de la excitación. Cuando encontró su barrera virginal, se retiró y entró en ella lentamente otra vez.

—Envuelve tus piernas alrededor de mí, amor —murmuró con voz ronca, casi deshecho por el exquisito tormento.

Colocando sus manos sobre sus brazos, ella levantó las piernas y apretó sus muslos alrededor de sus caderas, y Nicholas repitió su lento empuje hacia adelante y su cuidadosa retirada con una contención que le hacía rechinar los dientes.

—Lo siento, lass —le dijo, cuando ya no pudo soportarlo más, cuando estaba loco de necesidad, solo un instante antes de empujar hacia adelante y romper el muro que quería negarle la entrada. Inmediatamente, estuvo envainado en carne apretada y caliente, y cerró los ojos, haciendo una mueca, comprendiendo que no podía moverse como deseaba, no como anhelaba hacer.

Alice se encogió debajo de él, quedándose instantáneamente quieta, sus dedos clavándose en su carne. Se obligó a detenerse, a esperar, a darle tiempo para acostumbrarse a esto primero antes de pedirle que aceptara su plenitud completa. Su frente se perló de sudor. Deslizó sus labios sobre los de ella y pasó su lengua dentro de su boca, permitiéndole saborearse a sí misma. A propósito, dejó que el corto vello de su pecho rozara sus pezones, devolviéndolos a una dureza puntiaguda, cualquier cosa para distraerla del dolor, para traerla de vuelta al placer.

Pero incluso estas pequeñas cosas, que movían sus cuerpos unidos solo ligeramente, lo volvían loco con un fuerte anhelo de mecerse con fuerza e implacablemente contra y dentro de ella, para encontrar su propio y estremecedor desahogo.

—Quiero... necesito... moverme dentro de ti, Alice. Tú dime cuando estés lista.

—Creo... que lo estoy. Nicholas, no sabía... bueno, no sabía que sentiría tanto.

No, ella no tendría idea. Pero él se lo mostraría.

Para probar su disposición, se movió una vez, retirándose hasta que la punta de su pene estuvo en su entrada. Cuando ella exhaló un "Oh" entrecortado ante ese simple movimiento, Nicholas suspiró con alivio entrecortado de que ahora era seguro moverse, y

con una lentitud exquisita movió sus caderas hacia adelante otra vez, esta vez hundiéndose más profundamente.

—No quiero lastimarte —dijo con voz entrecortada, lo que podría haber sido un intento primitivo de rogarle que dejara de moverse tan tentadoramente con él a menos que quisiera que él la embistiera con fuerza, como deseaba hacer ahora.

Sin embargo, Alice era extraordinaria, balanceándose con él, sus manos en sus hombros, sus caderas elevándose para encontrarlo.

—Quiero sentir eso otra vez —dijo—. Mi cuerpo... todo yo, hormiguea y palpita y está sensible, y... Nicholas, se siente tan bien.

Oh. Así que entonces no había forma de disminuir la velocidad o considerar su fragilidad. Y tal vez no necesitaba hacerlo. Se sumergió en ella, en su estrechez melosa, su ritmo fue mesurado hasta que ya no pudo contenerse y sus embestidas se volvieron ardientes y fuertes, con su frente salpicada de sudor y su cerebro lleno de una vaga certeza de que no habría nada más, en toda su vida, que se comparara con este placer ahora. Y ella gemía y arrullaba y frotaba sus pechos contra él, su propia búsqueda de otro clímax llevándolo rápidamente al suyo. Se puso rígido cuando llegó el intenso dolor sensual que también era la cumbre del placer y suavizó sus embestidas, prolongando la dulce agonía mientras Alice se aferraba a él y murmuraba su nombre con una voz bellamente ronca.

No pudo moverse, no durante largos momentos, y permaneció sobre ella, sosteniendo la mayor parte de su peso sobre sus codos mientras aún estaban unidos, mientras el ritmo furioso de su respiración tardaba una eternidad en calmarse.

Apenas había recuperado el juicio cuando supo que la querría otra vez, esta noche, mañana, el resto de su vida.

—Todo desaparece, ¿verdad? —preguntó ella, su voz apenas un susurro lleno de asombro.

Nicholas asintió contra su frente y lentamente, con cuidado, se retiró de ella, cayendo de espaldas a su lado.

Aún luchaba por nivelar su respiración, exhalando lentamente por la boca.

—Sí, todo desaparece —acordó. Pero eso era cierto en otros lugares, fuera del dormitorio, fuera de este acto de amor. Tan a menudo cuando ella estaba cerca, él veía y escuchaba y estaba en sintonía solo con ella.

Nada más importaba, al parecer.

***

A los ojos de Escocia y en algunas regiones del norte de Inglaterra, él era el Bruto de Braewood. Si quisiera, podría suponer que nada había cambiado. Mentiría si dijera que no lo había considerado.

Podría simplemente disponer de su dulce cuerpo mientras fuera suya, podría deleitarse en el abandono salvaje que ella le había mostrado. Y cuando el ejército le fuera entregado, se despediría de ella, tal vez incluso despidiéndola con algo de verdad, de que ningún otro se compararía jamás con ella, que pensaría en ella en los años venideros.

Pero entonces fue despertado por una mano suave y pequeña, en una incursión tentativa de descubrimiento, dedos delgados rozando como plumas sobre su pecho. Aún de espaldas, Nicholas no abrió los ojos de inmediato, incluso cuando otros sentidos se despertaron.

Alice estaba recostada contra él, como había estado durante toda la noche, en el hueco de su hombro, segura en sus brazos. Posiblemente, sus ojos estaban fijos en sus intrépidos dedos o quizás observaba su rostro en busca de cualquier señal de vigilia, pero si por casualidad apartaba la mirada y hacia abajo, sabría que él no dormía ahora, que su aventura cautelosa provocaba que otras partes también se despertaran. Cuando ella aplastó su mano y acarició su palma con una lentitud agonizante sobre su pezón, Nicholas cubrió su mano con la suya, presionando ambas sobre su pecho.

—Si sigues así, lass, no importará si estás adolorida o no —dijo con ligereza—. Terminarás de espaldas de todos modos.

Abrió los ojos, mirando hacia abajo más allá de su barbilla para encontrarla mirándolo. En su mirada de ojos azules, vio cierta

conjetura, como si se estuviera preguntando si realmente estaba demasiado sensible.

No lo estaba, decidió, según la forma en que se mordió el labio inferior, pero lo miró fijamente. Así que entonces era difícil imaginar que él pudiera suponer que nada había cambiado. Se apoyó en un codo y lentamente arrastró las sábanas hacia abajo, hasta que toda ella, excepto sus pies, quedó expuesta a su mirada. Se tomó su tiempo, su inspección lenta y exhaustiva, mirando las ondas revueltas de su cabello ébano esparcido sobre su hombro y cerca de su brazo apoyado. Ella se había girado de espaldas cuando él se movió, y Nicholas tuvo una vista cercana y perfecta de su rostro. Sus labios estaban ligeramente separados y captaron su atención por más de unos segundos, con recuerdos de sus brillantes besos de anoche. Había un salpicado de pecas en su nariz y mejillas, pálidas y pequeñas, apenas perceptibles, y más que salpicaban la parte superior de su hombro. Pasó su dedo índice sobre la curva de su hombro y bajó por su brazo, solo un suspiro de tacto. Su cadera se ensanchaba en un suave relieve, llamando a su mano en movimiento. Su mano saltó de su brazo a su costado, y deslizó cuatro dedos sobre la carne suave, siguiendo la curva hasta su muslo y luego hacia el frente, hacia el vello corto y rizado en la unión de sus muslos.

Se despertó esta mañana medio excitado ya, y su erección creció fácilmente ahora, estimulada como todos sus sentidos por ella, desnuda y magnífica ante él. El acoplamiento con Alice ya se había conocido, se había encontrado perfecto, pero Nicholas sabía que aún no había satisfecho su completo deseo por ella. Todavía no. Solo necesitaba un ligero ajuste para maniobrar sobre ella y acomodarse en la cuna de sus muslos.

—Mmm —ronroneó somnolienta, levantando las manos para extenderlas sobre su espalda—. Buenos días —dijo y flexionó sus caderas contra él.

—Está a punto de serlo —le prometió, una verdadera sonrisa apareciendo por lo grata que era esta circunstancia.

—Creo que soñé exactamente con esto anoche, o algo parecido —dijo con una dulce voz mañanera.

Deslizó su miembro en su estrecha vaina, deteniéndose solo por un segundo, con la mandíbula apretada, ante la belleza de esa acción.

—Veamos si podemos hacer realidad esos sueños.

Una hora después, cuando finalmente abandonaron la cama y retiraron las sábanas, se encontró con las manchas rojas de su entrega de la noche anterior, lo que ella había atesorado durante casi veinte años, lo que ni había dado ni le habían robado durante el último año de cautiverio, lo que le había ofrecido voluntariamente.

Y solo hace un breve rato se había abierto de nuevo, sin reservas, había dado tanto como había recibido.

Y entonces... sí, todo había cambiado, comprendió.

Pero entonces, no estaba seguro de estar dispuesto a abrazar el cambio particular que ahora podrían esperar de él.

Desayunaron en un salón silencioso. Alice había sido acaparada de inmediato por sus hermanas y permanecía en su compañía en un extremo de la mesa.

Nicholas fue asaltado casi de inmediato por su administrador, quien le recordó la sesión judicial programada para esta tarde e intentó discutir otros asuntos con él. Nicholas le prestó solo media atención, encontrando que el resto de su enfoque permanecía firmemente en Alice. Del mismo modo, ignoró la conversación a su lado, donde Dungal y Baldred mantenían una discusión animada mientras comían.

No estaba seguro de qué decía sobre él o ella que, tan a menudo como él enviaba una mirada ansiosa hacia ella, ella parecía no estar igualmente afectada por ningún deseo de posar sus ojos en él. De hecho, parecía completamente absorta en lo que sus hermanas susurraban y reían. ¿Había dejado de lado todo recuerdo de la noche anterior, todo lo que fue brillante, tan pronto como puso un pie fuera de la habitación? ¿No estaba estimulada por ningún deseo de lanzarle una mirada cariñosa y cómplice? ¿De compartir una sonrisa secreta con él?

No bien había considerado esto cuando notó su mirada de reojo, que no llegaba del todo a él, no completamente, pero que le informaba de su proximidad, quizás era suficiente para que ella

captara lo que tenía su atención. En el siguiente segundo, un rubor se extendió desde su cuello y cubrió sus mejillas.

La boca de Nicholas se movió ligeramente, el más mínimo indicio de una sonrisa.

Ah, eso era mejor. Preferiría no ser el único de los dos aún hechizado tanto por el recuerdo de la noche anterior como por la promesa tentadora de más por venir.

Su atención se desvió luego por la puerta del salón al abrirse, por la llegada de Edgar—un giro sorprendente, esto, ya que rara vez se sabía que el hombre estuviera fuera de la cama antes del mediodía y ahí estaba, vestido con el mismo grado cotidiano de devoción pedante y pareciendo haber estado enfrascado en el día desde hacía un buen rato. Regularmente llevaba un bastón con él, tanto como una afectación como lo eran los dos hombres vestidos de oscuro que seguían cada uno de sus movimientos.

Nicholas había decidido, años atrás, que sus esbirros acompañantes solo hacían que Ailred pareciera estar actuando en un papel de mayor importancia; nunca había determinado qué propósito servían esos dos, a menudo había pensado que era todo una pretensión gratuita, a veces se había preguntado si alguna vez conocería a alguien que tomara en serio cualquier parte de ello.

Edgar encontró la mirada inquisitiva de Nicholas sobre él y agitó la mano con delicadeza.

—Quizás te preguntes qué hago, despierto tan temprano de los confines de una cama cálida —dijo mientras tomaba una silla en la mesa principal—. No fue más que una excursión a Drumard Glen, si debes saberlo, para ver si el mercado allí podría ofrecer un vino más apetecible que... bueno —dijo, luego agitó la mano con más vigor para descartar la misma pregunta que él había planteado y la respuesta que había dado—. Y afortunada, la empresa, debería decir, y podrías estar de acuerdo, lad. Hubo cierto clamor, las mandíbulas de los aldeanos agitándose con historias de ingleses rebeldes en el área, perdidos o abandonados, ¿quién puede decirlo? No más de una veintena de ellos, estaban seguros, y poco daño habían infligido, pero molestos de todos modos, podrías estar de acuerdo.

Molestos, ciertamente, aunque Nicholas aún esperaba alguna palabra que explicara por qué encontraría tal noticia afortunada.

—Desertores —postuló Edgar con un encogimiento de hombros, antes de tomar un largo trago de su frasco, presumiblemente del vino que había encontrado en Drumard—. Hombres irresponsables con más bravuconería que verdadera ambición, con la intención de robar la vida en lugar de ganársela. —Dejó su frasco y levantó un dedo, como si acabara de recordar algo —. Aunque sí acosaron a una viuda por allí, masacraron sus vacas y robaron su única yegua buena. —Edgar señaló a sus hombres contratados— Louis y Harailt les dieron un poco de caza, pero tristemente sin éxito, así que imagino que los infieles están familiarizados con el área, para desaparecer tan rápidamente, sin dejar rastro.

Nicholas dirigió su mirada a esos dos hombres, que se habían instalado en una mesa plegable y se servían libremente del desayuno, y que no notaron su atención. Eran, supuso Nicholas, más bien acostumbrados a que Ailred hablara sobre ellos, frente a ellos, como si no tuvieran buen oído, como si fueran solo perros mudos a su lado—devotos más ciertamente a su paga que al bienestar de su amo, tenía que imaginar Nicholas.

—¿Y dónde fue que los viste por última vez, a estos infieles? —preguntó Dungal, atento a la conversación como cualquiera dentro del alcance de Edgar.

Edgar se encogió de hombros.

—No tengo idea de direcciones o distancias, no en esta área. Pero más cerca de Drumard, debería saberlo. A una milla o dos quizás.

Nicholas contempló el ceño fruncido de Dungal y la masticación de mejillas de Baldred a su izquierda.

—Debería informarse al sheriff —dijo Baldred.

Dungal se burló de esto. Había pocos sheriffs en esta parte del país, y aún menos efectivos desde que comenzó la guerra.

—Los recursos y las motivaciones siendo lo que son estos días—escasos y dudosos, respectivamente —dijo—, no sé si eso resultaría muy útil.

—Solo la abadía de Ardros estaría más cerca de Drumard —dijo Nicholas, pensando en voz alta—. Pero si no se les informa de esta historia, entonces parece más prudente que nosotros mismos investiguemos lo que ocurre, y expulsemos a esos pocos ingleses merodeadores.

—Sí —dijo Baldred, levantándose ahora—, y el entrenamiento del día se llevará a cabo lejos de Braewood, se lo diré a los lads.

—Tres unidades —aconsejó Nicholas mientras Baldred bajaba del estrado y se dirigía afuera. No dejaría nada al azar y cabalgaría con un contingente de al menos cincuenta hombres armados.

Mientras Edgar tenía la cara enterrada en un cuenco humeante de gachas—entregado a su llegada, después de chasquear los dedos a una de las sirvientas—, Nicholas también se levantó, con la mitad de su día ahora programado lejos de Braewood. No tenía preocupación por Braewood mismo, estando más al norte de donde cualquier inglés se atrevería a vagar, y ya que aún habría otros sesenta hombres de armas dentro de los límites.

Se acercó a sus hermanas y a Alice al final de la mesa, todas las cuales observaron su llegada, habiendo escuchado todo lo que él había oído.

Adoptando una máscara de frialdad, para que sus hermanas no lo vieran mirando a su cautiva con un cálido deseo, Nicholas se dirigió específicamente a Ellen y Violet.

—Probablemente no sea nada —dijo—. Seguramente para ahora, se habrán dado cuenta de su error, forrajeando tan al norte. Pero haremos una patrulla, a través del señorío. Y volveremos para la última comida, ya sea seguros de su retirada o de su desaparición.

Como sería indecoroso si diera cualquier palabra de despedida amable o individual solo a Alice, la incluyó solo con la advertencia:

—Quédate con Elle o Violet, todo el día. —Y luego luchó duro para evitar que su intensa mirada se demorara en su rostro cautivador y en este rubor fresco y seductor, el provocado por su cercanía, podría suponer.

Se fue entonces y supo por el calor que le abrasaba la espalda que Alice lo miraba alejarse. No podía decir que le

molestara, más bien le gustaba la idea de que su atención estuviera tan absorta en él como la suya lo estaba a menudo en ella. Probablemente, su día en la silla de montar sería tranquilo—no supuso realmente que pudieran tropezarse con veinte infieles extranjeros dentro de los miles de acres entre Braewood y Drumard —, así que supuso que podría invertir sabiamente el tiempo imaginando todo lo que esperaba descubrir con Alice dentro de su dormitorio más tarde esa noche. Los recuerdos de la noche anterior le permitieron evocar fácilmente extremidades desnudas y cuerpos entrelazados, el suave resplandor de su piel, la redondez plena de sus pechos, lo apretadamente que lo había envuelto, y lo más impresionante, cómo había abandonado la angustia y ciertamente sólidas reservas para entregarse tan maravillosamente a él.

En un cuarto de hora, Nicholas partió con una tropa de hombres hacia el sur, alejándose del límite de Braewood, hacia los espacios periféricos entre ellos y Drumard, ya que planeaba ver por sí mismo qué se podía notar sobre bandidos ingleses en el área. A un puñado de millas de las puertas de Braewood, mientras se acercaban a las colinas conocidas localmente como Los Senos de la Dama por sus picos gemelos y suaves curvas, un destello de sol sobre el acero dentro de los árboles de las colinas indicó que quizás los intrusos habían hecho un hogar en la tierra de los MacRory. Maldiciendo, Nicholas puso a sus hombres a un ritmo rápido y cargó de cabeza hacia la base de la colina y hacia arriba. Gritó para dividir al grupo en dos y dirigió su corcel hacia el lado noreste mientras Baldred lideraba a la mitad del grupo alrededor y hacia arriba cincuenta yardas más adelante.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Ella lo observó irse, tan fascinada como lo había estado siempre, quizás más ahora, por la gracia felina de su andar, por la amplitud de sus hombros, la inclinación orgullosa de su cabeza. Posiblemente pasaría todo el día en un rubor constante, momentos antes por detectar su poderosa mirada, la cual había intentado ignorar lo mejor que pudo. Y ahora, con su ausencia, por los recuerdos que la asaltaban —dulces recuerdos de lo que habían compartido anoche, unos que la sorprendían y la alegraban.

Violet y Ellen charlaban a su alrededor, Ellen tan parecida a Joanna que a menudo no se requería respuesta. Alice se quedó entonces a considerar los eventos de anoche. Por muy hermoso que hubiera sido, se preguntó si era lo suficientemente fuerte, o si tenía alguna capacidad para separarse de esa persona que había sido dentro de su dormitorio anoche, dentro de los brazos de Nicholas. No estaba segura de que esa no fuera la persona más verdadera que era, pero no encajaba con el que *debería* ser su papel. Debería dejar de lado todos los pensamientos, sacar todo el episodio de su mente, a menos que quisiera arriesgarse a torturarse con culpa por cómo había traicionado a su padre. No se había propuesto hacer eso, por supuesto; solo había querido conocer a Nicholas, conocer su toque, sentir sus manos sobre ella, ser suya, solo por un rato. Pero al hacerlo —y con tanto entusiasmo—, había traicionado efectivamente a su padre de todos modos.

Todo desaparece, recordó haberle dicho. Había sido más cierto anoche que en toda su memoria. No había pensado en nada más que en él, no había considerado nada más que su deseo y lo que anhelaba de él y con él. Y aunque podría pasar todo el día regañándose, sintiendo tal vergüenza por su deslealtad hacia su padre, no se engañaba pensando que todo volvería a desaparecer

esta noche o la próxima vez que pudiera conocer tal intimidad con Nicholas, quizás todas las noches mientras permaneciera en Braewood. Sabía que era egoísta, tenía una advertencia previa en este momento de su inevitable fallo y aun así, no tenía ningún deseo de intentar cambiarlo. Esto probablemente sería todo lo que alguna vez tendría de él. Tomaría lo que pudiera obtener.

Y se preocuparía por cosas tontas como la angustia, las repercusiones y su propia traición cuando estuviera lejos de él. Pero en absoluto mientras estuviera con él.

Se sobresaltó al prestar atención cuando Ellen se levantó y dejó la mesa.

Violet la pilló mirando a su hermana, mientras la expresión de Alice posiblemente se preguntaba qué se había perdido.

—Tiene la cabeza en las nubes —comentó Violet, su expresión suave. Y luego, inclinando la cabeza hacia la figura de su hermana que se marchaba— Se va al pueblo con una canasta llena de pan y miel.

—¿Deberíamos...? —comenzó Alice.

Violet negó con la cabeza. Su cabello estaba recogido en una cola con cinta que colgaba sobre su hombro derecho. Jugaba distraídamente con las puntas largas.

—Nae, no deberíamos —dijo distraídamente—. O sí podrías, si lo deseas. Pero sé que ya tuve suficiente de... gente y multitudes y ruido para que me dure bastante tiempo.

Alice sonrió ante esto.

—Entiendo.

—Buscaré la calma de nuevo. Sí... bueno, si ye quieres —dijo Violet a continuación, con su ceño ligeramente fruncido mientras seguía jugueteando con los largos mechones de su cabello rubio—, eres bienvenida a acompañarme. —Y luego, como si no quisiera ser considerada particularmente deseosa de su compañía, añadió rápidamente— No me importa de ninguna manera. Pero si tú quieres...

Alice supuso que si iba a residir en Braewood por algún tiempo, Violet podría ser la persona con la que desearía pasar la mayor cantidad de tiempo, aparte de Nicholas. Pensó que preferiría

mucho más su compañía serena y fácil que la de casi cualquier otra persona. Y estar al aire libre con un clima tan hospitalario, que sabía muy bien que no sería suyo por mucho tiempo, no era algo que pudiera descartarse.

—Me gustaría —dijo con calma.

Así, treinta minutos más tarde, Violet y Alice serpenteaban a lo largo de la orilla del loch, cada una con una canasta en la mano. Violet de alguna manera se las arreglaba para rara vez dedicarse a las tareas domésticas. Confesó que la mayoría de las veces su canasta contenía pan y queso, ya que pasaba mucho tiempo fuera de la muralla y lejos de las comidas.

—O, a veces —dijo Violet ahora mientras paseaba ociosamente, descalza, aparentemente sin una preocupación en el mundo—, la canasta podría contener redes de pesca —o partes de ellas— y mi lanza corta, que afilé yo misma, y que podría estar unida a cualquier rama de árbol recta y útil encontrada en la maleza.

—¿Pescaste tú misma? —preguntó Alice, balanceando su brazo deliberada y salvajemente frente a ella mientras una cosa negra alada volaba demasiado cerca— ¿Y apuñalaste el pescado con tu lanza?

—Cuando las redes no mantienen mi interés, aye —respondió Violet por encima del hombro, mientras abría el camino.

—¿Por qué las redes no mantendrían tu interés?

—En ocasiones me gusta participar activamente, y no solo sentarme, mirar y esperar.

Alice pensó que eso podría ser cierto en la mayor parte de la vida de Violet, por lo poco que había notado hasta ahora.

—¿Y qué llena tu canasta hoy? —le preguntó Alice a la chica ahora.

Violet sonrió, como rara vez solía hacer, lo que hizo que Alice hiciera una pausa. Violet dejó de caminar a lo largo de las orillas del loch y se giró para levantar el largo trozo de lino que cubría el contenido del recipiente de mimbre.

El jadeo inicial de Alice se convirtió en una sonrisa de satisfacción. Dentro del mimbre, sentados sobre otro trozo de tela, había dos pequeños conejitos.

—Vi al halcón llevarse a su madre la semana pasada —explicó Violet—. Pero no puedo seguir criándolos dentro de mi cámara. Necesitan ser... bueno, libres y salvajes y aprender su propio camino. Esperemos que el instinto de supervivencia esté arraigado en ellos y no solo aprendido de su madre.

Encantada, Alice se acercó y levantó uno de las crías peludas.

—Oh, cosita dulce —arrulló, sosteniéndolo cerca y con seguridad, acariciando el pelaje suave entre sus orejas.

Violet bajó la canasta y sacó al hermano, sosteniéndolo con confianza con una mano mientras miraba a su alrededor. —Fionn, en los establos, dice que no debería dejarlos tan lejos de donde los encontré, ya que no se mueven más de unas pocas hectáreas en toda su vida. —Luego se encogió de hombros, posiblemente sugiriendo que no estaba segura de suscribir su teoría—. Pero esto está cerca de donde su mamá fue llevada, así que aye, creo que servirá.

Liberaron a las crías debajo de la cascada de ramas con agujas de alguna conífera desconocida, las ramas y puntas barriendo sobre el suelo, con las crías a salvo escondidas bajo ese dosel. Alice observó por unos momentos, pero no vio a ninguno de ellos saltar de debajo de las ramas. Cuando se giró, Violet había avanzado hacia el loch, estaba a veinte pies de distancia, ya sentada y quitándose sus botas gastadas.

Alice no se opuso, creyendo que un chapuzón, rápido o no, podría ser justo lo que su deliciosamente adolorido cuerpo necesitaba. Se sentó y comenzó a quitarse su propio calzado justo cuando Violet se puso de pie y se quitó su léine, caminando sin dudar hacia el agua, vestida solo con su larga camisa.

Alice se puso de pie, con la intención de hacer lo mismo, comenzando a subir el dobladillo de su vestido, cuando quedó congelada por el sonido de jinetes que venían. Dejó caer la longitud de su falda y ladeó la cabeza para escuchar, preocupada de que un grupo de soldados o campesinos del pueblo pudieran entrometerse en la tranquilidad.

Violet se había zambullido en el agua, pero ahora resurgió, también había captado el sonido, su ceño fruncido fue instantáneo y por la misma razón que la vacilación de Alice.

Alice giró cuando el ruido se hizo más cercano y luego se sorprendió al ver a Edgar Ailred aparecer a través de los árboles, a caballo, y flanqueado de cerca por esos dos misteriosos compañeros, también montados en esbeltos caballos de guerra.

Antes de que Alice pudiera haberle solicitado a Ailred que se retirara de lo que ella y Violet esperaban que fuera su natación privada, Edgar Ailred levantó su bastón y apuntó directamente hacia ella.

—Debo darle mi agradecimiento, lass —dijo, su mirada en Alice después de pasar solo fugazmente por Violet, cuello adentro en el agua.

—¿Por qué? —se preguntó Alice, desconcertada. Intentó concentrarse solo en Ailred y no dejar que su mirada se desviara hacia esos dos hombres, a quienes encontró bastante amenazantes en este entorno por la forma en que la miraban, como si no fuera nada más que un conejito pequeño, una presa vulnerable. Ciertamente no le gustaba la forma en que hicieron avanzar un poco a sus caballos, como si quisieran rodearla.

—Por hacer la tarea mucho más fácil —dijo Ailred crípticamente—. Y yo que pensaba que tendría que luchar contigo para alejarte de las narices de los guardias de la casa, ahora que el laird y seguramente un contingente más grande andan persiguiendo fantasmas en las colinas.

Un escalofrío de inquietud perturbó a Alice. Su sonrisa cortés se detuvo mientras compartía una mirada confusa con Violet a la distancia, que contenía una buena dosis de desasosiego.

Edgar Ailred luego siguió la mirada de Alice hacia el agua. Dirigiéndose a su sobrina, su tono educado, gritó:

—Ahora, esto aquí no tiene nada que ver contigo, querida Violet, y por lo tanto no debería serlo, ya que siempre has sido una lass agradable y tranquila. —Se giró hacia sus compañeros montados y dijo, con el mismo tono cortés— Será la muchacha de cabello negro la que nos llevaremos con nosotros.

¿Llevarla con ellos? El corazón de Alice golpeó contra sus costillas.

Para ganar tiempo, esperando que la confusión se evaporara o que se le proporcionara alguna aclaración, le preguntó a Ailred:

—¿Oí que fuiste a Drumard esta mañana?

Él sonrió ante la pregunta, quizás por su táctica dilatoria. Alice retrocedió sus pies descalzos.

—¿Viajar hasta Drumard? ¿A caballo? Nae, lass, habría empleado mi carruaje si ese hubiera sido mi plan. Simplemente cabalgué fuera de la vista de la guardia del castillo, específicamente los que estaban en la muralla, y luego permanecí por el bosque por un buen tiempo hasta que pudiera regresar y relatar esa versión de ficción sobre los ingleses en la zona. ¿De qué otra manera podría haber alejado al laird y a gran parte de su ejército de Braewood? ¿De ti?

—No entiendo...

—No, por supuesto que no lo harías —dijo mientras uno de sus secuaces se deslizaba de su caballo y se acercaba a Alice—. Lamento no poder tomarme el tiempo todavía para explicar —dijo Ailred—, pero realmente creo que deberíamos ponernos en marcha para que no nos descubran.

Alice retrocedió unos pasos más mientras el hombre de ojos negros se abalanzaba sobre ella. Quería correr, pero tenía miedo de abandonar a Violet. Y honestamente, una parte de ella pensó que esto debía ser alguna broma, alguna broma pesada destinada a asustar a la desventurada cautiva.

El hombre —Louis, lo habían llamado— le agarró el brazo. Alice no pudo quitárselo de encima.

—No voy a ir a ninguna parte contigo —dijo acaloradamente.

—Pero claro que vendrás —dijo Ailred mientras el hombre comenzaba a arrastrarla hacia su montura.

—¡Suéltala! —gritó Violet desde el agua, comenzando a salir.

El otro secuaz, Harailt, movió su corcel hasta el borde del agua y desenvainó su espada, sugiriendo que atacaría si Violet avanzaba más.

Violet se enfureció, su rostro rojo.

—¡Él lo sabrá! ¡Nicholas sabrá lo que has hecho! ¡Se lo diré!

—Oh, eso espero, muchacha mía —arrulló Ailred ominosamente—. Sería casi imposible conseguir lo que quiero , lo que me corresponde, si él no sabe quién ha hecho qué, o dónde está ella.

A Alice, que estaba tratando de liberarse del bandido de ojos negros, Ailred aconsejó:

—Por favor, no hagas esto tedioso, querida. Violet verdaderamente es una lass agradable. Odiaría tanto que su hermano la encontrara con la garganta cortada.

Ella podría haber luchado. Acababa de pensar que Violet simplemente podría nadar lejos de este terror. Pero en ese breve momento en que las palabras de Ailred la asustaron aterrorizándola, Louis la golpeó en la cara, el golpe le hizo sonar los oídos y la envió tambaleándose varios pasos hacia atrás, hasta que chocó contra el costado de su caballo. Mientras intentaba enderezarse, con la cabeza dando vueltas mientras Violet chillaba una alarma, Louis deslizó una cuerda flojamente anudada sobre sus manos y tiró del extremo con fuerza, juntando sus manos rápidamente como si las hubiera aplaudido. Apenas había logrado poner ambos pies bajo ella y levantado las manos para arañar la cara del hombre cuando él la giró y la incitó a avanzar con una patada en su trasero, mientras aún sostenía la cuerda. Salió volando hacia Harailt y su corcel y fue levantada por detrás y arrojada sin ceremonias sobre la silla de montar delante de ese hombre silencioso, y dejada caer sobre su estómago, la fuerza de su aterrizaje brusco forzó una exhalación brusca de aliento de ella. Louis pasó la cuerda por debajo del vientre del caballo, y sintió los extremos siendo anudados alrededor de sus rodillas. Estaba encajada entre la ingle del hombre y el pomo y una parte excesiva de ella estaba colgada sobre el hombre de una manera grotesca.

Con la huida pareciendo imposible ahora —se odiaba a sí misma por su confusión y vacilación— el miedo se puso en primer plano.

Oh. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué Edgar Ailred la estaba secuestrando?

Mientras Violet continuaba gritando, probablemente esperando alertar a los soldados que quedaban en Braewood, lo que resultaría improbable o simplemente demasiado poco y demasiado tarde, los tres caballos dieron la vuelta y caminaron a través de los árboles. No encontraron la carretera principal, ni al pueblo ni a Braewood, sino que la cruzaron directamente y pasearon sus caballos casualmente a través del prado llano, y subieron y pasaron por encima de uno de los muchos montículos que se podían ver desde la muralla. Una vez más allá de eso y bajando al valle bajo de nuevo, aumentaron la velocidad, con Edgar probablemente esperando poner tanta distancia entre él y Braewood antes de que Nicholas regresara y fuera alertado de esta parodia.

El viaje, boca abajo con sus extremidades atadas y su estómago rebotando de manera irregular, era un horror inimaginable por sí mismo. Su mejilla y ojo, donde había sido golpeada, se sentían como si la hubiera pateado un corcel furioso, el dolor resonaba a lo largo de un lado de su cara con cada golpe de casco del caballo al galope. Su cadera raspaba y chocaba contra la rodilla del hombre con cada movimiento ascendente y descendente, ya que no tenía forma de controlar su torpe rebote. Estaba segura de que la poca comida y bebida que había puesto en su estómago esta mañana estaba a punto de salir. En un momento, comenzó a deslizarse hacia adelante, su parte superior del cuerpo fue lanzado y bajado por el costado del caballo, hasta que el hombre, Harailt, agarró un puñado de su léine en su espalda baja y la mantuvo en su lugar.

No podía evitar ni la incomodidad de que a retorcieran ni el miedo loco de que quizás a Nicholas no le importaría, quizás podría estar muy complacido de deshacerse de ella sin esfuerzo propio. Quizás había tenido noticias de que el ejército de De Graham nunca sería suyo para comandar. Podría simplemente frotar sus manos una contra la otra, y todo el asunto desordenado llegaría a su fin...

Le daba vergüenza admitir que ese miedo particular la acosó por más de una milla.

No, él vendrá por mí. Él *siente*... algo por mí. Algo más que solo lo que se expresó anoche con su beso y su toque. Ese mantra

se repetía en su cabeza —*él vendrá por mí*— hasta que lo creyó de todo corazón. Ella era ingenua e imprudente y posiblemente influenciada por lo que sentía por él, pero simplemente no podía creer que lo hubiera juzgado tan mal como para que la dejara a este destino, lo que fuera que Edgar Ailred hubiera planeado para ella.

Continuaron moviéndose, su ritmo nunca fue menor a rápido, llevando a Alice cada vez más lejos de Braewood y Nicholas. No tenía idea de dónde estaban o adónde podrían ir. Solo sabía que se movían hacia el norte, pero no tenía una idea real sobre la dirección o el destino o las millas dejadas atrás. Las motivaciones detrás de este plan eran imposibles de imaginar, ya que acababa de llegar a Braewood y había intercambiado tan pocas palabras con Ailred. Era estrictamente entre Ailred y Nicholas y ella era, una vez más, nada más que un peón de un hombre.

Pronto no pudo controlar la ira que la punzaba por esta circunstancia. Superó todos los demás dolores y preocupaciones. Ya había tenido suficiente de ser utilizada y abusada, como si no tuviera otro valor que el de un rehén. Deseaba ser más fuerte o más valiente para poder terminar por sí misma este fastidioso patrón de su vida. Ella había sido nada más que una víctima en el último año, y de varias partes egoístas —Nicholas incluido— y lo sería, todos sus días. A menos o hasta que hiciera algo al respecto ella misma.

Se vieron obligados a reducir la velocidad al entrar en un bosque de árboles. Hasta ahora, Alice había mantenido los ojos cerrados casi todo el tiempo, ya que parecía aliviar, aunque solo fuera mínimamente, el traqueteo y los golpes del viaje. Cuando sus ojos estaban abiertos, había observado el suelo que pasaba, habiéndose concentrado en algunos puntos en la tierra, la hierba y el barro siendo masticados debajo de los cascos del caballo. Dentro de los árboles, el viaje no mejoró notablemente, debido al terreno irregular y a veces a giros bruscos. Era entonces menos una cadencia constante de rebotes y más sacudidas, y el estómago de Alice se revolvió y ella lo dejó, sin hacer nada para combatir las náuseas. Sintió que la bilis subía y se alegró entonces de levantar y girar su rostro, tanto como pudo, y vomitar su desayuno en la pierna y la bota de Harailt.

El hombre maldijo y gruñó, tratando de levantar su pierna lejos del camino de su vómito. Detuvo las riendas abruptamente, su mano se retiró de donde la había sostenido por la espalda, y Alice fue sacudida hacia adelante y luego hacia abajo, sin nada que detuviera su descenso constante.

—Mierda—gritó el hombre.

Pero al menos el caballo se detuvo. Harailt desmontó, quejándose y lanzando una letanía de maldiciones. Todo el grupo se detuvo entonces, Edgar Ailred pareciendo encontrar la razón humorística.

—Oh, vaya —dijo con su voz aguda—. Harailt, tienes un desastre allí ¡pero no dejes a la desdichada criatura colgando por un lado de esa manera! Louis, atiende a la lass —ordenó cuando Harailt lo ignoró y se alejó, más allá de la vista restringida de Alice, por lo que no tenía idea de lo que estaba haciendo.

Louis apareció frente a ella y tomó una daga para cortar las cuerdas que había atado. Agarró el brazo de Alice antes de que ella simplemente pudiera haberse caído sobre su cabeza, y la arrastró hacia adelante hasta que sus piernas despejaron la espalda del caballo y cayeron al suelo. Cada centímetro de ella estaba entumecido y magullado y dolorido y no pudo evitar caer de rodillas. Levantó su brazo y limpió la manga de su léine por su boca. Las cuerdas, cortadas y por lo tanto aflojadas, colgaban inútilmente alrededor de sus muñecas. Con la cabeza inclinada, recogió el yute caído y lo acercó, para dar la impresión de que sus manos todavía estaban atadas fuertemente.

Harailt estaba en su periferia, a su derecha, sentado cerca del pequeño arroyo, quitándose su bota de cuero negro, que sin duda tenía la intención de lavar. Louis estaba directamente frente a ella, esperando ya sea instrucciones de Edgar, o que Alice se levantara por su propia voluntad. Su mano se había apartado de ella cuando se había desplomado de rodillas.

La voz de Edgar llegó desde detrás de ella, detrás del caballo de Harailt, junto al cual estaba sentada.

—Sé rápido, Harailt. Necesitamos poner más distancia entre nosotros y ellos.

Harailt respondió con una réplica insolente, más preocupado por el estado de su zapato que por los deseos de Edgar.

—Si nos persiguen —comentó Louis—, estarán al menos una hora detrás de nosotros.

Aún montado, Edgar guio a su corcel para situarse sobre ella.

Alice levantó su furiosa mirada hacia él.

—Él vendrá por mí —le prometió con loca alegría—. Y te abrirá el gaznate de este a oeste cuando te encuentre.

—Sí, lo intentará. Ciertamente lo ha hecho antes. El Bruto de Braewood no era solo una designación imaginada para asustar a los ingleses. Se ha ganado ese apodo y todo con la punta de su espada, nada de ello honorablemente. Pero ya lo sabes, ¿no es así?

—Él tiene más honor en solo una de sus extremidades que tú en todo tu… ser. Él no es nada como tú. Usa su espada por la libertad y por su país y…

Edgar se rio a carcajadas, cortándola.

—Creo que ya no estamos hablando de la misma persona, lass.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Alice miró ferozmente al sapo de hombre. ¿Cómo se atrevía' ¡mientras estaba en medio de su propio secuestro! a cuestionar el honor de Nicholas.

Pero las siguientes palabras de Ailred silenciaron cualquier defensa adicional que ella pudiera haber dado a Nicholas.

—Probablemente, en medio de todas las miradas de ternura que ustedes dos se echaban, él omitió informarte sobre su verdadero ser. El Bruto del Castillo Braewood nació no de la guerra justa contra los ingleses, ni de su participación en ella, ciertamente no de su tiempo como prisionero de los ingleses, oh ¿no te contaron de eso? Sí, una circunstancia muy innoble sin duda, y una que sin duda formó la base de la vida que vivió inmediatamente después, la de ser un espadachín a sueldo. Era un mercenario a sueldo, lass. Generosamente pagado, sin duda, ya que era despiadado en su profesión y podía exigir cualquier suma. Sangre, pero parece que tampoco te hicieron partícipe de este aspecto de su vida. Pobrecita engañada —dijo y colocó su mano regordeta contra el broche en su pecho. Hizo una mueca como si estuviera personalmente afectado por su situación—. Y ahora, ves lo tonta que has sido, idealizándolo, y sí, defendiéndolo tan firmemente como lo has hecho. No es más que devoción mal dirigida, ¿no es así? Es un asesino de hombres y mujeres y, si las historias son ciertas, de niños también, aunque estoy seguro, querida niña, de que algunos lo merecían —continuó, alegremente parecía, con los ojos abiertos—. Escuché contar un relato muy peculiar hace algunos años, que decía que el Bruto del Castillo Braewood una vez ayudó y apoyó la causa de cuatro hombres, tíos de una heredera, que querían que ella… bueno, que desapareciera tras la muerte de su padre. Recurrieron al hombre que tú afirmas está lleno de honor, poniéndolo bajo contrato para

eliminar lo que se interponía en su propia codicia. Y así lo hizo, invadiendo la casa y llevándose a la niña, no era más que una niña, no había visto más de diez veranos quizás, y fue directamente al bosque cercano y mató a la niña, enterrándola en un agujero en el suelo en medio de la nada. Cobró su tarifa y se fue, sin mirar atrás, según me lo cuentan. ¿Dónde, querida niña, está el honor en eso?

Alice estaba sin palabras, incrédula —o queriendo serlo. Pero ahora no tenía palabras para gritarle a Ailred en defensa de Nicholas, no cuando las propias palabras de Nicholas sonaban en su cabeza, aparentemente dando credibilidad a lo que este hombre insufrible acababa de presentar.

No soy bueno, Alice. Tú lo sabes.

No tienes idea de lo que he… no me conoces en absoluto.

Mientras luchaba con todo el trauma que justamente estaba asociado con esta dolorosa noticia, y más específicamente con la posibilidad de que Nicholas hubiera quitado la vida de una niña —quizás más de una— solo para cobrar monedas, Edgar continuó hablando.

—Ah, pero no puedes culparlo, probablemente su tiempo en esa prisión inglesa lo hizo así. Pero aun así, qué granuja, ¿no es así, lass? Haber vivido esa vida, tener toda esa sangre en sus manos, y luego criticarme por cualquier esfuerzo mío para poner fin a la guerra y la división en mi pequeño rincón del mundo. Pero ya sabes qué bruto vergonzoso y egoísta es, ¿no?

Sus hombros cayeron, con su mirada perdida incluso mientras seguía mirando a Ailred. Desolada, se preguntó si simplemente había pasado por alto la verdad, todo por desear un beso. La vergüenza que se había convencido de que podría dejar de lado mientras aún estaba con Nicholas, mientras había una posibilidad de volver a encontrarse en sus brazos y en su cama, regresó con fuerza cegadora hasta que su pecho ardía y palpitaba más poderosamente que cualquier otra parte de su cuerpo magullado.

Pero no, no lo creería. Mentiras, todo ello, dadas solo para distraerla, para angustiarla, quizás hacerla dócil.

Pero luego, *Un hombre vive su vida convencido de que sus acciones estaban justificadas, quizás necesarias…*

No, no, no. Esa no era la cuestión en cuestión, decidió. Su propia situación era precaria.

Para alejar tanto a sí misma como a Edgar de este perturbador retrato pintado de Nicholas, continuó criticando a Edgar y su propia deshonra.

—¿Y qué hay de ti? ¿Esto, ahora, es un secuestro loable? —se burló de él—. ¿Solo querías salvarme de las garras de la bestia?

Edgar negó con la cabeza, aunque completamente inmutable ante su desdén, su sonrisa presumida intacta.

—No, lass. No pretendo tanto. Al menos soy honesto sobre mis intenciones. Busco lo que tu héroe Nicholas buscaba, un ejército para mi causa.

Alice jadeó. *¿Qué?*

—Es verdad —dijo, disfrutando de su confusión, contento de ilustrarla—. Necesito un ejército o el dinero para conseguir uno. Por desgracia, puede que haya exagerado la desesperación en nuestro pequeño burgo al norte, cuando de hecho es mi propia desesperación lo que alimenta mi preocupación. Oh, por favor, no me malinterpretes, el conflicto es real. Es… bueno, es solo que realmente no me importa la política como tal. Pero bueno, no soy absurdo, en absoluto. Necesito que los MacHeth y los MacWilliams mantengan el poder para que yo pueda mantener el poder. Actualmente, por desgracia, tengo poco que ofrecer. Pero con un ejército, asciendo en los rangos de todos esos ogros odiosos que dan vueltas para establecerse como dignos y valiosos. Con gran…

—Así que todo se trata de codicia —supuso amargamente.

—Nunca dejes que nadie te diga que se trata de otra cosa.

Posiblemente, estaba perdiendo su tiempo tratando de entender sus motivaciones.

Se burló de Louis y Harailt, que había regresado de donde se había arrodillado junto al agua que fluía lentamente.

—¿Y ustedes están dispuestos a morir por este hombre odioso? Porque morirán, cuando Nicholas MacRory venga por mí.

Ninguno pareció demasiado preocupado, ni dijo una palabra.

Confía solo en ti misma, decidió allí mismo. Durante más de un año, y descontando tanto a su madre como a Joanna, era la única persona en quien podía confiar. Para cualquier otra persona, no era más que un medio para un fin.

Bajó la cabeza y miró de lado, pero solo para evitar enfrentar las miradas presumidas e intimidantes de estos tres hombres. Fue entonces cuando notó un destello de luz reflejándose en un objeto en la orilla pedregosa del estrecho arroyo. Entrecerrando los ojos, Alice vio que era un cuchillo, colocado casi exactamente donde Harailt había estado hace un momento. Una mirada rápida al hombre mostró que todavía poseía una daga más larga, envainada en su cinturón. Ese allí podría haber sido removido de su bota cuando se la quitó para limpiarla.

—Necesito un momento —dijo, levantándose, no sin dificultad. Estaba agotada de fuerza, adolorida y asustada, y su fe en Nicholas había sido desafiada poderosamente—. Déjenme al menos enjuagar mi boca y calmar mi estómago con agua fresca por si hay más que sacar.

Mientras Harailt asentía con rigidez su aprobación de este plan, Edgar apretó los labios y aconsejó:

—Sé rápida. Debemos darnos prisa.

Alice caminó pesadamente los seis metros hasta el borde del agua, arrodillándose una vez más, esta vez directamente sobre el cuchillo que había sido olvidado. Enjuagó su boca, e incluso salpicó un poco de agua en su rostro, pero usó solo una mano mientras dejaba floja la cuerda que unía sus manos, estirando la otra mano debajo de sus piernas, encontrando la hoja con mango de madera y guardándola discretamente dentro de su manga.

No se movió entonces, permaneció inclinada sobre el agua, tratando de imaginar un plan. Pensó que su mejor oportunidad podría ser ahora intentar un escape, antes de que la subieran al caballo de nuevo. Para hacerlo, para ganar su propia libertad, tendría que usar realmente el cuchillo contra alguien, supuso, tendría que perforar piel y carne, causar daño real, suficiente para incapacitar a uno o más de ellos. No podía correr más rápido que ellos, y era poco probable que lograra empujar a Harailt del caballo,

incluso si fuera lo suficientemente valiente como para usar su pequeña arma contra él y causarle una herida. Quizás su mejor oportunidad era ahora, si podía correr, y posiblemente poner suficiente distancia entre cada uno de ellos como para enfrentarse solo a uno a la vez.

—Necesitamos movernos, lass, ahora —gritó Ailred—. Traígala —ordenó a uno de sus matones contratados.

Ahora o nunca.

Alice saltó a sus pies y corrió rápidamente por el terreno irregular a lo largo del arroyo.

Hubo una maldición detrás de ella y luego pasos igualmente rápidos persiguiéndola. Esto fue seguido por Ailred gritando otra blasfemia y luego rugiendo:

—¡Busca tu caballo, hombre! ¡Atrápala!

Sería atrapada, lo sabía, rezando por tener el coraje de luchar por su libertad, de posiblemente quitar una vida.

Mientras corría, se deshizo de la cuerda y sacó la daga corta de su manga, con sus nudillos blancos mientras agarraba el mango cálido. Luego levantó sus faldas y corrió con fuerza a través de la maleza y los árboles jóvenes cerca del arroyo.

***

Nicholas se inclinó furiosamente sobre el gran negro, con los dientes descubiertos y su corazón latiendo al ritmo del rápido y fuerte golpeteo de los cascos del caballo. Su estómago se revolvía de rabia y preocupación, y pateó con los talones, instando al corcel a volar aún más rápido.

Cualquier autocrítica y desdén previos, de los cuales había habido muchos a lo largo de los años, palidecían en comparación con lo que sentía ahora, que había sido tan fácilmente engañado. Debería haberlo sabido, debería haber sospechado inmediatamente cuando Edgar dijo que había cabalgado hasta Drumard tan temprano.

Pero no lo sabía, no había pensado que algo anduviera mal hasta que siguieron el reflejo brillante del sol sobre el metal colina arriba y encontraron nada más que una espada sin distintivos clavada en la corteza de un árbol. Ya fuera intencional o

inexplicablemente abandonada en algún momento, Nicholas se sintió abrumado por la sensación de que algo no estaba bien. El instinto lo inquietó. Edgar estaba tramando algo, supo en ese momento. Levantado y activo tan temprano cuando el hombre nunca se mostraba antes del mediodía. Cabalgando hasta Drumard sin una razón viable, ninguna que Nicholas hubiera escuchado. Pequeñas consideraciones, en general, pero por la cruz, cómo le gritaban y lloraban en retrospectiva.

Algo no estaba bien. Podía sentirlo.

Había ordenado a los hombres que lo acompañaban que regresaran al castillo.

—Estamos persiguiendo una ficción —fue todo lo que dijo y no se sorprendió en absoluto por el alboroto que lo recibió a su rápido regreso al castillo. Violet, en lágrimas, contando alguna historia incomprensible sobre Edgar y sus secuestradores secuestrando a Alice; Ellen sin palabras por su conmoción; Joanna lamentando su miedo, a su manera habitual, preguntándose qué podría decirle a la *querida y dulce mamá* de Alice si perdía a su hija.

Edgar.

Secuestrando a Alice.

No tenía sentido, ninguno en absoluto hasta que estuvieron pisándole los talones durante tres cuartos de hora.

Edgar, secuestrando a Alice, quizás por la misma razón que Nicholas lo había hecho, como Longshanks antes que él, todos buscando un ejército.

Oh, pero si ella resultaba herida de alguna manera…

—¡Allí! —gritó Malise sobre el estruendo de los cascos, señalando una continuación del rastro, relativamente fácil de seguir ya que el rocío matutino no se había evaporado completamente bajo el cielo gris opaco.

—Entonces apuntará hacia el camino del noreste —supuso Dungal.

Sí, la única otra opción habría sido más rápida, ya que la ruta del noreste bordea el bosque, pero probablemente Edgar habría supuesto que Nicholas habría asumido que había ido en la otra dirección, o quizás solo era la esperanza de que los MacRory no los

hubieran seguido tan decididamente. No importaba, excepto que Nicholas tenía mayor esperanza de alcanzarlos, ya que Violet estaba segura de que Edgar no llevaba más de media hora de ventaja. Nicholas no se detuvo a pensar en lo que podría haber sido si no hubiera hecho caso a ese cosquilleo de aprensión cuando encontraron esa espada abandonada en la colina.

No aflojaron el ritmo brutal establecido, ni siquiera cuando los árboles del bosque los rodearon. El corcel podría haber tenido conciencia del miedo de Nicholas y haber pensado no causarle más pesar, por lo que su paso fue seguro y rápido a través de robles, olmos y pinos.

No estaban más que media milla dentro del oscuro bosque, con el ejército desplegado ampliamente para cubrir más terreno, cuando un llamado llegó desde el flanco izquierdo extremo. Nicholas hundió los talones en los estribos y tiró de las riendas, girando al corcel en esa dirección.

Encontró a varios soldados haciendo cabriolas con sus caballos alrededor de un hombre herido, uno de los secuaces de Edgar, Louis, pensó que era. Estaba pálido y sostenía su mano sobre el interior de su muslo, con sus dedos y calzas empapados en su propia sangre.

—¿Dónde está? —exigió Nicholas, encabritando el caballo sobre él, con las patas delanteras acercándose peligrosamente a estrellarse contra él al aterrizar.

—Corriendo —dijo el hombre, moviendo la cabeza, rodando sobre su costado. Encontró la mirada oscura de Nicholas—. Corriendo asustada. —Levantó su mano ensangrentada y señaló hacia el norte. La herida en su muslo reaccionó a la pérdida de presión y la sangre roja hinchó y rezumó del corte.

—Déjenlo —ordenó Nicholas y espoleó al corcel para que galopara una vez más, sin preocuparse por el hombre o su condición, ni siquiera por cómo había recibido esa herida, que probablemente sería su muerte. No podría —no podía— dejar que su mente abordara otra cosa que no fuera la seguridad de Alice. Debía encontrarla.

Otro grito se elevó sobre el sonido ensordecedor de cincuenta jinetes en el bosque, pero este grito no era de uno de sus soldados alertándolo de alguien encontrado, sino de la misma Alice, furiosa y gritando. Nicholas coronó una elevación en el terreno y se encontró con una escena sorprendente, que revelaba a Alice parada sobre un Edgar Ailred caído, sus manos apretadas fuertemente alrededor de una rama de árbol robusta, de casi un metro de longitud. Estaba gritándole al hombre y golpeándolo en los hombros y la espalda con su garrote, mientras Edgar se cubría la cabeza y lloraba como un niño pequeño, con sus piernas regordetas encogidas contra su pecho.

—¡Cómo te atreves! —tronó Alice—. ¡Crees que tienes algún derecho sobre mi persona! —Volvió a golpearlo con la rama.

Nicholas se deslizó de la silla antes de que el caballo se detuviera por completo y corrió hacia ella. Ella continuó increpando a Ailred, sus palabras y acusaciones hicieron que Nicholas se detuviera abruptamente, sus pies patinando hasta frenar en la hojarasca del bosque. Hasta ese momento, Alice no lo había visto.

—¡No soy un cuerpo para usar y abusar! —siguió gritando, y le asestó otro golpe—. Estoy totalmente harta y cansada de hacer el papel de peón. *Golpe*. Me condenaré antes de volver a hacerlo. *Golpazo*. Puedes llevarte tus planes codiciosos, *golpe,* y a tus malditos secuaces al infierno.

No volvió a levantar los brazos ni su arma. En cambio, clavó el palo en el suelo y se apoyó en él, agotada por la lucha, con su enemigo vencido, tembloroso y gimoteante.

—Eres malvado y egoísta —dijo, ahora sin aliento, cansada—. Y ni siquiera mereces esta atención. —Luego alzó la estaca una vez más, pero solo para arrojarla con desdén sobre su víctima.

Nicholas estaba… asombrado. Más que eso.

—Alice —la llamó, sin aliento él mismo por el odio crudo revelado en su voz, sus palabras y sus acciones.

Ella giró la cabeza, solo un poco, antes de enderezar los hombros y volverse por completo para enfrentar a Nicholas y a los cincuenta hombres montados detrás de él.

Le faltó el aliento ahora en la garganta al verla. Su cabello estaba de punta, apelmazado y enredado, salpicado de hojas y una fina ramita; su léine estaba rota y sucia. Su rostro estaba rojo brillante, hinchado cerca de su ojo izquierdo, mientras un rastro de lágrimas lavaba una franja limpia en sus mejillas.

Su pecho subía y bajaba y la mirada que le dirigió no mostraba alivio, sino todavía mucha de la furia que acababa de emplear con Edgar Ailred. Pero eso no era sorprendente, dado que todas las palabras que había escupido a la figura caída bien podrían haber sido lanzadas a Nicholas, pues sus pecados eran los mismos.

A pesar de esto, necesitaba tocarla, sostenerla. Su corazón se partió en dos por lo que ella se había convertido, esta persona amargada y destrozada, y por el papel que él había tenido en ello.

—Deténganlo —instruyó, refiriéndose a Ailred, mientras caminaba con determinación hacia Alice.

Puso sus manos en sus brazos y la examinó de nuevo, asegurándose de que, a pesar de las apariencias, no sufriera una lesión mayor.

Por un segundo, ella se desplomó con un alivio conocido, y Nicholas la atrajo fuerte contra sus brazos. Respiró entrecortadamente, expulsando su propia tortura, su garganta apretada por una emoción innombrable. Besó su frente y su cabello sucio.

Ella permitió esto, pero brevemente, antes de empujarlo.

—No me toques —gruñó con una voz que nunca antes le había oído—. Tú eres tan culpable y tan horrible como ese.

Separados por unos sesenta centímetros, se miraron amargamente, ella con su ira justificada y él con el derrumbe de la esperanza.

—¿Dónde está el otro? —preguntó Baldred, acercándose a pararse junto a ellos.

Sin pestañear o apartar la mirada de Nicholas, ella respondió:

—Huyó cuando oyó que se aproximaban.

Ni se inmutó ni prestó atención entonces a Baldred dando órdenes a gritos, de que el hombre debía ser capturado.

—¿Cómo tú…? Encontramos a Louis más atrás, con una herida mortal. —Desvió su mirada hacia su mano derecha ensangrentada.

—No lo sé. Saltó sobre mí desde el caballo mientras yo corría. Luchamos… y yo solo… —Sus ojos se hincharon de nuevo con lágrimas. Alzó la mano ensangrentada para inspeccionarla.

—Ven —dijo Nicholas, extendiéndole la mano—. Te llevaré a casa… de vuelta al torreón.

Desviando la mirada, Alice negó con la cabeza.

—No —dijo—. Llévame a casa. Si sientes algo por mí, llévame a casa. No quiero ser esta persona, esta persona enojada. No… no quiero conocerte. Quiero irme a casa.

—Alice…

Su barbilla tembló mientras lo fulminaba con una mirada amarga, luego pasó rozándolo, dirigiéndose hacia donde había dejado su caballo. Como antes, montó ella misma. En verdad, le sorprendió que lo esperara, que no espoleara al paciente corcel para alejarse de él.

Nicholas exhaló bruscamente al alcanzarla. Sin una palabra, ocupó el asiento detrás de ella y solo dedicó una mirada fugaz para ver que sus hombres tenían la escena bajo control —no suponía ni por un minuto que el segundo rufián llegaría muy lejos antes de ser alcanzado— antes de iniciar el corto viaje hacia el torreón.

No pronunciaron una palabra, durante muchas millas, no hasta que coronaron la última colina antes de Braewood, cuando solo el prado llano, el camino lleno de surcos y un cuarto de milla los separaban del torreón.

En la cima de la colina, Nicholas volvió a refrenar las riendas y observó, con asombro y una nueva ola de ira, cómo otro ejército marchaba lentamente hacia la muralla y la puerta. No sintió miedo. Este era un ejército que caminaba, no una milicia que se movía apresuradamente con la intención de sitiar su hogar. Al frente, los estandartes ondeaban en manos de los abanderados, el oro y rojo del escudo y los colores de los de Graham claramente visibles.

Su padre había venido para entregar su ejército.

Había venido para llevarse a su hija a casa.

Alice jadeó un momento después, cuando ella también identificó a las tropas y al hombre grande al mando. Podría suponer que el carruaje cerrado de cuatro ruedas transportaba a su madre. Toda la maldita familia, viniendo a arrebatarla de sus garras malvadas.

Cuando él no espoleó al caballo para bajar la colina, Alice volvió su rostro hacia él.

—Aquí está su ejército, señor, exactamente como quería.

Nicholas maldijo en voz baja y, enojado, se bajó del caballo, aterrizando sobre sus dos pies, sosteniendo las riendas con una mano y la falda de Alice con la otra.

Su rostro estaba pálido ahora, había desaparecido la lucha, y abatido por la angustia, de la cual él podría ser el principal culpable.

Abrió la boca, pero no supo qué decir, cómo decirlo. Solo sabía que se le había acabado el tiempo, pero que no podía dejarla ir.

—Quiero irme a casa —dijo ella antes de que él pudiera articular una súplica creíble.

De la manera más vulnerable posible, como nunca había mostrado en toda su vida, a nadie, dijo con solo un atisbo de esperanza:

—Tu casa puede estar aquí, Alice. Conmigo.

Ella frunció el ceño, mirándolo desde lo alto.

—¿Qué diablos estás sugiriendo?

—Que te cases conmigo.

—¿Por qué diablos querrías casarte conmigo? El… el ejército está aquí. Has ganado.

—No por eso. Tu padre puede llevárselos a casa. No me importa el ejército.

—Entonces, ¿por qué… por qué?

—Tengo que hacerlo —dijo, aun asimilándolo él mismo, todas las emociones poderosas y conmovedoras ligadas a Alice—. No puedo pasarme la vida preguntándome y preocupándome: ¿está a salvo? ¿Está bien? ¿Es feliz?

La había dejado atónita. Alzó una mano temblorosa hacia sus labios.

Él se quedó inmóvil, aferrándose a ella, temeroso de apartar la mirada, temeroso de que ella no reconociera su angustia, que posiblemente lo engulfiría si ella lo dejaba.

—¿Y crees que puedes hacerme serlo? ¿Alguna de esas cosas?

—Todas esas cosas.

—Pero tú no eres un buen hombre, Nicholas —susurró ella sin tono.

Con sus manos todavía en las riendas y su muslo, desvió la mirada, mirando ciegamente hacia sus propios pies.

—No. No lo soy.

—Realmente no sé nada sobre ti —dijo suavemente—. Me has ocultado tanto… sobre tu pasado.

Ah, así que Edgar había sido parlanchín. No importaba. Habría salido eventualmente. Podría haber salido, se corrigió, ya que la jugada de Edgar de hoy y la llegada de su padre muy probablemente excluían la necesidad de revelarle ahora tristes verdades.

Suspirando con un agotamiento mental que no sabía que fuera posible, alzó la mirada hacia ella.

—Ya no importa. —Habría vuelto a montar, para devolverla a su padre, pero ella lo detuvo con sus siguientes palabras.

—Sí importa. Tengo derecho a saber por qué me lo ocultaste. —Se mordió el labio, luciendo de repente más vulnerable que indignada—. A mí —añadió señalando.

—No oculté nada —le dijo en voz baja—. Hasta anoche, ambos luchamos contra una conexión más profunda, ¿no es cierto? No era como si fuera a introducir en alguna de nuestras conversaciones cortantes y forzadas: *'oh, por cierto, ¿sabías que una vez fui abusado, encarcelado y llevado al borde de la muerte a manos de los ingleses? ¿Sabías que alquilé mi espada para calmar toda la ira imposible que conozco de todos esos meses?* Sí, alquilé mi espada. Maté gente. Y no importa si lo necesitaban o no. Ahora lo veo. —Su propia frustración con su pasado lo volvió amargo de nuevo—. Pero te advertí sobre eso. Te dije que no era bueno.

—No me dijiste que asesinaste a una niña inocente, por capricho de sus tíos codiciosos…

—¿De quién hablas…? Ah, lo recuerdo.

—¡Sangre! —exclamó ella—. ¿A cuántos niños has matado, Nicholas, que no puedes recordar a esa pobre muchacha? —Nuevas lágrimas cayeron de sus ojos angustiados.

—Nunca a ninguno. He… nunca he matado a un niño, ni a una mujer. Esa historia en particular es antigua y nunca fue… corregida. —Aunque le dolía admitirlo, dijo— Mi espada valía más después… cuando se creía que yo era despiadado, simplemente sin corazón. Ella es… esa fue Hewlyn, hija del Gruffydd, un noble en Gales. Sí, prometí a sus tíos que me desharía de ella. En cambio, la llevé a un convento en Skye, donde ha estado bien escondida, a salvo de sus planes. Cuando llegue a la mayoría de edad, regresará de entre los muertos para reclamar lo que es suyo. No podía hacer eso siendo una niña; necesitará un campeón que le arrebate el castillo de sus manos avariciosas cuando llegue el momento.

—Pero tú… ha habido otros.

—Sí, esa historia —y mi inusual… benevolencia— es una historia rara. Principalmente, hice lo que me contrataron para hacer. Por lo general, implicaba sofocar rebeliones o escaramuzas menores entre clanes. Pero… pero no siempre.

—¿Entonces qué? ¿De esos otros?

—Fue venganza —admitió, todavía incapaz de encontrar su mirada—. Regresé a Inglaterra, regresé a la casa en la que había estado encarcelado. Yo… no dejé a nadie con vida excepto a los sirvientes.

Ahora solo miró fijamente su mano sobre su pierna. Y cerró los ojos cuando ella trazó su dedo a lo largo de la cicatriz en su mejilla, desde su boca hasta su oreja.

—¿Fue aquí donde te hiciste esto? —preguntó ella, con la voz quebrada.

Nicholas asintió, sin querer leer nada en el dolor desgarrador que escuchaba en su voz, ciertamente no si solo fuera lástima.

Mientras él permanecía con los ojos cerrados, ella posó su palma contra su rostro y Nicholas volvió su mejilla hacia su mano.

—Hay bondad en ti, Nicholas. Lo sé. No podría… no creo que pudiera amar a alguien que no la tuviera.

Con la garganta adolorida, finalmente abrió los ojos y la enfrentó. Una esperanza incalculable lo inundó cuando vio su cautelosa sonrisa.

—Pero sí te amo, Nicholas —dijo ella.

Y la esperanza se convirtió en alegría y él apoyó su cabeza en su pierna y lloró.

Avergonzado por sus emociones exaltadas, las sacudió y le ofreció una sonrisa llena de paz, que sentía profundamente en su corazón.

—Entonces no puedes dejarme, lass. Soy más… humano, mi yo más honesto cuando estoy contigo. Te necesito, Alice, pero no solo para salvar mi alma negra. No sé cómo amar, Alice. O, pensé que no sabía. Pero tú… lass, me hechizaste y me cautivaste desde el principio.

Ella rio y lloró al mismo tiempo.

—Ese definitivamente no era mi plan.

Esto le arrancó una risita y se sintió tan ligero y sin cargas como no lo había estado en años. Colocó sus manos en su cintura al mismo tiempo que ella alcanzaba sus hombros. Lentamente, la bajó de la silla, dejando que se deslizara por su cuerpo hasta que sus labios estuvieran a la altura de los suyos. Alice entrelazó sus brazos alrededor de su cuello mientras Nicholas presionaba su frente contra la de ella.

—Le dirás hola y luego adiós a tus padres —dijo, en parte como pregunta.

—¿De verdad deseas casarte conmigo?

—Sí, lo deseo.

Ella hizo una pequeña mueca.

—Entonces, probablemente los tendremos como huéspedes por algún tiempo. Extraño a mi madre, Nicholas. Y no puedo casarme sin ella a mi lado.

—Lo entiendo, amor. Será incómodo, sin embargo, con la historia manchada entre tu padre y yo.

—Incómodo, sí, y para ambos lados —reconoció ella—, pero no imposible.

—No imposible.

Finalmente, unió sus labios tiernamente con los de ella.

—Dilo de nuevo, Alice.

Ella sonrió contra su boca mientras sus brazos se apretaban a su alrededor.

—Te amo, Nicholas.

—Trabajaré todos los días para merecerlo, Alice. Te doy mi palabra.

EPÍLOGO

Fortaleza de Braewood
Verano, 1331

—A ella no le va a gustar esto —pronosticó William con gravedad.

Robert miró hacia abajo, donde sostenía a su padre bajo el hombro por un lado. Su hermano Benjamin había tomado la posición en el lado opuesto, con los brazos de su padre colgando alrededor de sus cuellos. Tras haberlo traído desde el campo de entrenamiento, lo condujeron a través del Bosquecillo, como Alice MacRory había llamado durante años al suelo cubierto de agujas de pino marrones y gastadas, la tierra hundiéndose y elevándose. Su padre hizo una mueca de dolor, pero no gritó cuando su pie arrastró sobre una raíz nudosa.

Pero su dolor de pie era de poca consideración cuando su otra herida presentaba un aspecto tan espantoso.

No, ella ciertamente no iba a estar contenta de encontrar a su esposo con un tajo en el pecho, la sangre escurriendo por el frente de su túnica, y la piel desgarrada debajo. Su padre no era un peso muerto, pero el avance era lento, en deferencia tanto a la herida mayor en su pecho como a la lesión menor, su tobillo torcido, que se produjo cuando intentó esquivar el golpe que venía.

—A alguien le va a rodar la cabeza —supuso Patrick, usando una de las expresiones de Joanna—. No será la tuya, padre, ya que ya estás casi a las puertas de la muerte.

—Podemos decir que fue Dungal —sugirió William con esperanza, caminando delante de ellos, medio saltando, a veces dándose la vuelta y caminando hacia atrás, haciendo una mueca de vez en cuando, cuando su mirada preocupada se posaba en el daño

que él mismo se había infligido en el campo de entrenamiento—. Ella no le va a arrancar la cabeza a Dungal.

—Hay mucha sangre —observó Benjamin, también con una mueca de preocupación en su expresión—. Deberíamos haberlo traído a caballo.

Robert, verdaderamente más preocupado por la reacción de su madre que por cualquier peligro real en el que pudiera estar su padre —había sido testigo de heridas de batalla mucho más graves en primera persona—, intentó aligerar el estado de ánimo muy sombrío de sus tres hermanos menores.

—Pero ya sabes, a su edad —la lastimosa herida aparte— le habría tomado dos días llegar desde el campo hasta el torreón sobre el gran rojo.

—Yo digo que lo dejemos en la puerta y nos hagamos humo —sugirió Patrick, golpeando una ramita larga y pelada contra el suelo mientras caminaba adelante.

—Maldita sea, ¿les preocupa más el seguro rezongo de su madre o mi posible herida mortal? —refunfuñó su padre, quien en ese momento, por primera vez, soltó un gruñido de dolor cuando Ben, con sus pies moviéndose rápidamente, le dio sin querer una patada a su dolorido tobillo levantado.

Los cuatro hijos MacRory intercambiaron miradas. Respondieron unánimemente.

—Sí, mamá.

—Con seguridad.

—Definitivamente. Va a estar furiosa.

—Puedo decir con seguridad que yo no tuve nada que ver —dijo Robert con satisfacción, complacido con este giro.

—Sí tuviste que ver, Rob —protestó William, casi desesperadamente, sabiendo que en ese momento solo su trasero estaba en juego—. Estabas parado justo ahí, podrías haber empujado al viejo para sacarlo del camino.

—*Oh*, no estaba tan cerca de él. Y no es mi culpa que la edad haya embotado sus reflejos.

—Todavía puedo oírlos —dijo su padre.

—¿Pero estás seguro de que no es una amenaza para que sigas respirando?

—Es una herida superficial, Will —Nicholas MacRory le aseguró a su hijo menor—. Seguro que es más sangre que daño.

Una enorme sonrisa se extendió por el rostro de Patrick.

—Sí, ¿pero podemos fingir que es peor? Cierra los ojos, papá, finge que has estado…

—¿Qué diablos te pasa? —Le ladró su padre, repentinamente el laird robusto y poderoso una vez más—. ¿Por qué le harías eso a tu madre?

Patrick era el bromista, el menos serio, el tercer hijo. Aunque tenía buen corazón, algunas de las cosas que él consideraba graciosas absolutamente no lo eran. Ya fuera su mamá o Joanna, siempre se lo recordaban.

Will corrió adelante cuando se acercaban a la puerta.

—¡Maldita sea, cállate! —gritó cuando uno de los soldados allí arriba, al divisar a su laird ensangrentado siendo arrastrado hacia la puerta, levantó el cuerno para sonar una alarma—. No es más que un accidente de entrenamiento.

Baldred se mostró en lo alto de la casa de la puerta, inclinándose entre las almenas.

—Mejor escóndanse, los cuatro, cuando su madre vea lo que han hecho —. Por lo demás, no parecía demasiado preocupado por la condición de su laird.

Para entonces, Robert —tan alto como su padre aunque aún no tenía la misma anchura, ya que acababa de cumplir dieciocho— había sudado por sus esfuerzos, y estaba seguro de que Ben también podría haberlo hecho, por haberlo cargado el cuarto de milla desde el campo de entrenamiento de regreso hacia el torreón.

Daisy, que podría haber estado en la muralla con su padre —nunca estaba lejos de Baldred—, bajó corriendo los escalones de piedra adosados, saltando los dos últimos para aterrizar justo al lado de Robert y el laird y Benjamin mientras pasaban arrastrando los pies.

—¿Entonces lo mataste? —preguntó, su cabello rubio suelto rebotando alrededor de sus hombros—. Mamá lleva años diciendo

que uno de ustedes lo haría.

Como siempre, había una luz brillante de travesura en sus hermosos ojos azules. Como siempre, Robert fingió que no se daba cuenta.

Patrick y William, en medio del patio, se detuvieron en seco, siendo Patrick el primero en parar, cuando la puerta del torreón se abrió y su madre salió al patio.

Su mano voló inmediatamente hacia su pecho y su rostro se puso pálido ante la vista de su esposo. Sus pies se congelaron de modo que la distancia no se acortó entre ellos hasta que Robert y Benjamin llevaron a su esposo hasta ella.

—Es solo un rasguño, amor —aconsejó rápidamente su padre, cuando nadie más parecía ansioso por aliviar su repentino susto.

—Dulce San Andrés —exhaló ella, moviendo su mano hacia su cuello. Su expresión cambió, rápida y severamente, mientras miraba de un hijo al siguiente. Apoyando las manos en sus caderas, preguntó bruscamente— ¿Cuál de ustedes le hizo esto a su padre?

—Fue Dungal —dijeron dos de ellos al mismo tiempo.

Robert puso los ojos en blanco. Su madre frunció los labios, sin creer esto ni por un momento.

—No fueron los lads, amor, sino —como dicen— mis años avanzados y mi tiempo de reacción más lento…

—Ay, mamá, deberías haberlo visto —dijo Patrick, con un entusiasmo totalmente excesivo—. Su cara estaba toda como, ¡por los tobillos! ¿Qué es esto que viene hacia mí? Y luego podías ver cuando supo que no podía evitarlo y sus ojos se abrieron…

Su mamá le levantó la mano a Patrick, poniéndola a solo centímetros de su cara mientras él se elevaba sobre ella.

—Te sugiero que te lleves esa encantadora narración lejos de mí.

Daisy se rio en algún lugar detrás de Robert.

Patrick se quedó callado pero su sonrisa permaneció. William le dio un codazo violento por contrariarla cuando todo el asunto ya estaba cargado de tanta tensión.

Su madre agitó el paño en su mano y los guió a todos adentro.

—Directamente arriba a nuestra cámara. Yo estaré justo detrás de ustedes —les aconsejó—. Necesito el medicamento del salón —. Llamó por encima del hombro—¡Daisy, corre a la cocina! Diles que pongan una tetera limpia con agua a hervir.

Los cuatro hijos de Nicholas y Alice MacRory subieron las escaleras y se apretujaron en la cámara de sus padres, Robert y Benjamin depositando a su padre en la cama.

—No lo toques —gruñó el laird cuando Patrick intentó levantar su pie dolorido del suelo hacia la cama.

Joanna fue la siguiente persona en entrar en la cámara, con su hija Daisy pisándole los talones.

Ella soltó un chillido y corrió hacia la cama.

—¡Oh, y qué le vamos a decir a tu querida y dulce novia! ¡Ay, perecerá de susto y pavor y —¡santos vivos! Pero ¿qué hará ella sin ti? Y aquí, ustedes dos entrando en años, los lads todos crecidos, probablemente pensaron que pasarían sus años de otoño tomados de la mano a lo largo de un loch tranquilo en el…

—¡Joanna! —Nicholas la interrumpió bruscamente, antes de que ella hubiera pintado un cuadro más sombrío.

—¡Mamá! —Daisy la reprendió al mismo tiempo. Podía, cuando quería, ser bastante razonable.

—¿Sí? ¿Qué pasa ahora? —Joanna volcó su preocupación en su hija.

—No es más que un rasguño, han dicho —le contó Daisy, mirando a Robert para confirmación.

Él asintió y tragó saliva.

Sus hermanos no lo dejarían solo con eso. Vivían —absolutamente vivían y respiraban— únicamente para agitar las pasiones exageradas de Joanna.

Benjamin empezó, fingiendo un sollozo.

—Ay, pero Joanna, ¿recuerdas a Peter Fickle —lo recuerdas, el del pueblo? Pensó que no era más que un rasguño, hasta que llegó la fiebre, ¿no es así?

Joanna lanzó un gemido lastimero y se dio una palmada en la frente, dejando la mano allí.

—Por el amor a la bondad —exhaló—. Tu pobre mamá. Ahora, lads, sean fuertes por ella.

—Sí —dijo Patrick—, enciende las velas, Joanna. Es todo lo que podemos hacer además de rezar.

—Sí, y eso no es mentira. Pero la ayudaremos a superarlo…

—Igual que has hecho con todas las demás calamidades que la han acosado durante todos estos años —terminó William por ella, palabras que ella podría haber dicho cien veces en sus vidas.

—Seguro que sí —asintió ella—. No sé qué haría ella sin mí.

Daisy no intentó refrenar los malentendidos de su madre en este momento, sino que estaba ocupada tratando de controlar su propia sonrisa burlona.

Robert miró a su padre, quien había optado por cerrar los ojos, posiblemente tratando de ignorarlos a todos.

Su madre llegó entonces, tenía ojos solo para el laird, sin importarle el llanto desconsolado de Joanna o las sonrisas burlonas de dos de sus hijos. Fue directamente a la cama y se arrodilló, susurrando algo a su esposo.

Robert se inclinó un poco hacia su izquierda para tener una vista más clara de los rostros de ambos padres.

Los ojos de su padre seguían cerrados, pero una sonrisa lenta y tranquila curvó su boca.

Su madre besó esa sonrisa, que luego se mostró ampliada cuando ella susurró algo más antes de ponerse de pie y comenzar a cortar la túnica del laird.

Robert sintió que sus mejillas se sonrojaban, igual que cada vez que había sido testigo del hábito casi vergonzoso de sus padres de ser tan abiertamente cariñosos. Pero su mirada se desvió hacia Daisy, quien lo observaba, con sus mejillas también teñidas de rosa, y sus labios curvados en una sonrisa especulativa.

Así que sí, el cariño entre sus padres podría no ser completamente entendido o apreciado, pero cuando él miraba a los brillantes ojos verdes de Daisy, Robert estaba bastante seguro de que quería saber más sobre esas cosas.

***

—¿Se han ido entonces?

—Hasta el último —dijo Alice, limpiando los trapos y utensilios de la mesita de noche. Se dio la vuelta, con la intención de depositarlos en la palangana y sacarlo todo de su cámara. Una mano se aferró a sus faldas, deteniendo su avance.

—Tú eras, y sigues siendo, lo mejor que me ha pasado —dijo Nicholas con solemnidad.

Estaba acostado, con el pecho descubierto, sobre la cama. Ella había echado a la multitud antes, después de limpiar la herida rozada y aplicar el ungüento, y envolver el lino con seguridad alrededor de su ancho pecho, diciendo a todos los curiosos que ahora solo necesitaba descansar.

—Ay —dijo ella, sonriendo—, y apuesto a que le dices eso a todas las mozas que atienden tus heridas.

—Solo a las bonitas.

—Las cosas que haces para que te arranque la túnica del cuerpo —lo bromeó—. Me temo que estás bastante obsesionado conmigo.

—No me importa admitir que lo estoy, y lo he estado por algún tiempo.

Sonriendo aún, Alice dejó caer todas las cosas que acababa de recoger de vuelta en la mesa y levantó la ceja con coquetería hacia su esposo. Ella no era ni joven ni hermosa, pero Nicholas siempre la hacía sentir como si lo fuera. En verdad, se sentía joven de nuevo cuando él le sonreía como lo hacía ahora.

—No quiero causarte dolor —le advirtió—, ni deshacer mi hábil trabajo.

Nicholas tomó su mano y la atrajo hacia abajo hasta que ella estaba extendida sobre él. Levantó su rostro y aplastó sus labios contra los de ella, como lo había hecho mil veces hasta ahora. Alice aún se estremecía de placer. Deslizó su mano alrededor de su cuello y la mantuvo cerca, asaltándola con su beso abrasador.

Alice se apartó, empleando una sonrisa seductora que había aprendido hace unos quince años, que nunca dejaba de llenar su

mirada con la delicia de la anticipación. Se sentó y montó sus poderosos muslos.

—No nos arriesgaremos —dijo, refiriéndose a los rasguños bastante profundos en su pecho.

Movió sus manos por su cuerpo duro, hacia los cordones de sus calzones, pero fue detenida por Nicholas, quien tomó sus muñecas.

—Te amo, Alice. No puedo recordar un tiempo en que no lo hiciera.

Su sonrisa ahora era serena.

—Y yo a ti, mi amor.

—¿Sabes que soy un buen hombre?

Inclinando la cabeza ante la importancia de la pregunta, preguntándose qué había provocado tal deliberación, asintió y habló la verdad fácilmente.

—Eres un hombre muy bueno, Nicholas. El mejor de los hombres.

Inclinándose hacia adelante nuevamente, presionó sus labios contra los de él. Y podría haber alejado todas sus preocupaciones con su amor, pero la puerta de su cámara, que aún no había cerrado con pestillo, se abrió de golpe.

—Ay —gruñó Benjamin—. ¡Mamá! ¿Qué…?

—Asqueroso —decidió Patrick.

Alice sonrió a su esposo, agradecida de que no hubieran llegado más lejos, y se bajó de él, sentándose a su lado en la cama, frente a sus lads. Nicholas puso su mano fuerte en su espalda baja.

—¿Qué es asqueroso? —preguntó Robert, entrando detrás de sus hermanos—. Oh, mierda, ¿los pillaste…?

—Es suficiente —ordenó Nicholas, lo que silenció a sus hijos al instante.

William entró luego, llevando un tazón pequeño y una cuchara.

—No sabía si vendrías al salón, papá. Te traje el pudín de la cocinera.

—Sí, todavía tiene un trasero que besar —bromeó Patrick—, por ensartar a papá.

Nicholas se sentó ahora, no sin una pequeña mueca de incomodidad, y tomó el tazón de William, quien ciertamente parecía aún sentirse terrible por lo que había hecho.

—No hay daño, lad —dijo Nicholas—. No puedo culparte por ser audaz con la espada. Eso es para lo que estás entrenado.

William aceptó esto, con su rostro hermoso mostrando algo de alivio. Qué horribles debieron haber sido las últimas horas, preocupado por el daño que le había causado a su padre. Alice lamentaba haber estado ocupada atendiendo a Nicholas y no haber podido dar un mayor apoyo a su bebé.

Sus hijos obviamente no estaban demasiado disgustados por lo que habían visto, ya que habían tomado asientos alrededor de su cámara, Patrick al pie de la cama, Robert y Benjamin en las sillas cerca de la chimenea, mientras William se sentaba en ese momento en el suelo cerca del lado de la cama.

Debían haber extrañado la presencia de su padre en la cena y por eso habían venido a reclamar algo de su tiempo.

Por mucho que amara su privacidad con Nicholas, adoraba cuando estaban todos juntos así, cuando los lads los buscaban, cuando se quedaban y charlaban con ellos, ya fuera siendo tontos o serios, ya fuera que las conversaciones fueran alegres o no.

Sabía que era una buena madre. Amaba ferozmente a sus hijos y solo deseaba su felicidad. Conocía todas las emociones que seguramente cualquier madre tenía: todas las preocupaciones y ansiedades, alegrías y tantos momentos de orgullo. Y sabía que sus hijos la amaban tremendamente. Había conocido y atesorado todos esos dulces momentos cuando eran pequeños, cuando ella era el centro de su universo, cuando venían a ella por todo, grande y pequeño. Por supuesto, la habían superado, como los lads seguramente deben hacer. Y hoy en día no era rival para el asombro, el respeto y la devoción que le daban a su padre. No estaba celosa; tenía suficiente amor. Estaba emocionada, tan complacida de que este hombre fuera a lo que aspiraban ser. Lo veía todos los días, en la forma en que caminaban y hablaban sus hijos, cómo trataban con las personas y los problemas, y en la manera en que se hacían

responsables de sus propios errores y malos juicios. Por cómo reían y hablaban y se expresaban. Por lo parecidos que eran a su padre.

Le diría a Nicholas más tarde, cuando estuvieran solos, le diría a Nicholas que así era como ella sabía que era un buen hombre. Solo necesitaba mirar a sus excelentes hijos.

Fin